SUELO VIRGEN
IVÁN TURGUENEV

Digitalizado por LIBRODOT.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

Para hacer que aflore el suelo virgen no debe usarse el arado de madera, que se desliza por la superficie, sino un arado que penetre hondo.

De las notas de un agricultor

I

A la una de la tarde de un día de la primavera del 1868 un joven de veintisiete años, vestido de manera descuidada y pobre, subía la escalera oscura de una casa de cinco pisos en la calle de los Oficiales, en San Petersburgo. Golpeando pesadamente con las galochas gastadas, balanceando lentamente su cuerpo pesado, torpe, llegó finalmente al último rellano, se detuvo ante una estropeada puerta entreabierta y, sin tocar el timbre, entró en un pequeño pasillo oscuro.

-¿Está Nezhdánov? -preguntó con voz alta y ruda. -No. Pero yo sí; entre -respondió desde la sala de

al lado una voz, también bastante ruda, de mujer. -¿Es Mashúrina? -preguntó el recién llegado. -Sí, soy yo. Y usted, ¿es Ostrodúmov?

-Pimen Ostrodúmov -respondió él y, después de quitarse cuidadosamente las galochas y colgar en un clavo el abrigo gastado por el uso, entró en la habitación de donde venía la voz femenina.

Era un cuarto pequeño, desordenado, con las paredes pintadas de verde oscuro, mal iluminado por dos ventanas llenas de polvo. Todo el mobiliario consistía en una cama de hierro en un rincón, una mesa en el centro, algunas sillas y un estante hacinado de libros. En la mesa estaba sentada una mujer de unos treinta años, sin sombrero, con un vestido negro de lana. Fumaba un cigarillo. Al ver a Ostrodúmov le alargó en silencio su

mano grande y colorada. Él, también en silencio, la apretó y, dejándose caer sobre una silla, sacó del bolsillo un puro partido por la mitad. Mashúrina le dio lumbre, él empezó a fumar y, sin mediar palabra, y ni tan siquiera mirarse, ambos empezaron a lanzar bocanadas de humo azul hacia la atmósfera estancada de la habitación, ya bastante cargada.

Aunque sus rasgos no tuvieran ningún parecido, entre ambos fumadores había algo en común. En sus desaliñadas figuras, labios gruesos, dientes largos, así como en el considerable volumen de su nariz (Ostrodúmov estaba además picado de viruelas), se intuía honestidad, firmeza y perseverancia.

-¿No ha visto a Nezhdánov? -preguntó, por fin, Ostrodúmov.

-Sí. Volverá en seguida. Fue a recoger unos libros a la biblioteca.

Ostrodúmov escupió hacia un lado.

¿Por qué va siempre de un sitio a otro? Nunca consigo encontrarle.

Mashúrina cogió otro cigarillo.

-Se aburre -dijo ella y lo encendió cuidadosamente.

-¡Se aburre! -repitió Ostrodúmov en un tono de censura-. ¡Qué sensibilidad! ¡Cómo si no tuviéramos qué hacer! Sabe Dios si conseguiremos salirnos con la nuestra... ¡y él se aburre!

-¿Llegó alguna carta de Moscú? -preguntó Mashúrina, haciendo una pausa.

-Sí... hace tres días.

-¿La leyó?

Ostrodúmov sólo movió la cabeza.

¿Y qué? ¿Qué hay?

¿Qué? Que tenemos que ir allá pronto.

Mashúrina se quitó el cigarrillo de la boca.

-Pero ¿por qué? Dicen que por allá todo va bien.

-Sí. Pero hay uno que se volvió poco seguro y es preciso deshacemos de él. Pero no es sólo eso. Hay otras cosas. La llaman también a usted.

¿En la carta?

-En la carta.

Mashúrina sacudió su pelo pesado, cuidadosamente enroscado en un pequeño moño, haciéndolo caer hacia adelante cubriéndole la frente hasta las cejas.

-Bien -dijo-, si ya se decidió, no hay nada que discutir.

-Claro que no. Lo que pasa es que sin dinero no se puede hacer nada. Y ¿de dónde vamos nosotros a sacar dinero?

Mashúrina quedó pensativa.

-Nezhdánov debe de poder conseguirlo -dijo en voz baja.

-Por eso mismo he venido -observó Ostrodúmov. ¿Tiene la carta? -preguntó de golpe Mashúrina.

-¿Quiere leerla?

-Démela... o no, no es preciso. Podemos leerla cuando estemos todos... después.

-Yo digo la verdad -gruñó Ostrodúmov-, no lo dude.

Y ambos se callaron de nuevo y sólo nubes de humo, como antes, les salían de las bocas silenciosas, subiendo y curvándose delicadamente por encima de sus cabezas crespas.

Se oyó un ruido de galochas en el corredor.

-¡Aquí está! -susurró Mashúrina.

La puerta se abrió un poco y por la hendidura apareció una cabeza, pero no era la de Nezhdánov.

Era una cabeza redonda, con el pelo negro y crespo, una gran frente arrugada, ojos castaños muy vivos bajo unas cejas gruesas, una nariz remachada, como de pato, y una boca de color rosa, gruesa, guasona. Aquella cabeza miró, se agitó, sonrió -exhibiendo numerosos dientes pequeños y blancos- y entró juntamente con un cuerpo frágil, brazos cortos y piernas un poco curvas

y un poco cojas. Y en seguida que Mashúrina y Ostrodúmov vieron aquella cabeza, una expresión de desprecio y condescendencia les vino al rostro, como si pensaran: «¡Ah, es éste!», y no dijeron una sola palabra ni se movieron. Además, el recién llegado no sólo no se sintió vejado por aquella recepción sino que pareció haber quedado muy satisfecho.

-¿Qué quiere decir esto? -preguntó él con voz chillona-. ¿Un dueto? ¿Y por qué no un trío? ¿Dónde está el primer tenor?

-¿Se refiere a Nezhdánov, señor Paklin? -preguntó Ostrodúmov muy serio.

-Precisamente, señor Ostrodúmov, a él mismo. -Debe de estar al llegar, señor Paklin.

-Estoy muy contento de saberlo, señor Ostrodúmov.

El pequeño cojo se giró hacia Mashúrina, que estaba sentada frunciendo las cejas y seguía chupando ociosamente su cigarrillo.

¿Cómo está, mi querida... mi querida...? ¡Oh, qué fastidio! ¡Siempre olvido su nombre y el nombre de su padre!

Comentario [Librodot-1]: Normalmente los rusos usan el nombre propio *(imia)* y el nombre del padre con varios sufijos *(óchestvo)*. Al final viene el apellido *(familiia)* usado más raramente como forma de tratamiento.

Mashúrina se encogió de hombros.

-¡Y no necesita saberlo! Conoce mi apellido. ¿Para qué necesita más? ¿Y por qué siempre está preguntando cómo estoy? ¿No ve que estoy viva?

-Claro, ¡es lógico! -exclamó Paklin dilatando las narices y torciendo las cejas-. ¡Si no estuviera viva, este su humilde servidor no tendría la satisfacción de verla aquí y de estar hablando con usted! Mi curiosidad es debida a una mala y anticuada costumbre. Pero en cuanto a su nombre... Es muy poco cordial tratarla simplemente por Mashúrina. Ya sé que sólo firma sus cartas con el nombre de Bonaparte. ¡Perdón, Mashúrina! De todas maneras, en conversación...

-¿Y quién le pide que converse conmigo?

Paklin sonrió nerviosamente, como atragantado.

-Bien, disculpe, mi querida. Déme su mano, no se irrite. Ya sé que sus intenciones son buenas... y las mías también... ¿Entonces?

Paklin le alargó la mano. Mashúrina le miró con antipatía... pero le alargó la suya.

-Si quiere realmente saber mi nombre -dijo ella con la misma expresión severa-, me llamo Fielka.

-Y yo Pimen -añadió Ostrodúmov con su voz de bajo.

-¡Ah, esto es muy... muy edificante! Pero, de todas formas, decidme, ¡oh Fielka!, y vos, ¡oh Pimen!, decidme por que razón sois ambos tan poco cordiales, tan persistentemente antipáticos conmigo, mientras yo...

-Mashúrina piensa -le interrumpió Ostrodúmov-, y no es la única, que no se puede tener confianza en usted, porque se ríe siempre de todo.

Paklin se giró súbitamente sobre los talones.

-Es este el error que las personas cometen habitualmente cuando me juzgan, mi querido Pimen. En primer lugar, yo no me río siempre; en segundo lugar eso no molesta a nadie, y se puede confiar en mí, que ya he sido honrado con vuestra confianza en más de una ocasión. Yo soy un hombre honesto, ¡mi querido Pimen!

Ostrodúmov murmuró algo entre dientes, pero Paklin sacudió la cabeza y repitió, ya sin sonreír:

-¡No, no me estoy riendo siempre! ¡No soy de manera alguna un hombre alegre! ¡Basta con mirarme!

Ostrodúmov le miró. Realmente, cuando Paklin no reía, cuando estaba callado, su rostro tenía una expresión casi desesperada, casi aterrorizada; se volvía alegre y hasta sarcástico sólo cuando abría la boca. Pero Ostrodúmov no dijo nada.

Paklin se dirigió de nuevo a Mashúrina:

-Bien, y sus estudios, ¿cómo van? ¿Ha tenido éxito con su verdadero arte filantrópico? ¿Es muy difícil ayudar a un ciudadano inexperto en sus primeros pasos en este mundo de Dios?

-Nada. No hay nada más fácil si no es más grande que usted -respondió Mashúrina, que había acabado de aprobar su examen para comadrona, con una sonrisa de satisfacción.

Hacía cerca de un año había dejado a su familia, de aristócratas pobres, al sur de Rusia, y había venido a San Petersburgo con doce rublos en el bolsillo; entró en una escuela de comadronas y trabajó mucho para obtener el diploma. Era soltera... y muy casta. «¡No sorprende!», podría decir un escéptico recordando lo que dijimos de su figura. Pero es sorprendente por ser tan raro, nos permitimos declarar.

Oyendo esta respuesta, Paklin sonrió de nuevo.

-¡Bravo, mi querida! -exclamó-. ¡Me doy por vencido! Pero ¿qué puedo hacer si soy tan chaparro? No obstante estoy sorprendido: ¿a dónde habrá ido nuestro anfitrión?

Paklin cambió intencionalmente el tema de la conversación. No podía reconciliarse con su pequeña estatura, con toda su figura poco agradable. Lo sentía aún más porque las mujeres le gustaban terriblemente. Lo daría todo para poder agradarles. La conciencia de su miserable apariencia le dolía más que su bajo origen y que su poco envidiable posición en la sociedad. El padre de Paklin era un simple pequeño burgués que, a través de todo tipo de medios deshonestos, había llegado a la posición de consejero titular. Administraba propiedades, fincas y había hecho dinero de las maneras más impensadas; pero al final de su vida empezó a beber demasiado y no dejó nada cuando murió. El joven Paklin (se llamaba Sila... Sila Samsonich, y siempre había considerado este nombre una ironía) estudió en una escuela comercial, donde aprendió correctamente el alemán. Después de muchas y duras dificultades, entró finalmente en un despacho privado, con un sueldo de mil quinientos rublos de plata al año. Con ese dinero tenían que sustentarse él, una tía enferma y una hermana que era jorobada. En el momento de nuestra historia, acababa de cumplir veintiocho años. Paklin conocía a muchos estudiantes y a otros jóvenes, que le apreciaban a causa de su espíritu cínico, de sus discursos divertidamente biliosos y llenos de seguridad, de su cultura tendenciosa pero genuina, sin pedantería. Pero a veces le atacaban. En cierta ocasión, llegó tarde a una reunión política... empezó en seguida a pedir disculpas apresuradamente... «El pobre Paklin tiene miedo», entonó burlonamente alguien desde un rincón. Y todos rieron. Paklin acabó por reír con ellos, aunque aquello fuera como una puñalada en su corazón. «¡Dijo la verdad, el bandido!», pensó. Había conocido a Nezhdánov en un pequeño restaurante griego, donde cenaba a menudo y donde ventilaba libre y audazmente sus opiniones. Aseguraba que la principal causa de su actitud democrática era la mala cocina griega que le destruía el hígado.

Comentario [Librodot-2]: En el cuadro del funcionariado civil ruso era equivalente al grado de capitán.

Comentario [Librodot-3]: «Sila quiere decir «fuerza». Es un nombre extremamente sarcástico: Fuerza hijo de Sansón.

-¿Dónde habrá ido nuestro anfitrión? -repitió Paklin-. Ya me he dado cuenta de que desde hace algún tiempo parece que está fuera de sí. Al menos que no se enamore, ¡Dios nos ayude!

Mashúrina frunció las cejas.

-Fue a la biblioteca a recoger unos libros. En cuanto a enamorarse, no tiene ni tiempo ni de quien.

«¿Y de usted?», casi se escapó de los labios de Paklin.

-Quería verle -dijo en voz alta-, porque necesito discutir con él un asunto muy importante.

¿Qué asunto? -interfirió Ostrodúmov-. ¿De nuestras cosas?

-Quizá vuestras... o sea, nuestras, comunes. Ostrodúmov canturreó. No le creía, pero pensó: «Pero ¡quién sabe! ¡Tiene siempre tantos trucos!

Ya viene, por fin -dijo de repente Mashúrina, y sus ojos pequeños y poco atractivos, fijos en la puerta, se iluminaron como encendidos por una luz íntima que los hizo cariñosos y tiernos...

La puerta se abrió y esta vez, con una gorra en la cabeza y un montón de libros bajo el brazo, entró un muchacho joven, de unos veintitrés años. Era Nezhdánov.

II

CUANDO vio a los visitantes que estaban en su habitación, se detuvo en el umbral, pasó los ojos por ellos, se quitó la gorra, dejó caer los libros en el suelo y, caminando hasta el fondo, se sentó al borde de la cama. Su bello rostro blanco, que parecía aún más pálido en contraste con el color rojo oscuro de su pelo rizado, asumió una expresión de aburrimiento y desagrado.

Mashúrina se volvió ligeramente y se mordió el labio. Ostrodúmov murmuró:

-¡Por fin!

Paklin fue el primero que se acercó a Nezhdánov.

¿Qué tienes tú, Alexéi Dmítrievich, Hamlet ruso? ¿Quién te tortura? ¿O estás simplemente deprimido sin razón?

-Calla, por favor, Mefistófeles ruso -respondió Nezhdánov, irritado-. No estoy dispuesto a esgrimir contigo gracejos triviales.

Paklin sonrió.

-No te expresas correctamente: si son gracejos no pueden ser triviales, si son triviales no son gracejos.

-De acuerdo, de acuerdo... Ya sabemos que eres muy inteligente.

-Y que tú estás nervioso -observó Paklin, vacilando-. ¿O habrá realmente pasado algo?

-No pasó nada especial. La única cosa que pasa es que no se puede poner la nariz fuera de casa en esta odiosa ciudad sin dar con cualquier vulgaridad, estupidez, injusticia o imbecilidad. Ya no se puede vivir aquí.

-¿Es por eso que pusiste el anuncio buscando empleo incluso fuera de San Petersburgo? -preguntó de nuevo Ostrodúmov.

-¡Y me largaré de aquí con el mayor placer! ¡Si aparece algún chalado que me ofrezca un trabajo!

-Primero es necesario cumplir el deber *aquí* -dijo significativamente Mashúrina, sin dejar de mirar de lado.

¿Qué deber? -preguntó Nezhdánov, girándose bruscamente hacia ella. Mashúrina se mordió el labio.

-Que Ostrodúmov te lo diga.

Nezhdánov se giró hacia él. Pero éste sólo canturreó y tosió:

-Espera.

-No, nada de bromas, en serio -se metió Paklin-. ¿Has oído alguna noticia desagradable?

Nezhdánov saltó de la cama como si lo empujaran.

-¿Quieres algo desagradable? -gritó de repente con voz cantante-. ¡Media Rusia se muere de hambre! ¡La «Gaceta de Moscú» está triunfante! Quieren introducir los estudios clásicos, las cajas de ayuda estudiantiles han sido suprimidas, hay espías por todas partes, opresión, traiciones, mentiras y falsedades... no puedes dar un paso en ningún sitio... y aún le parece poco, quiere más cosas desagradables, cree que me estoy divirtiendo... Basánov fue arrestado -añadió, bajando un poco la voz-. Me lo dijeron en la biblioteca.

Ostrodúmov y Mashúrina levantaron la cabeza a la par.

-Mi querido amigo Alexéi Dmítrievich -empezó Paklin-, estás preocupado... y con razón. Pero ¿olvidas en qué tiempos y en qué país vivimos? Entre nosotros, el mismo hombre que se ahoga tiene que inventar la paja a la que tiene que agarrarse. ¿Por qué demonios tenemos que ponernos sentimentales? Es necesario, hermanos, enfrentarnos al diablo y no excitarnos como niños...

-¡Ah, por favor, por favor! -interrumpió desesperadamente Nezhdánov y hasta hizo una mueca como si le doliera algo-. Ya sabemos que tú eres un hombre enérgico y que nada te da miedo...

-¿Nada me da miedo? -replicó Paklin.

-¿Quién puede haber traicionado a Basánov? -prosiguió Nezhdánov-. ¡No lo entiendo!

-Un amigo, ya se sabe. Son muy buenos para eso, los amigos. ¡Hay que ser siempre desconfiado! A mí, una vez, un amigo... ¡y parecía un buen tipo; estaba preocupado por mí y por mi reputación! Un día, mira, llega y grita: «¡Vea las historias tan horribles que cuentan de usted! Aseguran que usted envenenó a su padre y que una vez, en una visita, se sentó de espaldas a la señora de la casa y estuvo toda la noche así. Y que ella incluso lloró por el insulto. ¡Vean bien que cosa más absurda, qué tontería! ¡Sólo un idiota podría creer algo así!» ¿Y qué? Un año después tuve una riña con ese mismo amigo... y me escribió en su carta de despedida: «¡Usted, que asesinó a su tío! ¡Usted, que no tuvo vergüenza de insultar a una señora digna sentándose de espaldas a ella!...» y así hasta el final. ¡Vean lo que son los amigos!

Ostrodúmov cambió una mirada con Mashúrina.

-¡Alexéi Dmítrievich! -exclamó él con su voz pesada de bajo. Quería evidentemente evitar una discusión inútil-. Llegó una carta de Moscú, de Vasili Nikoláievich.

Nezhdánov se estremeció ligeramente y bajó los ojos.

¿Qué quiere? -preguntó por fin.

-Nosotros... esto es, yo y ella... -Ostrodúmov indicó a Mashúrina con las cejas-, tenemos que ir allá. -¿Cómo? ¿También ella?

-También.

¿Y que problema hay?

-Ya se sabe... dinero.

Nezhdánov se levantó de la cama y caminó hasta la ventana.

¿Mucho?

-Cincuenta rublos... Menos no llega.

Nezhdánov quedó silencioso.

-En este momento no tengo -murmuró por fin, golpeando con los dedos en el cristal-, pero... puedo conseguirlos. Los conseguiré. ¿Tienes aquí la carta?

-¿La carta? Bien... claro... claro...

-¿Por qué motivo me lo ocultan todo? -gritó Paklin-. ¿No merezco vuestra confianza? Aunque no estuviera de acuerdo completamente... con lo que ustedes pretenden, ¿temen que yo pueda cambiar o revelarlo?

-Sin querer... ¡quizá! -dijo Ostrodúmov.

-¡Ni sin querer ni queriendo! Vean a la señorita Mashúrina mirándome y sonriendo... pero yo digo... -Yo no sonrío -cortó Mashúrina.

-Y yo digo -continuó Paklin-, que ustedes no tienen perspicacia, ¡no saben reconocer quiénes son sus verdaderos amigos! Un hombre ríe y piensan en seguida que no es una

Comentario [Librodot-4]: Se refiere al hambre de 1868, que asoló vastas regiones de Rusia.

Comentario [Librodot-5]: Se refiere al «Moskóvskii védomost'», publicación dirigida por el conocido conservador M.N. Katkov, y al cierre, en 1966, de dos revistas demócratas: «El contemporáneo» [«Sovremennik«] y «La palabra rusa» [«Rússkoe slovo»].

Comentario [Librodot-6]: Considerando las ciencias naturales un criadero de «nihilismo, los conservadores, particularmente M.N. Katkov y el profesor P.M. Leóntiev, intentaban cambiar el sistema de educación para que dominaran las asignaturas apartadas de la vida prática (lengua griega, latín).

Comentario [Librodot-7]: En 1857, por iniciativa de los redactores de la revista universitaria «Sbornik« [«Recull»], fue organizada una Caja de ayuda a los estudiantes, que tuvo un papel muy importante pues había entre ellos casos de extrema miseria. Del 31 de diciembre de 1857 a 1 de junio de 1859, la Caja distribuyó 9.000 rublos mientras durante el mismo período las becas y subvenciones oficiales sólo se elevaban a 7.160 rublos.

Comentario [Librodot-8]: Se refiere a la acción de la Tercera Sección de la Chancillería Imperial, que, entre 1826 y 1888, controlaba la gendarmería incluyendo una red de agentes secretos. Estas funciones sólo en 1880 pasaron al ministerio del interior.

persona seria...

-¿Y no es así? -cortó de nuevo Mashúrina.

-Ustedes, por ejemplo -continuó Paklin con nueva energía, esta vez sin prestar atención a Mashúrina-, ustedes necesitan dinero... y Nezhdánov no lo tiene... Pues yo puedo conseguirlo.

Nezhdánov se volvió rápidamente hacia la ventana.

-No... no... No es necesario. Pediré un adelanto sobre mi mensualidad... Ahora recuerdo que ellos me deben dinero. Y tú, Ostrodúmov, muéstrame la carta.

Ostrodúmov primero se quedó quieto durante unos instantes, después miró alrededor, se levantó, curvó todo el cuerpo y, levantándose los pantalones, sacó de la caña de la bota un trozo de papel azul, por una razón cualquiera lo sopló y lo entregó a Nezhdánov.

Este cogió el papel, lo desdobló, lo leyó atentamente y lo pasó a Mashúrina, que se levantó, lo leyó también y lo devolvió a Nezhdánov, a pesar de que Paklin había también alargado la mano. Nezhdánov se encogió de hombros y pasó la carta secreta a Paklin. Este examinó el papel y, apretando los labios significativamente, lo depositó sobre la mesa con un aire solemne. Entonces Ostrodúmov lo cogió, encendió una cerilla grande, que echaba un fuerte olor a azufre, levantó el papel por encima de la cabeza, como mostrándolo a todos los presentes, lo acercó a la cerilla, sin preocuparse por sus dedos, y dejó las cenizas en la chimenea. Nadie profirió palabra ni se movió durante toda la operación. Todos los ojos estaban bajos. Ostrodúmov tenía un aire concentrado y vivo, el rostro de Nezhdánov parecía furioso, el de Paklin intenso, el de Mashúrina como si asistiera a. una ceremonia religiosa.

Así pasaron dos minutos... Seguidamente todos se sintieron un poco incómodos. Paklin fue el primero que tuvo necesidad de romper el silencio.

¿Qué? -empezó-. ¿Mi sacrificio en el altar de la patria es recibido o no? ¿Me es permitido traer si no los cincuenta, por lo menos veinticinco o treinta rublos para la causa común?

De repente Nezhdánov explotó. Parecía que hervía de fastidio..., que la solemne quema de la carta no había hecho disminuir y sólo esperaba una oportunidad para reventar.

-Ya te he dicho que no es necesario, no es necesario... ¡no es necesario! No lo permito ni lo acepto. Yo mismo conseguiré el dinero, lo conseguiré inmediatamente. ¡No necesito la ayuda de nadie!

-Bien, hermano -observó Paklin-, veo que a pesar de que eres un revolucionario, no eres demócrata.

-¿Por qué no dices directamente que soy un aristócrata?

-Claro que eres un aristócrata... hasta cierto punto.

Nezhdánov dejó escapar una sonrisa forzada.

¿Quieres aludir al hecho de que soy hijo ilegítimo? Te molestas en vano, querido amigo... No te necesito para no olvidarlo.

Paklin extendió los brazos afligido.

-Aliosha, por favor, ¿qué te ocurre? ¿Cómo puedes entender mis palabras de esa manera? Hoy no te reconozco -Nezhdánov hizo un gesto impaciente con la cabeza y con los hombros-. El arresto de Basánov te ha desorientado, pero él tenía tan poco cuidado...

-No ocultaba sus convicciones -observó Mashúrina con aire abatido-. ¡No nos corresponde juzgarle!

-Sí, pero también debía pensar en los otros, a quienes ahora puede comprometer.

¿Por qué? -exclamó Ostrodúmov-. Basánov es un hombre de gran carácter, no denunciará a nadie. ¿Y por qué debía ser cuidadoso? ¡No todos pueden ser cuidadosos, señor Paklin!

Paklin se sentía ofendido y quería discutir, pero Nezhdánov no le dejó.

-¡Señores! -gritó-, por favor ¡dejen la política durante un rato!

Siguió una pausa.

-Hoy encontré a Skoropijin -dijo, por fin, Paklin-, nuestro gran crítico y esteta y entusiasta. ¡Qué tipo tan insoportable! Está siempre hirviendo y resollando como una botella

Comentario [Librodot-9]: Diminutivo de Alexéi.

Comentario [Librodot-10]: Paklin alude al crítico musical y de arte de tendencia liberal V. V. Stásov (18241906), con quien Turguénev tuvo divergencias por cuestiones artísticas. Más tarde Stásov recordó: «He preguntado, sonriendo, a Turguénev: "Muchas personas me garantizan que Skoropijin soy yo. Es cierto, Iván Serguéievich?" Como respuesta, él sonrió también y dijo: "Sí, seguro, en parte es usted, pero también muchos otros...". (»Sévemii véstnik» [.El heraldo del norte»], 1888, núm. 10, pág. 160).

de sopa de col agria podrida... El criado corre con ella, tapándola con el dedo en vez del tapón, con la respiración suspendida... la botella espumea y silba y después de echar toda la espuma... todo lo que queda en el fondo es un poco de materia aguada, asquerosa, que no sólo no apaga la sed a nadie, sino que llegaría para hacemos enfermar... ¡Es un individuo muy peligroso para los jóvenes!

La comparación de Paklin, tan verdadera y acertada, no provocó ninguna sonrisa. Sólo Ostrodúmov observó que los jóvenes que se interesaban por la estética no tenían nada de qué quejarse, aunque Skoropijin los desviara.

-Pero naturalmente -exclamó Paklin con calor (cuanta menos simpatía encontraba más se excitaba)-, esta cuestión no es política pero así mismo es importante. Según Skoropijin, todas las obras de arte antiguas no tienen ningún valor sólo por el simple hecho de que son viejas... De ese modo, el arte, el arte en general, es sólo moda, y no vale la pena hablar seriamente de arte. Si el arte no tiene nada de firme, de permanente... que se lo lleve el demonio. Mirad la ciencia, la matemática, por ejemplo, ¿reconocen a Euler, Laplace, Gauss como locos? Están dispuestos a aceptar su autoridad, pero en cuanto a Rafael o a Mozart... son chiflados. Y ¿por qué nos levantamos contra su autoridad? Las leyes del arte son más difíciles de definir que las de la ciencia... de acuerdo, pero existen... y quien no las ve es porque está ciego, tanto si cierra los ojos voluntaria como involuntariamente... ¡da igual!

Paklin se calló... y nadie dijo nada. Todos apretaban los labios como si les diera mucha pena. Sólo Ostrodúmov observó:

-De todas formas, no siento ninguna lástima por esos jóvenes que van tras Skoropijin.

«¡Ah, ustedes son imposibles!», pensó Paklin. «¡Vale más que me largue!»

Había ido a casa de Nezhdánov para pedir su opinión sobre la revista «Estrella Polar», pasada clandestinamente del extranjero («La campana» ya no existía), pero la conversación había seguido tal rumbo que sería mejor no plantearle la cuestión. Paklin ya había cogido el sombrero cuando, de golpe, sin ningún ruido previo, se oyó en el pasillo una voz admirablemente agradable de barítono, cuyo sonido sugería a alguien inusitadamente noble, educado, incluso fragante.

Comentario [Librodot-11]: «Poliárnaia zvezdá»: revista liberal rusa publicada en Londres de 1855 a 1862 y, a partir de 1869, en Ginebra, por Herzen y Ogarióv.

Comentario [Librodot-12]: «Kólokol»: revista liberal rusa publicada en Londres de 1857 a 1868, por los mismos editores de «Poliárnaia zvezdá».

-¿Está el señor Nezhdánov?

Todos se miraron sorprendidos.

¿Está el señor Nezhdánov? -repitió la voz. -Sí -respondió finalmente Nezhdánov.

La puerta se abrió despacio y, quitándose lentamente el sombrero lustroso de su bella y elegante cabeza, entró en la habitación un hombre de unos cuarenta años, alto, fuerte y majestuoso. Llevaba una chaqueta de bella tela con un excelente cuello de castor, aunque ya estaba a punto de finalizar abril. Impresionó a todos -a Nezhdánov, a Paklin, incluso a Mashúrina... ¡incluso a Ostrodúmov!- por su porte elegante, simple y cortés. Todos se levantaron instintivamente a su entrada.

III

AQUEL hombre tan elegante se dirigió a Nezhdánov y, con una sonrisa amable, dijo: -Tuve ya el placer de encontrarle e incluso de conversar con usted, señor Nezhdánov, anteayer, debe acordarse... en el teatro. -El visitante se detuvo, como si esperara; Nezhdánov bajó ligeramente la cabeza y se ruborizó-. ¡Sí!... y hoy he venido a verle a causa del anuncio que he leído en el periódico... Me gustaría conversar con usted, si a sus visitas no les importa...

Hizo una reverencia delicada con la cintura y, cogiendo una silla por el respaldo, la atrajo hacia sí, pero no se sentó -pues todos estaban de pie-, y sólo miró alrededor con sus ojos brillantes, aunque entreabiertos.

-Adiós, Alexéi Dmítrievich -dijo de golpe Mashúrina-, volveré más tarde.

-Y yo -añadió Ostrodúmov-. Yo también... después.

Sin la mínima atención hacia el visitante cuando pasó por su lado, Mashúrina alargó la mano a Nezhdánov, la apretó con fuerza y salió sin mirar a nadie. Ostrodúmov la siguió, haciendo un ruido innecesario con las botas e incluso resoplando una o dos veces: «¡Ahí te quedas con un cuello de castor!» El visitante los siguió con una mirada educada pero ligeramente curiosa. Dirigió después esa mirada a Paklin, como esperando que siguiera el ejemplo de los otros, pero Paklin, en cuyo rostro, desde su llegada, jugueteaba una sonrisa peculiarmente reprimida, se retiró hacia un rincón y se instaló allí. Entonces el visitante se sentó. Nezhdánov también.

-Mi nombre es Sipiaguin. Quizá ya haya oído hablar de mí -empezó el visitante con modesto orgullo.

Pero antes tenemos que contar las circunstancias en las que Nezhdánov se había encontrado anteriormente con él.

Con ocasión de la venida de Sadovski a San Petersburgo, fue presentada la pieza de Ostrovski *Cada cual a su* trineo. El papel de Rusakov es, como se sabe, uno de los preferidos del conocido actor. Antes de la cena, Nezhdánov fue a la taquilla, donde había mucha gente. Quería un lugar de platea, pero en el momento en que iba a llegar a la ventanilla, un oficial que estaba detrás alargó a la empleada, por encima de la cabeza de Nezhdánov, un billete de tres rublos:

Comentario [Librodot-13]: «Ne v svoí saní ne sadís'».

-Él -o sea, Nezhdánov- seguramente espera el cambio y yo no. Déme un asiento de primera fila... ¡tengo mucha prisa!

-Disculpe, señor oficial -exclamó rudamente Nezhdánov-, yo también quiero un asiento de primera fila -y alargó un billete de tres rublos, todo el dinero que tenía en aquel momento.

Recibió la entrada y por la noche apareció en el sector aristocrático del teatro Alexandrinski.

Iba mal vestido, sin guantes, con las botas sucias, incómodo y furioso consigo mismo por sentirse tan molesto. Sentado a su derecha estaba un general con numerosas estrellas; a la izquierda, el mismo hombre elegante llamado Sipiaguin, cuya aparición dos días después tanto asombró a Mashúrina y Ostrodúmov. El general, de vez en cuando, miraba a Nezhdánov, como a algo indecente, inusual y hasta ofensivo; Sipiaguin le observaba de lado, pero sin animosidad. Todos los rostros que rodeaban a Nezhdánov parecían grandes personajes. Se conocían muy bien unos a otros y cambiaban pequeñas conversaciones, observaciones, exclamaciones, saludos, incluso por encima de su cabeza. Pero él se quedó allí sentado sin moverse, incómodo en su gran y confortable poltrona, sintiéndose como un paria. Amargado y avergonzado, se sintió mal, la comedia de Ostrovski, así como la representación de Sadovski, le produjeron poco placer. Y de golpe -¡oh, maravilla!-en uno de los intervalos, su vecino de la izquierda -no el general lleno de estrellas sino el otro, sin ninguna señal de distinción en el pecho- le habló delicadamente y con amabilidad, con una cierta timidez. Empezó a hablar de la pieza de Ostrovski, quería saber la opinión de Nezhdánov por ser «un representante de la nueva generación». Sorprendido y un poco receloso, al principio Nezhdánov le respondió bruscamente y con monosílabos... hasta que el corazón le empezó a latir y se sintió vejado. ¿Por qué había de preocuparse? ¿No era un hombre como otro cualquiera? Y empezó a expresar sus opiniones libremente, sin restringirse, abierto, y cerca del final incluso en una voz tan alta y con tanto entusiasmo, que alarmó a su vecino estrellado. Nezhdánov era un ardiente admirador de Ostrovski, pero a pesar de todo el talento y genio del conocido autor, en la comedia *Cada cual a su trineo* no podía dejar de sentir claramente que quería disminuir la civilización a través del personaje burlesco de Vijoriov. Su amable vecino le escuchó con la mayor atención, con simpatía, y en el segundo intervalo le habló de nuevo, no ya de la comedia de Ostrovski sino de varios asuntos de la vida, de la ciencia y hasta de problemas políticos. Estaba evidentemente interesado en su joven y elocuente vecino. Nezhdánov no sólo no se sintió constreñido, sino que incluso empezó a exagerar, como si dijera: «Si tienes curiosidad, ¡aquí tienes!» Pero el general ya no estaba intranquilo sino indignado y desconfiado. Cuando la pieza terminó, Sipiaguin se despidió muy amablemente de Nezhdánov, pero no le preguntó el nombre ni le dio el suyo. Mientras esperaba su carruaje a

la puerta, encontró un viejo amigo, ayudante de campo, el Príncipe G. «Te vi desde mi palco», le dijo el Príncipe a través del bigote perfumado, «¿sabes con quién estuviste hablando?» «No, no lo sé...» «Un muchacho muy listo, ¿verdad?» «Muy listo. ¿Quién es?» El Príncipe se acercó a él y le murmuró al oído, en francés: «Es mi hermano. Sí, es mi hermano. Ilegítimo, claro... se llama Nezhdánov. Un día te contaré... Mi padre no esperaba una de estas, por eso le llamó Nezhdánov. Pero le cuidó... *il lui a fait un sort...* Le damos una mensualidad. Es listo y tuvo una buena educación gracias al padre. Pero perdió el juicio, parece que es republicano... No lo recibimos... *Il est impossiblen* Pero disculpa, mi carruaje está allí.» El Príncipe se marchó, y al día siguiente Sipiaguin leyó en el periódico «La Gaceta de la Policía» el anuncio con las señas de Nezhdánov y fue a verle.

Comentario [Librodot-14]: Nezhdánov significa «aquél que no es esperado».

Comentario [Librodot-15]: Le hizo un legado.

Comentario [Librodot-16]: ¡Es imposible!

Comentario [Librodot-17]: Politséiskaia Védomost.

-Mi nombre es Sipiaguin -dijo, sentándose en una silla de mimbre y examinándole con una mirada dignificante-. Supe por el periódico que desea trabajo y he venido a ofrecerle una posición. Estoy casado y tengo un hijo de nueve años, un niño, debo decirle francamente, muy dotado. Pasamos la mayor parte del verano y el otoño en la provincia, en S., a menos de cinco verstas de la capital del distrito. Mi propuesta es esta: ¿le interesa estar allá durante las vacaciones y enseñar gramática e historia a mi hijo? ¿No son esas las asignaturas que menciona en su anuncio? Creo que se llevará bien conmigo, con mi familia y con el vecindario. Tenemos un bello jardín, un río, el aire es excelente, la casa espaciosa... ¿Está de acuerdo? En ese caso sólo nos queda saber sus condiciones, aunque no creo -añadió Sipiaguin con una pequeña mueca- que a ese respecto pueda surgir ninguna dificultad entre nosotros.

Durante todo el tiempo que Sipiaguin habló, Nezhdánov no apartó los ojos de él, de su pequeña cabeza un poco inclinada hacia un lado, de su frente baja, estrecha, pero inteligente, de su fina nariz romana, de sus ojos agradables, de sus labios rectos, por donde salían sus palabras amables, de sus patillas a la manera inglesa; miraba y pensaba: «Pero ¿qué es esto? ¿Por qué razón este hombre me busca? ¡Este aristócrata y yo! ¿Qué tenemos nosotros en común? ¿Qué le trae hasta mí?»

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no abrió la boca cuando Sipiaguin calló esperando una respuesta. Echó una mirada hacia el rincón donde, observándole también, se encontraba Paklin. «¡Quizá la presencia de una tercera persona le impida contestar!» Levantó las cejas, como subordinándose a aquel ambiente donde había entrado de libre voluntad y, levantando también la voz, repitió la pregunta.

Nezhdánov se estremeció.

-La verdad es que -dijo apresuradamente-, estoy... acepto... con placer... sólo tengo que admitir... que no puedo dejar de sentirme sorprendido... no tengo recomendaciones... y las opiniones que manifesté anteayer en el teatro deberían haberle ahuyentado...

-En eso está completamente equivocado, mi querido Alexéi... ¡Alexéi Dmítrich! Es éste su nombre, ¿verdad? -dijo Sipiaguin con una sonrisa-. Me atrevo a decirle que soy conocido como un hombre de convicciones liberales, progresistas. Y, por el contrario, sus opiniones, con la única reserva de lo que en ellas había de juvenil, de exagerado... ¡no se ofenda!... no divergen mucho de las mías... y hasta me encantó el entusiasmo propio de su juventud.

Comentario [Librodot-18]: Los patronímicos rusos pueden tener diversas formas, a partir del nombre del padre con varios sufijos, por lo que Dmítrievich y Dmítrich (más adelante se encontrará aún Dmítriev) son realmente formas diferentes del mismo patronímico.

Sipiaguin habló sin la mínima vacilación. Como miel, sus palabras escurrían suavemente.

-Mi mujer comparte mis ideas -continuó-. Los puntos de vista de usted quizá estén más cerca de los de ella que de los míos, lo que es natural, puesto que ella es más joven que yo. Cuando el otro día, después de nuestro encuentro, leí su nombre en el periódico y, contra la costumbre general, su dirección (había sabido ya su nombre en el teatro) entonces... ese... hecho me chocó. Vi en él... en esa coincidencia... perdóneme por ser supersticioso... por decirlo de alguna manera, el dedo del destino. Usted habló también de recomendaciones. Pero no me hacen ninguna falta. Su aire, su personalidad despertaron mi simpatía. Estoy acostumbrado a creer en mi intuición. Entonces... ¿está de acuerdo?

-Sí... ciertamente... -respondió Nezhdánov-. Intentaré ser digno de su confianza. Sólo hay una cosa de la que quiero informarle antes: estoy dispuesto a ser profesor de su hijo, pero no a cuidarle. No tengo aptitud para eso... y no quiero atarme, no quiero perder mi libertad.

Sipiaguin agitó levemente la mano como si ahuyentara una mosca.

Librodot

-Puede estar tranquilo... Usted no está hecho para eso, para ser criado. Yo no necesito un criado. Buscaba un profesor... y le encontré. Bien, ¿y sobre las condiciones? Ya sabe..., las condiciones financieras... el vil metal...

Nezhdánov no sabía qué decir.

-Mire -dijo Sipiaguin, inclinando el cuerpo hacia adelante y tocándose la rodilla con la punta de los dedos- entre gente seria estas cosas se resuelven con dos palabras. Le doy cien rublos al mes y gastos de viaje por mi cuenta. ¿De acuerdo?

Nezhdánov se ruborizó de nuevo.

-Es mucho más de lo que yo habría pedido... porque... yo...

-Magnífico, magnífico... -interrumpió Sipiaguin-. Considero el asunto resuelto... y le considero ya un miembro de la casa -se levantó de la silla y, de repente, estaba muy alegre y expansivo, como si hubiese recibido un regalo. Todos sus movimientos exhibían una cierta familiaridad amable e incluso juguetona-. Marchamos dentro de pocos días -dijo con desenvoltura-, me agrada mucho estar en el campo cuando llega la primavera, aunque sea un hombre siempre muy ocupado, agarrado a la ciudad... Me gustaría que empezara a contar su primer mes a partir de hoy. Mi mujer y mi hijo ya están en Moscú. Me precedieron. Les encontraremos en el campo... en el seno de la naturaleza. Nosotros iremos juntos... como solteros. ¡Ah! ¡Ah! -Sipiaguin rió por la nariz de una manera coqueta-. Y ahora...

Sacó del bolsillo de su abrigo una cartera plateada y negra, de la cual extrajo una tarjeta.

-Aquí está mi morada de invierno. Venga a verme mañana... a eso del mediodía. Allí hablaremos mejor. Me gustaría contarle algunas de mis ideas sobre educación... Bien... y convendremos el día de la partida -Sipiaguin apretó la mano de Nezhdánov-. Y, a propósito -dijo, bajando la voz e inclinando un poco la cabeza-, si necesita un anticipo... Por favor, ¡sin cumplidos! Puedo darle un mes de adelanto.

Nezhdánov no sabía qué responder y miraba pensativo aquel rostro brillante, amistoso y a la vez extraño, pero que le era a la vez tan íntimo y que le sonreía animosamente.

¿No necesita? ¿No? -susurró Sipiaguin.

-Si me permite, se lo diré mañana -murmuró por fin Nezhdánov.

-¡Espléndido! En ese caso, ¡adiós! ¡Hasta mañana! -Sipiaguin dejó la mano de Nezhdánov y se dispuso a salir.

-Me dijo hace poco que supo mi nombre en el teatro -dijo Nezhdánov antes de que el otro marchara-. ¿Puedo preguntarle quién se lo dijo?

¿Quién? Ah, una persona que le conoce muy bien, parece que es pariente suyo, el Príncipe... el Príncipe G.

-¿El ayudante de campo?

-Sí, él mismo.

Nezhdánov se ruborizó aún más que antes y abrió la boca... pero no dijo nada. Sipiaguin le apretó de nuevo la mano, pero esta vez sin mediar palabra y, haciendo una reverencia primero a él y después a

Paklin, junto a la puerta se puso el sombrero y salió con una sonrisa de satisfacción en el rostro, lo que revelaba la profunda impresión que aquella visita le había causado.

IV

APENAS Sipiaguin había tenido tiempo de pasar el umbral, ya Paklin saltaba de su silla y, corriendo hacia Nezhdánov, le felicitaba.

-¡Que magnífico pez! -repetía Paklin, riendo y moviendo las piernas-. ¿Y sabe quién es? ¡Es un hombre famoso, un chambelán, uno de los pilares de nuestra sociedad, futuro ministro!

-Me es totalmente desconocido -observó Nezhdánov, abatido.

Paklin abrió los ojos desesperado.

-He ahí nuestro problema, Alexéi Dmítrich: ¡no conocemos a nadie! Queremos actuar, queremos girar el mundo cabeza abajo, pero vivimos fuera de ese mismo mundo, sólo con dos

o tres amigos, apretados en el mismo lugar...

-Disculpe -dijo Nezhdánov-, pero eso no es verdad. Lo que en realidad nos ocurre, es que no queremos mezclarnos con nuestros enemigos, sino con nuestros amigos, con el pueblo...

-¡Espera, espera, espera! -le interrumpió Paklin-. En primer lugar, y relativo a los enemigos, recuerda los versos de Goethe:

Wer den Dichter will versteh'n,

Muss in Dichter's Lande geh'n...

Comentario [Librodot-19]: Quien quiere al poeta entender, Debe en su tierra vivir...

a los que yo añado:

Wer die Feinde *will versteh 'n*

Muss in Feindes *Lande geh'n*

Comentario [Librodot-20]: Quien quiere al enemigo entender, Debe en su tierra vivir...

»Estar apartado de nuestros enemigos, no conocer sus hábitos ni su vida... es absurdo. ¡Ab-sur-do!... ¡Sí! ¡Sí! Si yo quiero matar un lobo en el monte, he de conocer todos sus escondites... Además, ahora mismo hablaste de mezclarte con el pueblo... ¡Oh, amigo mío! En 1862, los polacos formaron sus bandas en el monte y nosotros vamos ahora a ese mismo monte, o sea al pueblo, que para nosotros es tan denso y oscuro como el monte para los polacos.

-Entonces, según tu opinión, ¿que deberíamos hacer?

-Los hindúes se lanzaban bajo las medas del Juggernaut -continuó Paklin tristemente-, que les aplastaba, y morían en éxtasis. Nosotros también tenemos nuestro Juggernaut... Y también nos aplasta, pero sin éxtasis.

-Entonces, en tu opinión, ¿qué deberíamos hacer? -repitió Nezhdánov, casi gritando-. ¿Escribir novelas de propaganda?

Paklin juntó las manos e inclinó la cabeza hacia su hombro izquierdo.

-Sea como sea, tú podrías escribir novelas, ya que tienes una vena literaria... Bien, no te enfades, no diré nada más. Sé perfectamente que no te gusta que te hable de eso, pero estoy de acuerdo contigo: escribir estas anécdotas tan rellenas y encima en estilo moderno: «¡Ah! ¡Te quiero! -*saltó* ella...», «¡Da igual! -dijo él rascándose», es muy triste. Por eso repito: conoce primero todas las clases empezando por las más altas. No debemos depender sólo de tipos como Ostrodúmov. Son personas muy dignas y honestas... pero son muy estúpidos.

Mira sólo a nuestro amigo. Ni tan siquiera las suelas de sus botas son como las que usan las personas inteligentes. ¿Por qué razón huyó hace poco? ¡No quería estar en la misma sala con un aristócrata, respirar el mismo aire que él!

-Por favor, no hables así de Ostrodúmov delante de mí -contestó Nezhdánov groseramente-. Usa botas gruesas porque son baratas.

-No quería decir eso... -replicó Paklin.

-Y si no quiere estar en la misma sala con un aristócrata -continuó Nezhdánov levantando la voz-, sólo merece elogios, y lo que es más, significa que es capaz de sacrificarse, afrontar la muerte, cosa que nosotros nunca haremos.

Paklin hizo una mueca triste y señaló sus piernas torcidas y flacas.

-¿Cómo puedo yo luchar, mi querido Alexéi Dmítrich? ¡Por favor! Pero más allá de todo eso... repito: estoy muy contento de que te hayas acercado al señor Sipiaguin ya que en este acercamiento preveo incluso gran utilidad a nuestra causa. ¡Llegarás a los altos círculos! Verás las «leonas», esas mujeres con cuerpos de terciopelo y resortes de acero, como se dice en las «Cartas sobre España». ¡Conócelas, mi querido, conócelas! Si tú fueras un epicúreo, tendría miedo por ti. Pero esos no son realmente tus objetivos.

Comentario [Librodot-21]: Como eran conocidas las mujeres de la aristocracia rusa a mediados del siglo X*IX.*

Comentario [Librodot-22]: *Pis'ma ob Ispánii,* de V.P. Botkin (1811-1869), que se refiere a la gracia de las mujeres españolas precisamente con estas palabras.

-Voy a trabajar -dijo Nezhdánov-, para no tener que apretarme el cinturón... -«Y para

desembarazarme de vosotros», pensó.

-¡Claro, claro! Y por eso te digo: ¡aprende! ¡Qué perfume dejó ese bárin!

Comentario [Librodot-23]: El bárin es el propietario rural, amo de siervos en la Rusia zarista. Normalmente no pertenecía a la aristocracia, sino que formaba una clase media alta poderosa, que era el principal soporte del régimen.

Paklin olió el aire.

-¡El auténtico «ámbar» con el que soñaba la mujer del gobernador en *El inspector* de Gogol!

-Habló de mí con el Príncipe G. -observó Nezhdánov sordamente, acercándose de nuevo a la ventana-. Ahora debe de saber toda mi historia.

-No debe, ¡puedes estar seguro de que la sabe! Pero ¿que importancia tiene eso? Apuesto a que fue precisamente por eso por lo que pensó contratarte. Es evidente que tú eres un aristócrata... por la sangre, o sea, uno de los suyos. Pero me estoy retrasando. Tengo que volver a mi despacho, al despacho del explotador. ¡Adiós, hermano!

Paklin se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió.

-Oye, Aliosha -dijo con una voz insinuante-, ya me rechazaste hace poco y ahora tendrás dinero, ya lo sé, pero aún así ¡permíteme que me sacrifique un poco por nuestra causa común! No puedo hacer nada más, excepto con el bolsillo. Mira, he puesto un billete de diez rublos sobre la mesa. ¿Aceptas?

Nezhdánov no respondió ni se movió.

-Quien calla otorga. ¡Gracias! -exclamó Paklin alegremente. Y desapareció.

Nezhadánov se quedó solo. Continuó mirando por la ventana el patio triste, donde ni siquiera en el verano entraba el sol, y se sintió descorazonado.

Nezhdánov era hijo, como ya sabemos, del Príncipe G., un rico ayudante de campo, y de la señorita de compañía de su hija, una muchacha muy bonita que murió en el parto. Nezhdánov tuvo la primera educación como interno en un colegio dirigido por un suizo, un pedagogo enérgico y severo, y después entró en la universidad. Quería estudiar Derecho, pero el general, su padre, que odiaba a los nihilistas, lo dirigió hacia la «estética», como Nezhdánov decía con una sonrisa amarga, o sea, hacia la facultad de Historia y Filología. Su padre acostumbraba a verle como máximo tres o cuatro veces al año, pero se interesaba por él, y cuando se murió le dejó «en memoria de Nastionka» (la madre), un capital de seis mil rublos de plata, cuyos intereses, con el nombre de «mensualidad», le daba su hermano, el Príncipe G. Con razón, pues, Paklin decía que era un aristócrata. Todo en él recordaba su origen: la pequeñez de las orejas, las manos, los pies, las facciones pequeñas pero finas, la piel delicada, el pelo ondeado, la propia voz, ligeramente gutural pero agradable. Era muy nervioso, muy presumido, susceptible e incluso antojadizo. La falsa posición con que se encontró desde la infancia le tornó sensible e irritable, pero su generosidad natural no había permitido que se volviese desconfiado y receloso. Esta misma falsa posición de Nezhdánov era la causa de una profunda inconsistencia que dominaba todo su ser. Aseado hasta la exageración, horriblemente sensible, intentaba ser cínico y hablar con rudeza; era un idealista por naturaleza, apasionado y casto, osado y tímido a la vez y, como un pecador arrepentido, se avergonzaba de sus pecados y de su castidad y consideraba un deber reírse del idealismo. Tenía un corazón tierno y evitaba a los demás; se amargaba, pero nunca olvidaba el mal. Se enfureció con el padre por haberle lanzado a la «estética», y se interesó abiertamente por la política y las cuestiones sociales, abrazó las opiniones más extremistas (¡que para él no eran simples frases!), pero secretamente sacaba gran placer de las artes, de la poesía, de la belleza en todas sus manifestaciones... e incluso escribía versos. Ocultaba cuidadosamente el cuaderno donde los copiaba, y de sus amigos en San Petersburgo, sólo Paklin, debido a su especial intuición, sospechaba de su existencia. Nada hería ni ofendía más a Nezhdánov que cualquier mención a su poesía, a esa su, como él decía, imperdonable debilidad. El profesor suizo le había enseñado muchas cosas y no temía el trabajo; trabajaba con placer, bastante, honesta y febrilmente, pero sin continuidad. Los amigos le apreciaban... Les atraía su sentido natural de la justicia, su generosidad y pureza de intenciones; pero Nezhdánov no había nacido bajo una buena estrella y la vida no le era fácil. Pensaba que estaba bien que fuese así, pero se sentía solo, a pesar del afecto de los amigos.

Continuó de pie meditando delante de la ventana. Le venían pensamientos tristes y opresivos sobre su próximo viaje, sobre el nuevo e inesperado cambio de su destino... Pero le daba pena abandonar San Petersburgo; no dejaría nada que le fuera particularmente querido; y sabía que estaría de regreso en el otoño. Sin embargo, dudaba: se sentía involuntariamente melancólico.

«¡Qué magnífico profesor!», pensó. «¡Qué pedagogo!»

Casi estaba a punto de censurarse por haber aceptado los deberes de profesor. Y hubiera sido injusto hacerlo. Nezhdánov tenía suficiente cultura y, a pesar de su temperamento inestable, los niños le aceptaban sin dificultad y a él mismo le gustaban los niños. La tristeza que le dominaba se debía a la sensación que generalmente siente una persona cuando tiene que mudarse de lugar, un sentimiento experimentado por todas las personas soñadoras y desconocido por los temperamentos enérgicos, sanguíneos, que siempre se alegran con cualquier interrupción que destruya la rutina de la vida. Nezhdánov estaba tan inmerso en sus pensamientos, que, poco a poco, casi sin darse cuenta, empezaron a tomar la forma de palabras; sus sensaciones divagadoras empezaron a ordenarse en cadencias medidas...

-¡Diablo! exclamó en voz alta-. ¡Parece que esté escribiendo poesía!

Se encogió de hombros y se apartó de la ventana; vio sobre la mesa el billete de diez rublos de Paklin, se lo metió en el bolsillo y empezó a pasear por la habitación.

-Tengo que conseguir el anticipo -pensó-. ¡Qué buena sugerencia! Cien rublos... de mis hermanos, de Sus Excelencias, cien rublos... Necesito cincuenta para pagar las deudas, cincuenta o sesenta para el viaje... el resto es para Ostrodúmov. Hay todavía lo que me hadado Paklin. Es también para él... Y aún puedo conseguir algo de Merkúlov...

Durante estos cálculos, las anteriores cadencias rítmicas se reafirmaron. Se quedó allí, pensando... con los ojos fijos en el mismo lugar. Después, sus manos, como a tientas, buscaron y abrieron el cajón de la mesa, del cual sacaron un cuaderno muy usado...

Se dejó caer en la silla, con la misma mirada, cogió la pluma y, canturreando a media voz y sacudiendo de vez en cuando el pelo ondeado, empezó a escribir línea tras línea, a veces tachando y volviendo a escribir.

La puerta que daba al corredor se abrió un poco y apareció la cabeza de Mashúrina. Nezhdánov no se dio cuenta y continuó con su trabajo. Mashúrina estuvo mucho tiempo de pie mirándole atentamente y, sacudiendo la cabeza, retrocedió. Pero Nezhdánov se enderezó de golpe, miró alrededor y, al verla, exclamó aburrido:

¯¡Ah, es usted! -y lanzó el cuaderno al cajón.

Entonces Mashúrina entró de nuevo en la habitación con pasos firmes.

-Ostrodúmov me pidió que viniera -dijo ella lentamente-, para saber cuándo podremos tener el dinero. Si puede tenerlo hoy, aún podríamos marchar esta noche.

-Hoy no puede ser -dijo Nezhdánov frunciendo la frente-. ¿Puede venir mañana?

-¿A qué hora?

-A las dos.

-De acuerdo.

Mashúrina quedó callada durante unos instantes y, de golpe, le alargó la mano.

-Parece que le interrumpí, perdón. Pero... me marcho. ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Quería despedirme.

Nezhdánov apretó sus dedos colorados, fríos.

-¿Vio a aquel hombre aquí hace poco? -empezó él-. Llegamos a un acuerdo. Me voy a su casa en la provincia S., cerca de la capital.

El rostro de Mashúrina se abrió con una sonrisa alegre.

-¡Cerca de S.! Entonces quizá aún nos encontremos. Es posible que nos manden allá -Mashúrina suspiró-. Ah, Alexéi Dmítrich...

-¿Qué hay? -preguntó Nezhdánov.

Mashúrina tenía un aire tenso.

-Nada, ¡perdón! ¡Nada!

Le apretó la mano una vez más y salió.

«En todo San Petersburgo no hay nadie que me trate tan amablemente como esta...

Librodot

persona tan excéntrica», pensó. «Pero no debía haberme interrumpido... Sin embargo, era con la mejor de las intenciones.»

A la mañana siguiente, Nezhdánov se dirigió a casa de Sipiaguin y fue recibido en un magnífico despacho amueblado al viejo estilo pero de acuerdo con la dignidad de un estadista liberal. Este, sentado tras una enorme mesa sobre la cual se acumulaban numerosos papeles inútiles, en el orden más rígido, y numerosos cortaplumas de marfil que nunca habían cortado nada, habló, y durante una hora entera Nezhdánov escuchó al librepensador haciendo brotar sus sabias, corteses, condescendientes palabras. Al final recibió un anticipo de cien rublos, y diez días después se sentaba en el asiento de terciopelo de un compartimiento reservado de primera clase, al lado de aquel estadista sabio y liberal, camino de Moscú; a través de los raíles trepidantes del ferrocarril de Nikoláievski.

V

EN la sala de visitas de una gran casa de piedra con columnas y un frontispicio griego, construida en los años veinte del presente siglo por el padre de Sipiaguin, conocido agrónomo y «pendenciero», Valentina Mijáilovna, esposa de Sipiaguin, una mujer muy bella, esperaba en cualquier momento la llegada del marido, después de haber recibido un telegrama. La decoración de la sala de visitas era del mejor estilo moderno, de gusto delicado: todo allí era bello y acogedor, todo, desde los agradables paños de cretona y las cortinas a las variadas porcelanas, bronces y cristalerías dispuestos sobre mesas y aparadores, todo armonizándose suave y ordenadamente -y bien combinado- con los alegres rayos de sol de un día de mayo que entraban por las grandes ventanas abiertas. La atmósfera de la sala, pesada por el olor de lirios de los valles (grandes ramos de estas bellas flores primaverales estaban distribuidos por la sala), era agitada de vez en cuando por una brisa leve que soplaba suavemente procedente del jardín.

Comentario [Librodot-24]: O sea, del siglo XIX

¡Qué bello cuadro! Y la propia señora de la casa, Valentina Mijáilovna Sipiaguin, lo completaba, le daba significado y vida. Era una mujer alta, de unos treinta años, pelo castaño oscuro, morena, pero fresca, con un rostro semejante al de la Madonna Sixtina, con los ojos aterciopelados, maravillosos, profundos. Tenía los labios algo gruesos y pálidos, los hombros un poco altos, las manos un poco grandes... Pero, a pesar de todo eso, cualquier persona que la viera caminando por la sala de visitas, inclinando su frágil cintura sobre las flores y con una sonrisa en los labios o arreglando alguna maceta china, o componiendo rápidamente el pelo reluciente delante de un espejo, entreabriendo los ojos tan bellos; cualquier persona, decimos nosotros, ciertamente diría para sí, o incluso en voz alta, que nunca había encontrado un ser más fascinante.

Un bello chiquillo de unos nueve años, con un traje de cuadros, las piernas descubiertas, embadurnado de pomadas y con el pelo muy rizado, entró corriendo a la sala y paró de golpe al ver Valentina Mijáilovna.

-¿Qué hay, Kolia? -preguntó ella. Tenía la voz suave y aterciopelada como los ojos.

Comentario [Librodot-25]: Diminutivo de Nikolái.

-Mamá, mira -empezó el muchacho, confuso-, la tía me mandó... a buscar unos lirios de los valles... para su habitación... ella no tiene...

Valentina Mijáilovna puso la mano bajo la barbilla del hijo y levantó su cabeza llena de pomada.

-Di a la tía que pida lirios de los valles al jardinero, que estos son míos... No quiero que los toquen. Dile que no me gusta que me desordenen las cosas. ¿Puedes repetir todo esto?

-Sí... -murmuró el pequeño.

-Entonces, repite.

-Digo... digo... que tu no quieres.

Valentina Mijáilovna rió. Y también su risa era suave. -Veo que aún no se te pueden dar recados. Da igual, dile lo que quieras.

El muchacho besó apresuradamente la mano adornada de anillos de la madre y corrió hacia fuera.

Valentina Mijáilovna le siguió con la vista, suspiró, se dirigió hasta una jaula de alambre dorado cerca de la pared, donde, equilibrándose cuidadosamente con el pico y las garras, se encontraba un papagayo verde, le acarició con la punta del dedo; después se dejó caer en un sofá estrecho y, cogiendo de una pequeña mesa redonda el último número de la «Revue des Deux Mondes», empezó a hojearla.

Una tos respetuosa la hizo mirar alrededor. En la puerta estaba un criado con una bella librea y corbata blanca.

-¿Qué hay, Agafón? -preguntó Valentina Mijáilovna con la misma voz suave.

-Está aquí Semión Petrróvich Kaloméitsev. ¿Le hago pasar?

-Sí, claro. Y di a Marianna Vikéntievna que venga a la sala de visitas.

Valentina Mijáilovna lanzó la «Revue des Deux Mondes» encima de la mesita y, recostándose en el sofá, levantó los ojos hacia el techo, pensativa, en una actitud que le sentaba muy bien.

Por la manera como Semión Petrróvich Kaloméitsev, un hombre joven, de treinta y dos años, entró en la sala, familiar, desenvuelto y lánguido; por la manera como, de golpe, se iluminó agradablemente, como hizo una reverencia de lado y como se enderezó graciosamente después; como le habló no muy austeramente ni con demasiada amabilidad; como cogió respetuosamente y depuso un beso en la mano de Valentina Mijáilovna, por todo eso se podía ver que el recién venido no era un provinciano, no era un simple vecino rico, sino un auténtico «gran señor» de San Petersburgo, de la más alta sociedad. Iba vestido a la última moda inglesa: la punta_ colorida del pañuelo de cambray le salía del bolsillo de la chaqueta matinal; en una cinta negra bastante ancha se balanceaba un monóculo; el tono claro de los guantes de gamuza armonizaba con los pantalones de cuadros. Iba muy bien afeitado, tenía el pelo corto y el rostro un poco afeminado, con los ojos pequeños, juntos, la nariz achatada, los labios carnosos y rojos, hacían patente la buena disposición de un caballero bien nacido. Respiraba afabilidad... que fácilmente se transformaba en desprecio, incluso en rudeza, si alguien se atrevía a molestarle o perturbar sus principios conservadores, patrióticos y religiosos. Entonces el refinamiento se transformaba instantáneamente; sus ojos delicados se encendían con un brillo cruel; su bella boca profería palabras malsonantes -y ¡recurría a las autoridades!

La familia de Semión Petrróvich procedía de sencillos jardineros. Su bisabuelo había recibido el nombre del lugar donde había nacido: Koloméntsov... Pero su abuelo ya lo había transformado, pasando a escribirlo Kaloméitsev, su padre escribía Kaloméitsev y, por fin, Semión Petrróvich le cambió la e en *iat y,* muy seriamente, se consideraba un auténtico aristócrata; llegaba a decir que su familia descendía de los famosos barones Von-Gallenmeier, uno de los cuales había sido mariscal de campo durante la Guerra de los Treinta Años. Semión Petrróvich trabajaba en la corte ministerial, donde era chambelán; su patriotismo le había impedido entrar en la carrera diplomática para la que todo parecía llamarle: la educación, los hábitos de sociedad, el éxito con las mujeres, *y* el mismo porte... *mais quiter la Russie?Jamais!* Kaloméitsev ocupaba las mejores posiciones y tenía las mejores relaciones. Pasaba por ser un hombre prometedor y de confianza -*«un peu trop... féodal dans ses opinions»,* como observó el príncipe B., una de las lumbreras del mundo oficial de San Petersburgo. Kaloméitsev había venido a pasar dos meses en el campo, para cuidar de la finca, o sea, «para amenazar y tiranizar» a sus campesinos. «¡De otra manera no se avanza!», acostumbraba a decir.

Comentario [Librodot-26]: Letra del antiguo alfabeto ruso, con el mismo valor de la *e, y* por la cual fue realmente substituida en la reforma ortográfica de 1918.

Comentario [Librodot-27]: Pero ¿salir de Rusia? ¡Nunca!

Comentario [Librodot-28]: Un poco demasiado... feudal en sus opiniones.

-Creía que Boris Andreích ya había llegado -empezó él balanceándose suavemente de una pierna a otra. De golpe se enderezó y miró de lado, en una pose muy significativa.

Valentina Mijáilovna hizo una pequeña mueca. ¿De otro modo no hubiera venido?

Kaloméitsev retrocedió un paso ante esta respuesta tan injusta y absurda de la señora Sipiaguin.

-¡Valentina Mijáilovna! -exclamó-. Por favor, ¿cómo puede decir tal cosa...?

-Bien, bien, bien, siéntese. Boris Andreích no tardará. Ya envié el carruaje a la estación a recogerle. Si espera un poco... podrá verle. ¿Qué hora es?

-Las dos y media -respondió Kaloméitsev, sacando del bolsillo del chaleco un gran reloj de oro esmaltado y mostrándolo a Valentina Mijáilovna-. ¿Ya vio mi reloj? Es un regalo de Mijaíl, sabe... el príncipe servio... Obrénovich. Aquí están sus iniciales... vea. ¡Gran compañero! Y tiene una mano de hierro, como debe tener un gobernante. ¡Oh, no le gustan nada las bromas! No... no... ¡nada!

Kaloméitsev se dejó caer en un sillón, cruzó las piernas y empezó lentamente a quitarse el guante izquierdo.

-Aquí, en nuestra provincia, ¡sí que nos haría falta un hombre como Mijaíl!

¿Y por qué? ¿No está satisfecho con la situación? Kaloméitsev frunció la nariz.

-¡Es este Consejo Rural! ¡Este Consejo Rural! ¿Para qué sirve esto? Sólo debilita la administración y excita... las ideas equivocadas... -Kaloméitsev hizo gestos enel aire con la mano izquierda liberada de la presión del guante- ...y las falsas esperanzas -se sopló la mano-. Ya hablé del caso en San Petersburgo... *mais,* bah! Es aquí donde soplan los malos vientos. Incluso su marido... por ejemplo, ¡pero él es un conocido liberal!

La señora Sipiaguin se enderezó en el sofá.

-¿Cómo? ¿Usted, *m'sié* Kaloméitsev, oponiéndose al Gobierno?

-¿Yo? ¿Oponiéndome? ¡Nunca! ¡Nada de eso! *Mais j'ai mon franc parler.* Algunas veces puedo criticar, pero siempre obediente.

-Pues en mi caso es lo contrario: no critico... y no soy obediente.

-Ah, mais c'est un mot! Yo, si me lo permite, repetiré esa frase a mi amigo *Ladislas, vous savez,* que está escribiendo una novela sobre la alta sociedad y ya me leyó algunas partes. ¡Será fascinante! *Nous aurons enfin le grand monde russe peint par luí méme.*

-¿Dónde se publicará?

-Evidentemente, en «El heraldo ruso». Es nuestra «Revue des Deux Mondes». Veo que la lee.

-Sí, pero en los últimos tiempos ha estado muy aburrida.

-Quizá... quizá... Y «El heraldo ruso» también, hace algún tiempo, por usar una expresión vulgar, es algo tostón.

Kaloméitsev sonrió abiertamente. Le divirtió haber dicho la palabra «tostón».

-Mais c'est un journal qui se respecte -continuó-. Y eso es lo principal. Lamento tener que decírselo, pero... la literatura rusa me interesa poco. Es todo tan horriblemente vulgar actualmente. Hemos llegado al punto en que la protagonista de una novela es una cocinera, *parole d'honneur!* Pero la novela de Ladislas, sí, esa sí la leeré. *Il y aura le petít mot pour ríre...* y tendrá objetivo. ¡Objetivo! Los nihilistas serán aplastados... y en eso estoy de acuerdo con el pensamiento de Ladislas, *qui est tras* correct.

-Lo que ya no puede decirse de su pasado -observó la señora Sipiaguin.

Ah!Jetons un voile sur les erreurs de sa jeunesse! -exclamó Kaloméitsev, quitándose el otro guante.

La señora Sipiaguin entreabrió los ojos y le miró con coquetería.

-Semión Petrróvich -exclamó-, ¿puedo preguntarle por qué razón, cuando habla ruso, utiliza tantas palabras francesas? Me parece un poco pasado de moda, si me permite la observación...

-¿Por qué? ¿Por qué? No todos dominan magistralmente su idioma materno como, por ejemplo, Valentina Mijáilovna. En cuanto a mí, tengo un gran respeto por la lengua rusa. No hay como el ruso para dar órdenes o para fines gubernamentales. ¡Me gusta mantener el idioma puro! ¡Me inclino ante Karamzín!... Pero el ruso, por decirlo así, como idioma de cada día... ¿Cómo será posible utilizarlo? Por ejemplo, cómo diría de repente, *de tout á l'heure: «C'est un motes?* ¿«Es una palabra»? ¡No!

-Yo diría: una expresión feliz.

Kaloméitsev rió.

-¡Una expresión feliz! ¡Mi querida Valentina Mijáilovna! Realmente, ¿no siente que... huele a instituto... que desapareció toda la sal?

Comentario [Librodot-29]: Mijaíl III Obrénovich, rey de Servia de 1860 a 1868.

Comentario [Librodot-30]: Se refiere al Zemstvo, consejo electivo de distrito creado en Rusia después de la emancipación de los siervos y que funcionó entre 1864 y 1917.

Comentario [Librodot-31]: Pero, ¡ay!

Comentario [Librodot-32]: Pero hago mis confidencias.

Comentario [Librodot-33]: ¡Ah, eso es una broma!

Comentario [Librodot-34]: Ladislao, ¿sabe?

Comentario [Librodot-35]: Alusión a Boleslav Mijáilovich Markévich (18221884), novelista, enemigo furibundo del movimiento democrático, que trabajó durante muchos años en el ministerio del interior.

Comentario [Librodot-36]: Tendremos finalmente la alta sociedad rusa pintada por ella misma.

Comentario [Librodot-37]: «Russkii véstnik».

Comentario [Librodot-38]: Pero es una revista digna de respeto.

Comentario [Librodot-39]: ¡Palabra de honor!

Comentario [Librodot-40]: Tendrá un poco de humor.

Comentario [Librodot-41]: Que es muy correcto.

Comentario [Librodot-42]: ¡Ah, echemos un velo sobre los errores de su juventud!

Comentario [Librodot-43]: Importante escritor (1766-1826), que tenía como lema: «Escribir como se habla y hablar como se escribe.» Junto con Pushkin, es considerado uno de los fundadores del moderno idioma literario ruso y de la literatura rusa.

-No me convence. Pero ¿dónde está Marianna? Sonó el timbre y entró un criado.

-Mandé llamar a Marianna. ¿No se lo han dicho?

El criado iba a responder, cuando detrás de él, en la puerta, apareció una muchacha con una blusa amplia, oscura, y con el pelo corto. Era Marianna Vikéntievna Siniétskaia, sobrina de Sipiaguin por el lado materno.

VI

PERDON, Valentina Mijáilovna -dijo Marianna acercándose-, estaba ocupada y me demoré. Después hizo una reverencia a Kaloméitsev y, retirándose un poco de lado, se sentó en un pequeño taburete cerca del papagayo que, tan pronto la vio, empezó a aletear y a acercarse a ella.

-¿Por qué te sientas tan lejos, Marianna? -preguntó la señora Sipiaguin, que la había seguido con la mirada hasta el taburete-. ¿Quieres estar cerca de tu amiguito? Vea esto, Semión Petróvich -dijo ella, volviéndose hacia Kaloméitsev-, el papagayo está simplemente perdido de amores por nuestra Marianna...

-¡No me sorprende nada!

-Y a mí no me soporta.

-Eso, sí, ¡es sorprendente! ¿Quizá le haya reñido?

-Nunca, al contrario. Incluso le doy terrones de azúcar. Pero no come nada de mi mano. No... es un caso de simpatía... y antipatía...

Marianna miró severamente a la señora Sipiaguin... y la señora Sipiaguin le devolvió la mirada.

Aquellas dos mujeres no se gustaban.

Comparada con su tía, Marianna podía parecer casi «grosera». Su rostro era redondo, con una nariz grande, aquilina, los ojos grises, también grandes y muy brillantes, cejas finas, labios finos. Su pelo era castaño y espeso, y lo llevaba corto. Parecía tímida. Pero de todo su ser se desprendía algo fuerte e impetuoso, algo atrevido y apasionado. Tenía las manos y los pies pequeños. Su cuerpo, bajo, fuerte y flexible, recordaba una estatuilla florentina del siglo XVI. Sus movimientos eran gráciles y suaves.

La posición de Sinétskaia en la casa de Sipiaguin era bastante difícil. Su padre había sido un hombre muy inteligente y progresista, de origen polaco, que había llegado al puesto de general. Pero cuando se descubrió que había desviado fondos del cuartel... fue juzgado y condenado a la pérdida del puesto, de la nobleza, y al exilio en Siberia. Después fue indultado... Regresó, pero no tuvo fuerzas para empezar de nuevo. Murió en la miseria. Su esposa, hermana de Sipiaguin, madre de Marianna (no tenían más hijos que ella), no aguantó el choque de la pérdida de la posición y murió poco después que el marido. El tío Sipiaguin recibió a Marianna en su casa. Pero a ella, vivir con esta dependencia le repugnaba; deseaba la libertad con todas las fuerzas de su alma tenaz, y entre ella y la tía hervía una constante lucha latente. La señora Sipiaguin la consideraba una nihilista y una atea y, por su lado, Marianna odiaba a la tía por su involuntario despotismo. Evitaba al tío, como evitaba a las demás personas. Las evitaba, pero no les tenía miedo; su naturaleza no era cobarde.

-La antipatía -repitió Kaloméitsev-, es un sentimiento extraño. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que yo soy un hombre profundamente religioso, ortodoxo, en toda la acepción de la palabra, pero a la vista de la cabellera revoloteante de un cura... no puedo quedarme indiferente: en seguida me irrito.

Para ilustrarlo, Kaloméitsev incluso levantó dos veces las manos cerradas como si el pecho se le agitase.

-De una manera general, el pelo le molesta mucho, Semión Petróvich -observó Marianna-. Estoy segura de que tampoco le agrada verlo corto, como el mío.

La señora Sipiaguin levantó las cejas lentamente y dejó caer la cabeza, como sorprendida por la familiaridad con que hoy en día las muchachas se metían en las

conversaciones, pero Kaloméitsev sonrió con condescendencia.

-Claro -dijo-, no puedo dejar de lamentar que unos bellos caracoles como los suyos, Marianna Vikéntievna, caigan bajo las hojas impías de un par de tijeras, pero no me despiertan antipatía: de cualquier manera...

su ejemplo incluso me podría... me podría... *convertir!*

Kaloméitsev no encontraba la palabra rusa, pero no quería hablar francés después de la observación de la señora de la casa.

-Gracias a Dios, Marianna todavía no usa gafas -observó la señora Sipiaguin-, y aún no ha dejado de lado cuellos y puños, aunque desgraciadamente estudie ciencias naturales y se interese por cuestiones feministas... ¿Verdad, Marianna?

Aquello era dicho con el fin evidente de molestarla, pero Marianna no se dejó perturbar.

-Sí, tía -respondió-, leo todo lo que se escribe sobre esos problemas. Tengo que comprender lo que es esta cuestión.

-¡Eso es juventud! -exclamó la señora Sipiaguin dirigiéndose a Kaloméitsev-. Nosotros ya no nos ocupamos de esas cosas, ¿verdad?

Kaloméitsev sonrió con simpatía: tenía que entrar en el juego de aquella señora tan amable.

-Marianna Vikéntievna -continuó él- aún está llena de ideas... el romanticismo de la juventud... que... con el tiempo...

-Por otro lado, estoy siendo injusta para conmigo -le interrumpió la señora Sipiaguin-, pues esas cuestiones también me interesan. Aún no soy vieja.

-También a mi me interesan -añadió Kaloméitsev apresuradamente-. Lo que pasa es que yo prohibo que se hable de esas cosas.

¿Prohibe que se hable de eso? -interrumpió Marianna.

-¡Sí! Yo diría al público: Interésense a gusto... pero hablar... ¡chitón! -y se puso un dedo en los labios-. Por lo menos, sin la menor duda, ¡prohibiría que se hablara de eso en la *prensa!*

La señora Sipiaguin sonrió.

¿Qué? ¿Tendría una comisión nombrada por los ministros para controlar esta cuestión?

-Naturalmente. ¿No cree que decidiríamos mejor nosotros que no todos esos gandules hambrientos que no ven más allá de sus narices e imaginan que son... genios? Podríamos nombrar a Borís Andréievich como presidente.

Comentario [Librodot-44]: Otra forma del patronímico Andreích.

La señora Sipiaguin rió aún más.

-Tiene que tener prudencia, porque Boris Andreích acostumbra a ser un poco jacobino...

-Jacó, jacó, jacó -gritó el papagayo.

Valentina Mijáilovna agitó el pañuelo en su dirección.

-¡No interrumpas a las personas inteligentes cuando conversan!... Marianna, enséñale buenas maneras.

Marianna se volvió hacia la jaula y empezó a golpear suavemente con el dedo el cuello del papagayo, que en seguida se acercó a ella.

-Sí -continuó la señora Sipiaguin-, Borís Andreích a menudo me sorprende incluso a mí. Hay en él un talante... un talante... de tribuno.

-*C'est parce qu'il est orateur!* -exclamó entusiásticamente Kaloméitsev en francés-. Su marido tiene el don de la palabra como nadie, y está acostumbrado...ses *propres paroles le grisent…* *y* hay en él el deseo de popularidad... Sin embargo, actualmente está un poco preocupado, ¿verdad? *Il bonde? Eh?*

Comentario [Librodot-45]: ¡Es porque él es orador!

Comentario [Librodot-46]: Sus propias palabras le cautivan...

Comentario [Librodot-47]: Está irritado, ¿verdad?

La señora Sipiaguin puso los ojos en Marianna.

-Yo no me he dado cuenta de nada -dijo, después de una corta pausa.

-Sí -continuó Kaloméitsev, pensativo-, por Pascua estaba un poco preocupado.

La señora Sipiaguin dirigió de nuevo la mirada hacia Marianna.

Kaloméitsev sonrió y entornó los ojos, dando a entender que comprendía.

-¡Marianna Vikéntievna! -exclamó él de golpe, con un tono de voz innecesariamente alto-. ¿Este año piensa dar de nuevo clases en la escuela?

Marianna respondió:

¿Y eso le interesa, Semión Petrróvich?

-Sin duda, me interesa mucho.

-¿Prohibiría *eso?*

-A los nihilistas les prohibiría incluso pensar en escuelas. Pero con éstas en manos del clero... ¡incluso yo sería capaz de dirigir una!

-Mire, pues no sé qué haré este año. El año pasado fue todo tan mal. ¿Y cómo se puede organizar una escuela en verano?

Mientras hablaba, Marianna estaba muy colorada, como si le costara un gran esfuerzo continuar. Aún se sentía muy observada.

-¿No estás suficientemente preparada? -preguntó la señora Sipiaguin con ironía en la voz.

-Quizá no.

¿Cómo? exclamó de nuevo Kaloméitsev-. ¿Qué oigo? ¡Oh dioses! ¿Qué preparación se necesita para enseñar el abecé a las hijas de los campesinos?

En ese momento, Kolia entró en la sala a grandes voces: «¡Mamá, mamá! ¡Papá ya llega!», y detrás de él, bamboleándose en sus gruesas piernas, apareció una vieja de pelo blanco, sombrero y un chal amarillo, que también comunicó que había llegado Bórenka.

La vieja era Anna Zajárovna, una tía de Sipiaguin. Todos corrieron a la entrada, bajo la escalera y hacia los peldaños de la puerta principal. Una larga alameda de pequeños abetos corría directamente hacia la carretera y por ella rodaba un carruaje de cuatro caballos. Valentina Mijáilovna, de pie, delante de todos, agitaba un pañuelo. Kolia gritaba de satisfacción. El cochero detuvo calmosamente los caballos, que resollaban. Un criado bajó del asiento y casi arrancó la puerta del carruaje en su esfuerzo para abrirla. Y, con una sonrisa condescendiente en los labios, en los ojos, en todo el rostro, con un movimiento gracioso de hombros, dejando caer su capa, Boris Andréievich saltó al suelo. Valentina Mijáilovna le envolvió graciosamente el cuello con sus brazos y le besó tres veces. Kolia, pateando, tiraba de la chaqueta del padre... pero éste besó antes a Anna Zajárovna y, quitándose rápidamente el sombrero de cuadros, saludó a Marianna y Kaloméitsev, que habían llegado también a la puerta (Kaloméitsev le dio un fuerte *shakehands* inglés, «de badajo», como una campana tocando) y sólo entonces se volvió hacia el hijo. Le cogió, levantándole por debajo de los brazos y se lo acercó al rostro.

Comentario [Librodot-48]: Apretón de manos.

Durante toda esta escena, Nezhdánov había salido del carruaje inadvertidamente, como un culpable, y se había quedado junto a la puerta del carruaje, sin quitarse el sombrero y observando todo por debajo de las cejas... Mientras había estado abrazando a su marido, Valentina Mijáilovna, había mirado penetrantemente por encima de su hombro a aquel nuevo personaje. Sipiaguin ya la había informado de que llevaba consigo un profesor.

Todo el grupo continuó cambiando abrazos y apretones de mano con el señor de la casa, mientras subían la escalera, donde se alineaban, a ambos lados, los principales criados. No le besaron la mano -esa costumbre «asiática» había sido abandonada hacía mucho- y sólo hicieron una reverencia respetuosa, pero Sipiaguin respondió más con las cejas y la nariz que con la cabeza.

Nezhdánov también siguió al grupo escalera arriba. Inmediatamente después de llegar al vestíbulo, Sipiaguin, que ya le había buscado con la mirada, le presentó a la mujer, a Anna Zajárovna y a Marianna, y dijo a Kolia:

-Es tu profesor. ¡Debes escucharle! ¡Estréchale la mano!

Kolia alargó tímidamente la mano a Nezhdánov, después le miró fijamente pero, como no encontró evidentemente allá nada de interesante, de nuevo se volvió hacia su «papá». Nezhdánov se sintió incómodo, como en el teatro. Llevaba una chaqueta vieja, bastante simple; su rostro y sus manos estaban cubiertos de polvo del viaje. Valentina Mijáilovna le dijo algo amablemente, pero él no comprendió y no contestó, sólo observó que ella era muy bella y abrazaba al marido con extraordinario afecto. No le gustó el pelo rizado y lleno de pomada de Kolia y, cuando miró a Kaloméitsev pensó: «¡Qué tipo tan lustroso!», y no prestó más atención a los otros. Sipiaguin giró la cabeza dos veces con un gesto majestuoso, como observando sus penates, una pose que sentaba muy bien a sus largas patillas y a su cuello

corto. Después, con una voz alta y resonante, y algo ronca a causa del viaje, gritó a uno de los criados:

-¡Iván! Acompaña al señor profesor al cuarto verde y cuida de su equipaje -y explicó a Nezhdánov que podía ir a descansar un poco y arreglarse, pues la cena era servida a las cinco en punto. Nezhdánov hizo una reverencia y siguió a Iván al cuarto «verde», que estaba en el segundo piso.

Todos se fueron a la sala de visitas. Allí, una vez más se repitieron los saludos. Una vieja nodriza ciega apareció con una reverencia. Por consideración a sus años, Sipiaguin le dio la mano a besar y, pidiendo disculpas a Kaloméitsev, se retiró a su habitación acompañado de la esposa.

VII

L cuarto al que Nezhdánov fue conducido era espacioso y limpio, y tenía ventanas que daban al jardín. Estaban abiertas y una leve brisa agitaba las cortinas blancas, que revoloteaban como velas, y las dejaba caer de nuevo. Por el techo se deslizaban suave mente reflejos dorados; toda la habitación estaba llena de la humedad fresca de la primavera. Nezhdánov empezó por dispensar al criado. Después sacó sus cosas de la maleta, se lavó y se vistió. El viaje le había agotado completamente. La presencia constante, durante dos días, de un extraño con quien conversó mucho, le había arruinado los nervios; una cierta amargura, que no era tedio ni mal humor, se había acumulado misteriosamente dentro de su ser. Estaba furioso consigo mismo por su falta de coraje, pero el corazón le gemía.

Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín. Era un parque a la manera antigua, con la tierra muy negra, como ya no se veían cerca de Moscú. Se encontraba en una gran colina que bajaba en cuatro partes separadas: Delante de la casa, a unos doscientos pasos, había un jardín con flores, paseos rectos de cascajo, grupos de acacias y lilas y bancales redondos. A la izquierda, pasada la puerta del establo, junto a la era, había un pomar densamente poblado de manzanos, perales, ciruelos, morales y madroños. Delante mismo de la casa se extendía una gran alameda, cuadrada, de tilos. A la derecha una avenida de chopos plateados se extendía ante la vista; a través de un grupo de sauces se avistaba un naranjal. Todo el parque estaba envuelto con sus primeras hojas verdes; aún no se oía el zumbido fuerte de los insectos de verano; las hojas tiernas susurraban, los pinzones cantaban por allí, dos tórtolas arrullaban en un árbol, se oía un cuco solitario mudando cada vez de lugar; desde lejos, más allá de la laguna de la fábrica, venía el ruido agudo de los grajos, así como el crujido de las ruedas de un sinnúmero de carros. Y, por encima de todo, flotaban soñadoramente leves nubes, esparciéndose como el pecho de un pájaro enorme y perezoso. Nezhdánov miró, escuchó, y sorbió el aire fresco a través de sus labios entreabiertos...

El desánimo casi le dejó y le dominó una gran serenidad.

Entretanto, abajo, en la habitación, hablaban de él. Sipiaguin contaba a su mujer cómo le había conocido y lo que le había dicho el Príncipe G., así como las conversaciones que habían mantenido durante el viaje.

-Un muchacho listo -repitió-, y educado. Es cierto que es un revolucionario, pero sabes bien que para mí eso no tiene importancia. Sea como fuere, esa gente tiene ambiciones. Y Kolia es demasiado pequeño para poder ser influido por esos disparates.

Valentina Mijáilovna escuchó al marido con afecto y al mismo tiempo con una sonrisa divertida, casi como si le estuviese contando una broma extraña y graciosa. Era muy agradable que su *seigneur et maitre*, un hombre tan respetable e importante, pudiera ser tan travieso, como si sólo tuviera veinte años. De pie delante del espejo, con una camisa blanca como la nieve y tirantes azules, Sipiaguin se cepillaba la cabeza a la manera inglesa, con dos cepillos, mientras Valentina Mijáilovna, encogiendo los pies bajo el pequeño diván turco donde estaba sentada, empezó a contarle cosas de la administración de la casa, de la fábrica de

Comentario [Librodot-49]: Amo y señor.

papel, que -¡ah!- no iba tan bien como se podía esperar, del cocinero, que había que cambiar, de la iglesia, cuyo estuco se había caído, de Marianna, de Kaloméitsev...

Entre marido y mujer había la más completa confianza y comprensión; ciertamente vivían en «amor y armonía», como se decía en los viejos tiempos; así, cuando Sipiaguin, después de arreglarse, pidió galantemente las manos de Valentina Mijáilovna, y ella se las alargó y vio, con orgullo y afecto, cómo él se las besaba una tras otra, el sentimiento que se expresaba en las caras de ambos era un sentimiento bello y auténtico, aunque en ella brillasen un par de ojos dignos de Rafael, y en él los ojos normales de un simple «funcionario».

A las cinco en punto, Nezhdánov bajó para la cena, que fue anunciada no con una campanilla sino con un gong chino. Todos estaban ya reunidos en el comedor.

Sipiaguin de nuevo le saludó desde detrás de su alta corbata y le mostró su plaza en la mesa, entre Anna Zajárovna y Kolia. Anna Zajárovna era una vieja solterona, hermana del padre de Sipiaguin; se desprendía de ella un olor de alcanfor, como de un vestido viejo, y tenía un aire nervioso y abatido. Hacía en la casa el papel de ama o aya de Kolia y de su rostro arrugado surgió una expresión de desagrado cuando Nezhdánov se sentó entre ella y su pupilo. Kolia miró hacia el lado, a su nuevo vecino, y vio en seguida que el profesor estaba confuso y no muy relajado: no levantaba la cabeza y casi no comía nada. Kolia quedó satisfecho pues temía que el profesor fuese severo y se enfadase. Valentina Mijáilovna miraba también a Nezhdánov.

«Parece un estudiante», pensaba ella, «y sin experiencia de la sociedad, pero tiene una cara interesante y el color del cabello es original, como el de aquellos apóstoles que los viejos maestros italianos siempre pintaban de rojo. Y tiene las manos finas.»

Realmente todos miraban a Nezhdánov, pero tuvieron pena de él y le dejaron en paz de momento. El se dio cuenta de ello y quedó satisfecho a la vez que furioso. Kaloméitsev y Sipiaguin llevaban el peso de la conversación. Hablaron del Consejo Rural, del gobernador, del impuesto de carreteras, de los campesinos que redimían las tierras, de conocidos comunes de Moscú y San Petersburgo, del instituto del señor Katkov que ahora estaba de moda, de la dificultad de encontrar personal, de multas y de daños causados por el ganado en los campos, incluso hablaron de Bismarck, de la guerra de 1866, y de Napoleón III, que Kaloméitsev apoyaba con todo entusiasmo. El joven chambelán exhibió las opiniones más retrógradas y llegó al punto, jugueteando, claro, de proponer un brindis que un conocido suyo hizo en una fiesta de su santo: «Bebo al único principio que reconozco: ¡el azote y Roederer!»

Valentina Mijáilovna frunció la frente y observó que aquella frase era *de trés mauvais goút.* Sipiaguin expresó, por el contrario, las opiniones más liberales; refutó delicadamente los argumentos de Kaloméitsev e incluso se mofó un poco de él.

-Su terror a la emancipación, mi querido Semión Petrróvich -le dijo-, me recuerda una nota que nuestro muy respetado Alexéi Ivanych Tveritínov escribió en 1860 y que leía en todos los salones de San Petersburgo. Era particularmente notable una frase sobre el siervo liberado, que marcharía por la faz de la patria con una antorcha en la mano. Debería haber visto a nuestro querido Alexéi Ivánovich soplando con todas sus fuerzas y pestañeando sus ojos pequeños, cómo exclamaba con su boca de muchacho: ¡An-toorcha! ¡Vendrán de antorcha!» Bien, llegó la emancipación... ¿Dónde está ese mujik de antorcha?»

-Tveritínov -dijo Kaloméitsev, con simpatía-, estaba equivocado sólo con el mujik, pero hay otros.

A estas palabras, Nezhdánov, que hasta entonces apenas había advertido a Marianna, que estaba sentada un poco más adelante, cambió una mirada con ella y en seguida sintió que ambos, él y aquella muchacha solemne, tenían las mismas convicciones y el mismo pensamiento. Ella no le había producido ninguna impresión cuando Sipiaguin les había presentado; ¿por qué motivo, pues, cambiaba ahora una mirada precisamente con ella? Se preguntaba si no era triste estar allí sentado escuchando opiniones como aquellas y no protestar, y con su silencio dejar que los otros pensaran que él estaba de acuerdo. Nezhdánov miró de nuevo a Marianna y le pareció que en sus ojos encontraba la respuesta a su pregunta: «Espera un poco, aún no es el momento... no vale la pena... más tarde... hay tiempo...»

Se alegró de pensar que ella le comprendía. Continuó escuchando la conversación.

Comentario [Librodot-50]: El instituto Katkov abrió en 1868. Ver nota 6.

Comentario [Librodot-51]: Guerra de Rusia contra el emir de Bujará, por la que su territorio (actual RSS de Uzbekistán), fue anexionado.

Comentario [Librodot-52]: De muy mal gusto.

Comentario [Librodot-53]: Iványch y Ivánovich son dos formas del mismo patronímico.

Valentina Mijáilovna apoyaba al marido y se mostraba aún más liberal, aún más radical que él. No comprendía, «decididamente no comprendía,» cómo un hombre joven y educado podía sostener ideas tan anticuadas.

-De todos modos -añadió-, estoy convencida de que dice estas cosas sólo como pretexto para discutir. ¿Qué le parece, Alexéi Dmítrich? -se dirigió con una sonrisa amable a Nezhdánov (que se admiró de que_ ella supiera su nombre y patronímico)-, sé que no comparte las opiniones de Semión Petróvich: Boris me habló de las conversaciones que tuvo con él durante el viaje.

Nezhdánov se ruborizó, se inclinó sobre el plato y murmuró cualquier cosa imperceptible: no porque fuera tímido, pero no estaba acostumbrado a conversar con personajes tan importantes. La señora Sipiaguin continuó sonriéndole; el marido bajó la cabeza aprobando... Entonces Kaloméitsev puso, sin prisa, el monóculo entre la órbita y la nariz y miró a aquel estudiante que se atrevía a no compartir sus «temores».

Bien, *de esa manera* era difícil turbar a Nezhdánov; por lo contrario, en seguida se enderezó y fijó la mirada en aquel funcionario de la alta sociedad y, tan instintivamente como había sentido en Marianna a una camarada, en Kaloméitsev sintió a un enemigo. Kaloméitsev tuvo el mismo sentimiento; se quitó el monóculo, se giró e intentó reír descuidadamente... pero no le salió bien. Sólo Anna Zajárovna, que le adoraba secretamente, estaba mentalmente de su lado y se puso aún más furiosa con el indeseable vecino que la separaba de Kolia.

Poco después la cena terminó. Todos fueron a la terraza a tomar café. Sipiaguin y Kaloméitsev encendieron un puro cada uno. Sipiaguin ofreció a Nezhdánov un regalia auténtico, pero éste lo rehusó.

-¡Ah, sí! -exclamó Sipiaguin-. Olvidé que sólo fuma de sus cigarillos.

-Un gusto curioso -observó Kaloméitsev entre dientes.

Nezhdánov por poco no reventó. «Conozco muy bien la diferencia entre un regalia y un cigarillo, pero no quiero depender de nadie», casi le saltó de la lengua. Pero se contuvo; puso esta segunda insolencia «a la cuenta» de su enemigo.

-¡Marianna! -llamó de golpe la señora Sipiaguin en voz alta-. No hagas cumplidos a causa del nuevo amigo... fuma tu cigarillo tranquilamente. Tanto más -añadió ella, dirigiéndose a Nezhdánov-, que, según parece, entre los vuestros todas las señoras fuman.

-E... exactamente -respondió Nezhdánov con sequedad. Fue la primera palabra que dirigió a la señora Sipiaguin.

-Yo no fumo -continuó ella, entornando con galantería sus ojos de terciopelo-. Estoy anticuada.

Como para irritar a la tía, Marianna cogió, lenta y cuidadosamente, un cigarillo y una pequeña caja de cerillas y empezó a fumar. Nezhdánov también empezó a fumar, después de pedir lumbre a Marianna.

La tarde era magnífica. Kolia y Anna Zajárovna fueron hacia el jardín; los demás se quedaron aún casi una hora en la terraza para disfrutar del fresco. La conversación estaba muy animada... Kaloméitsev condenaba la literatura; Sipiaguin se mostró liberal, insistió en la libertad e independencia de la literatura, señaló su utilidad, incluso indicó el ejemplo de Chateaubriand, a quien el Emperador Alexéi Pávlovich había otorgado la orden de San Andrés. Nezhdánov no tomó parte en la discusión; Sipiaguin le observaba con una expresión de aprobación por su modestia y, por otro lado, con sorpresa.

Después pasaron a la sala de visitas para tomar el té.

-Aquí en casa, Alexéi Dmítrich -dijo Sipiaguin a Nezhdánov-, hay el mal hábito de jugar a las cartas e incluso jugamos a un juego prohibido, la *stukolka...* No insisto en que tome parte... pero quizá Marianna quiera tocarnos algo al piano. Espero que le guste la música. Y, sin esperar respuesta, Sipiaguin cogió una baraja de naipes. Marianna se sentó al piano y tocó, ni bien ni mal, algunas «romanzas sin palabras» de Mendelssohn.

-*Charmant! Charmant! Quel touché!* -gritaba de vez en cuando Kaloméitsev, pero la exclamación era sólo fruto de la delicadeza. A Nezhdánov, en contra de la esperanza

Comentario [Librodot-54]: ¡Encantador! ¡Encantador! ¡Qué toque!

manifestada por Sipiaguin, no le gustaba la música.

Mientras, Sipiaguin y su esposa, Kaloméitsev y Anna Zajárovna, se sentaron para jugar a cartas... Kolia vino a despedirse y, habiendo recibido la bendición de los padres y un gran vaso de leche con té, se fue a la cama; el padre le llamó aún para decirle que mañana empezarían sus clases con Alexéi Dmítrich. Poco después, al ver que Nezhdánov estaba desocupado por la sala y hojeaba sin interés los álbumes fotográficos, Sipiaguin le dijo que no hiciera cumplidos y se fuese a descansar, pues seguro que estaba fatigado del viaje y que en su casa la principal divisa era la libertad.

Nezhdánov aprovechó esta oportunidad y, haciendo una reverencia a todos, salió. En la puerta, topó con Marianna y, mirándola de nuevo a los ojos, quedó convencido de que serían camaradas, aunque ella no sólo no le hubiese sonreído sino que incluso le frunció la frente.

Fue a su habitación, que estaba rebosante de una suave frescura: la ventana había estado abierta todo el día. En el jardín de delante, un ruiseñor hacía oír su trino alto y suave; en el cielo nocturno, nublado y caliente, la luna brillaba sobre la copa redonda de los tilos. Nezhdánov encendió una vela; una mariposa nocturna gris vino del jardín oscuro directamente hacia la llama, voló a su alrededor, mientras la brisa soplaba y agitaba la llama azulamarillenta.

-¡Es extraño! -pensó Nezhdánov, ya en la cama-. Esta gente... parecen buenas personas, liberales, incluso humanos... pero estoy tan confuso. El chambelán... Bien, la mañana es más sensata que la noche... Sentimentalismos no sirven.

Pero en ese momento, fuera, el guardia de la finca golpeó con fuerza su bastón y gritó:

-Estoy... ¡aquí!

-¡Atención! -le respondió otra voz triste.

-¡Ah, Dios mío! ¡Es como estar en una cárcel!

VIII

NZHDÁNOV se despertó temprano y, sin esperar a que el criado apareciera, se vistió y se fue al gran jardín, bello y bien cuidado. Algunos jornaleros rastrillaban los paseos; por entre los arbustos verdes se veían los pañuelos rojos en las cabezas de las muchachas campesinas con rastrillos. Nezhdánov fue hasta el lago: la niebla matinal ya se había levantado, sólo algunas curvas de sus márgenes aún estaban ocultas. El sol, todavía bajo, lanzaba una luz rosada sobre el metálico sedoso de su gran superficie. Cinco carpinteros estaban ocupados con la balsa; un barco pintado hacía poco se balanceaba de un lado a otro, creando una leve ondulación en el agua. Las voces de los hombres sonaban poco y con un tono preocupado; todo estaba inmerso en la calma de la mañana, y todos estaban ocupados con el trabajo matinal, todo daba una sensación de orden y regularidad en la vida cotidiana. Y de golpe, en el otro extremo de la alameda, avistó a la encarnación misma del orden y la regularidad: Sipiaguin, que se acercaba.

Llevaba una chaqueta marrón, como si fuera una bata, y un sombrero de cuadros; se apoyaba en un bastón inglés de bambú, y su rostro acabado de afeitar respiraba satisfacción; inspeccionaba su propiedad. Sipiaguin saludó amablemente a Nezhdánov.

-¡Ah! exclamó-. ¡Veo que es un joven madrugador! -evidentemente con eso quería no tanto expresar con un tópico su aprobación, sino destacar el hecho de que Nezhdánov, como él mismo, no se quedaba mucho tiempo en la cama-. A las ocho todos tomamos té en el comedor y a las doce almorzamos. A las diez dará su primera clase de ruso a Kolia y a a las dos la de historia. Mañana, 9 de mayo, es el día de su nombre y no habrá clases, pero me gustaría que empezaran hoy.

Comentario [Librodot-55]: Equivalente al día del santo.

Nezhdánov bajó la cabeza y Sipiaguin se despidió a la manera francesa, esto es, levantando varias veces muy deprisa la mano hacia los labios y a la nariz, y siguió su camino silbando y agitando el bastón enérgicamente, no como un funcionario o un dignatario

importante sino como un buen *country gentleman* ruso.

Comentario [Librodot-56]: Caballero rural.

Nezhdánov estuvo en el jardín hasta las ocho, disfrutando de la sombra de los viejos árboles, del aire fresco, del canto de los pájaros. El sonido del gong le llamó y fue a encontrarse con todos en el comedor. Valentina Mijáilovna le saludó amistosamente. En su vestido matinal, le pareció verdaderamente bella. El rostro de Marianna tenía su habitual expresión seria y severa. A las diez en punto empezó la primera clase en presencia de Valentina Mijáilovna, que preguntó antes a Nezhdánov si le molestaba y se quedó todo el tiempo sentada y quieta. Kolia era un chico inteligente; después de los inevitables primeros momentos de incertidumbre e incomodidad, la clase fue muy bien. Valentina Mijáilovna quedó claramente satisfecha con Nezhdánov y se dirigió a él varias veces con simpatía. Él resistió... aunque no demasiado. Valentina Mijáilovna estuvo presente también en la segunda clase, la de historia de Rusia. Explicó, con una sonrisa, que en este tema le hacia falta instrucción no menos que a Kolia, y estuvo igualmente quieta y callada como durante la primera clase. Entre las tres y las cinco, Nezhdánov se quedó en su habitación escribiendo cartas y sintiéndose... exactamente ni aburrido ni desesperado; sus nervios cansados se habían tranquilizado un poco. A la hora de la cena, estuvieron otra vez tensos, aunque Kaloméitsev no había aparecido y la actitud delicada de los señores de la casa no había cambiado; pero esa misma atención puso a Nezhdánov furioso. Para empeorar las cosas, su vecina, la vieja solterona Anna Zajárovna, estaba claramente enfadada, Marianna seguía muy seria y el mismo Kolia ya le daba puntapiés sin cumplidos bajo la mesa. Sipiaguin también parecia indispuesto. Estaba muy descontento con el administrador de la fábrica de papel, un alemán, que, sin embargo, cobraba un gran sueldo. Empezó por insultar a todos los alemanes en general, después anunció que era en cierta manera un eslavófilo, aunque no fanático, y se refirió a un joven ruso que, según se decía, dirigía de una manera excelente una fábrica perteneciente a un comerciante de la vecindad; tenía muchas ganas de conocer a ese Solomin. Por la noche apareció Kaloméitsev. Su propiedad estaba sólo a diez verstas de «Arzhánov», el pueblo de Sipiaguin. Apareció también un cierto juez de paz, un mayorazgo, del tipo tan admirablemente descrito por Lérmontov en sus conocidos versos:

Todo escondido tras la corbata, frac hasta los pies...

Bigote, voz temblorosa -y mirada triste.

Llegó otro vecino con aire abatido, desdentado, pero impecablemente vestido; llegó el médico comarcal, un pésimo médico pero a quien le gustaba exhibirse con palabras difíciles: afirmaba, por ejemplo, que prefería a Kúkolnik antes que a Púshkin porque Kúkolnik tenía mucho «protoplasma». Se sentaron a jugar a las cartas. Nezhdánov se retiró a su habitación y estuvo leyendo y escribiendo hasta la media noche.

Comentario [Librodot-57]: Nestor Vaslievich Kúkolnik (18091868), poeta, prosador y dramaturgo, autor de tragedias conservadoras y patrióticas.

El día siguiente, 9 de marzo, era el día del santo de Kolia. Tres carruajes descubiertos, con lacayos detrás, llevaron los «señores» a la misa, aunque la iglesia no estuviera a más de un cuarto de versta. Todo tenía un aire muy alegre y festivo. Sipiaguin se acicaló a su manera; Valentina Mijáilovna se puso un bello vestido parisiense lila pálido y, en la iglesia, durante la misa, usó un pequeño breviario forrado de terciopelo escarlata. Dicho breviario preocupó mucho a algunas campesinas viejas, una de las cuales no consiguió contenerse y preguntó a su vecino: «Válganos Dios, ¿no estará haciendo un exorcismo?» El aroma de las flores, que llenaba toda la iglesia, se mezclaba con el olor fuerte de las chaquetas, botas alquitranadas y zapatos de los campesinos y, por encima de todo ello, el delicioso y dominante perfume del incienso. En el coro, los sacristanes intentaban cantar lo mejor posible. Con la ayuda de los obreros de la fábrica, intentaban cantar como en un concierto. Hubo un momento en que una sensación casi dolorosa cayó sobre todos. La voz del tenor (pertenecía a un obrero de la fábrica llamado Klima, que estaba en las últimas fases de la tuberculosis) se destacó sola, sin el mínimo apoyo en los tonos cromáticos menores y bemoles. Aquellos sonidos eran terribles, pero interrumpirlos sería destruir todo el concierto. Sin embargo... nada... sucedió. El reverendo Kiprián, un sacerdote con un aire extremadamente patriarcal, con todas las vestiduras

eclesiásticas, leyó su sermón de un cuaderno; desgraciadamente, el concienzudo padre consideró necesario introducir los nombres de diversos reyes asirios muy sabios, que le causaron dificultades de pronunciación, y, aunque mostrase alguna erudición, sudó mucho con el esfuerzo. Nezhdánov, que hacía mucho tiempo que no entraba en una iglesia, se quedó de pie, en un rincón, entre las campesinas que le miraban de refilón mientras hacían la señal de la cruz, curvándose piadosamente hasta el suelo y limpiando la nariz de sus hijos; pero las muchachas campesinas, con chaquetas nuevas y velos bordados con abalorios, así como los muchachos, con sus camisas bordadas y chalecos, miraban atentamente al nuevo feligrés, volviendo la cara directamente hacia él. Y Nezhdánov, mientras les miraba, pensaba en las cosas más diversas.

Después de la misa, que duró mucho -la ceremonia de San Nicolás Milagrero, como se sabe, es la más larga de todas las ceremonias de la Iglesia Ortodoxa-, todo el clero, a invitación de Sipiaguin, fue a su casa y, después de varias ceremonias adicionales, como asperjar la sala con agua bendita, tomaron un abundante desayuno, durante el cual hubo las habituales congratulaciones y conversaciones algo fatigantes. Los señores de la casa -aunque a esa hora nunca desayunaban- ese día hicieron una excepción. Sipiaguin incluso contó un chiste, absolutamente decoroso pero divertido, a pesar de su cinta roja y de su dignidad, llenando al reverendo Kiprián de gratitud y asombro. Por «venganza», para mostrar que también él era capaz de explicar una cosa agradable en aquella ocasión, al reverendo Kiprián refirió una conversa suya con el «obispo», cuando éste, en un viaje por la diócesis, visitó a todo el clero de la comarca y fue a verle a la ciudad, en el monasterio.

-Es muy severo hacia nosotros -aseguró el reverendo Kiprián-. Primero nos interrogó sobre la parroquia, después, como hace habitualmente, empezó a examinarnos. Se dirigió también a mí: «¿Qué fiesta es la de tu iglesia?» «La Transfiguración del Señor», digo yo. «¿Sabes el himno de ese día?» «¡Como podría no saberlo!» «¡Entonces cántalo!» Y yo empiezo: «Transfigurado fuiste en la montaña, Cristo nuestro señor...» «¡Basta! ¿Qué es la Transfiguración y cuál es su significado?» «En pocas palabras», digo yo. «Cristo quiso mostrarse a sus discípulos en toda su gloria.» «¡Muy bien!», dijo él. «Aquí tienes una pequeña imagen para que te acuerdes de mí.» Yo caía sus pies. «¡Muy agradecido a Vuestra Excelencia Reverendísima!...» De este modo, no salí con las manos vacías.

-Yo tengo el honor de conocer a su Excelencia Reverendísima personalmente -observó Sipiaguin-. ¡Un pastor muy digno!

-¡Muy digno! -concordó el reverendo Kiprián-. Pero confía demasiado en el superintendente eclesiástico...

Valentina Mijáilovna se refirió a la escuela para los campesinos y habló de Marianna como la futura profesora. El diácono (que había sido nombrado supervisor de la escuela) -un hombre de constitución atlética y pelo largo y rizado que recordaba un poco la cola bien arreglada de un caballo de carreras Orlóv- quiso expresar su aprobación pero, olvidándose de su voz, gritó tan alto que él mismo quedó confuso y asustó a los demás. Poco después, los padres se retiraron.

Con su nueva chaqueta de botones dorados, Kolia fue el héroe del día: le hicieron regalos, le felicitaron, le besaron la mano en la puerta principal y en la puerta trasera los obreros, los criados de la casa, las viejas y las muchachas. Los mujiks, en memoria de los viejos tiempos, se reunieron delante de la casa alrededor de algunas mesas repletas de grandes empanadas y botellas de vodka. Kolia estaba avergonzado y alegre y orgulloso y tímido y tierno hacia sus padres y, corrió a esconderse. En la cena, Sipiaguin hizo servir champán y, antes de beber a la salud del hijo, hizo un discurso. Habló del significado de «servir la tierra», y de que por ese camino desearía que su Nikolái siguiera (fue precisamente así como se refirió a él), y de los deberes que de él esperaba:

-En primer lugar, la familia; en segundo lugar, su clase, la sociedad; en tercer lugar, el pueblo; sí, queridos señores, el pueblo... y, en cuarto lugar, ¡el gobierno!

Poco a poco, Sipiaguin fue volviéndose más elocuente, con una mano bajo los faldones de la casaca imitando a Robert Peel. Pronunció la palabra «ciencia» con emoción y terminó su

Comentario [Librodot-58]: Estadista inglés (17881850), promotor de la política conservadora moderada destinada a asegurar su permanencia en el poder en un contexto de cambios sociales profundos.

discurso con una exclamación latina: *Laboremus!,* que en seguida tradujo al ruso. Con la copa en la mano, Kolia salió de su lugar para agradecer a su padre y ser besado por todos.

Comentario [Librodot-59]: ¡Trabajemos!

Nezhdánov de nuevo cambió miradas con Marianna. Ambos, sin duda, sentían lo mismo. Pero no se hablaron.

De todas formas, todo lo que Nezhdánov veía le parecía más divertido que molesto y desagradable, y la amable anfitriona, Valentina Mijáilovna, le parecía una mujer inteligente, que sabía que representaba un papel, y al mismo tiempo se sentía secretamente contenta porque había otra persona también inteligente que la comprendía... Nezhdánov sin duda no sospechaba hasta qué punto su orgullo estaba siendo alabado por su actitud hacia él.

Al día siguiente continuaron las clases y la vida retomó su ritmo normal.

La primera semana pasó sin darse cuenta... De lo que Nezhdánov pensó y sintió es mejor dar razón a través de una carta que escribió a un tal Silin, un viejo camarada de instituto y su mejor amigo. Este Silin no vivía en San Petersburgo sino en una ciudad distante, de provincia, a expensas de un pariente viejo, de quien dependía totalmente. Su posición era tal que no podía jamás soñar en liberarse. Era un hombre de salud muy delicada, tímido y de poco talento, pero de corazón notablemente puro. No se interesaba por la política, pero leía todos los libros que le caían en las manos, tocaba la flauta para no aburrirse y tenía miedo de las chicas. Silin era un gran amigo de Nezhdánov; tenía un carácter, por lo general, muy afectuoso. Nezhdánov no se expresaba tan libremente con nadie como con Vladímir Silin; cuando le escribía, tenía siempre la sensación de que se estaba comunicando con un ser muy querido e íntimo, pero que vivía en otro mundo o en su propia conciencia. Nezhdánov no podía siquiera imaginarse la posibilidad de vivir de nuevo con Silin como camaradas en la misma ciudad. Probablemente perdería el interés por él, pues había muy poco de común entre ellos, pero le escribía largas cartas con absoluta confianza. Con otros -por lo menos en el papel- todo era falso e hipócrita; con Silin ¡nunca! Utilizando mal la pluma, respondía siempre con pocas frases, cortas, torpes, pero Nezhdánov no necesitaba respuestas largas; sabía que el amigo devoraba cada palabra de sus cartas como el polvo de la carretera sorbe cada gota de lluvia, que guardaba sus secretos como algo sagrado, y que, en su desesperada soledad, no vivía más que su vida. Nezhdánov no había hablado absolutamente a nadie de sus tan queridas relaciones con Silin.

«Bien, mi caro, mi puro Vladímir», le escribió. Siempre le llamaba puro, y con motivo. «Felicítame. Caí en las verdes pasturas y ahora puedo reposar y recuperar las fuerzas. Vivo en casa de un funcionario muy rico, Sipiaguin, doy clases a su hijo, como magníficamente (¡nunca en mi vida he comido tan bien!), duermo bien, paseo por el bello campo; pero sobre todo salí por algún tiempo de la tutoría de los amigos de San Petersburgo. Al principio fue horriblemente aburrido, pero ahora me siento mejor. Pronto tendré que volver a la tarea que ya conoces, o sea, trepar al cesto, como yo lo llamo (por eso me permitieron que viniera): pero entretanto puedo disfrutar de las delicias de la vida animal, echar tripa, e incluso escribir versos, si tengo disposición para ello. Dejo mis observaciones para otra altura: la propiedad me parece bien administrada, pero creo que la fábrica está muy en decadencia. En el sector de redención de tierras, los mujiks son un poco inaccesibles, los criados asalariados tienen todos expresiones muy serviles. Pero hablaremos de eso en otra ocasión. Los señores de la casa son delicados y liberales; él es muy condescendiente y, de vez en cuando, se lanza en torrentes de elocuencia. Un reformista. Su mujer es la imagen de la belleza y es muy, supongo, inteligente; me vigila mucho, ¡y ¡es tan suave! ¡Parece que no tenga un solo hueso en el cuerpo! Le tengo un poco de miedo; ¡sabes bien como soy con las mujeres! Hay vecinos, pero horribles. Hay una vieja que me detesta... Aunque estoy interesado sobre todo en una muchacha, pero ¡si es pariente o compañera sólo Dios lo sabe! Casi no he cambiado dos palabras con ella, pero siento que somos de la misma raza...»

Aquí se seguía una descripción de Marianna, de todas sus costumbres, y después proseguía:

«De que es infeliz, orgullosa, ambiciosa, reservada, pero sobre todo infeliz, no tengo la menor duda. La razón por la que es infeliz es algo que todavía no conozco. Que tiene una

naturaleza íntegra es evidente; haría falta saber si es o no bondadosa. ¿Habrá mujeres bondadosas que no sean estúpidas? Y la bondad, ¿será necesaria? Sin embargo, poco sé sobre las mujeres en general. La señora de la casa no la quiere... Y ella le paga con la misma moneda... Pero no se sabe cuál de ellas tiene razón. Yo creo que es la señora de la casa quien no debe de tener razón... porque es muy delicada con ella; pero las cejas *de ella* se fruncen nerviosamente cuando habla a su señora. Sí, es una persona muy nerviosa. Y se *ofende* tan fácilmente como yo... aunque probablemente no de la misma manera.

»Cuando todo esto se aclare un poco te lo contaré...

»Ella casi no habla conmigo, como ya te he dicho; pero en las pocas palabras que me dirigió (siempre súbita e inesperadamente), había un tono de sinceridad... que me agradó...

»A propósito, ese pariente tuyo ¿te sigue fastidiando la existencia y no se decide a morir?

»¿Leiste en "El heraldo de Europa" un artículo sobre los últimos impostores de Oremburg? Fue en el 1834 cuando eso pasó, hermano. No me gusta esta revista y, si bien el autor del artículo es conservador, la cosa es interesante y puede provocar ideas...»

Comentario [Librodot-60]: «Véstnik Evropy».

Comentario [Librodot-61]: Se refiere a un artículo de N. A. Sereda en el número de abril de 1868 del «Véstnik Evropy [«El heraldo de Europa»] con el título *Los últimos disturbios en el distrito de Orenburgo,* en el cual se refiere a una insurrección de campesinos del Estado levantados por falsos rumores de que serían pasados a la servidumbre. Los disturbios ocurrieron en 1843 (y no 1834 como dice Turguénev) y la servidumbre sólo fue abolida en 1861. En el artículo no se habla de impostores como Pugachóv que en 1773 se presentó a los campesinos como si fuera el zar y los levantó en revuelta. Turguénev cambió intencionalmente el título de ese artículo para dar a Nezhdánov ocasión de aludir a una de las tácticas de los populistas, los cuales pensaban que la aparición de un nuevo zar impostor podría cambiar el orden social de Rusia con algunos decretos.

IX

MAYO había llegado ya a la segunda mitad. Con él vinieron las primeras tardes calientes del verano. Un día, después de terminar la clase de historia, Nezhdánov se dirigió al jardín y de allí fue hacia un bosque de abedules, que había algo más lejos. Parte de ese bosque había sido cortado hacía cerca de quince años, pero todo el lugar ya había sido poblado con nuevos árboles. Los troncos blandos y plateados, y las hojas verdes, brillantes, centelleaban como si acabaran de ser lavadas y bruñidas; la hierba primaveral brotaba en lenguas afiladas a través de las pesadas hojas caídas en los últimos años. Todo el bosque era cortado por veredas estrechas; pájaros negros de pico amarillo soltaban gritos súbitos, como asustados, volando por esas veredas, bajo, cerca del suelo, y se lanzaban a lo más denso de la mata a gran velocidad. Después de haber paseado una media hora, Nezhdánov se sentó en un tronco de árbol cercado de leños grises y viejos: estaban en montones, como cuando cayeron cortados por el hacha. Muchas veces habían sido cubiertos por la nieve en invierno y liberados por la primavera, y nadie los tocaba. Nezhdánov se apoyó en una sólida pared de abedules jóvenes, de sombra pesada pero pequeña. No pensaba en nada en concreto, pero se había entregado a las particulares sensaciones de la primavera que, en el corazón de jóvenes y viejos por igual, siempre vienen mezcladas con una cierta tristeza... una tristeza agitada de espera en los jóvenes; una tristeza pesada e infeliz en los viejos...

De golpe Nezhdánov oyó el ruido de pasos que se acercaban.

No eran pasos de una sola persona, ni de botas pesadas de mujiks o de pies descalzos de campesinas. Parecía que dos personas caminaban lentamente... Se oía el arrastrar de un vestido de mujer...

Y sonó una voz honda, una voz de hombre:

-¿Es pues su última palabra? ¿Nunca?

-¡Nunca! -repitió la otra voz, la de mujer, que a Nezhdánov le resultó familiar. Y un momento después, de una curva del camino, oculta en ese lugar por un pequeño abedul, apareció Marianna acompañada de un hombre moreno, de ojos negros, que Nezhdánov nunca había visto hasta entonces.

Ambos se detuvieron como petrificados al avistar a Nezhdánov; y éste quedó tan sorprendido que ni siquiera se levantó del tronco donde estaba sentado... Marianna se ruborizó hasta la raíz de los cabellos, pero en seguida tuvo una sonrisa desdeñosa... ¿A quien se dirigía esa sonrisa? ¿A sí misma por haberse ruborizado, o a Nezhdánov...? Su compañero frunció las cejas gruesas y un brillo inquietante centelleó en el blanco amarillento de los ojos. Después

cambió una mirada con Marianna, y ambos volvieron la espalda y se apartaron sin apresurar el paso, mientras él los seguía con la mirada atónita.

Media hora después, Nezhdánov volvió a la casa y se metió en su habitación. Cuando, al sonido del gong, entró en la sala de visitas, encontró allí al mismo desconocido de ojos negros que había visto en el bosque. Sipiaguin se lo presentó como *su beau frére*, hermano de Valentina Mijáilovna: Serguéi Mijáilovich Markélov.

-¡Espero que sean amigos, caballeros! -exclamó Sipiaguin con su tan característica sonrisa majestuosa y amable, al mismo tiempo que distraída.

Markélov hizo una reverencia en silencio; Nezhdánov respondió del mismo modo... Y Sipiaguin, lanzando ligeramente hacia atrás su cabeza pequeña y encogiéndose de hombros, se alejó. «Yo les presenté, pero que sean amigos o no, me es totalmente indiferente.»

Entonces Valentina Mijáilovna se acercó a los dos hombres, que estaban juntos en silencio, y de nuevo hizo las presentaciones, mirando a su hermano con aquella expresión particular, tierna y brillante, que parecía anular la voluntad con sus maravillosos ojos.

¿Qué es eso, *cher Serge?* ¡Nos olvidaste completamente! No viniste ni para el día del santo de Kolia. ¿Tan ocupado estás? Está haciendo algún nuevo arreglo con sus campesinos -dijo ella dirigiéndose a Nezhdánov-. Muy original: para ellos van tres cuartas partes de todo... y para él un cuarto; y aún dice que se queda con una parte demasiado grande.

-A mi hermana le gusta mucho bromear -dijo Markélov a su vez a Nezhdánov-. Pero estoy dispuesto a convenir con ella que el hecho de que *un* solo hombre se pueda quedar con la cuarta parte de lo que pertenence a *cien* es realmente mucho.

-¿Cree realmente que me gusta bromear, Alexéi Dmítrievich? -preguntó la señora Sipiaguin con la misma ternura suave en la mirada y en la voz.

Nezhdánov no sabía qué responder; pero precisamente en este momento anunciaron la llegada de Kaloméitsev. La señora de la casa fue a recibirle y, algunos minutos después, una criada anunció que la cena estaba servida.

En la mesa, Nezhdánov observaba involuntariamente a Marianna y a Markélov. Estaban sentados juntos, ambos con los ojos bajos, los labios apretados y una expresión de seriedad triste, casi amarga. Nezhdánov estaba sorprendido, sobre todo de que Markélov fuera hermano de la señora Sipiaguin. Eran tan poco parecidos. De hecho sólo tenían una semejanza: que ambos eran morenos. Pero en Valentina Mijáilovna el color uniforme del rostro, las manos y los hombros constituía uno de sus principales atractivos... y en el hermano llegaba a aquel punto de moreno al que las personas educadas llaman bronce, pero que a los ojos de los rusos recuerda al cuero. Markélov tenía el pelo rizado, la nariz un poco aguileña, los labios gruesos, las mejillas hondas, el pecho estrecho y las manos fuertes. Todo en él era fuerte, seco, y hablaba con una voz metálica, corta, dura. Su mirada soñolienta, su expresión triste, eran propias de un bilioso. Comió poco, se divirtió haciendo pelotas de miga de pan y, de vez en cuando, fijaba los ojos en Kaloméitsev, que acababa de volver de la ciudad, donde había ido a hablar con el gobernador sobre un asunto nada agradable para él del cual, sin embargo, guardaba el mayor silencio mientras que de otras cosas hablaba mucho.

Sipiaguin, como era habitual, le atacó cuando él empezó a exagerar, rió mucho con sus chistes *y bonmots*, aunque considerase *qu'il est un affreux réactionaire*. Entre otras cosas, Kaloméitsev aseguró que había quedado verdaderamente en éxtasis ante aquello de que los mujiks *-mi, oui! les simples mougiks-* llamaran a los abogados.

-¡Mentirosos! ¡Mentirosos! -repitió él, deleitado-. *Ce peuple russe est délicieux!*

Después explicó cómo, un día que fue a la escuela del pueblo, preguntó a uno de los alumnos qué era un strofokamil. Y a lo que nadie supo responder, ni el mismo maestro -él, Kaloméitsev, hizo otra pregunta: «¿Qué es un piteco?» y citó incluso un verso de Jemnitser: *«Y el piteco imbécil, que imita a los otros animales!»* Pues bien, tampoco nadie le respondió.

-¡Esto son vuestras escuelas populares!

-Pero, perdón -observó Valentina Mijáilovna-, ¡yo misma no sé qué clase de animales son esos!

Comentario [Librodot-62]: Cuñado.

Comentario [Librodot-63]: Querido Serguéi.

Comentario [Librodot-64]: Bromas.

Comentario [Librodot-65]: Que él es un reaccionario asqueroso.

Comentario [Librodot-66]: ¡Sí, sí! ¡Los simples mujiks!

Comentario [Librodot-67]: ¡Este pueblo ruso es delicioso!

Comentario [Librodot-68]: Avestruz (en griego).

Comentario [Librodot-69]: *I pífik slaboum, spisatel' zverskij lits/* Según investigaciones hechas en la URSS, este verso no se encuentra en las obras de Jemnitser.

-¡Señora mía! -exclamó Kaloméitsev-. ¡Una señora no tiene necesidad de saber estas cosas!

-Entonces, ¿por qué necesita el pueblo saberlo?

-¡Porque vale más saber lo que es un piteco o un strofokamil que saber quien es un Proudhon o un Adam Smith cualquiera!

Pero aquí de nuevo Sipiaguin interrumpió a Kaloméitsev para explicar que Adam Smith era una de las luces del pensamiento humano y que seria bueno embeber de sus principios (en este momento, llenó su vaso de vino)... la leche (se llevó el vaso a la nariz y lo olió)... materna. Vació el vaso. Kaloméitsev bebió también y alabó el vino.

Markélov no dio atención especial a la conversación del chambelán de San Petersburgo, pero miró una o dos veces interrogativamente a Nezhdánov y, disparando sus pelotillas de pan, por poco no acertó directamente en la nariz del elocuente huésped...

Sipiaguin dejó al cuñado tranquilo; Valentina Mijáilovna tampoco le habló; era evidente que ambos consideraban a Markélov un excéntrico a quien era preferible no provocar.

Después de la cena, Markélov se dirigió a la sala de los billares para fumar su pipa, pero Nezhdánov se retiró a su habitación. En el pasillo encontró a Marianna. Quería seguir... pero ella le hizo parar con un movimiento rápido de la mano.

-Señor Nezhdánov -le dijo con una voz un poco temblorosa-, debería serme indiferente lo que pueda pensar de mí, pero a pesar de todo... me parece... -no encontraba la palabra- ...me parece necesario decirle que cuando me encontró hoy en el bosque con el señor Markélov... Seguramente pensó, al vernos tan confusos, que fuimos allí citados.

-No me pareció absolutamente nada extraño... -empezó Nezhdánov.

-El señor Markélov -le interrumpió Marianna-, me hizo una declaración y le rechacé. Es todo lo que tenía para decirle. Adiós. Piense de mí lo que quiera.

Se volvió con brusquedad y atravesó apresuradamente el pasillo.

Nezhdánov entró en su habitación y se quedó sentado delante de la ventana meditando. «¡Qué muchacha tan extraña! ¿Y por qué esta salida tan abrupta, esta explicación no solicitada? ¿Será el deseo de ser original o simple afectación? ¿U orgullo? Lo más probable es que sea orgullo. No puede soportar mi sospecha... No tolera la idea de que otra persona pueda tener un concepto falso de ella. ¡Una muchacha muy extraña!»

Así meditaba Nezhdánov. Y abajo, en la terraza, se hablaba de él mientras él lo oía todo.

-Mi olfato me dice -aseguraba Kaloméitsev-, que es un rojo. Ya durante mi comisión especial en el gobierno civil de Moscú *avec Ladislas*, aprendí a conocer a estos caballeros... los rojos, así como los inconformistas. Creo mucho en el instinto.

Comentario [Librodot-70]: Con Ladislao.

Aquí Kaloméitsev contó "a propósito" cómo una vez, en los alrededores de Moscú, había cogido a un viejo inconformista, ante quien apareció inesperadamente con la policía y "que casi saltó por la ventana de la cabaña... Y hasta ese momento había estado tranquilamente sentado en su banco, ¡el vago!"

Kaloméitsev se olvidó de contar que ese viejo, una vez encarcelado, se negó a comer y murió de hambre.

-Y su nuevo profesor -continuó celosamente el chambelán- ¡es sin duda un rojo! ¿Se ha dado cuenta de que nunca es el primero en hacer una reverencia?

-¿Y por qué motivo debería ser el primero? -observó Sipiaguin-. A mí, por lo contrario, me gusta.

-Yo soy huésped en la casa donde él sirve -exclamó Kaloméitsev-, sí, sí, sirve, por dinero, *comme un salarié…* Por consiguiente, yo soy superior. Y él debe hacerme la reverencia primero.

Comentario [Librodot-71]: Como un asalariado.

-Usted es muy severo, querido amigo -dijo Sipiaguin, acentuando con fuerza la palabra *querido-.* Creía, perdóneme que sea tan sincero, que ya habíamos superado esas cosas. Yo he comprado sus servicios, su trabajo, pero él sigue siendo un hombre libre.

-No siente las riendas -continuó Kaloméitsev-, las riendas: *le frein!* Todos esos rojos son así. Soy yo quien se lo digo: ¡tengo buen olfato para olerlos! A este respecto sólo *Ladislas* puede compararse conmigo. Si este profesor me cayera en las manos, ¡ya le arreglaría! Hablaría de otra manera, y se quitaría el sombrero ante mí... que sería un encanto!

-Cuentos, ¡fanfarrón! -casi gritó Nezhdánov desde arriba. Pero en ese momento la puerta de la habitación se abrió y, para sorpresa suya, entró Markélov.

X

NEZHDÁNOV se levantó para recibirle y Markélov, dirigiéndosele directamente, sin un saludo ni una sonrisa, le preguntó si él era Alexéi Dmítriev Nezhdánov, estudiante de la universidad de San Petersburgo.

-Sí... exactamente -respondió Nezhdánov. Markélov sacó del bolsillo una carta no lacrada.

-En ese caso... lea ésto. De Vasili Nikoláievich

-añadió, bajando significativamente la voz.

Nezhdánov la desplegó y la leyó. Era una circular semioficial, en la cual el portador, Serguéi Markélov, era recomendado como uno de los "nuestros", de absoluta confianza; seguían algunos consejos sobre la urgente necesidad de acción unida en la propaganda de sus conocidos principios. La circular iba dirigida a Nezhdánov, como persona de confianza.

Nezhdánov apretó la mano de Markélov, le pidió que se sentara y él también se sentó. Markélov encendió un cigarrillo en silencio. Nezhdánov siguió su ejemplo.

-¿Ha conseguido acercarse ya a los campesinos de aquí? -preguntó, finalmente, Markélov.

-No, aún no he tenido tiempo.

-¿Cuánto hace que está aquí?

-Hará dos semanas.

¿Tiene mucho trabajo?

-No mucho.

Markélov tosió con aire taciturno.

-¡Hm! El pueblo aquí es muy necio -continuó él-, estúpido. Tiene que ser ilustrado. Son muy pobres, pero es difícil hacerles comprender la causa de esa pobreza.

-Los antiguos siervos de su cuñado, por lo que he visto, no son muy pobres -observó Nezhdánov. -Mi cuñado es listo, un verdadero maestro paramistificar a los otros. Sus campesinos no están mal del todo, pero él tiene una fábrica. Es ahí donde tenemos que centrar la atención. Allí, basta un golpe y el hormiguero empieza en seguida a agitarse. ¿Tiene algunos libros consigo?

-Sí, algunos.

-Yo le conseguiré más. ¿Por qué tiene tan pocos? Nezhdánov no respondió. Markélov también quedó callado, sólo expelía humo por la nariz.

-¡Vaya granuja, ese Kaloméitsev! -exclamó, de repente-. Estuve toda la cena con ganas de saltar sobre ese barin y aplastar aquella cara insolente para que sirviera de aviso. Pero, ¡no! Ahora hay cosas más importantes que un chambelán. Ahora no es el momento de ponerse furioso con cretinos como éste, que sólo dicen tonterías; ahora es el momento de impedirles que hagan estupideces.

Comentario [Librodot-72]: En la Rusia prerrevolucionaria, persona perteneciente a las capas superiores de la sociedad, propietario de tierras pero no necesariamente con título nobiliario [femenino: bárinia; diminutivo fememino: bárishnia].

Nezhdánov movió la cabeza en señal de aprobación y Markélov empezó de nuevo a fumar.

-Entre todos los criados, sólo hay uno relativamente listo -continuó Markélov-. No es su Iván... ése es estúpido como un pez, sino otro... se llama Kiril, el que se ocupa de las bebidas este Kiril era conocido como un borracho inveterado-. Repare bien en él. Una cabeza loca... pero no podemos tener demasiadas manías. Y ¿qué dice de mi hermana? -preguntó, levantando la cabeza y fijando sus ojos amarillentos en Nezhdánov-. Aún es más embustera que mi cuñado. ¿Qué piensa de ella?

-Pienso que es una señora muy agradable y simpática... Y, además, muy bella.

-¡Hm! Con que finura ustedes, los de San Petersburgo, se expresan... ¡Es admirable!

Bien... y de... -empezó pero de repente su rostro se cerró y no terminó la frase-. Veo que nos hace falta una gran charla -continuó-. Pero aquí no es posible. ¡Quién sabe! Pueden estar escuchando detrás de la puerta. ¿Sabe lo que sugiero? Hoy es sábado; mañana no da clases a mi sobrino, ¿verdad que no?

-Tengo un ensayo con él mañana a las tres.

-¡Un ensayo! Como en el teatro. Esa palabra debe haber sido inventada por mi hermana. Bien, no importa. Si quiere podemos ir ahora mismo a mi casa. Mi pueblo está a diez verstas de aquí. Tengo buenos caballos: en un abrir y cerrar de ojos está en mi casa, se queda hasta la mañana y a las tres estará de vuelta. ¿De acuerdo?

-Con mucho gusto -respondió Nezhdánov. Desde la entrada de Markélov se encontraba en un estado de gran excitación. Esa intimidad súbita le perturbaba y al mismo tiempo le atraía. Sentía, comprendía, que delante de él estaba un ser probablemente rudo, pero honesto y fuerte. Por otra parte, aquel extraño encuentro en el bosque, la inesperada explicación de Marianna...

-¡Magnífico! -exclamó Markélov-. Puede arreglarse mientras mando preparar el carruaje. Espero que no sea necesario pedir permiso a los señores de la casa...

-Debo informarles. No considero prudente salir sin decirles nada.

-Yo se lo diré -se ofreció Markélov-. No se preocupe. Están obsesionados con las cartas... y no se darán cuenta de su ausencia. Mi cuñado sólo se preocupa de la gente del gobierno y la única cosa que sabe hacer bien es jugar a las cartas. Bien, dicen que por este medio muchos triunfan... Así, pues, arréglese. Yo me ocupo de todo.

Markélov salió y una hora después Nezhdánov estaba sentado a su lado en el gran asiento de cuero de su enorme carruaje, muy viejo y muy confortable. El cochero, en el pescante, silbaba de una manera espantosamente agradable, como un pájaro; tres caballos rapados, con las colas y las crines negras entrenzadas, los llevaban rápidamente por la carretera lisa; y ya envueltos por las primeras sombras de la noche (eran exactamente las diez cuando se marcharon), pasaban rápidamente por su lado -unos lejos, otros más cerca- árboles, arbustos, campos, prados y despeñaderos.

El pequeño pueblo de Markélov (con cerca de doscientas desiatinas, que daban alrededor de setecientos rublos al año y que se llamaba Borziónkov) se encontraba a casi tres verstas de la capital provincial, de la que la propiedad de Sipiaguin estaba separada siete verstas. Para ir a Borziónkov era necesario atravesar la ciudad. Los nuevos amigos apenas tuvieron tiempo de cambiar _ medio centenar de palabras cuando descubrieron las pequeñas casas de los tenderos de los alrededores de la ciudad que pasaban por su lado, con sus tejados de madera, y pálidas manchas de luz saliendo de las estrechas ventanas cerradas. Después las ruedas empezaron a estallar sobre el puente de la ciudad, pavimentado de piedra, y el carruaje empezó a traquetear, balanceándose de un lado a otro... y, oscilando a cada traqueteo, pasó ante las estúpidas casas de piedra de dos pisos, con frontispicios, de los comerciantes, por la iglesia de columnas, por las tabernas... Casi era domingo; en las calles ya no había nadie, pero las tabernas estaban llenas. De ellas salían voces roncas, canciones de borrachos, sonidos hediondos de armonios; de vez en cuando se abría súbitamente una puerta, que dejaba salir el reflejo rojo de las luces y olor a basura y a alcohol. Delante de casi todas las tabernas había pequeñas carretas de campesinos, con unos caballos miserables, magros, de enormes vientres, cuyas cabezas pendían sumisamente como si estuvieran durmiendo; un mujik andrajoso y desabrido, con una enorme gorra de invierno cayéndole de la nuca como un saco, salía de una taberna e, inclinando el pecho en un varal, se quedó allí revolviendo desesperadamente alguna cosa con las manos; o un obrero esquelético de gorra ladeada, la camisa abierta y descalzo -habiéndose dejado las botas en la taberna- daba unos pasos indecisos, paraba, se rascaba la espalda, y, soltando una exclamación, volvía de nuevo a la taberna...

Comentario [Librodot-73]: Una desiatina es equivalente a 2,7 acres o sea aproximadamente una hectárea.

-¡El alcohol es la ruina del pueblo ruso! -observó Markélov, taciturno.

-¡Es por amargura, Serguéi Mijáilovich! -exclamó sin volverse, el cochero, que delante de cada taberna dejaba de silbar y se quedaba meditabundo.

-¡Vamos! ¡Vamos! -respondió Markélov tirándose vigorosamente del cuello del abrigo.

El carruaje cruzó la gran plaza del mercado, que olía a col y a esteras, pasó delante de la casa del gobernador, con garitas coloreadas para los centinelas cerca de los portones, delante de una casa privada con torres, por el bulevar recientemente inaugurado y ya con los árboles muriéndose, por el bazar lleno de perros que ladraban y ruido de corrientes, y así hacia las puertas de la ciudad, donde atravesaron una larga fila de carros, cuyos cocheros aprovechaban el fresco de la noche para seguir el viaje, y otra vez se encontraron con el aire libre del campo, en la gran carretera flanqueada de sauces, y de nuevo rodaron rápida y suavemente.

Markélov -tenemos que decir algunas palabras sobre él- era seis años mayor que su hermana, la señora Sipiaguin. Se había educado en una escuela de artillería, de donde salió oficial, pero presentó su dimisión cuando llegó al grado de teniente, a causa de unas escenas desagradables ocurridas entre él y su ayudante, un alemán. Desde aquel momento, pasó a detestar a los alemanes, particularmente a los alemanes de Rusia.

Comentario [Librodot-74]: Los alemanes constituían una importante minoría dentro del Imperio Ruso. A inicios del siglo XX eran cerca de dos millones, a los que se deben añadir cerca de trescientos mil residentes más. Había también los alemanes del Volga, especialmente cerca de Odesa, Besa rabia y algunas regiones del Cáucaso. Entre los súbditos alemanes de Rusia había aún los alemanes del Báltico. Ocupaban cargos importantes en el funcionariado, la enseñanza y el ejército. Sólo a partir de 1880 una política antialemana empezó a hacer disminuir su influencia.

Aquella dimisión le ocasionó tener malas relaciones con su padre, que sólo volvió a ver en el momento de su muerte, después de la cual heredó un pequeño pueblo, donde se instaló. En San Petersburgo había convivido a menudo con personas inteligentes y progresistas, que casi veneraba y que acabaron por arrastrarle hacia sus ideas. Markélov no había leído mucho, pero sí libros sobre su causa, sobre todo los de Herzen. Conservaba sus hábitos militares, vivía como un espartano o un monje. Algunos años antes se había enamorado de una chica que le abandonó de la manera más ruda para casarse con un ayudante de campo, también alemán. Markélov empezó a odiar también a los ayudantes de campo. Intentó escribir una serie de artículos sobre los defectos de nuestra artillería, pero no tenía el más mínimo talento para exponer ideas por escrito y no llegó a terminar un solo artículo. Sin embargo continuó llenando grandes hojas de papel gris con su letra grande, torpe e infantil. Era un hombre obstinado y corajoso hasta el desespero, incapaz de perdonar y de olvidar, con una permanente sensación de los agravios que le infligían -a él y a todos los oprimidos-, y estaba dispuesto a todo. Su cerebro limitado se fijaba en un sólo punto: lo que no comprendía, no existía para él. Pero despreciaba y odiaba la falsedad y la mentira. Con las personas de la alta sociedad, los "reaccionarios", como él les llamaba, era severo e incluso rudo; con el pueblo era simple y trataba a los mujiks como hermanos. Administraba su propiedad bastante bien; le habían entrado en la cabeza varios planes socialistas, que era tan capaz de poner en práctica como de terminar los artículos sobre las deficiencias de la artillería. Generalmente no tenía suerte en nada: en su regimiento era conocido como "el fracasado". Hombre sincero, franco, de naturaleza apasionada e infeliz, en ciertos momentos podía parecer cruel, sanguinario, casi un monstruo, y podía también sacrificarse sin vacilaciones y sin esperar ninguna recompensa.

A cerca de tres verstas de la ciudad, el carruaje penetró súbitamente en la oscuridad suave de un bosque de hayas, con un ruido de aplastar hojas invisibles, con el olor fresco y amargo de árboles, con pálidas manchas de luz por encima y una masa de sombras abajo. La luna ya se había levantado sobre el horizonte, roja y grande como un escudo de cobre. Apareciendo bajo los árboles, el carruaje surgió delante de una pequeña casa de campo. Tres ventanas iluminadas resaltaban vivamente en la fachada y empalidecían el disco de la luna; el gran portón abierto tenía el aspecto de no cerrarse nunca. En el patio, en la penumbra, se podía ver una tartana alta, con dos caballos blancos atados atrás; dos cachorros, también blancos, vinieron corriendo y soltaron ladridos agudos pero inofensivos. En la casa empezó a moverse gente, el carruaje rodó hasta la puerta y, saliendo con dificultad y buscando con el pie el peldaño de hierro, colocado como siempre, por el herrero de la casa, en el peor lugar posible, Markélov dijo a Nezhdánov:

-Estamos en casa... y encontrará a unas personas que conoce bien, pero que ciertamente no esperaba encontrar aquí. ¡Por favor!

XI

ESAS personas eran nuestros viejos conocidos Ostrodúmov y Mashúrina. Estaban sentados en la pequeña sala de estar de Markélov, extremadamente mal amueblada, y, a la luz de un quinqué de queroseno, bebían cerveza y fumaban. No se sorprendieron con la llegada de Nezhdánov, pues sabían que Markélov quería traerlo. Pero Nezhdánov quedó muy asombrado al verles. A su entrada, Ostrodúmov dijo sólo:

-Buenas noches, hermano.

Mashúrina primero se ruborizó y después le alargó la mano. Markélov explicó a Nezhdánov que Ostrodúmov y Mashúrina habían sido enviados por la causa común, que ahora debería realizarse pronto; que Ostrodúmov se quedaría en S. con fines de propaganda, pero que Mashúrina iría a K. para encontrarse con cierta persona.

De golpe, aunque nadie le contradijo, Markélov se enfadó. Con los ojos chispeando, mordiéndose el bigote, empezó a hablar, muy agitado, con la voz ronca pero inteligible, de los verdaderos horrores que tenían lugar, de la necesidad de actuar sin demora, que estaban todos listos, que sólo un cobarde podría querer aplazamientos, que cierta violencia era necesaria como la punta de un bisturí en un absceso por más maduro que estuviera. Repitió algunas veces más esta comparación del bisturí: sin duda le agradaba, aunque no fuera suya y la hubiese leído en alguna parte. Parecía que, habiendo perdido ya toda esperanza de conseguir el amor de Marianna, no deseara nada más y sólo pensara en empezar "la cosa". Hablaba concisamente como si diera martilladas, sin ninguna estratagema, abrupto, simplemente y con furia; las palabras caían, monótonas y pesadas, unas tras otras, de sus labios pálidos, recordando los ladridos salvajes de un viejo sabueso. Dijo que conocía bien a los mujiks y a los obreros de la vecindad, que había entre ellos algunas personas eficientes -como, por ejemplo, un tal Ereméi-, que estaban listas en cualquier momento. Este Ereméi, Ereméi del pueblo Golopliók, le venía constantemente a la lengua. Cada diez palabras golpeaba con la mano derecha -no con la palma sino con los huesos- la mesa, agitaba la izquierda en el aire, con el dedo índice tieso. Esta mano fuerte y peluda, este índice, esta voz áspera, estos ojos chispeantes daban una impresión de fuerza. Durante el viaje, Markélov había hablado poco con Nezhdánov, y toda su ira acumulada... reventaba ahora. Mashúrina y Ostrodúmov se expresaban con una sonrisa, con una mirada, a veces con una corta exclamación. Pero una extraña sensación cayó sobre Nezhdánov. Primero intentó levantar objeciones, recordó el peligro de una acción apresada, habló de ciertas tentativas anteriores prematuras, y sobre todo se sorprendía de que todo estuviera ya decidido y sin dudas, sin tener en cuenta las circunstancias especiales e incluso sin intentar saber lo que las masas realmente querían... Pero después todos sus nervios quedaron tensos como las cuerdas vibrantes de un instrumento, y habló con una especie de desespero, casi con lágrimas furiosas en los ojos, en el mismo tono de Markélov y yendo aún más lejos que él. Seria difícil decir lo que le inspiraba, si el remordimiento en relación a sí mismo y a los otros, el deseo de ahogar sus torturas interiores, o aún, finalmente, el deseo de exhibirse ante los camaradas que había vuelto a encontrar... ¿o quizás las palabras de Markélov habían actuado sobre él y le habían inflamado la sangre? De esta forma continuaron discutiendo hasta rayar el alba. Ostrodúmov y Mashúrina no se levantaron de sus bancos, pero Markélov y Nezhdánov no se sentaron. Markélov estuvo siempre de pie en el mismo lugar como un centinela; Nezhdánov se paseaba por la sala con pasos nerviosos, ora lentos, ya apresurados. Hablaron de los medios y las medidas necesarias; de la parte que cada uno tenía que desempeñar; eligieron y ataron varios paquetes de folletos y panfletos; se refirieron a un comerciante inconformista, un tal Golushkin, una posibilidad, aunque sin educación; a un joven propagandista, Kisliakov, que era muy culto, pero que tenía ya una idea exagerada de sus talentos; y hablaron también de Solomin...

-¿Es ese que dirige la fábrica de tejidos? -preguntó Nezhdánov, que recordaba lo que se había dicho de él en la mesa, en casa de Sipiaguin.

-Precisamente -respondió Markélov-. Tiene que conocerle. Aún no lo hemos sondeado, pero se trata de un hombre eficiente, muy eficiente.

Ereméi de Golopliók entró de nuevo en escena,juntamente con un siervo de Sipiaguin

Librodot

llamado Kiril y también un tal Mendeléi, apodado "el Malhumorado", pero el tal "Malhumorado" no era muy de confianza: cuando estaba sobrio era muy corajoso, pero cuando se emborrachaba era un cobarde. Y estaba casi siempre borracho.

-Bien, ¿y entre su propia gente? -preguntó Nezhdánov a Markélov-. ¿No hay personas de confianza?

Markélov respondió que sí, pero no mencionó ningún nombre y siguió hablando de los pequeños burgueses y estudiantes, que serían, además, más útiles si las cosas llegaban a garrotazos en las calles. Nezhdánov le hizo preguntas sobre la aristocracia de la región. Markélov respondió que había cinco o seis jóvenes, uno de los cuales incluso era alemán... y muy radical, pero desgraciadamente nadie se puede fiar de los alemanes... ¡acaban siempre por engañarnos o traicionarnos! Era necesario esperar y ver qué informaciones reuniría Kisliakov. Nezhdánov quiso saber también qué pasaba con los militares de la región y Markélov vaciló mucho, retorció sus largas patillas y aclaró que nada -de momento- se sabía de definitivo... excepto si Kisliakov descubriera alguna cosa.

-Pero ¿quién es ese Kisliakov? -preguntó Nezhdánov con impaciencia.

Markélov sonrió significativamente y dijo que era un tipo... ¡qué tipo...!

-Le conozco poco -añadió-. Sólo me he encontrado con él un par de veces, pero ¡las cartas que escribe, las cartas que escribe! ¡He de mostrárselas! ¡Verá qué actividad! Ya ha recorrido Rusia de punta a punta cinco o seis veces... y de cada sitio escribe una carta de diez o doce páginas.

Nezhdánov miró interrogativamente a Ostrodúmov, pero éste estaba sentado como una estatua y no movió siquiera una ceja. Mashúrina tenía encerrada entre sus labios una sonrisa amarga -y estaba también inmóvil. Nezhdánov continuó haciendo preguntas a Markélov sobre sus experiencias socialistas en la propiedad... pero aquí Ostrodúmov los interrumpió.

-¿Para qué hablar de eso ahora? -observó-. De todas formas, habrá que cambiarlo todo después.

La conversación volvió a la política. El misterioso dolor íntimo continuó de nuevo atormentando a Nezhdánov, pero cuanto mayor era ese dolor, más alto e irrevocablemente hablaba. Había bebido sólo un vaso de cerveza, pero de vez en cuando parecía estar embriagado y la cabeza le giraba y el corazón le latía febrilmente. Cuando, finalmente, a las cuatro de la madrugada, la discusión terminó y todos pasaron cerca del criado que dormía en la antecámara, a fin de retirarse para los otros cuartos, Nezhdánov, antes de meterse en la cama, se quedó largo rato inmóvil, con los ojos fijos. Estaba sorprendido del tono orgulloso y conmovedor que Markélov daba a todo lo que decía. La vanidad de ese hombre debía de haber sido profundamente herida, debía de haber sufrido, pero ¡con qué nobleza se olvidaba de sí mismo, cómo se entregaba a aquello que consideraba la verdad!

«Es una persona limitada», pensó Nezhdánov, «pero ¿no es cien veces mejor que las personas como yo... tal, por ejemplo, como yo me siento?»

Pero aquí sintió una gran indignación contra su propia autohumillación.

«Pero ¿por qué? ¿No seré yo capaz del autosacrificio? Esperad, señores... Y tú, Paklin, con el tiempo verás que yo, a pesar de ser un esteta y de hacer versos...»

Furioso, se tiró el pelo hacia atrás con la mano, hizo rechinar los dientes y, desnudándose apresuradamente, se metió en la cama fría y húmeda.

-¡Buenas noches! -dijo, del otro lado de la puerta, la voz de Mashúrina-. Soy... su vecina.

-Adiós -respondió Nezhdánov. Y de golpe recordó que, durante toda la noche, la muchacha no había apartado los ojos de él.

¿Qué querrá ésta? -murmuró él. Y se sintió avergonzado-. ¡Ah, si pudiera dormirme deprisa!

Pero era difícil calmar los nervios... y el sol ya estaba muy alto en el cielo cuando, finalmente, cayó en un sueño pesado e intranquilo.

A la mañana siguiente se levantó tarde, con dolor de cabeza, se acercó hasta la ventana de la buhardilla, donde se encontraba su habitación, y vio que la casa y las tierras de Markélov

Librodot

estaban situadas en un pequeño llano no lejos de un bosque. Un granero, los establos, el almacén, una pequeña cabaña con un techo de paja muy poco espeso, a un lado; al otro, un pequeño lago, un huerto, un campo de cáñamo y otra cabaña con tejado de paja; lejos, una era, un granero para el desgrane y una era vacía era toda la "riqueza" que sus ojos encontraban. Todo parecía pobre, decadente, no por negligencia o porque dejasen las cosas abandonadas, sino como si nunca florecieran, como un árbol mal arraigado. Nezhdánov bajó. Mashúrina estaba sentada en la mesa cerca del samovar y, evidentemente, le esperaba. Le dijo que Ostrodúmov había salido para tratar de un asunto de la causa y no volvería antes de dos semanas, y que el señor de la casa había ido a ver a sus jornaleros. Como mayo llegaba ya al fin y no había trabajos urgentes, Markélov pensó cortar un pequeño bosque de abedules con sus propios medios y había ido allí por la mañana.

Nezhdánov sintió un extraño cansancio en el alma. El día anterior se había hablado tanto de la imposibilidad de un nuevo aplazamiento, que sólo quedaba "lanzarse adelante". Pero ¿cómo habían de lanzarse adelante así, de repente? No valía la pena discutir el asunto con Mashúrina: ella no conocía vacilaciones, no tenía dudas sobre lo que tenía que hacer, que era precisamente ir a K. No veía más allá que eso. Nezhdánov no sabía qué decirle y, terminado el té, cogió el sombrero y se fue en dirección al bosque de abedules. En el camino encontró a algunos mujiks que iban en un carro de estiércol, antiguos siervos de Markélov. Les habló... pero la mayor parte no le entendió. También parecían agitados, pero con un cansancio físico normal, muy diferente de su sensación. Se refirieron a su antiguo señor como un barin muy simple, pero un poco original, y pronosticaron su ruina porque no sabía hacer las cosas como debía ser y que tenía su manera, diferente de sus antepasados.

-También es muy listo. ¡A veces no comprendemos lo que dice, por más que lo intentemos!

Nezhdánov continuó y se encontró con el mismo Markélov. Estaba rodeado por toda una chusma de trabajadores y, desde lejos, se podía ver que estaba intentando explicarles algo, y después dejó caer los brazos... como diciendo: ¡es inútil! A su lado estaba el casero, un joven bajo y corto de vista, sin la más mínima firmeza ni aire autoritario, que repetía continuamente: «¡Es así mismo!», para gran disgusto del amo, que esperaba más independencia por su parte. Nezhdánov se dirigió a Markélov y vio en su rostro la misma expresión de cansancio espiritual que él mismo sentía. Se saludaron y Markélov empezó a hablar en seguida -aunque más resumidamente- de los "problemas" del día anterior, de la inminente revolución; pero sin que su expresión de cansancio le abandonara. Estaba todo cubierto de polvo, de sudor; tenía la ropa llena de virutas de madera y trozos de musgo verde, y la voz ronca... A su alrededor, los hombres estaban callados, medio recelosos, medio divertidos... Nezhdánov miró a Markélov y las palabras de Ostrodúmov le sonaron en los oídos: «¿Para qué? ¡De todas formas, habrá que cambiarlo todo después!» Uno de los hombres, que había cometido una falta, empezó a pedir a Markélov que le perdonase la multa... En un primer momento Markélov se enfadó y gritó violentamente, pero después le perdonó... «De todas formas, habrá que cambiarlo todo...» Nezhdánov le pidió caballos y el carruaje para regresar. Pareció sorprendido, pero respondió que todo estaría listo rápidamente.

Volvieron juntos a casa... Durante el camino, Markélov se tambaleaba de cansancio.

-¿Qué tiene usted? -preguntó Nezhdánov.

-Estoy agotado -dijo él furiosamente-. Haga lo que sea, no comprenden y son incapaces de ejecutar una orden. Ni el ruso entienden. La palabra "parte" la conocen bien... pero "participación"... ¿Qué es participación? ¡No comprenden! Y es una palabra rusa, ¡qué diablos! Se han creído que lo que yo quiero es darles una parte de la tierra.

Markélov había intentado explicar a los campesinos los principios de la cooperación, con el objetivo de introducirlos en la propiedad, pero ellos se habían opuesto. Uno de ellos incluso llegó a decir: «Había un pozo hondo... que ahora ni de día se le ve el fondo...», y todos los otros soltaron un profundo suspiro de simpatía, que aplastó completamente a Markélov.

Cuando llegaron a casa, se ocuparon del carruaje y del desayuno. Todo su personal consistía en un criado, un cocinero, un cochero, y un hombre muy viejo de orejas peludas, con

Librodot

un largo caftán de lino, que había sido ayuda de cámara de su padre. Este viejo estaba siempre presente, miraba a su barin con honda tristeza, pero verdaderamente no hacía nada. Sólo estaba siempre allí, dormitando junto a la puerta.

Después de un almuerzo a base de huevos duros, anchoas y sopa fría de kvas (la mostaza era servida de una vieja caja de pomada por un criado, y el vinagre de un frasco de agua de colonia), Nezhdánov entró en el mismo carruaje en el que había venido el día anterior, pero en vez de tres caballos tenía sólo dos, pues el tercero había sido herrado y cojeaba un poco. Después del almuerzo, Markélov había hablado poco, no había comido nada, y respiraba con dificultad... Dejó escapar dos o tres palabras amargas sobre su propiedad, y de nuevo dejó caer los brazos en señal de desespero... «De todas formas, habrá que cambiarlo todo después.» Mashúrina pidió a Nezhdánov que la llevara hasta la ciudad, pues tenía que hacer unas compras «y de vuelta vengo caminando... o pido a un mujik que encuentre por el camino que me traiga».

Acompañándoles a la puerta, Markélov dijo que pronto haría venir de nuevo a Nezhdánov y entonces... entonces (se estremeció, pero de nuevo se contuvo) decidirían las cosas definitivamente; Solomin vendría también. Él, Markélov, sólo esperaba noticias de Vasili Nikoláievich... y entonces nada impediría un "principio" pues el pueblo (el mismo pueblo que no comprendía la palabra "participación") ¡no estaba dispuesto a esperar más!

-Y sobre las cartas que me quería mostrar... de ese... ¿cómo se llama? ¿Kisliakov? -preguntó Nezhdánov.

-Después... después... -dijo Markélov apresuradamente-. Podremos leerlas todos juntos.

El carruaje partió.

-¡Prepárese! -se oyó por última vez la voz de Markélov. Se había quedado en los peldaños de la entrada y a su lado, con la misma tristeza en la mirada, enderezándose y apretando las manos detrás de la espalda, dejando tras sí un olor de pan de centeno y moho, y sin oír nada, estaba el fiel servidor, el decrépito ayuda de cámara del padre.

Mashúrina siguió callada hasta la ciudad, fumando durante todo el camino. Cuando se acercaba a las puertas de la ciudad, soltó, como de costumbre, un suspiro alto.

-Me da tanta lástima Serguéi Mijáilovich dijo. Y su expresión quedó lúgubre.

-Tiene demasiado trabajo -observó Nezhdánov-. Y me parece que su propiedad va mal.

-No es por eso que me da lástima.-Entonces ¿por qué?

-Es un hombre tan infeliz, ¡muy desgraciado!... Sería difícil encontrar alguien mejor que él... ¡pero qué! ¡No tiene suerte!

Nezhdánov miró a su compañera de viaje.

¿Sabe algo de él?

-Nada... pero puede sentirse. Adiós, Alexéi Dmítrich.

Mashúrina saltó del carruaje y una hora después Nezhdánov entraba en el patio de la casa de Sipiaguin. No se sentía muy bien... Había pasado la noche sin dormir... y después, todas aquellas discusiones... todas_ aquellas conversaciones.

Un bello rostro miró desde la ventana y le sonrió amistosamente... Era la señora Sipiaguin que saludaba su regreso.

«¡Qué ojos los suyos!», pensó él.

XII

Ala cena asistió mucha gente, pero en seguida que terminó, aprovechando la confusión general, Nezhdánov se retiró a su habitación. Quería estar solo, para poner en orden las impresiones captadas durante el viaje. En la mesa, Valentina Mijáilovna le miró algunas veces fijamente pero no tuvo oportunidad de hablarle. Después de aquel inesperado desahogo que le había dejado perplejo, Marianna parecía arrepentida y le evitaba. Nezhdánov cogió la pluma para conversar en

Comentario [Librodot-75]: Especie de túnica usada en varios países orientales y por la pequeña burguesía (comerciantes) rusa del siglo pasado. Como pieza de vestuario se puso muy de moda en Europa durante los años 60 de nuestro siglo con los jipis y entró en el léxico de muchas lenguas modernas.

Comentario [Librodot-76]: El kvas es una especie de cerveza floja hecha de pan de centeno, muy popular en Rusia como bebida refrescante en verano.

el papel con su amigo Silin, pero no sabía qué decirle. O, quizá, había tantos pensamientos contradictorios y sensaciones amontonadas en su cabeza, que no intentó ordenarlas y lo dejó para otro día. Uno de los invitados a la cena era también Kaloméitsev. Nunca había mostrado mayor insolencia y desprecio esnob, pero sus palabras ya no molestaban a Nezhdánov, que empezó a ignorar las. Estaba rodeado por una especie de nube, que flotaba como una cortina entre él y el resto del mundo -y, extrañamente, a través de esa cortina sólo pasaban tres rostros- y los tres de mujeres, y los tres mirándole fijamente. Eran la señora Sipiaguin, Mashúrina y Marianna. ¿Qué quería decir aquello? ¿Y por que razón precisamente aquellos tres rostros? ¿Qué tenían en común? ¿Y qué querían de él?

Se fue temprano a la cama, pero no consiguió dormirse. Le perseguían pensamientos tristes, lúgubres... pensamientos de final inevitable, de muerte. Ya los conocía. Durante mucho tiempo se movió de un lado a otro, ora estremeciéndose ante la posibilidad de aniquilamiento, ya recibiéndola con agrado y casi regocijándose. Por fin, sintió una agitación particular, ya conocida... Se levantó, se sentó en la mesa y, después de meditar un poco, casi sin corregir, escribió el siguiente poema en su cuaderno íntimo:

Querido amigo, cuando me muera,
Este pedido no olvides:

Todo lo que mi corazón escribió
¡Destruye sin vacilación!
Que para mí se abran las flores,
Y el Sol entre en tu habitación,
Por las puertas abiertas
Deja que entren los músicos.
¡Impídeles llorar tristemente!
Que como en un banquete
De golpe suene un vals insolente
Sobre los golpes de los tambores!
Yo escucharé, como nunca antes,
La espalda estremeciendo
Y en el silencio muerto
Que no se confunde con un quejido inútil,
Me voy al otro mundo,
Mecido por los sonidos suaves
De mi tierna alegría terrena.

Cuando escribió la palabra "amigo", pensó en Silin. Leyó el poema para sí mismo y quedó sorprendido conlo que había salido de su pluma. Aquel escepticismo, aquella indiferencia, aquella falta de fe tan frívola ¿cómo podía estar todo aquello de acuerdo con sus principios? ¿Con lo que había dicho a Markélov? Lanzó el cuaderno al cajón y volvió a la cama. Pero sólo se durmió de madrugada, cuando ya las primeras alondras empezaban a piar y el cielo empalidecía.

Al día siguiente, apenas había acabado la clase y se había sentado en la sala de billar, la señora Sipiaguin entró, miró alrededor y, con una sonrisa, se le dirigió, para que fuera a su salón privado. Llevaba un vestido claro de algodón, muy simple y muy bonito; los volantes de encaje de las mangas llegaban sólo hasta los codos, una ancha cinta le contorneaba la cintura, el pelo le caía sobre el cuello con pesados tirabuzones. Todo en ella respiraba amistad y ternura, una ternura cautelosa pero alentadora; todo: el brillo de sus ojos semicerrados, la indolencia suave de su voz, los gestos, la propia manera de caminar. La señora Sipiaguin condujo a Nezhdánov a su salón privado, confortable, agradable, lleno de olor a flores y perfumes, de la frescura pura de ropas femeninas, de la constante presencia femenina. Hizo que se sentara en un sillón, ella se sentó a su lado y empezó a hacerle preguntas sobre su visita, sobre la manera de vivir de Markélov, todo ello con mucho tacto y delicadeza. Mostró

Librodot

un genuino interés por su hermano, sin que lo mencionara una sola vez delante de Nezhdánov. Por sus palabras, podía comprenderse que la impresión causada por Marianna a su hermano no le había pasado inadvertida. Estaba un poco desilusionada... pero era difícil saber si era por el hecho de que Marianna no correspondía a los sentimientos del hermano o porque la elección había caído en una muchacha tan diferente de él. Pero, sobre todo, intentó domesticar a Nezhdánov, captar su confianza, romper su timidez. Valentina Mijáilovna llegó a censurarlo por no comprenderla.

Nezhdánov la escuchó, contempló sus brazos, sus hombros, de vez en cuando lanzó una mirada hacia sus labios rosados y hacia su pelo ligeramente crespo y pesado. Primeramente respondía con mucha brusquedad; sentía un aprieto en la garganta y en el pecho... pero poco a poco esta sensación cedió lugar a otra, aún perturbadora, pero no sin un cierto dulzor: no esperaba de ningún modo que una bárinia tan importante y tan bella, tan aristocrática, se molestara en interesarse por él, un simple estudiante. Y ella no sólo se interesaba sino que, en cierto modo, incluso coqueteaba un poco con él. Nezhdánov se interrogaba sobre sus objetivos al verla actuar así. Y no encontró respuesta. Sí, para hablar sinceramente, él no deseaba nada de eso. La señora Sipiaguin le habló de Kolia, llegó incluso a asegurar a Nezhdánov que deseaba conocerle mejor sólo para poder conversar con él seriamente sobre su hijo, conocer sus puntos de vista sobre la educación de los niños rusos. Podía parecer un poco extraño que aquél deseo le viniera tan repentinamente. Pero el problema no residía en lo que Valentina Mijáilovna decía, sino en el hecho de que había sido arrebatada por un deseo de conquistar y tener a sus pies a aquel joven rebelde.

Pero aquí es necesario volver un poco atrás.

Valentina Mijáilovna era hija de un general muy limitado y poco inteligente, con una sola estrella y una hebilla después de cincuenta años de servicio. Era muy voluntariosa y astuta, natural de la Pequeña Rusia, dotada, como muchas de sus conterráneas, de un aire simple y incluso algo estúpido, con el que sabía sacar todas las ventajas posibles. Los padres de Valentina Mijáilovna no eran ricos, pero la mandaron al Convento de Smolni, donde, aunque considerada una republicana, siempre destacó y estuvo en las primeras filas por su buen comportamiento y por ser un ejemplo para las otras. Cuando salió de Smolni, fue a vivir con su madre (el hermano había ido a la provincia, y el padre, el general con una estrella y una hebilla, había muerto ya) a un apartamento agradable pero muy frío, donde se podía ver el aliento cuando se hablaba. Valentina Mijáilovna sonreía y aseguraba que era "como en la iglesia". Era animosa para soportar toda la incomodidad de una vida de pobreza. Tenía un temperamento asombroso. Con la ayuda de la madre, consiguió aguantar la situación e hizo nuevas amistades. En la alta sociedad se referían a ella como una muchacha muy inteligente y bien educada, y muy digna. Tenía varios pretendientes; de todos ellos escogió a Sipiaguin y le hizo enamorarse de una manera muy simple, rápida e inteligente... Y éste no tardó en comprender que no encontraría mejor esposa. Era inteligente, no tenía mal genio... por el contrario, era bondadosa, en el fondo fría e indiferente... pero no soportaba la idea de que alguien pudiera quedar indiferente ante ella. Valentina Mijáilovna estaba poseída por aquel particular encanto que es característico de los egoístas "inteligentes", aquel encanto donde no hay poesía ni verdadera sensibilidad, sino sólo afabilidad, simpatía, incluso ternura. Pero eso no sirve a estos egoístas: son dominantes, y no soportan la independencia de los otros. Mujeres como la señora Sipiaguin excitan y perturban a las personas inexpertas y emotivas, pero ellas mismas prefieren una vida calmada y tranquila. La virtud les es fácil. Son apacibles, pero su constante deseo de dominar, de atraer y de agradar les da movilidad y brillo: tienen una gran fuerza de voluntad y la mayor parte de su fascinación es debida a esa fuerza de voluntad... Es difícil para un hombre resistir cuando, con tanto brillo, estos seres intocables empiezan a moverse apasionadamente como centellas misteriosas. Un hombre espera que venga la hora del ataque -y que el hielo se funda, pero los rayos del sol sólo juguetean en la superficie y el hielo no sólo no se funde, sino que ni siquiera se ablanda.

Comentario [Librodot-77]: Ucrania.

Le era muy fácil a la señora Sipiaguin coquetear: sabía muy bien que eso no implicaba ningún riesgo para ella. Pero quitar el empañado de los ojos a otra persona

y hacerlos brillar de nuevo, ver la cara de otra persona ruborizándose de deseo y miedo, oír su voz temblar y flaquear, perturbar el alma de otro ser, oh, ¡que dulce era para su alma! ¡Qué agradable era recordar más tarde, durante la noche, tumbada en su lecho puro, en un sueño sereno; recordar todas aquellas palabras agitadas, y miradas, y suspiros! Con qué sonrisa satisfecha se retiraba hacia dentro de ella misma, hacia la conciencia de su inaccesibilidad, de su invulnerabilidad; ¡y con qué condescendencia se entregaba a las caricias legales de su bien educado marido! Era tan agradable, que a veces hasta se llenaba de emoción, sintiéndose dispuesta a hacer una buena acción para ayudar al prójimo... Una vez fundó una pequeña casa de misericordia, después de que uno de sus enamorados, un secretario de embajada, intentara cortarse la garganta. Rezó fervorosamente por él, aunque desde muy joven sus sentimientos religiosos fuesen bastante débiles.

Así conversó con Nezhdánov y lo intentó todo para ponerle "a sus pies". Permitió que él se acercara, se abrió delante de él y, con una dulce curiosidad, con una ternura semimaternal, observó como aquel bello, interesante y severo radical se ablandaba y se rendía torpemente. Un día, una hora, un minuto después, todo aquello desaparecería sin dejar huellas, pero mientras duraba era agradable, un poco patético, un poco divertido, e incluso un poco triste. Habiendo olvidado su origen y sabiendo como esa atención es apreciada por las personas solitarias entre extraños, Valentina Mijáilovna empezó a hacer preguntas a Nezhdánov sobre su juventud, sobre su familia... Pero cuando vio, por sus respuestas cortas y escasas, que había cometido un error, intentó corregirlo y empezó a abrirse aún más... igual como, en un mediodía caliente de verano la rosa abre sus pétalos fragantes, que cierra de nuevo rígidamente al llegar el frío de la noche.

No consiguió, sin embargo, corregir del todo su error. Habiendo sido tocado en un punto sensible,

Nezhdánov ya no podía volver a su confianza anterior. Aquella amargura, que siempre llevaba, que siempre sentía en el fondo del alma, se agitó de nuevo y le despertó las sospechas y censuras políticas. «No vine para esto», pensó, recordando las prevenciones de Paklin... y, aprovechándose del primer momento de silencio, se levantó, hizo una pequeña reverencia y salió "muy estúpidamente", como sin querer dijo para sí.

Su perturbación no escapó a Valentina Mijáilovna... y a juzgar por la sonrisa con la que le siguió, consideraba esta perturbación una ventaja a su favor.

En la sala de billar, Nezhdánov encontró a Marianna. Estaba de espaldas a la ventana, no muy lejos de la puerta del salón privado de la señora Sipiaguin, con los brazos cruzados con fuerza. Su rostro estaba casi totalmente oscurecido, pero miraba a Nezhdánov tan interrogativamente, tan persistentemente con su mirada audaz, tanto desprecio e insultante piedad expresaban sus labios cerrados, que él se detuvo, perplejo.

¿Quiere decirme algo? -preguntó sin querer. Marianna no contestó en seguida.

-No... o antes, sí, quería. Pero no ahora.

-Entonces, ¿cuándo?

-Tendrá que esperar un poco. Quizá mañana, quizá nunca. Le conozco tan poco. ¿Cómo es usted realmente?

-De todas maneras -empezó Nezhdánov-, a veces me parece... que entre nosotros...

-Pero usted no me conoce -interrumpió Marianna-. Espere un poco. Quizá mañana. Ahora tengo que ir a ver a mi... señora. Hasta mañana.

Nezhdánov dio uno o dos pasos hacia adelante, pero de golpe se volvió:

Ah, ¡sí! Marianna Vikéntievna... quería pedirle que me permita acompañarla a la escuela antes de que cierre para ver cómo funciona.

-Con mucho gusto... Pero no era sobre la escuela de lo que quería hablarle.

-Entonces ¿sobre qué era?

-Mañana -repitió Marianna.

Pero no esperó hasta el día siguiente. Su conversación con Nezhdánov tuvo lugar esa misma tarde, en una de las alamedas de tilos que empezaban junto a la terraza.

Librodot

XIII

FUE ella quien se acercó a él.

-Señor Nezhdánov -empezó, con una voz rápida-, parece ser que está verdaderamente fascinado por Valentina Mijáilovna.

Se giró y, sin esperar respuesta, continuó hacia la alameda. Él la siguió.

-¿Por qué piensa eso? -preguntó él, poco después.

-¿Acaso no es cierto? Si no lo es, ella actuó hoy de una manera muy imprudente. Imagino lo preocupada que debía estar y cómo intentó atraparle entre sus redes.

Nezhdánov no contestó, sólo miró de lado a su extraña interlocutora.

-Óigame -continuó ella-. No vale la pena continuar simulando: no me gusta Valentina Mijáilovna... y usted lo sabe muy bien. Quizá esté siendo injusta... pero piense primero...

La voz de Marianna se rompió. Se ruborizó, quedó perturbada. Con las emociones daba siempre la impresión de que estaba furiosa.

-Seguro que se está preguntando empezó ella de nuevo-, por qué razón esta bárishnia le está contando todo esto. Y seguro que pensó también lo mismo cuando le hablé... del señor Markélov.

Comentario [Librodot-78]: Diminutivo de bárinia.

De repente se inclinó, cogió un pequeño hongo, lo partió en trozos y lo lanzó hacia el lado.

-Está equivocada, Marianna Vikéntievna –observó Nezhdánov-. Por lo contrario, pensé que yo le inspiraba confianza... y la idea me agradó mucho.

Nezhdánov no decía toda la verdad: aquella idea le vino en aquel mismo instante.

Marianna le miró durante un momento. Hasta entonces, había evitado su mirada.

-Usted no me inspira precisamente confianza -dijo ella, pensativa-. Me es totalmente extraño. Pero su posición y la mía son muy semejantes. Ambos somos igualmente infelices. Y es eso lo que nos une.

-¿Usted es infeliz? -preguntó Nezhdánov.

-Y usted... ¿no lo es? -respondió Marianna. Él no contestó.

¿Conoce mi historia? -preguntó ella con energía-. ¿La historia de mi padre? ¿De su exilio? ¿No? Entonces tiene que saber que fue llevado a juicio, condenado, privado de su puesto... y enviado a Siberia. Después murió... y mi madre también. Mi tío, el señor Sipiaguin, hermano de mi madre, me crió: vivo de su pan, es mi bienhechor... y Valentina Mijáilovna es mi bienhechora... y yo les pago con ingratitud, sin duda tengo un corazón duro, pero el pan ajeno es amargo, y yo no soy capaz de aceptar una condescendencia insultante, y no puedo soportar las protecciones... y no puedo disimular... y cuando me hieren constantemente, si no lloro es por orgullo.

Mientras decía esto, Marianna empezó a caminar cada vez más deprisa.

De repente, paró.

-¿Sabe que mi tía, sólo para verse libre de mí, tiene la intención de casarme... con ese horrible Kaloméitsev? De todas maneras, conoce bien mis convicciones y a sus ojos soy una nihilista... y él... Yo, seguro, no le agrado, no soy bonita, pero siempre cabe la posibilidad de venderme. Sería también caridad.

-¿Por qué motivo usted...? -empezó Nezhdánov. Pero se calló.

Marianna le miró durante un momento.

-Quiere decir ¿por qué razón no acepté el señor Markélov, no? Es un buen hombre. Pero no tengo la culpa de no amarle.

Marianna avanzó de nuevo, como queriendo ahorrar a su compañero la necesidad de hacer cualquier comentario a esta inesperada confesión.

Llegaron al fin de la alameda. Marianna se giró rápidamente hacia una vereda estrecha que conducía a un denso bosque de abetos, y continuó andando por él. Nezhdánov la siguió. Dos cosas le dejaban perplejo: la primera, que le parecía extraño que aquella muchacha tímida

se abriera de repente de esa manera ante él... y la segunda el hecho de que eso no le sorprendiera, sino que lo encontrara natural.

Marianna se giró de repente y se paró en medio del camino, con el rostro a menos de un metro del de Nezhdánov, mirándole directamente a los ojos.

-Alexéi Dmítritch -dijo ella-, no piense que mi tía es una mala mujer... ¡No! Todo lo que hace es mentir. Es una comediante, le gusta presumir... que todos la adoren como una beldad... y se inclinen ante ella como ante un santo. Es capaz de inventar un discurso maravilloso, decirlo a alguien, y después repetirlo a una segunda y a una tercera persona... fingiendo que lo pensó precisamente en aquel momento al mismo tiempo que juega con aquellos ojos maravillosos suyos. Se conoce muy bien... sabe que se parece a una Madonna y que no quiere a nadie. Finge que se preocupa mucho por Kolia... y todo lo que hace es hablar de él con personas inteligentes. Pero no desea mal a nadie... Es toda bondad. Sin embargo, si todos los huesos de su cuerpo fuesen aplastados delante de ella... no haría nada. No movería un dedo para salvarle, y si eso le fuera necesario o provechoso... entonces... ¡oh, entonces!

Marianna se calló. La furia la sofocó. Decidió dejar que se expresara, no pudo contenerse, pero las palabras involuntariamente le fallaron. Marianna pertenecía a una clase particular de seres infelices -muy frecuentes en

Rusia- a quien la justicia satisface pero no alegra, mientras la injusticia, a la que son profundamente sensibles, les indigna hasta las profundidades del alma. Mientras hablaba, Nezhdánov la observaba atentamente. Su rostro ruborizado, su pelo corto y en desorden, sus finos labios temblándole, le parecieron amenazadores, significativos... y bellos. La luz del sol, quebrada por una red de ramas, le ponía en la frente una mancha dorada oblicua, y esa lengua de fuego parecía haberse aliado con la expresión excitada de todo su rostro, con sus ojos muy abiertos, fijos y chispeantes, con el tono enfadado de su voz.

-Dígame -le preguntó, por fin, Nezhdánov-, ¿por qué dice que soy infeliz? ¿Conoce mi historia?

Marianna bajó la cabeza.

-Sí.

-¿Y cómo la conoce? ¿Alguien le habló de mí?

-Conozco... su origen.

-Lo sabe... ¿Quién se lo contó?

-Valentina Mijáilovna, naturalmente, por quien usted está tan fascinado. No dejó de observar, ante mí, a propósito de cualquier cosa como siempre, pero intencionadamente, sin lástima, como una persona de ideas avanzadas que está por encima de prejuicios, que había un incidente interesante en la vida de nuestro nuevo profesor. Pero no se admire: Valentina Mijáilovna, del mismo modo casual y con compasión, cuenta a todas sus visitas, imagine, la vida de su sobrina... ¡pues su padre recibía sobornos y fue enviado a Siberia! Por más aristocrática que se crea... ¡no pasa de una simple intrigante, de una farsante, esa su Madonna de Rafael!

-Perdóneme -observó Nezhdánov-, ¿por qué motivo ella es "mía"?

Marianna se giró y continuó caminando por la vereda.

-Tuvieron una conversación tan larga -dijo ella con un tono de voz sordo.

-Yo casi no dije nada -respondió Nezhdánov-. Fue ella quien habló todo el tiempo.

Marianna continuó caminando en silencio. Pero por donde el sendero hacía una curva, los abetos se abrieron, y se encontraron ante un pequeño terreno cubierto de hierba, con un abedul plateado en el centro, cuyo tronco hueco estaba rodeado por un banco redondo. Marianna se sentó en el banco; Nezhdánov tomó lugar a su lado. Sobre sus cabezas se balanceaban suavemente largas ramas colgantes, cubiertas de pequeñas hojas verdes. Alrededor, en la hierba poco espesa, surgía la blancura de los lirios de los valles, y por todas partes se erguía la fragancia fresca de la hierba nueva que aliviaba agradablemente el olor pesado y resinoso de los árboles.

-¿Querrá, pues, venir conmigo a ver la escuela del pueblo? -empezó Marianna-. Pues

vamos. Aunque... no lo sé. Le agradará poco. Ya sabe: nuestro principal profesor es el diácono. Es un buen hombre, pero no puede imaginar las cosas que dice a los niños. Tenemos allá un chiquillo... se llama Garasei... es huérfano, tiene nueve años y, créame, es el que aprende mejor.

Con el cambio de tema en la conversación, Marianna pareció cambiar también: quedó pálida, calma, y en su rostro apareció una sensación de inquietud, como si estuviera avergonzada de todo lo que había dicho. Deseaba evidentemente conducir a Nezhdánov hacia cualquier "cuestión" -la escuela, los campesinos- para no seguir en el tono anterior. Pero, en aquel momento, él no estaba para "cuestiones".

-Marianna Vikéntievna -empezó Nezhdánov-, voy a hablarle francamente: no esperaba de modo alguno todo lo que... ha acontecido entre nosotros -ante la palabra "aconteció" ella se enderezó ligeramente-. Me parece que, de pronto, nosotros... nos hemos hecho íntimos. Así debía ser. Hace mucho que nos aproximamos el uno al otro, pero no nos expresábamos mediante palabras. Por eso le hablé sin reservas. Sin duda es dura su situación en esta casa, pero su tío, aunque limitado, hasta donde puedo juzgar, pareceun buen hombre... ¿No comprende su posición y no la apoya?

-¿Mi tío? En primer lugar, mi tío no es un hombre sino un funcionario... senador o ministro... no lo sé bien. En segundo lugar... no quiero quejarme y hablar contra otras personas: mi situación no es nada dura, o sea, nadie me molesta. Los alfilerazos de mi tía no me molestan mucho... soy verdaderamente libre.

Nezhdánov la miró sorprendido.

-En ese caso... todo lo que acaba de contarme...

-Puede reír -dijo ella-. Si soy infeliz, no es por mi infelicidad. A veces me parece que sufro por todos los pobres e infelices de Rusia... no, no es eso... pero estoy indignada por su causa, me revuelvo... por tener que agachar la cabeza. Soy infeliz por ser una "bárishnia", una parásita, porque no sé nada ni puedo hacer nada. Cuando mi padre fue enviado a Siberia y me quedé con mi madre en Moscú... ¡ah, como deseaba ir hacia él! No porque le quisiera o le respetara demasiado, sino porque quería conocer, ver con mis propios ojos, cómo viven los exilados y los bandidos... ¡Cómo me detesté, a mí y a aquella gente plácida, rica, bien alimentada!... Y después, cuando él volvió, caído, abatido, y empezó a humillarse, a moverse y a buscar favores... ¡Ah, qué duro me pareció! Fue un alivio que hubiera muerto... ¡y mi pobre madre también! Pero yo me quedé... ¿Para qué? Para sentir que tengo una mala naturaleza, que soy ingrata, que para mí no hay paz... y que no puedo hacer nada por nada ni por nadie.

Marianna se giró, la mano se le deslizó hacia el banco. Nezhdánov sentía lástima de ella; tocó su mano caída... pero la muchacha la retiró rápidamente. No porque el movimiento de Nezhdánov le pareciera impropio, sino porque no quería que pensara que ella solicitaba piedad.

A través de las ramas de los abedules, pudo verse, por un momento, un vestido de mujer.

Marianna se enderezó.

-Mire, su Madonna ya mandó a la espía. Esa criada tiene como misión vigilarme e informar a su señora de dónde paso mi tiempo y con quién. Mi tía ciertamente adivinó que yo estaba con usted y consideró que no era propio... sobre todo después de la dramática escena que representó con usted. Pero da igual. Es hora de volver. Vamos.

Marianna se levantó. Nezhdánov se puso también de pie. Ella le miró por encima del hombro y, de golpe, por el rostro le pasó una expresión casi infantil, encantadora, un poco confusa.

-No está enfadado conmigo, ¿verdad que no? ¿No pensará que yo también hice una escena? No; sé que no lo piensa -continuó, antes de que Nezhdánov tuviera tiempo de responder-. Usted es como yo... infeliz... y su naturaleza es también... mala, como la mía. Pero mañana iremos juntos a la escuela, porque ahora somos buenos amigos.

Cuando Marianna y Nezhdánov se acercaron a la casa, Valentina Mijáilovna les miró

Librodot

desde el balcón con los impertinentes y, con su sonrisa habitual en los labios, movió la cabeza. Después, volviendo, a través de la puerta de cristal abierta, a la sala de visitas, donde Sipiaguin jugaba a las cartas con el vecino desdentado, que había venido para el té, dijo en voz alta y arrastrada, acentuando todas las sílabas:

-¡Que húmedo está el aire! ¡No es nada bueno para la salud!

Marianna cambió una mirada con Nezhdánov, pero Sipiaguin, que había acabado de marcar un punto a su comparsa, echó a la esposa una ojeada verdaderamente ministerial, mirándola de los pies a la cabeza, y después transfirió esa misma mirada ensoñada, fría, pero penetrante, a la joven pareja en el jardín umbroso.

XIV

ASARON más de dos semanas. Todo transcurría en su orden normal. Sipiaguin fijaba las ocupaciones de cada día, si no como un ministro, por lo menos como un director general, y se comportaba, como siempre, altivo, humano y un poco fastidioso; Kolia recibía sus lecciones; Anna Zajárovna seguía preo cupada y llena de rencor; venían visitas, conversaban, jugaban y, según parecía, no se aburrían. Valentina Mijáilovna seguía divirtiéndose con Nezhdánov, aunque su habitual afabilidad se mezclara un poco con un cierto sarcasmo bienintencionado. Nezhdánov se hizo muy íntimo de Marianna y, para sorpresa suya, descubrió que el carácter de la muchacha era bastante equilibrado y que se podía discutir de todo con ella sin provocar ninguna oposición violenta. La había acompañado a la escuela una o dos veces, pero ya en la primera visita vio que no podía hacer nada allí. El padre diácono la controlaba completamente con el consentimiento de Sipia guin y según sus deseos. No enseñaba mal la gramática, aunque utilizaba un método anticuado. En los exámenes hacía preguntas bastante absurdas. Por ejemplo, una vez preguntó a Garasei: «¿Cómo explicas la frase: "Las aguas son oscuras como el firmamento"?», a la que Garasei debía responder por el orden del mismo diálogo: «Es inexplicable.» De todos modos, la escuela pronto fue cerrada hasta el otoño, por las vacaciones de verano. Recordando la sugerencia de Paklin y otros, Nezh dánov intentó también entrar en contacto con los campesinos, pero no tardó en descubrir que apenas los conocía, satisfaciendo así un poco su curiosidad, pero sin hacer ninguna propaganda. Había vivido casi toda su vida en la ciudad y entre él y las personas de provincia había un abismo que no podía cruzar. En cierta ocasión Nezhdánov cambió algunas palabras con el borra

cho Kiril e incluso con Mendeléi, el "Malhumorado", pero estuvo algo tímido ante ellos y, excepto algunos tacos muy conocidos y rápidos, no consiguió oir nada de ellos. Otro mujik -llamado Fitiuiev- le confundió totalmente. Tenía un rostro extrañamente enérgico, parecía un salteador... «Bien, ¡parece prometedor!», pensó Nezhdánov... Pero, ¡no! Fitiuiev no pasaba de un infeliz a quien el *mir* había quitado la tierra porque él -un hombre sano y fuerte- *no podía* trabajar. «¡No puedo!», exclamaba Fitiuiev con una voz honda y sollozante. «¡No puedo trabajar! ¡Matadme! O me quitaré de enmedio!» Y terminó mendigando por las calles... ¡con una cara de Rinaldo Rinaldini! Nezhdánov tampoco entró fácilmente en contacto con los obreros de la fábrica. O eran terriblemente vivos o terriblemente lúgubres... y tampoco con ellos consiguió nada. Sobre todo esto escribió una enorme carta a su amigo Silin, en la cual se quejaba amargamente de su incapacidad, culpando de ello a su pésima educación y a su terrible naturaleza estética. De repente comprendió que su vocación -en el sector de la propaganda- no era hablar sino escribir. Pero los panfletos que ideó no servían. Todo lo que intentaba pasar al papel le daba la misma impresión en cierto modo falsa, cansada, nerviosa de tono y estilo y, una vez o dos -¡oh, horror!- sin darse cuenta, se perdió en verso o en efusiones escépticas o personales. Decidió asimismo (¡importante indicio de confianza e intimidad!)

Comentario [Librodot-79]: Comunidad campesina tradicional.

Comentario [Librodot-80]: Salteador noble, héroe de una novela con el mismo título de Christian August Vulpius (17621827).

hablar de esta carencia suya con Marianna... y, de nuevo para su sorpresa, encontró simpatía en ella, no por su poesía, claro, sino por la debilidad moral que sufría y que no le era extraña. Marianna detestaba tanto la estética como él, pero precisamente por eso no amaba a Markélov y no se casaba con él, porque no había en él el mínimo vestigio de una naturaleza estética. Claro que ni tan siquiera Marianna reconocía tal cosa ante sí misma. A veces pasa que lo que es fuerte en nosotros permanece como un secreto insospechado.

Así pasaban los días, lentos, tranquilos, pero no aburridos del todo.

Algo extraño pasó con Nezhdánov. Se sentía insatisfecho consigo mismo, con su actividad, o, mejor dicho, con su inactividad; sus palabras casi siempre revelaban amargura y sarcasmo autocrítico. Y en su alma, en sus más íntimos recesos, había una sensación de felicidad que le daba una cierta tranquilidad. ¿Sería consecuencia de la calma campestre, del aire, del verano, de la buena comida, de la existencia fácil? ¿O sería debido a que, por primera vez en su vida, probaba la dulzura del contacto con una alma femenina? Sería difícil saberlo con certeza. Pero en su fuero interno se sentía bien, aunque se quejaba -y se quejaba sinceramente- a su amigo Silin.

Sin embargo, esa disposición de Nezhdánov fue abruptamente destruida en un sólo día.

En la mañana de ese día recibió una carta breve de Vasili Nikoláievich dándole instrucciones para que, junto con Markélov, conociera y llegara rápidamente a un acuerdo con Solomin y con un cierto comerciante, Golushkin, un Viejo Creyente que vivía en S. Esa carta molestó a Nezhdánov, ya que también le censuraba por su inactividad. La amargura, que todo el tiempo había borboteado sólo en sus palabras, se le alzaba ahora desde las honduras del alma.

Para la cena apareció Kaloméitsev, turbado y agitado.

-Escuchen -gritó, casi con lágrimas en los ojos-, qué desgracia acabo de leer en el periódico: mi amigo, mi querido Mijaíl, el príncipe servio, ¡fue muerto por unos granujas cualesquieras en Belgrado! ¡Esto es lo que nos traerán estos jacobinos y revolucionarios si no se acaba con ellos con toda firmeza!

Sipiaguin "se permitió observar" que este horrible asesinato era obra probablemente no de jacobinos, "que no parece que haya en Servia", sino de partidarios de Karageórguievich, enemigos de Obrénovich... Pero Kaloméitsev no quería escuchar nada y, aún con lágrimas en los ojos, empezó de nuevo a contar lo mucho que el fallecido príncipe le quería y ¡qué bella pistola le había dado!... Se agitó un poco y, como estaba irritado con los jacobinos extranjeros se volvió contra los nihilistas y socialistas nacionales, y por fin explotó de rabia. Cogió elegantemente, con las dos manos, un gran pan blanco y, rompiéndolo por el medio sobre el plato de sopa, como hacen los parisienses en el *Café Riche,* anunció que le gustaría quebrar, reducir a cenizas a todos los que se opusieran ¡fuera a que fuera y a quien fuera! Se expresó exactamente así: «¡Ya es hora! ¡Ya es hora!», anunció, llevándose la cuchara a la boca. «¡Ya es hora! ¡Ya es hora!», repitió, entregando el vaso al criado que servía el jerez. Recordó con reverencia los grandes hombres de letras de Moscú... *y Ladislas, notre bon et cher Ladislas* no le salía de la lengua. En ese momento fijó la mirada en Nezhdánov, como si le dijera: «¡Esto es para ti! ¡Aguanta! ¡Todo esto es para ti! ¡Y aún hay más!» Este no aguantó más y empezó finalmente a objetar, un poco vacilante (aunque no por miedo) y con la voz trémula. Empezó defendiendo las esperanzas, los principios, los ideales de la juventud. Kaloméitsev no tardó mucho en empezar a gritar -su furia siempre se expresaba en falsete- y a insultar. Sipiaguin, con aire majestuoso, tomó partido por Nezhdánov; Valentina Mijáilovna se mostró de acuerdo con el marido. Anna Zajárovna intentó distraer la atención de Kolia y observaba furiosamente a todos; Marianna no se movía, como si estuviera petrificada.

Comentario [Librodot-81]: Ladislao, nuestro buen y querido Ladislao.

Pero, de repente, al oír por vigésima vez pronunciar el nombre de *Ladislas,* Nezhdánov explotó y, golpeando la mesa con la palma de la mano, exclamó:

-¡Qué autoridad! ¡Como si no supiéramos quien es este *Ladislas!* ¡Un espía nato *y* nada más!

A...a...a...qué... ¿qué dice? -tartamudeó Kaloméitsev, sofocando la rabia-. ¿Cómo se atreve a expresarse así de un hombre que es respetado por personas como el Conde

Blazenkrampf y el Príncipe Kovrízhkin?

Nezhdánov se encogió de hombros.

-Buena recomendación: el príncipe Kovrízhkin, ese lacayo entusiasta...

-¡*Ladislas* es amigo mío! -gritó Kaloméitsev-. Es mi camarada, y yo...

-Tanto peor para usted -interrumpió Nezhdánov-. Significa que comparte su manera de pensar y en ese caso mis palabras se aplican también a usted.

Kaloméitsev se puso mortalmente pálido de rabia.

¿Có...cómo? ¿Qué? ¿Cómo se atreve? Debería ser... inmediatamente...

-¿Qué es lo que me haría *inmediatamente?* -interrumpió Nezhdánov con un sarcasmo delicado.

Dios sabe lo que habría resultado de este duelo entre los dos enemigos si Sipiaguin no lo hubiera terminado de raíz. Levantó la voz y, asumiendo un aire serio, en el que no se sabía lo que predominaba, si la solemnidad del hombre de estado o la dignidad del anfitrión, y anunció firme y calmamente que no quería oír más expresiones tan inmoderadas en su mesa; que desde hacía mucho había establecido una regla (y corrigió: una regla sagrada) del respeto por todas las convicciones, mientras (aquí levantó el índice ornamentado con un blasón) se mantengan dentro de los límites del comportamiento decente; que, si por un lado, no podía dejar de condenar al señor Nezhdánov, por cuyas palabras violentas sólo la juventud de sus años podía ser responsable, por el otro, no podía tampoco aceptar el violento ataque del señor Kaloméitsev a personas del campo opuesto... un ataque claramente debido, sin embargo, a su exceso de celo por el bien de la sociedad.

-Bajo mi techo terminó-, bajo el techo de Sipiaguin, no hay jacobinos, ni espías, sólo personas honestas que, comprendiéndose al fin mutuamente, acabarán por estrecharse las manos.

Tanto Nezhdánov como Kaloméitsev quedaron callados, aunque no se estrecharon las manos. Por lo contrario: nunca habían sentido una antipatía mutua tan fuerte. La cena terminó en un silencio desagradable e incómodo. Sipiaguin intentó contar un chiste diplomático, pero se detuvo a medias. Marianna tenía los ojos bajos, fijos en el plato. No quería mostrar su simpatía por las palabras de Nezhdánov, no por miedo, ¡eso no!, sino porque no quería denunciarse delante de la señora Sipiaguin. Sentía sobre sí su mirada perspicaz y fija. Y realmente la señora Sipiaguin no apartó los ojos de ella y de Nezhdánov. Aquella inesperada explosión primero la asustó, pero después, en cierta manera, la comprendió, hasta al punto de exclamar involuntariamente: «¡Ah!» Adivinó de golpe que Nezhdánov se le escapaba, el mismo Nezhdánov que no hacía mucho tiempo venía obedientemente a un gesto suyo. «Algo pasó... ¿Será Marianna? Sí, claro que es Marianna... El le agrada... sí, y ella...»

«Hay que tomar medidas.» Así concluyó sus reflexiones, mientras Kaloméitsev se encendía de indignación. Incluso jugando a las cartas, dos horas después, pronunciaba las palabras: «¡Paso!» y «¡Compro!» con un dolor en el corazón, y en su voz se notaba un temblor de orgullo herido, aunque diera a entender que «estaba por encima» de esas nimiedades. Sólo Sipiaguin se sentía satisfecho de su elocuencia así como de haber calmado la tempestad que se había levantado... Sabía latín, y la frase de Virgilio Quos *ergo!* (¡Aquí estoy!) no le era extraña. Nose comparó conscientemente a Neptuno, pero pensó en él con cierta simpatía.

Comentario [Librodot-82]: Se refiere al poeta P. A. Viázemski (1792-1878). Dé 1856 a 1858 Viázemski dirigió la censura y se hizo notar por su extrema agresividad contra el movimiento democrático. Cuando Viázemski murió, Turguénev le discribió, en una carta a Ánnenkov, de esta manera: «Un residuo de la época de Pushkin -un residuo en el patio-, así quedará en la memoria de la posteridad, si es que le recordarán.» (Crónica de la vida y obra de I.S. Turguénev *(Létopis' zhizni i tvórchestva I. S. Turgéneva),* Academia, 1934, pág. 273.) En una carta a Gogol, Belinski llamó a Viázemski «príncipe en la aristocracia y lacayo en la literatura.

XV

TAN pronto como le fue posible, Nezhdánov se retiró a su habitación encerrándose con llave. No quería ver a nadie, a nadie, excepto a Marianna, cuya habitación estaba al final del largo pasillo que cruzaba todo el último piso. Nezhdánov sólo había estado allí una vez y durante pocos minutos, pero le pareció que a la muchacha no le importaría si la llamara a la

puerta, que ella desearía también hablarle. Era ya muy tarde, casi las diez. Los señores de la casa, después de lo ocurrido durante la cena, consideraron necesario dejarle en paz y siguieron jugando a las cartas con Kaloméitsev. Valentina Mijáilovna preguntó una o dos veces por Marianna, ya que ésta también había desaparecido inmediatamente después de cenar.

-¿Dónde está Marianna Vikéntievna? -preguntó ella, primero en ruso, después en francés, sin dirigirse a nadie en especial, sino a las paredes, como hacen a menudo las personas cuando están muy sorprendidas. Pero no tardó en embreñarse en el juego.

Nezhdánov caminó algunas veces hacia atrás y hacia adelante en su cuarto, después se dirigió por el pasillo hasta la puerta de Marianna, y llamó suavemente. No hubo respuesta. Llamó una vez más, giró el pomo de la puerta... Estaba cerrada. Apenas tuvo tiempo de volver a su habitación y sentarse, cuando en su propia puerta se oyó un leve golpe y la voz de Marianna:

-Alexéi Dmítrich, ¿fue *usted* quien vino a mi cuarto?

Él dio un salto y corrió hacia la puerta. Marianna estaba en el pasillo con una vela en la mano, pálida e inmóvil.

-Sí... yo... -murmuró.

-Venga -respondió ella, y siguió por el corredor.

Pero no llegó hasta el final sino que se paró ante una puerta baja y empujó. Nezhdánov vio una pequeña sala casi vacía-. Quedémonos mejor aquí, Alexéi Dmítrich, donde nadie nos molestará.

Nezhdánov obedeció. Marianna colocó el candelabro en el alféizar de una pequeña ventana y se volvió hacia Nezhdánov.

-Comprendo que me quisiera ver -empezó ella-. Le es muy duro vivir en esta casa y a mí también.

-Sí, quería verla, Marianna Vikéntievna -respondió Nezhdánov-, pero desde que la conocí ya no me parece tan duro vivir aquí.

Marianna sonrió pensativamente.

_Gracias, Alexéi Dmítrich. Pero dígame, ¿piensa realmente quedarse después de todos aquellos ultrajes?

-Creo que no me querrán tener más aquí. ¡Me echarán! -respondió Nezhdánov.

-Pero ¿no piensa usted mismo marcharse?

¿Yo...? No.

-Pero ¿por qué?

-¿Quiere saber por qué? Porque *usted* está aquí. Marianna bajó la cabeza y se alejó un poco hacia el fondo de la sala.

-Además -prosiguió Nezhdánov-, yo *tengo que* quedarme. Usted no sabe nada, pero yo quiero, siento que debo contárselo todo -se acercó a Marianna y le cogió la mano. Ella no la retiró, sólo le miró directamente a la cara-. ¡Oiga! -exclamó en un arranque súbito y fuerte-. ¡Óigame!

Y en seguida, sin sentarse en ninguna de las dos o tres sillas que había en la sala, siguiendo de pie ante Marianna y cogiéndole la mano, Nezhdánov, con entusiasmo, con calor, con una elocuencia que le sorprendió a él mismo, la puso al corriente de todos sus planes, intenciones, de sus motivos para aceptar la oferta de Sipiaguin, de todas sus relaciones, conocimientos, de su pasado, de todo lo que siempre había ocultado y que nunca había contado a nadie. Le habló de las cartas de

Vasili Nikoláievich, de todo... ¡hasta de Silin! Habló apresuradamente, sin parar, sin una sola pausa, como censurándose de no haber hasta entonces confiado a Marianna todos sus secretos, como si le estuviera pidiendo perdón. Ella le escuchaba atentamente, con avidez. En los primeros momentos, estaba agitada... pero esa reacción en seguida desapareció. Gratitud, orgullo, devoción, resolución, era lo que inundaba su alma. En su rostro, los ojos le centelleaban. Puso la otra mano sobre la de Nezhdánov, sus labios se abrieron en éxtasis... Estaba, de repente, terriblemente bella.

El calló por fin, la miró y, de golpe, fue como si viera por primera vez *aquel* rostro, que

Librodot

le era a la vez tan querido y tan familiar.

Dejó escapar un suspiro fuerte, hondo.

-¡Ah, qué bien he hecho en contárselo todo! -dijeron con dificultad sus labios.

-Sí, hizo bien... ¡hizo bien! -repitió ella, también con un murmullo. Imitándole involuntariamente, bajó su tono de voz-. Y significa -continuó ella-, que yo estoy a vuestra disposición, que yo quiero también ser útil a vuestra causa, que estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario, a ir donde me digan, que siempre quise con ansia, con toda mi alma, eso que...

Se calló. Una palabra más y sus emociones se transformarían en lágrimas. Toda su fuerza se volvió de golpe, blanda como la cera. Una sed de actividad, de sacrificio, de sacrificio inmediato, era lo que la atormentaba.

Se oyó el sonido de unos pasos junto a la puerta, cautelosos, rápidos, leves.

Marianna se enderezó súbitamente, liberó las manos, y toda ella cambió y se alegró. Una expresión desdeñosa, audaz, le pasó por el rostro.

-Sé quién está en este momento escuchándonos detrás de la puerta -dijo ella en una voz tan alta que en el pasillo se podían oír perfectamente todas sus palabras-. La señora Sipiaguin escucha... Pero me da igual.

El ruido de pasos se interrumpió.

-¿Entonces? -preguntó Marianna a Nezhdánov-. ¿Qué podré hacer yo? ¿Cómo los ayudaré? Diga... ¡diga de prisa! ¿Qué podré hacer?

-¿Qué? -respondió Nezhdánov-. Aún no lo sé... Recibí una carta de Markélov...

¿Cuándo? ¿Cuándo?

-Esta misma tarde. Mañana tenemos que ir a la fábrica para hablar con Solomin.

-Sí... sí... ¡Qué hombre tan magnífico, Markélov! ¡Un verdadero amigo!

¿Cómo yo?

Marianna miró a Nezhdánov frente a frente.

-No... no es lo mismo.

-¿Cómo?

Ella se alejó de repente.

-¡Ah! ¿No sabe en lo que se ha convertido para mí y lo que siento en este momento?...

El corazón de Nezhdánov latió con fuerza y miró involuntariamente al suelo. Aquella muchacha que le quería -a él, un miserable sin hogar-, que había confiado en él, que estaba preparada para seguirle, para acompañarle en la misma causa, aquella muchacha maravillosa, Marianna, en aquel momento se hizo para Nezhdánov la encamación del amor de madre, de hermana, de esposa, la encarnación de su país, de la felicidad, de la lucha, de la libertad.

Levantó la cabeza y miró a sus ojos, fijos en él como en una apelación...

¡Oh, cómo le penetraba en lo hondo de su alma aquella mirada brillante, tierna!

-Así, pues -empezó él con la voz temblorosa-, mañana voy... Y cuando vuelva, le... contaré -de pronto sintió inadecuado tratar a Marianna de "usted"-. Le contaré lo que sepa, lo que se haya decidido. De hoy en adelante, todo lo que haga, todo lo que piense, todo... te... lo contaré antes.

-¡Oh, amigo mío! -exclamó Marianna cogiéndole de nuevo la mano-. ¡Yo te prometo también lo mismo!

Este "tú" salió de ella tan suave y simple como si fueran viejos camaradas.

-¿Puedo ver la carta?

-Aquí está.

Marianna pasó los ojos por la hoja de papel y después alzó el rostro con una expresión casi reverente. -¿Te confían misiones tan importantes?

El sonrió como respuesta y metió de nuevo la carta en su bolsillo.

-Es extraño -dijo él-, hemos declarado nuestro amor uno por el otro, nos amamos, pero no dijimos una sola palabra sobre ello.

¿Para qué? -murmuró Marianna.

Y, de repente, se echó a sus brazos, apretó la cabeza contra su hombro... Pero no se

Librodot

besaron -habría sido demasiado vulgar- y luego se despidieron, apretándose las manos con fuerza.

Marianna se giró para coger el candelabro que había quedado en el alféizar de la ventana, y sólo entonces una especie de confusión empezó a dominarla. Apagó la vela y, entre la profunda oscuridad, se deslizó rápidamente por el pasillo, entró en su habitación, se desnudó y se acostó en la, en cierta manera para ella, consoladora oscuridad.

XVI

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Nezhdánov no sólo no sintió ningún embarazo al recordar lo que había pasado el día anterior, sino que, por el contrario, estaba dominado por una especie de alegría dulce y calma, como si hubiera hecho algo que, realmente, debía de haber hecho mucho antes. Después de pedir dos días de permiso a Sipiaguin, que éste le concedió inmediatamente, aunque con un aire severo, Nezhdánov se marchó a casa de Markélov.

Antes de irse consiguió encontrarse con Marianna. Tampoco ella se sentía avergonzada ni agitada. Le miró tranquila y decidida y le trató con naturalidad de "tú". Sólo estaba preocupada por lo que pasaría en casa de Markélov y le pidió que le explicara todo después.

-¡Claro! -respondió Nezhdánov.

«Y realmente», pensó, «¿por qué tenemos que preocuparnos? En nuestras relaciones, los sentimientos personales desempeñan un papel... secundario... y estamos unidos para siempre. ¿En nombre de la causa? Sí, en nombre de la causa.»

Así pensaba Nezhdánov y ni él mismo sospechaba cuánto había de verdadero -y de falso- en ese pensamiento.

Encontró a Markélov en el mismo estado de ánimo, agotado y deprimido. Almorzaron apresuradamente y, montados en nuestro ya conocido carruaje (el segundo caballo era un potro joven de un mujik, que nunca había sido acoplado antes, pues el caballo de Markélov aún estaba cojo), se fueron camino de la gran fábrica de tejidos del comerciante Faléiev, donde vivía Solomin. La curiosidad de Nezhdánov se había despertado: ansiaba conocer íntimamente al hombre de quien tanto había oído hablar en los últimos días. Solomin había sido informado de la llegada de los dos hombres y, en seguida que se detuvieron en el portalón de la fábrica y se hicieron anunciar, fueron conducidos a un edificio horrible ocupado por el "director técnico". Él estaba en el bloque principal, y mientras uno de los obreros corría a llamarle, Nezhdánov y Markélov se acercaron a la ventana y miraron alrededor. La fábrica, según parecía, estaba en pleno desarrollo con gran intensidad de trabajo; de todos lados llegaba el ruido propio de una actividad incesante: máquinas que soplaban y golpeaban, telares que producían estrépito, ruedas que crujían, correas que giraban, mientras carretas y cilindros y carros cargados rodaban por todas partes. Se daban órdenes a gritos entre el sonido de campanillas y silbidos; obreros con blusas y delantales cubriéndoles el pecho, el pelo atadocon cintas, y muchachas obreras con ropas de imprenta, corrían rápidamente de un lado a otro; caballos enganchados eran arriados... Un millar de seres humanos trabajaba alrededor, intensamente. Todo sucedía a gran velocidad y con bastante sentido; pero no sólo no había limpieza y precisión, sino que no se notaba el menor vestigio de orden. Por el contrario, por todas partes les sorprendía la negligencia, la basura, la suciedad: aquí un cristal roto en una ventana, allí el estuco caído, las tablas sueltas, más adelante las puertas abiertas. Una gran charca negra, con los colores iridiscentes de la suciedad, estaba en medio del patio principal; más adelante, un montón de ladrillos abandonados; restos de esteras, cajas y trozos de cartón estaban esparcidos aquí y allá; perros magros y sucios con aire hambriento erraban por allí sin siquiera ladrar; en un rincón, bajo una cerca, estaba sentado un chiquillo de unos cuatro años, con un enorme vientre y la cabeza despeinada, llorando desesperadamente como si hubiera sido abandonado por todo el mundo; a su lado, toda sucia también de hollín, una puerca,

rodeada de una confusión de lechones, engullía tallos de col; algunas ropas rasgadas estaban tendidas en una cuerda; y ¡cuánta basura y mal olor por todos lados! Era una fábrica rusa, sin ningún tipo de semejanza con una fábrica alemana o francesa.

Nezhdánov miró a Markélov.

-Oí hablar tanto de las capacidades de Solomin -empezó él-, que confieso que me sorprende todo este desorden. No me esperaba esto.

-Esto no es desorden -respondió Markélov melancólicamente-, sino la habitual falta de limpieza rusa. Sin embargo, es un negocio de millones. Y él tiene que adaptarse a los viejos hábitos, a la práctica de las cosas, y al propio amo. ¿Se hace alguna idea de Faléiev?

-Ninguna.

-Es el mayor avaro de Moscú. Un burgués, en resumen.

En ese momento entró Solomin. Nezhdánov quedó

tan desilusionado con él como con la fábrica. A primera vista, Solomin parecía un finlandés, o mejor, un sueco. Era alto, de pelo color de estopa, delgado, de hombros anchos; tenía el rostro largo, amarillento, nariz corta y ancha, ojos muy pequeños, verduscos, una expresión plácida, labios gruesos y salientes, dientes blancos, también grandes, y con el mentón partido, cubierto de vello largo. Vestía como un mecánico o un fogonero: una vieja chaqueta de bolsillos caídos, en la cabeza un sombrero de hule, en el cuello un pañuelo de lana y botas alquitranadas en los pies. Le acompañaba un hombre de cerca de cuarenta años con una simple chaqueta de campesino; su rostro era extraordinariamente vivo, como un gitano, de ojos penetrantes y muy negros, con los que examinó a Nezhdánov tan pronto como entró... Ya conocía a Markélov. Era Pável, el *factotum* de Solomin.

Comentario [Librodot-83]: Finlandia era entonces parte del imperio ruso.

Solomin se aproximó, sin prisas, a los dos visitantes, les estrechó la mano en silencio, con su mano dura y huesuda, quitó de la mesa un paquete sellado y lo pasó, también en silencio, a Pável, que salió de inmediato. Después se estiró, gruñó, se quitó el sombrero con un gesto de la mano, se sentó en un banco de madera pintada y, señalando un sofá a Markélov y Nezhdánov, pidió:

-¡Por favor!

Markélov presentó primero Solomin a Nezhdánov, quien le apretó de nuevo la mano. Después, Markélov empezó a hablar inmediatamente de "sus asuntos", mencionando la carta de Vasili Nikoláievich. Nezhdánov la entregó a Solomin. Y mientras éste la leía atenta y lentamente, moviendo los ojos de linea en línea, Nezhdánov le observaba. Solomin estaba cerca de la ventana; el sol, ya bajo, le brillaba en el rostro tiznado, ligeramente cubierto de transpiración, el polvo que cubría su rubio pelo lo hacía fulgurar como una masa de oro. Las ventanas de la nariz le temblaban y se le distendían mientras leía, y sus labios se movían como si estuvieran formando cada palabra; cogía la carta con fuerza y la sostenía con las dos manos. Todo ello, no se sabe por qué, agradó a Nezhdánov. Solomin le entregó la carta, sonrió, y de nuevo empezó a escuchar a Markélov. Éste habló, habló y, finalmente, se calló.

-Bueno empezó Solomin, y su voz levemente ronca pero joven y fuerte también agradó a Nezhdánov-, aquí no estamos muy cómodos. ¿Por qué no vamos a su casa, que no dista más de unas siete verstas? ¿Han venido con el carruaje?

-Sí.

-Bien... habrá lugar para mí. Dentro de una hora terminaré mi trabajo y estaré libre. Podremos hablar a placer. ¿También está libre? dijo dirigiéndose a Nezhdánov.

-Hasta pasado mañana.

-Magnífico. ¿Podremos pasar la noche en su casa, Serguéi Mijáilich?

-¡Qué pregunta! Sin duda.

-Bueno. Dentro de un momento estaré listo. Sólo voy a arreglarme un poco.

-¿Y cómo van las cosas en su fábrica? -preguntó Markélov significativamente.

Solomin miró al otro lado.

-Hablaremos después -dijo por segunda vez-. Esperen un momento... no tardo... Olvidé una cosa.

Salió. Si no hubiese causado tan buena impresión en Nezhdánov, éste habría pensado y

Librodot

hasta, quizá, hubiera preguntado a Markélov: »¿No estará volviéndose atrás?» Pero nada de esto le pasó por la cabeza.

Una hora después, en el momento en que, de todos los pisos del enorme edificio, por todas las escaleras y puertas, irrumpía una multitud ruidosa de obreros, el carruaje donde seguían Markélov, Nezhdánov y Solomin salió a la carretera.

-¡Vasili Fedótych! ¿Adelante? -gritó Pável a Solomin. acompañándolo hasta el portalón.

-No, espera... -respondió Solomin-. Es sobre una tarea nocturna explicó a sus compañeros.

Llegaron a Borziónkov, cenaron -más bien por cortesía-, y, después de encender unos puros, empezaron una discusión, una de esas interminables discusiones nocturnas rusas, que por su intensidad y tamaño son raras en cualquier otro pueblo. Sin embargo, Solomin no justificó las esperanzas de Nezhdánov. Habló significativamente poco... tan poco que casi se podía decir que estuvo callado. Pero escuchaba atentamente, y siempre que daba cualquier opinión o hacía alguna observación, lo hacia con mucha eficiencia, seriedad y brevedad. Ocurría que Solomin no creía que la revolución se produjera pronto en Rusia; aunque no quería aceptar las opiniones de los otros, no buscaba tampoco imponerles las suyas, pero no impedía que lo intentaran. Conocía bien a los revolucionarios de San Petersburgo y, hasta cierto punto estaba de acuerdo con ellos; pero él mismo venía del pueblo y comprendía bien esa gran masa, sin la que "nada se puede hacer" y a la que es preciso preparar de manera diferente y para fines distintos de las otras clases. Por eso, prefería quedar ajeno, no por astucia o subterfugio, sino porque, como hombre vulgar con ideas propias, no quería arruinarse a sí mismo y a los otros en vano. Pero escuchar... no le importaba, e incluso podía aprender, si era posible. Solomin era hijo único de un diácono y tenía cinco hermanas, todas casadas con curas y diáconos. Pero él, con el asentimiento del padre, un hombre muy calmo y sobrio, abandonó el seminario, fue a estudiar matemáticas y empezó a gustarle particularmente la mecánica. Entró entonces en la fábrica de un inglés que empezó a apreciarlo como a un hijo y le dio medios para ir a Manchester, donde estuvo dos años y aprendió inglés. Había entrado poco antes en la fábrica del comerciante de Moscú y, aunque fuera exigente con sus subordinados -porque en Inglaterra había aprendido esas maneras-, estos le apreciaban y le trataban como a uno de los suyos. Su padre estabamuy contento, decía que era "un muchacho muy majo" y sólo le entristecía que el hijo no quisiera casarse.

Durante la discusión nocturna en casa de Markélov, Solomin, como ya dijimos, estuvo casi siempre callado; pero cuando Markélov empezó a hablar de las esperanzas que ponían en los obreros de la fábrica, Solomin, con su aire vulgar, observó lacónicamente, que en Rusia los obreros no podían compararse a los extranjeros... eran una gente demasiado dócil.

-¿Y los mujiks? -preguntó Markélov.

-¿Los mujiks? Hoy día hay bastantes usureros entre ellos y cada vez habrá más... y esos sólo velan por sus intereses. Los otros son carneros, ignorantes.

-Entonces ¿hacia dónde hemos de dirigirnos? Solomin sonrió.

-Buscad y encontraréis.

Estaba casi siempre sonriendo, pero su sonrisa era también, en cierta manera, ingenua, aunque no sencilla como todo él. Con Nezhdánov se comportaba de una manera peculiar: el joven estudiante le despertaba simpatía, casi ternura.

Durante la discusión, Nezhdánov empezó de golpe a hablar muy excitado; Solomin se levantó calmosamente y, cruzando toda la sala con sus largos pasos, cerró la ventana que estaba abierta por encima mismo de la cabeza de Nezhdánov.

-Podría constiparse -observó, en respuesta a la mirada sorprendida del orador.

Nezhdánov empezó a hacerle preguntas sobre sus experiencias socialistas en la fábrica y si había hecho algo para que los obreros tuvieran participación en los beneficios.

-¡Mi querido amigo! -respondió Solomin-. Abrimos una escuela y un pequeño hospital. Sólo por eso, el amo pataleó como un oso.

Solomin solamente se enfureció una vez, cuando se enteró de una injusticia legal sobre la supresión de una asociación de obreros, y golpeó con el puño cerrado en la mesa, con lo

que hizo estremecer todo lo que se encontraba encima, incluyendo un peso de veinte kilos que estaba al lado del tintero.

Cuando Nezhdánov y Markélov empezaron a discutir como debían "empezar", como debían ejecutar los planes, Solomin siguió escuchando con curiosidad, incluso con respeto, pero no dijo nada. La conversación duró hasta las cuatro de la mañana. Discutieron de todo. Markélov también habló misteriosamente de los incansables viajes de Kisliakov, de sus cartas, que eran cada vez más interesantes; prometió mostrarlas a Nezhdánov e incluso dejar que se llevara algunas a casa, pues eran muy largas y escritas en una letra ilegible. En ellas había mucha cultura y hasta versos, no de tipo frívolo sino con una orientación socialista. De Kisliakov, Markélov pasó al ejército, a los ayudantes de campo, a los alemanes y, finalmente, también a sus artículos sobre la artillería. Nezhdánov se refirió a los antagonismos entre Heine y Börne, a Prudhon, al realismo en el Arte, y Solomin escuchaba, escuchaba, intentaba comprender, fumaba, y nunca dejaba de sonreír. Sin pronunciar una sola palabra, parecía haber comprendido mejor que todos donde residía la dificultad esencial.

Comentario [Librodot-84]: En 1840 Heinrich Heine publicó un ensayo sobre *Ludwig Börne,* en lo que discutía la posición sobre el arte y la política de ese crítico y ridiculizaba la fraseología seudorevolucionaria de sus seguidores. La réplica de Nezhdánov era sin duda resultado de la publicación reciente (1867) del artículo *Heinrich Heine,* de D.I. Písarev, parte del cual era un análisis de la disputa entre Heine y Börne.

Dieron las cuatro... Nezhdánov y Markélov apenas se sostenían en las piernas de cansancio, pero Solomin estaba igual. Fueron a dormir, no sin antes acordar que al día siguiente irían a la ciudad a ver al Viejo Creyente, el comerciante Golushkin, con fines de propaganda. Ese Golushkin era muy entusiasta, y ¡había prometido prosélitos! Solomin expresó la duda de si valdría la pena visitar a Golushkin, pero finalmente estuvo de acuerdo.

XVII

LOS huéspedes de Markélov aún dormían cuando un mensajero llegó con una carta de la hermana de aquél, la señora Sipiaguin. En dicha carta, Valentina Mijáilovna le hablaba de varias cosas domésticas, le pedía que le devolviera un libro que se había llevado prestado y, además, en la postdata, le informaba de una "divertida" noticia: su antiguo amor, Marianna, estaba enamorada del profesor Nezhdánov, y él de ella. Y no hablaba por lo que había oído, sino que ella misma lo había visto con sus propios ojos y había escuchado con sus propios oídos. El rostro de Markélov enrojeció... pero no dijo nada. Mandó devolver el libro a su hermana y, cuando vio a Nezhdánov en el umbral de la escalera, le saludó de la manera habitual, y incluso le entregó el paquete de cartas de Kisliakov que le había prometido. Pero, en lugar de quedarse y hablar con él, Markélov salió a tratar asuntos de la propiedad. Nezhdánov, por su parte, volvió a su habitación y echó un vistazo a las cartas: el joven propagandista hablaba sobre todo de él mismo, de su convulsiva actividad. Según decía, el mes anterior había visitado once distritos, había estado en diez grandes ciudades, en veintinueve ciudades pequeñas, en cincuenta y tres pueblos, en una hacienda, así como en ocho fábricas; había dormido dieciséis noches en hacinas de heno, una en una caballeriza, e inclusohabía pasado una noche en una cuadra de vacas (aquí, observó *entre paréntesis,* las pulgas no le habían molestado); estuvo dentro de cabañas de adobe, y de barracas de obreros; por todas partes predicó, enseñó, distribuyó panfletos y recogió informaciones; de algunas cosas tomaba nota *in situ,* otras las guardaba en su memoria por el más moderno método de mnemónica. Había escrito catorce cartas largas, veintiocho cortas y dieciocho notas (de las que cuatro estaban escritas a lápiz, una con sangre, y otra con hollín mezclado con agua). Había conseguido hacer todo esto porque había aprendido a dividir sistemáticamente el tiempo según el método de Quintin Johnson, Sverlitskov, Karrelius y otros autores y especialistas en estadísticas. Después seguía hablando de sí mismo, de su estrella, de cómo precisamente él había completado la teoría de las pasiones de Fourier; aseguraba que había sido el primero en descubrir "los fundamentos", que "no se iría de este mundo sin dejar una huella", que él mismo se sorprendía de como él, un joven con veintidós años, había conseguido resolver todos los problemas de la vida y de la ciencia, y que transformaría Rusia, ¡que la "sacudiría"! «*Dixi*», añadía al final del parágrafo. Esta palabra, "Dixi", aparecía a menudo en las cartas de

Comentario [Librodot-85]: Citación incorrecta del poema *Meditación [Duma],* de Lérmontov.

Comentario [Librodot-86]: He dicho

Kisliakov y siempre con dos signos de exclamación. En una de las cartas había algunos poemas socialistas, dirigidos a una muchacha. Empezaban con las palabras:

No me ames a mí, sino a la idea!

Comentario [Librodot-87]: Título de un poema del estudiante de medicina V. G. Dejteriov, que Turguénev leyó en un manuscrito. A mediados de 1874, A. P. Filosofa entregó a Turguénev una carpeta con diarios, cartas y poemas «de jóvenes», entre los que se encontraba el manuscrito de Dejteriov. A. P. Filosofa pensaba que esos poemas y cartas reflejaban a los mejores representantes de la juventud progresista. Turguénev no estaba de acuerdo con ella.

Nezhdánov estaba asombrado no tanto por el egocentrismo de Kisliakov, como por la honesta simplicidad de Markélov... pero pensó: «¡Estética! Y sin embargo, el señor Kisliakov puede sernos útil.» Los tres amigos se reunieron para el té matinal, pero la conversación de la noche anterior no se renovó. Ninguno de ellos quería hablar, pero Solomin era el único que estaba callado tranquilamente. Tanto Nezhdánov como Markélov parecían íntimamente agitados.

Después de tomar el té marcharon a la ciudad; el viejo siervo de Markélov, sentado en el peldaño que daba a la puerta, acompañó al antiguo barin con su habitual mirada triste.

Golushkin, a quien querían presentar Nezhdánov, era hijo de un rico comerciante de droguería, un Viejo Creyente de la secta de Teodosio. No había aumentado la fortuna dejada por su padre, porque era, como se acostumbra a decir, un juerguista, un epicúreo a la manera rusa, y no tenía la más mínima habilidad para el comercio. Era un hombre de alrededor de cuarenta años, bastante gordo y feo, picado de viruelas, con los ojos pequeños como los de un puerco. Hablaba muy deprisa como si mezclase las palabras y hacía gestos con las manos, movía las piernas, reía por todo... Por lo general daba la impresión de ser un egoísta estúpido, disoluto y petulante. Se consideraba a sí mismo un hombre educado porque vestía a la manera alemana y porque vivía, aunque sin gran aseo, en una casa abierta, convivía con gente rica, iba al teatro y protegía a algunas artistas de variedades, con las que conversaba en una lengua muy extraña que pretendía ser francés. Su principal pasión era la sed de popularidad: «¡Que el nombre de Golushkin suene en todo el mundo! Si fue así con Suvórov y Potiómkin, ¿por qué no puede pasar lo mismo con Kapitón Golushkin?» Había sido precisamente este deseo, dominando su avaricia innata, lo que le lanzó, como él mismo decía no sin cierto orgullo, hacia la oposición (antes decía simplemente `"posición", pero después aprendió), y le puso en contacto con los nihilistas: apoyaba las opiniones más extremas, se burlaba de su fe de Viejo Creyente, comía carne en los ayunos, jugaba a las cartas y bebía champán como si fuera agua. Y nunca había tenido problemas porque, según decía, siempre que era necesario, sobornaba a las autoridades: todos los agujeros se cosen, todas las bocas se cierran, todos los oídos se tapan. Era viudo, sin hijos; los hijos de su hermana giraban con trepidación, servilmente, alrededor suyo... pero él les llamaba tontos ignorantes, bárbaros, y raramente les miraba. Vivía en una gran casa de piedra bastante mal conservada. Algunas de las habitaciones estaban amuebladas a la extranjera, pero en otras sólo había algunos bancos pintados y un sofá con cubierta de hule. Había cuadros por todas partes, bastante mediocres todos; paisajes de color de sangre, marinas moradas, "El Beso" de Moller, mujeres gordas desnudas con las rodillas rojas. Aunque Golushkin no tenía familia, tenía muchos criados y parásitos bajo el mismo techo: y si los recibía no era por generosidad, sino sólo por su deseo de ser popular y tener a alguien a quien mandar y ante quien poder darse aires de grandeza. «Mis clientes», decía, cuando quería engañar a alguien. No leía libros, pero tenia una excelente memoria para citar frases cortas.

Comentario [Librodot-88]: La casa rusa tradicional *(isba)* de las clases pobres no tenía ventanas o las tenía muy pequeñas, era casi completamente cerrada para conservar el calor.

Comentario [Librodot-89]: Militar ruso que se distinguió durante la guerra contra Napoleón.

Comentario [Librodot-90]: Político y militar, favorito de Caterina II, impulsor de la política de expansión rusa en Crimea. En Europa es costumbre escribir su nombre: Potemkin.

Los tres amigos fueron a buscar a Golushkin a su despacho. Envuelto en una bata larga, con un puro en la boca, fingía que leía el periódico. Al verlos dio un salto, echó a correr, se ruborizó, gritó que trajeran deprisa unas tapas, les hizo algunas preguntas, rió sin ningún motivo, y todo al mismo tiempo. Ya conocía a Markélov y a Solomin pero no a Nezhdánov. Cuando supo que era estudiante, rió de nuevo y exclamó:

-¡Magnífico! ¡Magnífico! Nuestras fuerzas se unen... La cultura es la luz, la ignorancia es la oscuridad... Yo mismo tuve una pésima educación, pero comprendo lo que pasa, y por eso mismo digo: ¡adelante!

Nezhdánov tuvo la sensación de que el señor Golushkin era tímido y confuso... y no se equivocaba realmente. «Cuidado, ¡amigo Kapitón! ¡No seas irreflexivo entus opiniones!», era su primer pensamiento al ver una cara nueva. Sin embargo, volvió en sí rápidamente y, de la

Librodot

misma forma apresurada, tartamudeante y confusa, empezó a hablar de Vasili Nikoláievich, de su carácter y de la necesidad de pro...pa...ganda (conocía esta palabra muy bien, pero la pronunciaba lentamente). Dijo que él, Golushkin, había descubierto un nuevo elemento, que le parecía que se acercaba el momento del... del bisturí (al decir esto miró a Markélov, pero este no movió ni siquiera una ceja). Después, dirigiéndose a Nezhdánov, empezó a hablar de sí mismo en términos no menos grandiosos que las cartas de Kisliakov, que desde hacía mucho tiempo había dejado de ser un tirano estúpido, que reconocía plenamente los derechos del proletariado (recordaba muy bien esta palabra), que, si él mismo había abandonado el comercio y sólo se dedicaba a operaciones bancarias -para aumentar su capital-, era sólo para que ese capital, en un determinado momento, pudiera ser utilizado... utilizado por la causa, por decirlo de alguna manera, por el pueblo, porque él, Golushkin, realmente detestaba el capital. Entonces entró un hombre con las tapas y Golushkin tosió significativamente y preguntó si no querían tomar un chatito. El fue el primero en "engullir", de una manera impresionante, un vaso de aguardiente de pimienta.

Los invitados se sirvieron también. Golushkin se echaba a la boca grandes trozos de caviar y bebía sin pausa, diciendo de vez en cuando: «¡Por favor, señores, vamos, un poco de Macon!» Volviéndose de nuevo hacia Nezhdánov, le preguntó de donde había venido, dónde estaba ahora y cuánto tiempo hacía. Cuando supo que estaba en casa de Sipiaguin, exclamó:

-¡Conozco bien a ese barin! ¡Totalmente vacío!

Y empezó inmediatamente a insultar a todos los propietarios de la provincia porque no sólo no tenían espíritu cívico, sino que ni siquiera comprendían cuáles eran sus verdaderos intereses... A pesar de los insultos, únicamente sus ojos se movían sin parar, de un modo muy extraño. Nezhdánov no podía darle ninguna respuesta y no sabía lo que pretendía él. Como de costumbre, Solomin estaba callado y Markélov tenía una expresión tan triste, que Nezhdánov acabó por preguntarle qué le ocurría. Markélov respondió que no era nada, en el tono utilizado normalmente por las personas cuando quieren dar a entender que hay realmente algo pero que a nadie le importa. Golushkin empezó de nuevo a insultar a este y a aquel, y después alabó a la nueva generación: «¡Qué tíos más listos!», dijo, «¡Lis-tos!» Solomin le interrumpió para informarse sobre el joven prometedor de que había hablado y dónde lo había descubierto. Golushkin rió, repitió una o dos veces: «¡Ya lo verá! ¡Ya lo verá!» Y empezó a hacerle preguntas sobre la fábrica y sobre el "estafador" que no era otro que su propietario, a lo que Solomin respondió con monosílabos. Entonces Golushkin sirvió champán a todos y, acercándose al oído de Nezhdánov, murmuró: «¡A la república!» y vació el vaso de un trago. Nezhdánov apenas probó nada. Solomin dijo que por la mañana nunca bebía; Markélov, enfadado, vació hasta la última gota todo su vaso. Parecía impaciente:

-Estamos todos perdiendo el tiempo aquí y no hablamos de lo que realmente nos interesa... -golpeó la mesa con la mano y exclamó severamente-: ¡Señores! -y empezó a hablar.

Justo en aquel momento entró un hombre adulador, con cuello de jarro y aire de tuberculoso, vestía un traje de comerciante en nanquín y dos orejas muy largas. Hizo una reverencia a toda la compañía y musitó algo al oído de Golushkin.

Comentario [Librodot-91]: En la Rusia del siglo XIX, los comerciantes *(kuptsy)* formaban una clase que se distinguía por la manera particular de vestir así como por sus enormes barbas y el peinado, que consistía en una crencha que dividía el pelo en dos mitades.

-¡Voy en seguida, voy en seguida! -respondió éste apresuradamente-. Señores -exclamó-, tengo que pedirles disculpas... Mi empleado Vasia acaba de contarme "algo" -Golushkin se expresó así en un tono de broma- que exige absolutamente que les deje. Pero espero, señores, que puedan venir a almorzar hoy conmigo... a las tres. Entonces estaremos mucho más cómodos.

Ni Solomin ni Nezhdánov sabían qué responder, pero Markélov dijo en seguida, con la misma severidad en el rostro y en la voz:

-Claro que sí. Pero ¿qué comedia es ésta?

-Muchas gracias -se apresó a decir Golushkin. Y, haciendo una reverencia a Markélov, añadió-: de todos modos, daré mil rublos para la causa... de eso pueden estar seguros.

Y, con estas palabras, agitó la mano derecha tres veces, con el dedo meñique y el pulgar tiesos.

Librodot

-¡Pueden confiar en mí!

Acompañó a los huéspedes a la puerta y, quedándose en el umbral, gritó:

-¡Les espero a las tres!

-¡De acuerdo! -Markélov fue el único que contestó.

-Señores -dijo Solomin, cuando se encontraron en la calle-. Voy a coger un carruaje y vuelvo a la fábrica. ¿Qué podemos hacer hasta la hora del almuerzo? ¿Perder el tiempo? Y en cuanto a nuestro comerciante... me parece que de él se puede decir que, como la conocida cabra... ¡no da leche ni lana!

-Dará lana -observó tristemente Markélov-. Nos prometió dinero. ¿O a usted no le gusta? Las personas no vienen tras nosotros. No podemos ser muy exigentes.

-No quiero ser aguafiestas -dijo Solomin tranquilamente-. Sólo me pregunto qué utilidad puede tener mi presencia. Sin embargo -dijo mirando a Nezhdánov y sonriendo-, si lo desean, me quedaré. La buena compañía hasta en la muerte es agradable.

Markélov levantó la cabeza.

-Mientras, podemos ir al jardín de la ciudad. Hace buen tiempo. Siempre se ve gente.

-Vamos.

Empezaron a caminar; Markélov y Solomin adelante, Nezhdánov atrás.

XVIII

EL estado anímico de Nezhdánov era extraño. En los últimos dos días, tantas sensaciones nuevas, tantas caras nuevas... Por primera vez en su vida había entrado en contacto íntimo con una muchacha, que -con toda probabilidad- amaba. Estaba presente en el inicio de un movimiento al que -con toda probabilidad- dedicaría todas sus fuerzas... ¿Y qué? ¿Estaba satisfecho? No. ¿Vacilaba? ¿Tenía miedo? ¿Estaba confuso? Oh, ¡claro que no! ¿Sentía por lo menos, en todo su ser, aquella tensión, aquel ansia de estar al frente, en las primeras filas de la lucha, que se produce cuando se acerca la batalla? Tampoco. ¿Creía realmente en su causa? ¿Creía en su amor? «Oh, ¡maldito esteta! ¡Escéptico!, susurraron sus labios de una manera inaudible. Entonces ¿por qué este cansancio, este desánimo, incluso a la hora de hablar, excepto si no era para gritar de rabia? ¿Qué voz íntima quería sofocar con esos gritos? Pero Marianna, esa muchacha deliciosa y fiel camarada, esa alma digna y enamorada, esa maravillosa muchacha, ¿no le quería realmente? ¿No era efectivamente grande aquella felicidad que había encontrado en ella? ¿No merecía su amistad y su amor? Y aquellos dos seres que iban ahora delante de él, Markélov, Solomin, que aún conocía tan poco, pero por los que se sentía tan atraído; ¿no eran excelentes tipos del pueblo ruso, de la vida rusa, y no era sólo de por sí una felicidad conocerles y ser íntimo de ellos? Entonces ¿por qué aquella sensación vaga, intranquila y atormentadora? ¿Por qué aquella tristeza? Siendo un soñador tan melancólico -susurraron de nuevo sus labios- ¿qué especie de revolucionario podría ser él? Lo que debía hacer era escribir versos, estar amargado, cultivar sus manías psicológicas y sutilezas en todos los géneros, pero no confundir su irritabilidad enfermiza y nerviosa con una rabia propia de un hombre, con la furia honesta de un hombre con convicciones. Oh, Hamlet, Hamlet, príncipe de Dinamarca, ¿cómo escapar a tu sombra? ¿Cómo dejar de imitarte en todo, hasta en el propio menosprecio?

-¡Alexis! ¡Amigo! ¡Hamlet ruso! -se oyó de golpe como el eco de todos sus pensamientos. Era una voz conocida y chillona-. ¿Eres realmente tú quien está delante de mis ojos?

Comentario [Librodot-92]: Diminutivo de Alexéi.

Nezhdánov levantó la vista y, con asombro, vio, ante sí, a Paklin. Paklin vestido de pastor, con traje estival de color carne, sin corbata, con un gran sombrero de paja galoneado con una cinta azul que caía hacia atrás, y zapatos de charol.

Cojeando rápido llegó hasta Nezhdánov y le cogió la mano.

-En primer lugar -empezó él-, aunque estemos en un jardín público, en nombre de los

viejos tiempos tenemos que abrazarnos... y besarnos... ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! En segundo lugar debo decirte que si no te hubiera encontrado hoy, me habrías visto mañana, pues sé dónde vives y he venido a esta ciudad a propósito para verte... los detalles te los explicaré después. En tercer lugar, preséntame a tus amigos. Dime rápidamente quiénes son y diles quién soy yo, y después ¡disfrutemos de la vida!

Comentario [Librodot-93]: La salutación tradicional rusa son tres besos: uno en cada mejilla y el último en la boca.

Nezhdánov cumplió el deseo del amigo, le presentó a Markélov y Solomin y le explicó quién era cada uno de ellos, dónde vivía, qué hacía, etc.

-¡Magnífico! -exclamó Paklin-. Y ahora déjenme que les lleve lejos de la multitud, aunque también es cierto que no hay mucha gente por aquí, hacia un lugar aislado, donde acostumbro a sentarme horas y horas seguidas para contemplar la naturaleza. Tendremos allá una vista magnífica: la casa del gobernador, con dos garitas a rayas para los centinelas, tres policías y ni un solo perro. No se sorprendan, sin embargo, con la exageración de mis observaciones, con las que intento divertirles. Según mis amigos, yo simbolizo el espíritu ruso... quizá por eso mismo soy cojo.

Paklin condujo a los amigos al "lugar aislado" y les hizo sentarse, después de expulsar de allá a dos mendigos. Los jóvenes empezaron entonces a "intercambiar ideas"... una ocupación la mayoría de las veces bastante monótona -particularmente en los primeros momentos- y normalmente nada fructífera.

-¡Esperen! -gritó, de golpe, Paklin volviéndose hacia Nezhdánov-. Tengo que explicarte por qué estoy aquí. Como sabes, cada año llevo a mi hermana a cualquier sitio, y cuando supe que tú venías a estas tierras recordé que aquí viven dos personas maravillosas, marido y mujer, que son parientes nuestros... por lado materno. Mi padre era de la pequeña burguesía -(Nezhdánov ya lo sabía, pero Paklin hablaba a *los otros dos)*-pero mi madre era noble. Y hace mucho tiempo que esta gente nos invita a venir. "¡Espera!", pensé..., "Ni caídos del cielo para una ocasión como ésta. Son una gente magnífica, mi hermana será muy bien tratada. ¿Qué podríamos encontrar mejor?" Y aquí estamos. Y fue exactamente así: estamos magníficamente instalados... ¡Imposible de describir! ¡Son unas personas maravillosas! ¡Únicas! ¡Tienen que conocerles sin falta! ¿Tienen algo qué hacer? ¿Dónde van a almorzar? ¿Y por qué vinieron precisamente aquí?

-Vamos a comer con un tal Golushkin... un comerciante -respondió Nezhdánov.

-¿A qué hora?

-A las tres.

-Van a verlo a causa... a causa... -Paklin echó una mirada a Solomin, que sonreía, y a Markélov, que estaba cada vez más taciturno.

-Vamos, Aliosha, vamos, diles... haz cualquier señal masónica... diles que conmigo no son necesarios los cumplidos... Yo soy de vuestro... de vuestro partido...

-Golushkin es también de los nuestros -asintió Nezhdánov.

-Entonces ¡espléndido! Hasta las tres todavía hay mucho tiempo. Escúchenme... ¿por qué no vamos a casa de mis parientes?

-¡Vaya idea! ¿Cómo podemos nosotros así...?

-Por eso no se preocupen. Asumo toda la responsabilidad. Imaginen: ¡es un oasis! Ni política, ni literatura, nada moderno entra allá. La casita es toda achaparrada, como hoy ya no se ve en ningún sitio. Hasta el mismo olor es antiguo allá dentro, las personas son antiguas, el aire antiguo... todo lo que se toca es antiguo, Catalina II, polvo, crinolinas, siglo XVIII. Los señores de la casa... imagínense: marido y mujer, ambos muy viejos, de la misma edad, y sin una arruga, redondos, muy limpios, exactamente como dos periquitos. Y bondadosos hasta la estupidez, hasta la santidad, infinitamente. Dicen que "infinita" bondad muchas veces equivale a debilidad moral... En esas sutilezas no puedo entrar y sólo sé que mis viejecitos son la bondad personificada. Y nunca han tenido hijos, ¡benditos sean! Es así como las personas se refieren a ellos. Se visten de la misma manera, una especie de bata a rayas, de una tela tan buena, que hoy ya no se encuentra. Son exactamente iguales, sólo que uno lleva un gorro y el otro una gorra con visera, pero orlada con el mismo tipo de volantes, aunque sin cintas. Si no fuera por esas cintas no se sabría quién es quién, ya que el marido no lleva barba. Se llaman:

uno Fómushka, el otro Fímushka. Y les digo que valdría la pena pagar por verles. Se quieren hasta lo imposible, y cualquiera que los vaya a visitar es recibido con ternura.

Comentario [Librodot-94]: Diminutivo de Foma.

Comentario [Librodot-95]: Diminutivo de Efímiia o de Serafima.

Y son tan simpáticos. exhiben en seguida todas sus gracias. Sólo una cosa: no se puede fumar en su casa. No porque sean intolerantes, sino porque el tabaco les molesta... Claro, ¿quién fumaba en su tiempo? De todas maneras, no tienen canarios en casa, porque esos pájaros eran poco conocidos en esa época... Comprobarán que es una gran felicidad! ¿Entonces? ¿Vamos?

Yo, realmente, no sé -empezó Nezhdánov.

-Espera: aún no te lo he contado todo. Sus voces son absolutamente iguales: puedes cerrar los ojos y no sabes quién habló. Sólo Fómushka habla quizá más expresivamente. Ustedes están a punto de lanzarse a una gran aventura, señores, quizá una lucha terrible. Antes de arrojarse a la batalla, ¿por qué no se sumergen...?

-¿En aguas estancadas? -preguntó Markélov.

-¿Y por qué no? Estancadas, sí, precisamente, pero no pútridas. Son como las lagunas de las estepas, que también están estancadas pero nunca se pudren, porque hay fuentes en sus profundidades. Y, en mis viejecitos, hay fuentes en el fondo de sus corazones, fuentes de las más puras. La pregunta es ésta: ¿quieren saber cómo se vivía hace ciento cincuenta años? Si quieren saberlo, vengan conmigo. Pronto llegará el día y la hora -será ciertamente la misma para ambos-, que mis pequeños periquitos caerán de sus pequeñas cañas, y todo lo que es antiguo acabará junto con ellos, y la pequeña casa achaparrada se desmoronará, y en su lugar habrá aquello que, como decía mi abuela, siempre hay en el lugar donde hubo "humanos", o sea: espinas, cardos, carcoma y ortigas. La misma calle dejará de existir, otra gente vendrá y ya nada como aquello se verá jamás por los siglos de los siglos...

-¿Entonces? exclamó Nezhdánov-. ¿Vamos?

-Con el mayor placer -añadió Solomin-. Este tipo de cosas no están muy de acuerdo conmigo, pero será curioso, y si el señor Paklin puede asegurarnos que nuestra visita no molestará a nadie, en ese caso... ¿por qué no?...

-Por eso podéis estar tranquilos -exclamó, a su turno, Paklin-. Estarán encantados de verles... y nada más. No es necesario hacer cumplidos. Les he dicho que son unos santos y hasta podemos hacer que canten para nosotros. Y el señor Markélov, ¿está de acuerdo?

Markélov se encogió de hombros, desarmado.

-¡No podéis dejarme sólo! Vayamos.

Los tres amigos se levantaron del banco.

-Qué barin tan amenazador tienes aquí -murmuró Paklin a Nezhdánov indicando a Markélov-. Un San Juan Bautista ni fu ni fa comiendo saltamontes... ¡sólo saltamontes, sin la miel! Pero aquel -dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Solomin-, es espléndido. ¡Qué sonrisa tan deliciosa! Sonríen como él, de esa manera, sólo las personas que están muy por encima de los otros y que no lo saben.

¿Hay personas así?

-Son raras, pero las hay -respondió Paklin.

XIX

FÓMUSHKA y Fímushka -Fomá Lavréntievich y Evfímiia Pávlovna Subóchev- pertenecían a una de las más puras ramas de la nobleza rusa, a la vez que estaban considerados los más viejos habitantes de la ciudad de S. Se casaron muy jóvenes y se habían instalado hacía mucho tiempo en los límites de la ciudad, en su pequeña casa solariega de madera, la cual no abandonaron jamás así como tampoco habían cambiado en nada su forma de vida ni sus hábitos. Para ellos el tiempo parecía estancado, y nada "moderno" cruzaba las fronteras de su "oasis". Sus medios eran pocos, pero sus mujiks les proporcionaban, como en los tiempos de la servidumbre, algunas veces al año, animales y

provisiones. El jefe del pueblo, en la fecha fijada, aparecía con las rentas y un par de gallos silvestres, que se suponía que habían sido muertos en los bosques de los señores.

En realidad, los bosques hacía mucho que habían desaparecido. Les ofrecían té a la puerta de la sala de visitas, les daban un gorro de piel de camero, un par de guantes de cuero verde, y les despedían con una bendición. Como en los tiempos antiguos, la casa estaba llena de criados. El viejo siervo Kaliópych, con una chaqueta larga de tejido basto, cuello alto y pequeños botones de acero, como en el pasado, anunciaba, con voz cantarina, que "el almuerzo está en la mesa", a la vez que se quedaba de pie, dormitando, detrás de la silla de la señora. La despensa le estaba confiada, y dirigía "los diferentes productos de víveres, el cardamomo y los vegetales en conserva" y, si alguien le preguntaba si no había oído decir que él, así como todos los siervos eran libres, respondía siempre que no se podía creer en todo lo que se decía, que los turcos estaban emancipados, pero que, gracias a Dios, eso no tenía nada que ver con él. Tenían a una chica enana, Pufka, para entretenerlos. La vieja ama Vasílievna acostumbraba a aparecer a la hora de la cena con un gran pañuelo oscuro en la cabeza y, con una voz honda, contaba todas las noticias: sobre Napoleón, la guerra de 1812, sobre el Anticristo y sobre los negros blancos, o bien se ponía la mano en el mentón, como si estuviera sufriendo mucho, para contar que había tenido un sueño y lo que éste le había revelado, o bien decía que había echado las cartas. La casa de los Subóchev era diferente de las demás casas de la ciudad: toda ella construida en roble, las ventanas tenían un aspecto rigurosamente cuadrado, los cristales dobles para el invierno nunca se retiraban, y había despensas y balcones con balaustradas y pequeñas estatuas en pilares de madera tallados, así como todo tipo de pasillos y gabinetes. Delante había una cerca y un jardín detrás, con barracones, graneros, cuadras, bodegas, estufas... un auténtico nido. Y no porque en todos esos almacenes hubiese muchas cosas guardadas; algunas cosas ya estaban en muy mal estado, pero estaban allí hacía tanto tiempo que tenían derecho a seguir allí. Los Subóchev tenían sólo dos caballos de silla, viejos, hirsutos, uno de los cuales de tan viejo que era, se había vuelto gris y se llamaba Inmóvil. Eran enganchados varias veces al mes a un carruaje extraordinario, que toda la ciudad conocía, ligeramente parecido a un globo terrestre con un cuarto cortado en la delantera, y forrado, en el interior, de un tejido amarillento extranjero, con un diseño de enormes puntos, que a todos les parecían verrugas. Lo más probable era que el último metro de ese tejido saliese de las fábricas de Utrecht o Lión en tiempos de la Emperatriz Isabel. El cochero de los Subóchev era también extraordinariamente viejo, olía siempre a aceite y alquitrán. Su barba empezaba inmediatamente debajo de los ojos, las cejas le caían como pequeñas cascadas hasta la barba. Era muy lento de movimientos, tardaba por lo menos cinco minutos para tomar un pellizco de rapé, dos minutos para apretar el chicote al cinto, y dos horas largas sólo para enganchar a Inmóvil. Se llamaba Perfishka. Si sucedía que los Subóchev montaban en su carruaje y éste se veía obligado a subir o bajar un poco de cuesta, quedaban aterrados, se agarraban a las correas y gritaban con fuerza al mismo tiempo: «¡Que los caballos... que los caballos... tengan la fuerza de Samuel, y que nosotros... seamos ligeros como una pluma, ligeros como una pluma!» Toda la ciudad les consideraba muy excéntricos, casi locos, y ellos mismos reconocían que no estaban muy de acuerdo con las costumbres modernas... pero eso no les preocupaba mucho, y continuaban siguiendo el tipo de vida con el que nacieron, fueron criados y se casaron. Sólo habían olvidado una costumbre de los viejos tiempos: nunca habían castigado a ningún siervo. Si sucedía que algún criado se emborrachaba o robaba, primero lo toleraban durante mucho tiempo -como se tolera el mal tiempo- y, finalmente, cuando ya no aguantaban más, se desembarazaban de él, pasándolo a otros amos. «¡Que otros te aguanten ahora un poco!», decían. Pero una desgracia de esas pasaba raramente, tan raramente que marcaba las épocas de la vida de la casa, y decían, por ejemplo: «Eso fue hace ya mucho tiempo. Fue cuando aquel granuja de Aldoshka estaba con nosotros», o bien «cuando robaron el gorro de piel con cola de zorra de papá». En casa de los Subóchev aún podía verse este tipo de sombreros. Otra característica importante de la vida de otros tiempos tampoco se notaba en ellos: ni Fímushka ni Fómushka eran exageradamente

Comentario [Librodot-96]: Se refiere a la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande.

Comentario [Librodot-97]: Algunas traducciones de esta novela, sobre todo al inglés, dicen Sansón, lo que es más lógico, pero, de hecho, el original ruso se refiere a Samuel.

Librodot

religiosos. Fómushka incluso era seguidor de Voltaire, y Fímushka tenía un miedo terrible al clero y creía que los curas echaban aojadura. «Basta con que entre un cura en nuestra casa», decía ella, «y ¡ya está! ¡La leche se agria!» Iban raras veces a la iglesia y ayunaban a la manera católica, o sea, comían huevos, manteca y leche. Eso se sabía en toda la ciudad, lo que ciertamente no mejoraba su reputación. Pero su bondad conquistaba a todo el mundo, y aunque se riesen de sus excentricidades y les considerasen chalados y simplones, eran, asimismo, respetados por todos.

Sí, les respetaban... pero nadie les visitaba. Cosa que a ellos no les quitaba el sueño. Cuando estaban juntos nunca se aburrían, y por eso nunca se separaban ni deseaban otra compañía. Ni Fómushka ni Fímushka habían estado nunca enfermos, y, si uno sentía una leve indisposición, *ambos* tomaban una infusión de flores de tila, se daban una fricción de aceite caliente en los riñones o bien se ponían gotas de grasa caliente en las plantas de los pies, y se curaban inmediatamente. Pasaban los días siempre de la misma manera. Se levantaban tarde, tomaban chocolate en pequeñas jícaras que parecían almireces. «El té», aseguraban ellos, «se puso de moda después de nuestro tiempo.» Se sentaban uno frente al otro, y conversaban (¡y encontraban siempre algún tema!) o leían fragmentos de las *Recreaciones,* del *Espejo del Mundo o* del *Aónides, o* bien hojeaban un viejo álbum forrado de marroquinería roja con márgenes dorados, que en tiempos había pertenecido, como la inscripción revelaba, a una tal *Mme. Barbe de Kabyline.* Cuándo y cómo aquel álbum había ido a parar a sus manos era algo que ni ellos mismos sabían. Contenía algunos poemas franceses y muchos poemas rusos antiguos, en prosa, entre los cuales había, por ejemplo, la siguiente meditación sobre Cicerón:

Comentario [Librodot-98]: *Priiátnye preprovozhdénie vrémini* (Recreaciones agradables del tiempo), *Zérkalo sveta* (Espejo del Mundo) *y Aonid* (Aónidas): revistas rusas que se publicaban en la segunda mitad del siglo XVIII. Ilustran el carácter arcaico de los intereses de Fómushka y Fímushka.

«La disposición con la que Cicerón tomó posesión del cargo de cuestor puede deducirse de lo siguiente. Pidiendo a los dioses que dieran testimonio de la pureza de sus sentimientos en todos los cargos con los que había sido hasta entonces honrado, se consideró ligado con los más sagrados lazos al cumplimiento de éste y se negó no sólo a los placeres prohibidos por la ley, sino que se privó incluso de los divertimientos ligeros que parecen indispensables a todos.» Abajo venía: «Escrito en Siberia, con hambre y frío.» Era también interesante el poema titulado «Tirsis», donde se encontraban estas estrofas:

Calmo el universo rige,
La llovizna brilla agradable,
La naturaleza tierna, fresca,
Le da de nuevo su vida.

Sólo Tirsis con su alma afligida
Sufre de tormento y de tristeza...
Cuando con él no está Aneta querida
Nada hay que le pueda alegrar.

Y el impromptu de un capitán que estuvo allá en 1790, con fecha de 6 de mayo:

¡Nunca te olvidaré,
Querida aldea!
Siempre recordaré
Los bellos tiempos que allí pasé.
Tiempo que yo he honrado
Con tu amo.
Los cinco mejores días de mi vida
Pasados entre la más digna gente,
Entre damas y muchas jóvenes,
Y otras personas *ante*resantes.

Librodot

En la última página del álbum había, en lugar de versos, recetas para remediar los males de estómago, para los espasmos e incluso contra las lombrices. Los Subóchev almorzaban exactamente a las doce, y sólo comían platos antiguos: buñuelos de queso, col con vinagre, tapas, sopa fría, jaleas, guisos, gallina desmenuzada con azafrán, buñuelos con miel. Después del almuerzo descansaban una hora, no más, y al despertarse, de nuevo se sentaban uno frente al otro y bebían licor de arándanos y a veces un vino espumoso llamado "cuarenta cabezas", que, fuera como fuera, casi siempre saltaba todo de la botella, lo que divertía mucho a los señores, para gran disgusto de Kaliópych, que tenía que limpiarlo todo. No paraba de refunfuñar contra la gobernanta y contra el cocinero como si ellos fueran los inventores de aquel vino... «¿Y qué placer les da? ¡Sólo estropea los muebles!» Después, la pareja Subóchev leía de nuevo un poco o se entretenía con la enana Pufka, o cantaba duetos antiguos (sus voces eran exactamente iguales, altas, débiles, un poco vibrantes y roncas -sobre todo después de la siesta- pero bastante agradables). Solían jugar a las cartas, pero sólo sabían juegos antiguos. En seguida aparecía el samovar; por la noche tomaban té... Hacían esa concesión al espíritu de los tiempos, aunque considerasen siempre que era una condescendencia y que la nación se estaba claramente debilitando debido a "esa hierba china". Por lo general, evitaban criticar los nuevos tiempos y elogiar el pasado: vivían como en el pasado, pero consideraban que las demás personas podían vivir de otra manera, e incluso mejor, siempre que no fueran forzadas a ello. A las ocho en punto, Kaliópych servía una cena fría, y a las nueve, el alto lecho de plumas, a rayas, recibía los pequeños cuerpos rotundos de Fómushka y Fímushka en su abrazo suave, y un sueño tranquilo no tardaba en bajar sobre sus párpados. Y todo callaba en la pequeña casa anticuada: el pequeño candil brujuleaba junto al icono, el olor de almizcle disminuía de intensidad, se oía el chirriar de un grillo, y aquella pareja inocente, ridícula y bondadosa, se dormía.

A casa de esos dos originales o, para utilizar la expresión que Paklin empleaba, "periquitos", que cuidaban de su hermana, conducía éste a sus amigos.

La hermana de Paklin era una muchacha lista, con un rostro bastante atractivo. Tenía unos ojos maravillosos, pero desgraciadamente era jorobada y eso la había destrozado completamente: le robó toda la confianza y alegría, la hizo desconfiada y casi mala. Tampoco el nombre la ayudaba: ¡Snandulia! Paklin quiso cambiárselo por el de Sofía, pero ella lo rechazó firmemente, alegando que una jorobada debía llamarse Snandulia. Era una buena pianista. «Gracias a mis dedos largos», observaba, no sin amargura. «Todos los jorobados tienen los dedos largos.»

Los visitantes fueron a encontrar a Fómushka y Fímushka en el momento exacto que se despertaban de su siesta y bebían licor de arándanos.

-¡En seguida entraremos en el siglo XVIII! -exclamó Paklin en cuanto pasaron el umbral de la casa de los Subóchev.

Y realmente, el siglo XVIII vino a su encuentro ya en la entrada, con sus pequeños biombos azules, decorados con siluetas negras de damas empolvadas y caballeros recortados en papel. Las siluetas, introducidas por Lavater, estaban muy de moda en Rusia durante los años ochenta del siglo pasado. La súbita aparición de tantas visitas -¡cuatro de una vez!- causó sensación en aquella casa tan poco visitada. Se oyó el ruido de pasos apresurados, calzados y descalzos, algunas cabezas de mujeres aparecieron y desaparecieron, una u otra fue empujada, otra gimió, otra rió, otra murmuró, excitada:

Comentario [Librodot-99]: O sea, del siglo XVIII.

-¿Qué sucede?

Finalmente apareció Kaliópych, enfundado en su vieja chaqueta y, abriendo la puerta del "salón", anunció en voz alta:

-¡Aquí está Sila Samsonich con algunos caballeros más!

Los señores de la casa no se agitaron tanto como los criados. No obstante, la intrusión de cuatro hombres adultos en su sala de visitas, a pesar de que ésta era bastante grande, sin duda les sorprendió un poco. Pero Paklin se apresuró a tranquilizarles, presentó a Nezhdánov, Solomin y Markélov como personas honradas y que no tenían nada que ver con "la corte".

A Fómushka y Fímushka no les gustaba la gente de la corte, o sea, los funcionarios.

Snandulia, que apareció a petición de su hermano, quedó mucho más perturbada y

agitada que los viejos Subóchev. Éstos pidieron -ambos al mismo tiempo y precisamente con las mismas palabras- que se sentaran y preguntaron a los visitantes qué querían tomar: ¿té, chocolate o una bebida efervescente con jalea? Cuando éstos contestaron que no iban a tomar nada, puesto que habían acabado de desayunar con el comerciante Golushkin y pronto volverían para almorzar con él, los viejos dejaron de insistir y, doblando de la misma manera las manos sobre sus vientres, empezaron a conversar.

Al principio, la conversación fue un poco muerta, pero no tardó en animarse. Paklin les divirtió extraordinariamente, contando la conocida anécdota de Gogol sobre el gobernador de una ciudad, que consiguió entrar en una iglesia absolutamente atestada de gente, y sobre un pastelón que era precisamente ese mismo gobernador; y ellos rieron hasta las lágrimas. Reían, ambostambién, de la misma manera: con grandes gañidos que terminaban en tos, a la vez que enrojecían debido al esfuerzo. Paklin observó que, de una manera general, en las personas del tipo de los Subóchev las citas de Gogol funcionan con mucha fuerza, pero su intención no era divertirles, sino exhibirles a los amigos, y por eso cambió de táctica y dispuso las cosas de tal manera que muy pronto tuvo a los dos viejecitos muy bien dispuestos. Fómushka extendió la mano y mostró a las visitas una caja de madera para rapé, muy antigua, en la cual en otro tiempo se podían distinguir trenta y seis pequeñas figuras humanas en varias posiciones. Todas ellas habían desaparecido hacía mucho, pero Fómushka aún las veía y podía contarlas y mostrarlas.

-Vean -decía él-, este está mirando por la ventana, vean... saca la cabeza hacia fuera...

Y aquel lugar donde su dedo gordiflón señalaba, con la uña levantada, estaba tan liso como todo el resto de la tapa de la caja. Después llamó la atención de las visitas hacia un cuadro al óleo colgado justo sobre su cabeza, que representaba a un cazador de perfil, montando un caballo bayo que -pintado también de perfil- galopaba sobre una planicie de nieve. El cazador llevaba un sombrero alto de piel de carnero blanco con un punto azulado, una túnica de piel de camello orlada con terciopelo, y un chaleco bordado en oro; un guante bordado de seda estaba graciosamente metido en el chaleco, y un puñal grabado en negro y plata le colgaba a uno de los lados. En una de las manos, el cazador, que parecía joven y nutrido, llevaba un enorme cuerno, ornado con borlas rojas, y en la otra las riendas y el látigo. Las cuatro piernas del caballo se veían suspendidas en el aire y en cada una de ellas el pintor había representado cuidadosamente la herradura en la que se distinguían incluso los clavos.

-Y observen -dijo Fómushka señalando con su pequeño dedo gordito cuatro puntos semicirculares que se veían en el fondo blanco por entre las piernas del caballo-, huellas en la nieve... ¡hasta tiene las huellas!

Sobre la razón por la que las huellas eran sólo cuatro y no se veían más hacia atrás... Fómushka no dijo nada.

-¡Soy yo! -dijo, después de una pausa, con una sonrisa modesta.

-¿Cómo? -exclamó Nezhdánov-. ¿Fue cazador?

-Sí... pero durante poco tiempo. Una vez, en pleno galope, el caballo me lanzó de cabeza y me hice daño en el *kurpei.* Fímushka cogió miedo... bien, y me lo prohibió. Desde entonces he desistido.

¿Se hizo daño dónde? -preguntó Nezhdánov.

-En el *kutpei* -repitió Fómushka, bajando la voz.

Los visitantes se entremiraron en silencio. Nadie sabía qué era un *kurpei, o* sea, Markélov sabía que *kurpei* era el nombre que se daba a una borla en el sombrero cosaco o circasiano, pero Fómushka no podía haberse hecho daño *allí.* De todos modos nadie se decidió a preguntarle qué era exactamente un *kurpei.*

-Bien, ahora que tú te exhibiste -dijo de repente Fómushka-, llega mi turno.

De un pequeño *bonheur du jour,* -como llamaban antiguamente a los escritorios de pequeñas puertas curvas con una tapa redonda que se metía atrás-, sacó una miniatura pintada a la acuarela, dentro de un marco oval de bronce, que representaba a una niña de unos cuatro años completamente desnuda con una aljaba en los hombros atada con cintas azules al pecho, comprobando las puntas de las flechas con la yema del meñique. La niña tenía el pelo muy rizado, sonreía y era algo bizca. Fímushka la mostró a los visitantes.

-Y esta era yo -dijo.

-¿Sí?

-Sí, sí. Cuando era niña. En el tiempo de mi fallecido papá nos visitaba un pintor francés, un excelente pintor. Me pintó así para el día del santo de papá. ¡Era un francés tan simpático! Llegaba, hacía una reverencia muy bella y nos besaba la mano, y cuando se marchaba se besaba la punta de sus propios dedos, ¡eh! ¡eh! Y hacía reverencias a tontas y a locas. ¡Era un francés muy simpático!

Los visitantes alabaron el trabajo; Paklin dijo que incluso había una cierta semblanza.

Aquí Fómushka empezó a hablar de los franceses modernos y dijo que ahora seguramente eran todos unos granujas.

-¿Por qué, Fomá Lavréntievich?

-Por ejemplo, ¡los nombres que tienen hoy! -¿Por ejemplo?

-Por ejemplo: ¡Nogent-Saint-Lorraine! ¡Un nombre de salteador!

A propósito de esto Fómushka preguntó quién reinaba en la actualidad en París. Le dijeron que era Napoleón. Pareció que quedaba asombrado y pesaroso.

-¡Extraño!... Tan viejo... -empezó; y paró, mirando alrededor, confuso.

Fómushka sabía mal el francés y leía a Voltaire traducido (en la cabecera, en una caja escondida, conservaba un manuscrito de *Candide),* pero a veces salía con expresiones como: «Esto, querido amigo, es *fausse parquet!* -(En el sentido de "es sospechoso", "es falso")-, lo que hacía reír mucho a la gente, hasta que un intelectual francés explicó que se trataba de una vieja expresión parlamentaria usada en su país antes de 1789.

En cuanto la conversación cambió hacia Francia y los franceses, Fímushka decidió hacer una pregunta que tenía en la cabeza. Primero pensó dirigirse a Markélov, pero le pareció muy preocupado; después se volvió hacia Solomin... pero ¡no! Le pareció demasiado simplón, quizá no supiera francés. Decidió dirigirse a Nezhdánov:

-Me gustaría hacerle una pregunta -empezó ella-, si me permite. Mi pariente Sila Samsonich lo sabe pero se burla de mí y de mi ignorancia femenina.

-¿De qué se trata?

-Vamos a ver: ¿Si queremos preguntar en francés: "Qué es esto?", tenemos que decir: "Kése-kesé-kese-lá"?

-Correcto.

¿Pero se puede decir también: "Kése-kese-lá"?

-Sí.

-¿Y sólo: "Kese-lá"?

-También.

¿Todo quiere decir lo mismo?

-Sí.

Fímushka quedó pensativa durante un momento y después movió los brazos.

-Bien, Sílushka -dijo ella, por fin-, yo estaba equivocada y tú en lo cierto. Pero ¡estos franceses!... ¡Qué listos son!...

Paklin rogó a los viejecitos que cantaran una balada. Se sorprendieron con la idea, pero aceptaron en seguida, con la condición de que Snandulia les acompañara en el clavicordio... ella ya sabía qué. En un rincón de la sala había un pequeño instrumento del que ninguno de los visitantes se había dado cuenta. Snandulia se sentó ante ese "clavicordio", dio algunos acordes... Nezhdánov nunca antes había oído sonidos tan amargos, desafinados, rechinantes y badajeantes, pero los viejecitos se apresuraron a cantar:

Sería para llorar,...

empezó Fómushka,

El amor nos encontró,
Un corazón Dios nos dio,

Para qué si no para amar?

Pero hay sufrimiento en el amor,

respondió Fímushka.

Sin sufrimiento o maldad
En el mundo, ¿dónde hay pasión?
¿Dónde hay? ¿Dónde hay? ¿Dónde hay?,

repetía Fímushka.

Con el amor, infortunios crueles
En todas partes, en todas partes,

cantaron ambos.

¡En todas partes, en todas partes!,

cantó Fímushka, sola.

-¡Bravo! -exclamó Paklin-. Eso fue la primera estrofa. ¿Y la segunda?

-Con todo el placer -respondió Fómushka-, pero, Snandulia Samsónovna, ¿dónde está ese trino? Después de mi verso es necesario un trino.

-Muy bien -respondió Snandulia-, tendrá su trino. Fómushka empezó de nuevo:

¿Alguien amó plenamente
Sin que el tormento le ponga a prueba?
¿Dónde está el amante
Que no lloró ni suspiró?

Y luego Fímushka:

Así el corazón en la amargura
Como los barcos perecen en el mar...
¿Cuál fue su fin?
¡La perdición, la perdición!,

repitió Fómushka, y esperó que Snandulia tocara el trino.

¡La perdición, la perdición, la perdición!,

repitió Fímushka.

Y después otra vez juntos:
Llévame, Señor, el corazón,
¡Lejos, lejos, lejos!
¡Lejos, lejos, lejos!

Y todos, de nuevo, esperaron el trino.

Librodot

-¡Bravo! ¡Bravo! -exclamó el grupo, a excepción de Markélov, aplaudiendo.

«¿No sentirán ellos», pensó Nezhdánov en seguida que se calmaron los aplausos, «que están haciendo el papel... de bufones? Quizá no, o quizá lo sepan pero piensen que no hay ningún mal en eso si así divierten a los demás. Y si miramos las cosas a través de ese ángulo... están en lo cierto, cien veces en lo cierto.»

Bajo la influencia de esta idea, empezó de golpe a decirles amabilidades, a las que en respuesta ellos sólo hacían pequeñas reverencias, sin levantarse de sus lugares... Pero en ese momento, desde la habitación de al lado, quizá un cuarto de dormir, o de criadas, donde hacía mucho se oían ruidos y susurros, hizo su aparición la enana Pufka, acompañada de la ama Vasílievna. Pufka empezó a gritar y a hacer muecas, y la ama primero la calmó, pero después la estimuló aún más.

Markélov, que desde hacía tiempo daba señales de impaciencia (Solomin tenía una sonrisa más ancha que de costumbre), de repente se dirigió a Fómushka:

-No esperaba de usted -empezó, con su aire severo-, con su mente clara... incluso es seguidor de Voltaire, ¿verdad?... que fuera capaz de divertirse con algo que debería ser motivo de compasión: la deformidad... -Se acordó en el acto de la hermana de Paklin y se mordió la lengua.

Fómushka se ruborizó:

-Sí... pero, ya lo ve, no soy yo... ella misma... Pero Pufka se lanzó sobre Markélov:

-Y ¿por qué te metes tú -gritó ella con su voz confusa- a insultar a nuestros señores? ¿Te molesta mucho que ellos me hayan recogido, criado, alimentado? ¿No puedes ver la buena suerte de los demás? Y ¿quién te pidió que vinieras aquí, tú que eres un granuja negro con un bigote como un escarabajo...? -Aquí Pufka indicó con sus dedos gordos y cortos cómo era su bigote.

Vasílievna reía con toda su boca sin dientes, mientras de la habitación de al lado volvía el eco de esas carcajadas.

-Claro que no le estoy juzgando -dijo Markélov a Fómushka-. Es de caridad recoger a los pobres y a los defectuosos. Pero permítame que le haga una observación: vivir lujosamente y no molestar a nadie, pero no mover un dedo para ayudar al prójimo... no significa que se sea bueno. Yo, sinceramente, ¡no tengo gran aprecio por ese tipo de bondad!

Aquí Pufka hizo un aullido ensordecedor. No había comprendido nada de lo que había dicho Markélov, pero el "negro" estaba censurando... ¿cómo se atrevía él? Vasílievna también murmuró algo y Fómushka se puso las manos delante del pecho y se volvió hacia la mujer:

-Fímushka, querida -dijo él, casi con lágrimas en los ojos-, ¿oyes lo que dice este caballero? Que somos unos pecadores, unos granujas, unos fariseos... que vivimos del trabajo de los otros, ¡oh! ¡oh! ¡oh!... Tendríamos que salir de nuestra casa e ir a la calle... con la escoba en la mano, ¡a ganarnos la vida! ¡Oh, oh, oh!

Al oír aquellas palabras, Pufka aulló aún más que antes, Fímushka entornó los ojos, torció los labios, y ya tenía el pecho lleno de aire, lista para desagraviar, para hablar...

Sabe Dios cómo hubiera terminado aquello, si Paklin no hubiese intervenido.

-Pero, bueno, ¿qué es eso? ¡Por favor! -exclamó éste, gesticulando y riendo alto-. ¿No les da vergüenza? El señor Markélov estaba bromeando, pero puso una cara tan seria que no lo parecía... y ¿ustedes le tomaron en serio? Pero ¡ya terminó! Evfímiia Pávlova, mi querida, nosotros nos marchamos en seguida, pero antes ¿no nos quiere leer el destino en las cartas?... ¡Sabe hacerlo tan bien! Hermana, ¡trae las cartas!

Fímushka miró al marido, que estaba tranquilamente sentado, y quedó sosegada.

-Las cartas, las cartas... -dijo ella-. Ya me olvidé... hace mucho tiempo que no las tengo entre las manos...

Pero ella misma arrancó a Snandulia una baraja de cartas extrañas, muy viejas.

-Primero ¿de quién?

-De todos -exclamó Paklin, pensando-: «¡Qué viejecita tan encantadora! Va a donde la llevan... Es fácil de conducir.» Y ya en voz alta-: Diga nuestro destino, nuestro carácter... ¡todo!

Librodot

Fímushka empezó a barajar las cartas, pero de golpe lanzó la baraja sobre la mesa.

-¡Yo no necesito las cartas! -exclamó-. Conozco bien el carácter de cada uno. Y el destino está de acuerdo con el carácter. Éste de aquí -señaló a Solomin- es un hombre frío, constante; aquel -señaló con un dedo hacia Markélov- es un hombre impetuoso, destructivo -Pufka le sacó la lengua-; tú -miró a Paklin-, no vale la pena decirte nada pues te conoces muy bien: ¡no pasas de una cabeza vacía! Y aquel...

Señaló a Nezhdánov... y vaciló.

-¡Qué? -preguntó él-. Diga, por favor: ¿qué tipo de hombre soy yo?

-¿Qué tipo de hombre eres...? -repitió Fímushka arrastradamente-. Eres un hombre digno de piedad... ¡eso es lo que tú eres!

Nezhdánov se estremeció.

-¿Digno de piedad? ¿Y por qué?

-Eso mismo. Me inspiras piedad... ¡y es todo!

-Pero, ¿por qué?

¿Por qué? Los ojos me lo dicen. ¿Crees que soy estúpida? Soy más lista que tú... aunque seas pelirrojo. Me das lástima... y ¡es todo lo que te puedo decir!

Todos quedaron callados... se miraron los unos a otros, y continuaron callados.

-Bien, adiós, amigos míos -exclamó Paklin-. Nos hemos entretenido demasiado y seguro que se han aburrido. Estos señores tienen que marcharse... y yo les acompaño. Adiós, y gracias por su amabilidad.

-Adiós, Adiós, vengan otra vez, no hagan cumplidos -dijeron a la vez Fómushka y Fímushka. Y de golpe, Fómushka dijo lentamente:

-Muchos, muchos, muchos años de vida, muchos...

-Muchos, muchos -repitió Kaliópich de una manera inesperada, abriendo la puerta.

Y los cuatro se encontraron de golpe en la calle, delante de la casa achaparrada; y por las ventanas se oía la voz aguda de Pufka, que gritaba:

-Locos... ¡Locos!

Paklin rió con fuerza, pero nadie más le acompañó. Markélov miró uno a uno a sus camaradas, como si esperara oír una palabra de indignación...

Sólo Solomin conservaba su sonrisa habitual.

XX

BIEN -empezó Paklin-. Estuvimos en el siglo dieciocho y ahora ¡vamos directamente al siglo XX! Golushkin es un hombre tan avanzado que no es propio considerarlo del siglo diecinueve.

-¿Le conoces? -preguntó Nezhdánov.

-¡Qué pregunta! Yo dije "vamos" porque tengo la intención de ir con vosotros.

-¿Cómo? ¿Sin conocerle?

-Exactamente. ¿Y vosotros conocíais a mis periquitos? -Tú nos los presentaste.

-Entonces, presentadme también. Supongo que no tendréis secretos para mí... y Golushkin es un hombre hospitalario. Veréis qué contento se pondrá al ver una cara nueva. Aquí en S., las personas son muy simples.

-Sí -murmuró Markélov-, aquí las personas no hacen cumplidos.

Paklin movió la cabeza.

-Supongo que se refiere a mí... Pero, ¡qué hacer! Quizá merezca esta indirecta. Pero, amigo mío, debería usted liberarse de esos pensamientos taciturnos, causados por su temperamento bilioso. Y sobre todo...

-Y usted, amigo mío -interrumpió, furioso, Markélov-, permítame que le diga... como un aviso, que nunca en mi vida tuve predisposición hacia las bromas... y mucho menos hoy. Y ¿cómo es que conoce mi temperamento? -Puso un énfasis especial en la penúltima sílaba-:

Nos conocemos desde hace muy poco.

-Está bien, está bien, no se enfade y no blasfeme... le creo -exclamó Paklin. Y, dirigiéndose a Solomin-: Oh, usted -exclamó-, usted, a quien la sagaz Fímushka llamó hombre frío y ciertamente tranquilo... dígame, ¿cree que yo quise ser desagradable con alguien o bromear inoportunamente? Yo sólo sugerí ir con ustedes a casa de Golushkin. Por otro lado, soy una persona inofensiva. No tengo la culpa de que el señor Markélov tenga un carácter bilioso.

Solomin encogió primero un hombro, después el otro. Era su costumbre, cuando no sabía qué responder inmediatamente.

-Sin duda -dijo finalmente-, el señor Paklin no podía ofender a nadie... ni lo deseaba. ¿Y por qué no habría de acompañarnos a casa del señor Golushkin? Supongo que pasaremos allá el tiempo de una manera tan agradable como en casa de sus parientes, y con tanto beneficio.

Paklin le amenazó con el dedo.

-¡Ah, veo que también es malo! Sin embargo, también va a casa de Golushkin, ¿verdad?

-Claro que sí. El día es mío y sin eso seria despilfarrarlo.

-Entonces, ya está, *en avant,* marchons! ¡Hacia el siglo XX! ¡Hacia el siglo XX! Nezhdánov, tú, ¡que eres un hombre progresista, enséñanos el camino!

Comentario [Librodot-100]: ¡Adelante, marchemos!

-Muy bien, vamos, pero no repitas siempre las mismas bromas, de lo contrario pensaremos que no tienes más.

-Para vosotros aún tengo en exceso -dijo Paklin alegremente. Y avanzó, como él decía, no caminando sino "cojeando".

-¡Qué hombre tan divertido! -observó Solomin, caminando de bracete con Nezhdánov-. Si alguna vez nos mandaran a Siberia, Dios nos proteja, habría alguien para divertirnos.

Markélov seguía callado detrás de todos.

Entretanto, en casa del comerciante Golushkin, se tomaban todas las medidas para hacer un almuerzo "opíparo"... "elegante". Para empezar, había una sopa de pescado, con mucha grasa... y repugnante; se prepararon varios "patés y fricasés" (Golushkin, como hombre de la más alta cultura europea, aunque fuera Viejo Creyente, tenía un cocinero francés, que había sido echado de un club por falta de aseo), pero sobre todo se habían puesto en hielo varias botellas de champán.

El señor de la casa recibió al grupo con su característica timidez, ruido y media risa. Como Paklin había previsto, se puso muy contento de verle, y preguntó: «¿Es de los nuestros?» Y, sin esperar la respuesta, exclamó: «¡Claro que sí! ¡Qué idea!» Después contó que acababa de llegar de casa del "chalado" del gobernador, que le había importunado sobre una institución cualquiera... ¡quién sabe de qué se trata!, de caridad... Y, decididamente, no se sabía qué daba más satisfacción a Golushkin, si haber sido recibido por el gobernador o estar insultándolo en presencia de aquella juventud progresista. Después les presentó al prometido prosélito. ¿Y quién era ese prosélito? Nada menos que el mismo individuo insinuante, de aire tuberculoso y cuello largo, que habían visto por la mañana, a quien Golushkin había llamado Vasia, su dependiente.

-No es muy elocuente -aseguró Golushkin señalándole con los cinco dedos-, pero es afecto a nuestra causa de todo corazón.

Pero Vasia sólo hizo una reverencia, después se ruborizó, pestañeó y mostró los dientes de tal manera que era imposible saber si era un idiota o si, por el contrario, era un granuja sin escrúpulos y un traidor.

-Bien, señores, a la mesa, a la mesa -exclamó Golushkin. Se sentaron a la mesa, después de despertar el apetito con pescado salado. Seguidamente, Golushkin mandó que trajeran el champán, que salió con pequeños trozos helados cuando lo pusieron en las tazas-. ¡A la nuestra... a nuestra empresa! -exclamó Golushkin, guiñando el ojo y señalando al criado con la cabeza, como diciendo que en presencia de extraños era necesario tener cuidado.

El prosélito Vasia seguía callado, sentado al borde de la silla y de una manera general se comportaba con un servilismo totalmente en desacuerdo con las convicciones a las que, por boca del amo, era afecto de todo corazón. Sin embargo engullía el vino como un desesperado.

Todos hablaban, o sea, hablaba el propio amo de la casa, y Paklin; Paklin especialmente. Nezhdánov estaba aburrido, Markélov indignado, aunque no tanto como en la casa de los Subóchev. Solomin observaba.

Paklin se divertía. Sus frases rápidas agradaban a Golushkin, que no desconfiaba que aquel "tullido" de vez en cuando murmurara al oído de Nezhdánov, que estaba sentado a su lado, las observaciones más maliciosas sobre él. Pensaba que se trataba de un papahuevos y que le podía "despreciar" con condescendencia... y por eso le gustaba. Si Paklin estuviese sentado a su lado, seguro que ya le habría hecho cosquillas con el dedo en las costillas o le habría dado palmadas en el hombro. Así, sólo le hacía muecas desde el otro lado de la mesa y guiñaba el ojo en su dirección... pero entre Paklin y él se sentaba, primero Markélov -esa "nube negra"- y después Solomin. Golushkin se partía de risa a cada palabra de Paklin. Reía a placer, anticipadamente, cogiéndose el vientre, mostrando sus encías azuladas. Paklin no tardó en comprender lo que se esperaba de él, y empezó a insultarlo todo (lo que para él era fácil), todo y a todos: a los conservadores, a los liberales, a los funcionarios, a los abogados, a los administradores, a los propietarios, a los Consejos rurales y comarcales, a Moscú, a San Petersburgo.

-Sí, sí, sí -decía Golushkin-, ¡eso mismo, eso mismo, eso mismo! Vea, por ejemplo, nuestro alcalde... ¡un auténtico asno! ¡Un cretino insuperable! Yo le digo que si esto, que si aquello... y él no entiende nada... como nuestro gobernador.

-¿Su gobernador es estúpido? -preguntó Paklin.

-Como le he dicho, ¡es un asno!

-¿Ya se ha dado cuenta de si habla con voz ronca o nasal?

-¿Cómo? -preguntó Golushkin, ligeramente sorprendido.

-¿No lo sabe? En Rusia, todos los civiles importantes tienen la voz ronca y los militares hablan por la nariz. Sólo los dignatarios más elevados hablan con voz ronca y nasal al mismo tiempo.

Golushkin rió con un bramido, hasta las lágrimas.

-Sí, sí -sollozó-, si habla por la nariz... por la nariz... ¡es militar!

«¡Qué idiota!», pensó Paklin.

-¡En este país todo está podrido, nos giremos hacia donde sea! -gritó Golushkin-. ¡Todo, todo está podrido!

-Mi querido Kapitón Andreích -observó Paklin, con pose. (Había acabado de preguntar a Nezhdánov: ¿Por qué motivo el gilipollas mueve tanto los brazos, como si llevara la chaqueta muy apretada?»)- Mi querido Kapitón Andreích, créame, las cosas a medias no sirven para nada.

-¿Qué cosas a medias? -gritó Golushkin furiosamente, dejando de reír y tomando un aire feroz-. ¡Tiene que ser radicalmente! Vaska, bebe...

-Sí... sí, Kapitón Andreích, ¡be...bo! -respondió el chupatintas vaciando el vaso en la garganta.

Golushkin también "vació".

-¡No sé como no revienta! -murmuró Paklin a Nezhdánov.

-Está acostumbrado -respondió éste.

Pero el chupatintas no era el único que bebía. El ambiente fue, poco a poco, afectando a todos. Nezhdánov, Markélov, hasta Solomin empezaron a tomar parte en la conversación.

Primero desdeñosamente, como si estuviera aburrido consigo mismo por no mantener su carácter y dejarse arrastrar, Nezhdánov empezó a hablar, diciendo que había llegado el momento de que se dejase ya de palabras, y empezase la "acción", que estaban ya bien firmes. Y entonces, sin darse cuenta de que estaba contradiciéndose, empezó a exigir que le mostraran los elementos reales y auténticos que tenían para apoyarse, porque no los veía.

-La sociedad no está con nosotros, el pueblo no tiene conciencia... ¡este es el problema!

Nadie hizo objeciones, no porque no hubiese nada que objetar sino porque todos ya habían empezado a hablar. Markélov empezó a martillear con una voz sorda y enfadada, persistente («Como si estuviera partiendo leña, observó Paklin). Nadie sabía exactamente de

Librodot

qué hablaba, pero la palabra "artillería" se le oyó decir durante un breve silencio... seguro que se refería a los defectos que había descubierto en su organización. Entraron también en escena alemanes y ayudantes de campo. Solomin observó que había dos maneras de esperar: esperar y no hacer nada, y esperar e ir empujando la causa hacia adelante.

-No necesitamos moderados -dijo bruscamente Markélov.

-Los moderados hasta ahora se han ido hacia las clases superiores -observó Solomin-, y nosotros lo intentamos desde abajo.

-¡No queremos eso, diablos! ¡No queremos eso! -gritó Golushkin, furioso-. Tiene que ser de una vez, ¡de una vez!

-O sea, ¿quiere echarse por la ventana?

-¿Y por qué no? -gritó Golushkin-. ¡Y saltaré! ¡Y Vaska también! Basta con que yo se lo diga y él se echa! Ah, ¿Vaska? ¿Verdad que te echarías?

El chupatintas acabó de beber el vaso de champán. -A donde usted vaya, Kapitón Andreích, yo iré también. ¿Tendría yo coraje para discutir?

-¡Bien, bien! ¡Vale más que no discutas, si no quieres que te sacuda el esqueleto!

No tardó en crearse una auténtica babilonia. Se levantó un griterío acompañado del rumor parecido cuando cae una "tempestad de nieve". Al igual que los primeros copos de nieve, que giran rápidamente en el aire triste de otoño, en la atmósfera sofocante del comedor de Golushkin, las palabras volaban en todas direcciones, rodando unas sobre otras: progreso, gobierno, literatura, la cuestión de los impuestos, la cuestión de la iglesia, la cuestión femenina, los tribunales, el clasicismo, el realismo, el nihilismo, el comunismo, la cuestión internacional, clerical, liberal, capital, la administración, la organización, la asociación ¡y hasta la cristalización! Parece que Golushkin deseaba precisamente una confusión así; le parecía, y era, para él, la cosa auténtica... Estaba exultante.

-¡Mírennos bien! ¡Abran camino!... ¡Aquí está Kapitón Golushkin!

El oficinista Vasia estaba ya tan borracho que empezó a reír y a hablar con el plato, y de golpe, como un loco, gritó:

-Qué diablos es esto... ¿un proinstituto?

Golushkin se levantó en aquel momento y, echando hacia atrás su rostro colorado, en el que una expresión de profunda satisfacción y triunfo estaba extrañamente mezclada con otro sentimiento, un terror secreto y hasta desconfianza, gritó:

-¡Sacrifico *mil* más! Vaska, ¡dámelos!

A lo que Vaska respondió a media voz:

-¡En seguida!

Pero Paklin, pálido y sudoroso (durante el último cuarto de hora había bebido más aún que el oficinista), saltó de su lugar y, levantando las manos por encima de la cabeza, dijo vigorosamente:

-¡Sacrifico! Él dijo: ¡sacrifico! ¡Oh! ¡Profanación de la palabra sagrada! ¡Sacrifico! Nadie se atreve a alzarse hasta ti, nadie tiene fuerzas para cumplir las obligaciones que tú impones, ciertamente ninguno de los aquí presentes... y este cretino, este miserable saco de dinero, abre la panza, deja caer unos miserables rublos y grita: ¡sacrifico! Y quiere gratitud, espera una corona de laureles, ¡el granuja!

Golushkin no oyó o no comprendió lo que dijo Paklin, o quizá pensó que era una broma, porque gritó de nuevo:

-Sí, *¡mil* rublos! ¡La palabra de Kapitón Golushkin es sagrada! -de repente se metió la mano en el bolsillo del costado-: ¡Aquí está el dinerillo! Cojan, cojan, y ¡recuerden siempre al Kapitón!

Cuando se excitaba, hablaba de sí como los niños, en tercera persona. Nezhdánov recogió los billetes que Golushkin había lanzado sobre la mesa manchada de vino. Y después, como ya no quedaba nada más que discutir, se levantaron, cogieron los sombreros y salieron de la casa.

Al aire libre, todos sintieron cómo la cabeza les daba vueltas... especialmente Paklin.

-Bien, ¿adónde vamos ahora? -dijo él no sin dificultad.

Librodot

-Yo no sé adonde iréis vosotros -respondió Solomin-, pero sí sé que yo me voy a casa.

-¿A la fábrica?

-Sí.

-¿Ahora, de noche, a pie?

¿Y por qué no? Por aquí no hay lobos, ni salteadores y mis piernas son buenas. Y de noche hace fresco.

-¡Pero son cuatro verstas!

-Aunque fueran cinco. ¡Adiós, señores!

Solomin se abotonó la chaqueta, se empujó el gorro hacia adelante, encendió un cigarrillo y siguió por la carretera con largos pasos.

-Y tú, ¿adónde vas? -preguntó Paklin a Nezhdánov.

-Voy a su casa -respondió señalando a Markélov, que estaba inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho-. Tenemos un carruaje.

-Bien, muy bien... y yo, amigo mío, voy a mi oasis, junto a Fómushka y Fímushka. Pero, ¿sabes lo que te digo, amigo mío? Es absurdo aquello y es absurdo esto... Pero lo absurdo del siglo XVIII está más cerca de la esencia rusa que lo del siglo XX. Adiós, caballeros, yo estoy borracho... pero no se lo tomen a mal. ¡Escuchen lo que les digo! Mejor y más bondadosa que mi hermana... Snandulia... no hay persona en el mundo, y ella... es jorobada y se llama Snandulia. Es siempre así en este mundo. A propósito, el nombre va bien con ella. ¿Saben quién era santa Snandulia? Una mujer virtuosa, que andaba por las cárceles y hospitales curando las heridas de los enfermos. Pero ahora, ¡adiós! ¡Adiós, Nezhdánov... hombre digno de lástima! Y tú, oficial... ¡bah! ¡Misántropo! ¡Adiós!

Se arrastró cojeando y bamboleándose hacia su "oasis", mientras Markélov y Nezhdánov se iban a la estación de posta donde habían dejado el carruaje, hicieron enganchar los caballos, y media hora después seguían ya por la carretera.

XXI

EL cielo estaba cubierto de nubes bajas y aunque no era totalmente de noche y podía verse el pálido brillo de las medas girando sobre la carretera, a la derecha e izquierda estaba totalmente oscuro, y todo se mezclaba en masas pesadas y negras. Era una noche sombría, turbia; el viento soplaba a ráfagas fuertes, arrastrando consigo el olor de la lluvia y de los trigales. Cuando pasaron el grupo de robles que servía de poste de señalización y tomaron un camino lateral, fue aún peor, a veces el camino casi desaparecía... El cochero seguía callado.

-¡Espero que no nos perdamos! -observó Nezhdánov, que había estado callado hasta entonces.

-¡Esperemos que no! -dijo Markélov-. Dos desgracias en el mismo día serían demasiado.

-¿Cuál fue la primera desgracia?

-Un día perdido... ¿no le parece?

-Sí... claro... ¡Este Golushkin! No deberíamos haber bebido tanto. Me duele horriblemente la cabeza.

-Yo no hablo de Golushkin. De cualquier modo, nos dio algún dinero, de manera que nuestra visita no fue del todo inútil.

-Pero seguro que no lamenta que Paklin nos haya llevado a conocer a sus... como les podremos llamar... ¿periquitos?

-No; en cuanto a eso, no hay porqué lamentarse... ni porqué estar alegres. No estoy interesado en esa gente. ¡No me refería a ellos!

-Entonces, ¿a qué?

Markélov no respondió y sólo se retiró un poco más hacia su rincón, como si se escondiera. Nezhdánov no podía verle el rostro, sólo el bigote se le aparecía como una línea negra; pero sentía desde la mañana que había algo en Markélov que era mejor dejar como

estaba, una cosa profunda y misteriosamente desconocida.

-Escuche, Serguéi Mijáilovich -dijo él poco después-, ¿atribuye alguna importancia a las cartas que me prestó hoy de ese tal señor Kisliakov? Si me permite la expresión, ¡no valen nada!

Markélov se enderezó.

-En primer lugar -dijo éste con voz enfadada-, no estoy de acuerdo con su opinión sobre esas cartas y es más: las considero extremadamente notables... ¡y escrupulosas! En segundo lugar, Kisliakov trabaja mucho, y sobre todo... *cree:* cree en nuestra causa, ¡cree en la revolución! Debo decirle, Alexéi Dmítrievich, que *usted,* usted se comporta con nuestra causa como si no creyera en ella.

-¿Qué le hace pensar así? -preguntó Nezhdánov serenamente.

-¿Qué? Todas sus palabras en casa de Golushkin. quién ha dicho que no veía elementos en los que nos pudiéramos apoyar? ¡Usted! ¿Quién exigió que se los mostraran? ¡Aún usted! Y cuando ese amigo suyo, ese bufón vacío, el señor Paklin, levantó los ojos al cielo y aseguró que ninguno de nosotros tenía fuerzas para sacrificarse, ¿quién le aprobó, quién le bajó la cabeza aprobadoramente? ¿No fue usted? Diga lo que quiera, lo que quiera decir de sí mismo... es problema suyo... pero yo conozco personas capaces de abandonar todo lo que es bello en la vida... incluso los seres amados... para servir a sus convicciones, ¡para no traicionarlas! Bien, hoy *usted...* ¡ciertamente no sería capaz de hacerlo!

¿Hoy? ¿Y por qué precisamente hoy?

-Ah, no disimule, por amor de Dios, Don Juan afortunado, amante coronado de mirto -gritó Markélov, olvidando completamente al cochero, que, aunque no se volviera, podía oirlo todo. Es cierto que en aquel momento estaba más preocupado por el camino que por todo lo que los caballeros sentados atrás pudieran decir y que, cuidadosamente, incluso un poco receloso, conducía el caballo, que sacudió la cabeza, retrocedió un poco y arrastró el carruaje por una bajada que no tenía que estar allí.

-Perdón, pero no le comprendo -dijo Nezhdánov.

Markélov rió de una manera forzada, maliciosa.

-¿No me comprende? ¡Ah, ah, ah! Yo lo sé todo, querido señor. Sé a quién usted hizo ayer una declaración de amor, sé a quién usted sedujo con sus aires afectados y bella apariencia, sé quién le deja entrar en su habitación... ¡después de las diez de la noche!

-¡Barin! -gritó el cochero, de repente, a Markélov-. Cójame las riendas... Voy a ver qué es esto... Me parece que nos hemos salido de la carretera... Creo que fuimos por un barranco...

El carruaje estaba, de hecho, totalmente de lado. Markélov cogió las riendas que el cochero le entregaba y prosiguió en el mismo tono de voz:

-No le echo la culpa de ninguna manera, Alexéi Dmítrich. Usted sacó provecho... Tenía toda la razón. Sólo hablo así porque no me gusta su frialdad hacia nuestra causa: le digo de nuevo que no tiene el alma en eso. Y, a propósito, añado: ¿dónde está el hombre que puede premeditadamente prever lo que agrada o no agrada al corazón de una muchacha, o saber lo que ella quiere?

-Ahora comprendo -empezó Nezhdánov-. Comprendo su disgusto, sospecho quién nos espió y se apresuró a comunicarle...

-No depende de los méritos -continuó Markélov, fingiendo que no había oído a Nezhdánov y arrastrando intencionadamente las palabras-. No depende de los atractivos espirituales y físicos... ¡No! Es muy simple... la maldita suerte de todos los hijos ilegítimos, de todos los b...

La última frase fue dicha abruptamente y corriendo, y de golpe se calló, como petrificado.

En la oscuridad, Nezhdánov sintió que empalidecía y empezó a sentir que las mejillas le temblaban. Le fue difícil contenerse y no lanzarse sobre Markélov y cogerle por la garganta. «Sólo la sangre puede lavar esta ofensa, sólo la sangre...»

-¡Ya encontré la carretera! -gritó el cochero, apareciendo junto a la rueda delantera derecha-. Un pequeño equívoco, he girado a la izquierda... ¡No es nada! ¡Animo! Ahora

Librodot

llegaremos en un momento. ¡Tranquilos!

Subió al asiento, cogió las riendas que Markélov sujetaba, empujó al caballo un poco hacia el lado... el carruaje se sacudió dos veces y después empezó a rodar más suave y calmadamente. La oscuridad parecía apartarse y alzarse, se veía salir una nube de humo de una chimenea. Más adelante, una especie de colina, una luz que temblaba... desapareció... después otra... Un perro ladró...

-Nuestro pueblo -observó el cochero-. ¡Eeh, majos!

Cada vez las luces eran más numerosas.

-Después de la manera como me insultó -dijo finalmente Nezhdánov-, ciertamente comprenderá, Serguéi Mijáilovich, que me es imposible quedarme en su casa, por lo que no tengo otro remedio que pedirle, aunque me sea desagradable, que, cuando lleguemos, me preste el carruaje para volver a la ciudad. Mañana encontraré medios para volver a mi casa. Y entonces recibirá las noticias que sin duda espera de mí.

Markélov no respondió inmediatamente.

-Nezhdánov -dijo, de repente, en voz baja, casi desesperada-, ¡Nezhdánov! Por el amor de Dios, entre conmigo... ¡aunque sea para que yo pueda pedirle perdón de rodillas! ¡Nezhdánov! ¡Olvide... olvide mis absurdas palabras! Ah, ¡si pudiera comprender qué infeliz me siento! -Markélov se pegaba con el puño en el pecho, de donde procedía una especie de gemido-. ¡Nezhdánov! ¡Sé generoso! Dame tu mano... ¡No me niegues el perdón!

Nezhdánov le alargó la mano... indecisamente, pero la alargó. Markélov la cogió con tanta fuerza que casi le hizo gritar.

El carruaje se detuvo en la puerta de la casa de Markélov.

-Escucha, Nezhdánov -le dijo Markélov, un cuarto de hora después, en su despacho-. ¡Escucha!

Ya sólo le trataba de "tú", *y* en ese inesperado *tú,* dirigido a un hombre que reconocía como a un rival con suerte y al que había acabado de insultar, que había deseado matar, cortar en trozos, en ese "tú" había una renuncia irrevocable, una amarga, humilde súplica y una especie de derecho... Nezhdánov reconoció ese derecho y empezó también a tratar a Markélov de *tú.*

-¡Escucha! Te he dicho ahora mismo que desistí de la felicidad del amor, que desistí de ella para servir a mis convicciones... No es verdad, ¡estaba fanfarroneando! El amor nunca me ha sonreído, ¡no he tenido que renunciar a nada! Nací sin suerte y así me he quedado... O quizá sea mejor así. Y en ese caso, tengo que dedicarme a cualquier otra cosa. Si tú puedes combinar una cosa y la otra... amar y ser amado... y al mismo tiempo servir a la causa... ¡muy bien! Te envidio... pero yo... no. No puedo. ¡Eres un hombre feliz! Yo no puedo.

Markélov dijo todo esto en voz baja, sentado en un pequeño taburete, la cabeza inclinada y los brazos caídos a los lados. Nezhdánov estaba de pie delante de él, en una pose de atención pensativa y, aunque Markélov le hubiese considerado un hombre feliz, no parecía sentirse así.

-Fui engañado en la juventud -continuó Markélov-. Era una muchacha formidable, y también me dejó por otro... ¿por quién? ¡Por un alemán! ¡Por un ayudante de campo! Y Marianna...

Calló. Por primera vez había pronunciado aquel nombre que parecía quemarle los labios.

-Marianna no me engañó. Me explicó francamente que yo no le agradaba... ¿No tenía nada que le agradase? Bien, se entregó a ti... ¿Pero qué tiene eso? ¿No es libre para hacerlo?

-¡Ah, espera, espera! -exclamó Nezhdánov-. ¿Qué dices tú? ¿Qué significa ese "se entregó"? Yo no sé qué te escribió tu hermana, pero te aseguro...

-No digo físicamente, sino moralmente, con el corazón, con el alma -interrumpió Markélov, a quien evidentemente había agradado la exclamación de Nezhdánov-. E hizo bien. En cuanto a mi hermana... Sin duda no tenía intención de herirme... o sea, le es indiferente. Pero no hay duda que te odia, a ti y a Marianna. No mintió... pero ¡que se vaya al diablo!

"Sí", pensó Nezhdánov, «nos odia.»

-Todo va bien -continuó Markélov, sin cambiar de posición-. Las últimas cadenas se han roto, ahora ya nada me estorba. Es igual que Golushkin sea un animal. Sobre las cartas de Kisliakov... quizá sean ridículas, pero hay que dar atención a lo principal. De acuerdo con él... todo está listo en todas partes. ¿No lo crees?

Nezhdánov no respondió.

-Quizá tengas razón, pero si esperamos hasta que las condiciones sean favorables, nunca empezaremos. Si pensamos de antemano en *todas* las consecuencias, ciertamente aún encontraremos algunas más. Por ejemplo: cuando nuestros padres emanciparon a los siervos, no podrían haber previsto que entre los descendientes de esos siervos emancipados aparecería una clase de propietarios usureros, que venden a un mujik cuatro arrobas de centeno podrido por seis rublos, y reciben en cambio -aquí, Markélov levantó un dedo-, primero, trabajo por valor de seis rublos, segundo -Markélov levantó otro dedo-, cuatro arrobas de buen centeno... y aún -Markélov levantó el tercer dedo-intereses. O sea, ¡chupan a los mujiks hasta la última gota de sangre! Debes aceptar que los emancipadores no podían haber previsto esto. Y sin embargo, aunque lo hubieran previsto, hicieron bien en libertar a los siervos... sin medir todas las consecuencias. Es por eso que... me decidí.

Comentario [Librodot-101]: La acción de esta novela transcurre en 1873 y la emancipación de los siervos en Rusia tuvo lugar por decreto de 1861.

Nezhdánov miró a Markélov interrogativamente y sorprendido, pero aquél volvió la mirada hacia el lado, hacia un rincón. Tenía la frente fruncida y los ojos cerrados, se mordía los labios y se mordía el bigote.

-Sí, ¡estoy decidido! repitió, golpeándose con todas sus fuerzas la rodilla con el puño peludo y moreno-. Soy obstinado... y no en vano soy medio pequeñoruso.

Comentario [Librodot-102]: Ucranio.

Después se levantó y, arrastrando las piernas como si estuviera muy débil, entró en su habitación y volvió con un pequeño retrato de Marianna en un marco de cristal.

-Toma -dijo con voz triste pero firme-. Lo hice yo hace tiempo. Dibujo mal, pero puedes ver que se le parece -el retrato a lápiz, de perfil, era realmente parecido.- Toma, hermano, es mi herencia. Con este retrato te doy... no mis derechos... nunca los he tenido... sino, ya sabes... ¡todo! Te lo doy todo... y a ella también. Es una buena muchacha, hermano...

Markélov se calló: su pecho subió visiblemente.

-¡Cógelo! ¿No estás enfadado conmigo? Bien, entonces ¡cógelo! Ahora no me sirve para nada... no me hace falta.

Nezhdánov cogió el retrato, pero una sensación extraña le oprimía el pecho. Le parecía que no tenía derecho a recibir aquel regalo, que, si Markélov supiera lo que pasaba por su corazón, quizá no le diera aquél retrato. Nezhdánov levantó la mano para recibir aquel trozo redondo de cartón, cuidadosamente metido en un marco negro orlado con papel dorado, sin saber qué hacer con él. «Esto que tengo en la mano es la vida entera de un hombre», pensaba. Comprendía el sacrificio que Markélov hacía, pero ¿para qué, para qué precisamente a él? ¿Debía devolver el retrato? ¡No! Eso seria un insulto todavía mayor... Y, después de todo, ¡cuán querido le era aquel rostro, cuánto la amaba!

No sin una cierta desconfianza íntima, Nezhdánov volvió los ojos hacia Markélov... ¿no le miraría? ¿No intentaría adivinar sus pensamientos? Pero Markélov sonrió de nuevo en su rincón y volvió a morderse el bigote.

El viejo criado entró en la sala con una vela en la mano.

Markélov se sobresaltó.

-¡Es hora de ir a dormir, hermano Alexéi! -dijo-. La mañana es más sabia que la noche. Mañana tendrás los caballos y volverás a casa. ¡Adiós!

-¡Adiós también a ti, viejo camarada! -añadió, de repente, volviéndose hacia el criado y dándole una palmada en el hombro-. ¡No estés enfadado!

El viejo quedó tan sorprendido que casi dejó caer la vela; en su mirada, fijada en el barin, había una expresión diferente, completamente distinta a su desánimo habitual.

Nezhdánov se retiró a su habitación. Se sentía mal. Le dolía la cabeza por el vino que había bebido, los oídos le zumbaban, veía luces delante de los ojos aunque los tuviera cerrados. Golushkin, el administrativo Vaska, Fómushka, Fímushka, bailaban delante de él; y la imagen de Marianna, lejos, como si no tuviera confianza, como si no se decidiera a acercarse. Todo lo que había hecho y dicho le parecía tan falso, tan inútil y absurdo... y lo que

Librodot

era necesario hacer, lo que tenía que ser continuado, no se sabía dónde estaba, era inalcanzable, estaba bajo siete llaves, en las honduras del infierno...

Y sentía un gran deseo de levantarse, ir a ver a Markélov y decirle: «Coge tu regalo: ¡te lo devuelvo!»

-¡Qué cosa horrible esta vida! -exclamó finalmente.

A la mañana siguiente se marchó muy temprano. Markélov estaba ya en la puerta rodeado de campesinos, pero Nezhdánov no sabía si él los había llamado o si habían venido por su libre iniciativa. Markélov se despidió de él secamente y con pocas palabras... pero parecía que quería comunicarle algo importante. El viejo siervo apareció con su mirada melancólica.

El carruaje dejó rápidamente la ciudad atrás y, entrando en el campo, empezó a rodar a gran velocidad. Los caballos eran los mismos, pero el cochero, que sabía que Nezhdánov vivía en una casa rica, contaba con una buena "propina"... Y ya se sabe: cuando un cochero toma un vaso o espera tomarlo, los caballos corren bien. Era un día de junio, aún fresco. Nubes altas, rápidas, corrían por el cielo azul. A causa de la lluvia de la noche, el viento fuerte, constante, no levantaba polvo de la carretera, pero agitaba las retamas. Brillante y fresco, todo se movía, todo revoloteaba; el grito distante de la codorniz llegaba por encima de los barrancos verdes como si el grito mismo tuviera alas; los grajos brillaban al sol; algunos puntos oscuros, como pulgas, se movían por allí... eran mujiks arando la tierra por segunda vez.

Pero Nezhdánov pasó por todo aquello sin darse cuenta. Estaba tan inmerso en sus pensamientos, que ni siquiera se dio cuenta de que llegaban al pueblo de Sipiaguin.

Se estremeció al avistar el tejado de la casa, el primer piso, la ventana del cuarto de Marianna.

«Sí», pensó, y una ola de calor le entró en el corazón, *»él* tiene razón: ella es una buena muchacha y yo la quiero.»

XXII

SE cambió presurosamente y fue a dar su clase a Kolia. Sipiaguin, que le había encontrado en el comedor, le saludó fría y delicadamente y, murmurando entre dientes: «¿Llegó bien?», se fue a su despacho. En su cerebro ministerial, el estadista había decidido ya, en cuanto las vacaciones terminasen, enviar a San Petersburgo a aquel profesor "extremadamente rojo" y entretanto vigilarle. *Je n'ai pas eu la main heureuse cette fois-ci»,* pensó, «sin embargo... j'auraís *pu tomber pire».* Los sentimientos de Valentina Mijáilovna eran mucho más enérgicos y definidos. Simplemente ya no podía soportarlo. Ser ignorada por un muchacho... Marianna no se había equivocado: Valentina Mijáilovna les había escuchado en el pasillo. La ilustre señora no estaba por encima de esas cosas. Durante aquellos dos días de ausencia de Nezhdánov, aunque no dijo nada a la sobrina "liviana", la hizo entender que lo sabía todo, que estaría indignada si no sintiera tanta lástima de ella, si no la despreciase tanto... Una expresión discreta, íntima, le dominaba el aire un poco burlón y alzaba al mismo tiempo las cejas en señal de vejación mientras miraba a Marianna, cuando le hablaba. Sus ojos maravillosos miraban con una tierna perplejidad, con un disgusto dolorido, aquella muchacha presuntuosa que, después de todas sus "fantasías y excentricidades", había acabado besando, en una habitación oscura, a un estudiantillo cualquiera.

Comentario [Librodot-103]: Esta vez no he tenido mucha suerte... pero podría haber sido peor.

¡Pobre Marianna! Sus labios severos y orgullosos aún no sabían qué eran los besos.

Sin embargo, Valentina Mijáilovna no había contado al marido su descubrimiento; se contentó con dirigir algunas palabras a Marianna, delante del marido, con una sonrisa significativa, que no quería decir nada. Valentina Mijáilovna llegó a lamentar haber escrito a su hermano... Pero acabó por pensar que era mejor que la carta hubiese sido escrita que ahorrarse el arrepentimiento de haberla escrito.

Nezhdánov avistó a Marianna de paso durante el almuerzo, en el comedor. Le pareció que había adelgazado y que estaba más pálida: ese día no tenía buen aspecto, pero la mirada que le dirigió al entrar le fue directa al corazón. Valentina Mijáilovna le miraba constantemente como si le felicitara interiormente: ¡Enhorabuena! ¡Bonito! ¡Muy listo!», y al mismo tiempo intentaba descubrir, por su expresión, si Markélov le habría o no mostrado la carta. Finalmente decidió pensar que sí, que se la había mostrado.

Cuando supo que Nezhdánov había estado en la fábrica de la que Solomin era administrador, Sipiaguin empezó a hacerle preguntas sobre ese "tan curioso administrador industrial", pero en seguida vio, por las respuestas del joven, que aquél no había visto absolutamente nada, y calló majestuosamente, como censurándose el haber esperado cualquier actitud práctica de una persona tan inexperta. Cuando salía del comedor, Marianna consiguió murmurarle: «Espérame en el bosque de abedules, al fondo del jardín. Iré en seguida que me sea posible." Nezhdánov pensó: «Me ha tratado de "tú", -como él.» Y tuvo una sensación muy agradable, aunque algo dolorosa. Qué extraño habría sido -e imposible-, si de golpe ella usara de nuevo el "usted" y si se alejara...

Pensó que eso le habría hecho infeliz. No sabía si la amaba o no, pero que le era querida e íntima y necesaria... sobre todo necesaria... eso lo sentía en todo su ser.

El bosque donde debía esperar a Marianna tenía algunos centenares de grandes abedules, altos y viejos. El viento no se había serenado y las largas ramas enmarañadas eran lanzadas de un lado a otro como trenzas sueltas. Las nubes, como de costumbre, volaban deprisa y altas, y cuando una de ellas tapaba el sol, todo debajo quedaba... no oscuro, sino monocromo. Pero la nube se alejaba... y por todas partes, en un instante, los colores claros centelleaban de nuevo a través del follaje: se mezclaban, brillaban, se sobreponían a las manchas de sombra... ruido y movimiento también; una especie de alegría festiva aumentaba con los colores. Con esa alegría venía la pasión que entra en un corazón triste y perturbado... Y era precisamente un corazón así el que Nezhdánov llevaba en el pecho.

Esperaba apoyado en un tronco de abedul. No sabía realmente lo que sentía, ni quería saberlo, pero era más terrible, y al mismo tiempo más suave, que en casa de Markélov. Quería, antes que nada, verla, hablarle.. El lazo que súbitamente une dos existencias separadas ya le ataba. Nezhdánov recordó la cuerda que vuela hacia el muelle para amarrar los buques... Una vez atada a un poste, el buque ya no se mueve.

¡A salvo! ¡Gracias a Dios!

De repente, se estremeció. Lejos, en el camino, se distinguía un vestido femenino. Era ella. Pero no sabía si venía en su dirección o si se alejaba, hasta que vio deslizarse las manchas de luz y sombra por su figura, *de abajo hacia arriba...* lo que significaba que venía hacia él. Si se estuviera alejando, las manchas se habrían deslizado *de arriba hacia abajo.* Poco después ella estaba delante de él con una expresión alegre y de bienvenida, un brillo cariñoso en los ojos y una sonrisa satisfecha en los labios. Él cogió su mano extendida, pero no pudo decir una sola palabra; ella se quedó también en silencio. Había caminado muy deprisa y jadeaba un poco, pero parecía satisfecha porque él estaba contento de verla.

Marianna fue quien habló primero.

-Bien -empezó-, dime, ¿qué han decidido? Nezhdánov quedó sorprendido.

-¿Decidido?... Pero ¿había algo que decidir ahora?

-Cuéntame de qué hablasteis. ¿A quién viste? ¿Conociste a Solomin? Cuéntamelo todo... ¡todo! Espera, vamos hacia allí, un poco más adelante. Conozco un sitio... ahí no nos podrán ver.

Le arrastró. El siguió obedientemente tras ella, sobre la hierba alta, poco espesa, seca.

Ella le llevó a donde quería: ante un abedul caído tras una tormenta. Se sentaron sobre el tronco.

-¡Cuéntame! -repitió. Pero después dijo-: ¡Ah! ¡Qué contenta estoy de verte! Me parecía que estos dos días nunca terminarían. Sabes, estoy convencida de que Valentina Mijáilovna nos escuchó.

-Escribió sobre eso a Markélov -observó Nezhdánov.

Librodot

-¿Le escribió?

Marianna calló durante un momento y se ruborizó no de vergüenza, sino por otro sentimiento más fuerte.

-¡Es una mujer mala, ruin! -murmuró lentamente-. No tenía derecho a hacer eso... Bien, da igual. ¡Cuéntame, anda!

Nezhdánov empezó a hablar... Marianna le escuchaba con una especie de atención pétrea y sólo le interrumpía cuando se daba cuenta de que él se apresuraba o no daba bastantes detalles. Sin embargo, no todos los detalles de su visita tenían el mismo interés para ella: rió con los de Fómushka y Fímushka, pero no le interesaron. Era una vida demasiado lejana de la suya.

-Es como si me hablaras de Nabucodonosor -observó.

Lo que quería, lo que en realidad le interesaba era saber lo que había dicho Markélov, lo que pensaba Golushkin (aunque hubiese visto en seguida de qué tipo de embustero se trataba) y, sobre todo, las opiniones de Solomin, qué tipo de hombre era. «Pero ¿cuándo? ¿Cuándo? -esta pregunta le venía constantemente a la cabeza, le venía permanentemente a los labios mientras Nezhdánov hablaba. Y él parecía evitar todo lo que pudiese dar una respuesta concreta a esta pregunta. El mismo empezó a notar que destacaba demasiado los detalles que menos interesaban a Marianna... no, no, se volvía hacia él. Las descripciones humorísticas la impacientaban, el tono escéptico y desanimado que Nezhdánov utilizaba la hería... Era necesario mantenerse rígidamente dentro de la "causa" y de las "cuestiones". Por más que hablase de eso, ella no se cansaba. Nezhdánov recordó la época en que aún no estaba en la universidad y pasaba el verano en la dacha de unos amigos y pensó contar unas historias a los niños: tampoco habían prestado atención a las descripciones, a las expresiones, a las sensaciones personales... ¡también querían hechos concretos! Marianna no era un niño, pero lo parecía por la manera directa y simple con que sus sentimientos se manifestaban.

Nezhdánov alabó sincera y calurosamente a Markélov y se refirió a Solomin con particular entusiasmo. Mientras profería las más entusiásticas expresiones sobre éste, se preguntaba qué era lo que le hacía tener una opinión tan elevada de aquel hombre. No había dicho nada particularmente inteligente y algunas de sus palabras eran incluso contrarias a las convicciones de Nezhdánov... «Un tipo equilibrado«, pensó. «Un hombre frío, firme, como dijo Fímushka; un hombre fuerte, de una fuerza calma, constante. Sabe lo que quiere, tiene confianza en sí mismo... y despierta confianza en los otros. No tiene ansiedades... ¡ni desequilibrios! ¡Es ponderado!... Eso es lo principal, y algo que yo no tengo.» Nezhdánov se calló y se abandonó a sus meditaciones. De golpe, sintió una mano en el hombro.

Levantó la cabeza: Marianna le miraba con una expresión solícita y cariñosa.

-Amigo, ¿qué te ocurre? -preguntó ella.

El levantó su mano del hombro y, por primera vez, besó aquella mano pequeña y fuerte. Marianna rió levemente, como sorprendida porque tal galantería le hubiese pasado por la cabeza. Después quedó también pensativa.

-¿Markélov te mostró la carta de Valentina Mijáilovna? -preguntó, por fin.

-Sí.

-Bien... ¿y cómo está él?

¿El? ¡Es el ser más digno y generoso que conozco! El... -Nezhdánov quería hablarle del retrato, pero se enderezó y sólo repitió-: ¡Es el hombre más digno que he conocido!

-¡Oh, sí, sí!

Marianna quedó de nuevo pensativa, y de repente se volvió hacia Nezhdánov y le preguntó con vivacidad: -Bien, ¿y qué habéis decidido?

Nezhdánov se encogió de hombros.

-Ya te he dicho que por el momento no hemos decidido nada. Hay que esperar un poco.

-Esperar... ¿a qué?

-Son las últimas instrucciones recibidas.

«Estoy mintiendo», pensó Nezhdánov.

-¿De quién?

-¿De quien...? Ya lo sabes... de Vasili Nikoláievich.

Y tenemos que esperar hasta que Ostrodúmov regrese. Marianna miró interrogativamente a Nezhdánov.

-Dime: ¿has visto alguna vez a ese Vasili Nikoláievich?

-Sí. Le vi dos veces... aunque siempre con prisas.

-¿Cómo es? ¿Es cierto que se trata de un hombre extraordinario?

-No sé cómo explicarte. Es nuestro jefe... y quien lo dirige todo. Y, sin disciplina, nuestra causa no marcharía. Tenemos que obedecer a alguien.

«Todo esto es idiota», pensaba Nezhdánov.

¿Cómo es?

¿Cómo? Es bajo, fuerte, moreno... de pómulos salientes, como un calmuco... un rostro rudo. Pero unos ojos muy vivos.

-¿Y cómo habla?

-El no habla: da órdenes.

¿Por qué le hicieron jefe?

-Por su carácter. Nada le hace desviarse. Si es necesario, es capaz de matar. Hay mucha gente que le tiene miedo.

¿Y cómo es Solomin? -preguntó Marianna poco después.

-Solomin tampoco es muy elegante, pero tiene un rostro simple, honesto, simpático. Se encuentran caras así entre los estudiantes.

Nezhdánov había descrito a Solomin correctamente. Marianna le miró durante mucho tiempo... mucho tiempo... y después dijo, como para sí:

-Tú también tienes un rostro simpático. Creo que sería fácil vivir contigo.

Esto conmovió a Nezhdánov, que de nuevo le cogió la mano, se la acercó a sus labios...

-Dejémonos de galanterías -dijo Marianna, riendo. Reía cada vez que le besaba la mano-. Tú no lo sabes, pero hay algo por lo que tengo que pedirte que me excuses.

-¿Qué?

-Bien. Durante tu ausencia fui a tu habitación y encontré sobre la mesa un cuaderno con versos. -Nezhdánov se estremeció: recordó que lo había dejado precisamente sobre la mesa-. Tengo que confesar que no pude resistir a la tentación y lo leí. ¿Son tuyos, aquellos versos?

-Sí. Y ¿sabes una cosa, Marianna? Una de las pruebas más fuertes de mi afecto y confianza hacia ti es el hecho de que casi no estoy enfadado contigo.

¿Casi? ¿Estás entonces un poco enfadado? A propósito, si tu me llamas Marianna yo no puedo llamarte Nezhdánov. Empezaré a llamarte Alexéi. El poema que empieza: «Querido amigo, cuando me muera...» ¿Es tuyo también?

-Sí. Pero, por favor, dejemos eso... No me atormentes.

Marianna movió la cabeza.

-Es un poema muy triste... Espero que lo hayas escrito antes de conocerme. Pero los versos son buenos... hasta donde mis conocimientos me permiten apreciarlos. Creo que podrías ser un literato, pero sé que escogiste algo mayor y más alto que la literatura. La literatura era una buena ocupación, cuando era imposible otra cosa.

Nezhdánov le echó una mirada rápida.

-¿Crees que sí? Estoy de acuerdo. Es mejor la ruina aquí que el éxito allí.

Marianna se puso de pie con dificultad.

-Sí, querido, ¡tienes razón! -exclamó, y todo su rostro se iluminó, ruborizándose de triunfo y emoción-. ¡Tienes razón! Pero quizá no sea la ruina inmediata. Tendremos éxito, verás, seremos útiles, nuestras vidas no serán en vano, vamos hacia el pueblo... ¿Conoces algún oficio? ¿No? Da igual... trabajaremos, llevaremos a nuestros hermanos todo lo que sabemos... yo, si es necesario, seré cocinera, lavandera, costurera... Verás, verás... Y no habrá ningún mérito en eso, sólo felicidad, felicidad...

Marianna calló, pero su mirada se fijó, ansiosa, en la lejanía, no la que estaba delante de ella, sino la otra distancia aún desconocida, que parecía contemplar. Su mirada centelleaba...

Nezhdánov se inclinó por la cintura.

-¡Oh, Marianna! -murmuró-. ¡Yo no soy digno de ti! Ella se estremeció.

-¡Es hora de volver! exclamo-. Si no, empezarán a buscarnos. Aunque, por lo que me concierne, me parece que Valentina Mijáilovna ya desistió. Para ella soy ya un caso completamente perdido.

Marianna pronunció esta palabra con una expresión tan luminosa y alegre, que Nezhdánov, mirándola, no pudo dejar de sonreír y repetir:

-¡Un caso perdido!

-Lo que pasa es que ella se siente muy ofendida -añadió Marianna- por no tenerte a sus pies. Pero da igual. De todas formas no puedo quedarme más tiempo en esta casa... Tengo que huir.

-¿Huir? -preguntó Nezhdánov.

-Sí, huir... Tú no te quedarás aquí, ¿verdad? Nos iremos juntos. Trabajaremos juntos... ¿Vendrás conmigo?

-¡Hasta los confines de la tierra! -exclamó Nezhdánov, y la voz le tembló por un momento de emoción y gratitud-. ¡Hasta los confines de la tierra!

En ese instante, habría ido sin discutir hasta donde ella hubiera querido.

Marianna le comprendió y suspiró levemente, feliz.

-Entonces, coge mi mano... pero no la beses... y apriétala con fuerza, como un camarada, como un amigo...

Volvieron juntos a casa, pensativos, felices. La hierba corta les acariciaba los pies, las hojas nuevas susurraban a su alrededor, manchas de luz y sombra daban pequeños saltos, deslizándose ágilmente por sus ropas, y ambos sonreían ante aquel juego perturbador, ante las alegres ráfagas de viento y las hojas frescas y brillantes, ante su propia juventud, y se sonreían uno al otro.

Librodot

Librodot

SEGUNDA PARTE

XXIII

LA aurora empezaba ya a surgir cuando, en la noche de la cena en casa de Golushkin, después de haber caminado casi cinco verstas, Solomin llamó a la portalada del alto muro que rodeaba la fábrica. El guardia le dejó entrar inmediatamente y, seguido por tres perros que sacudían las colas con gran satisfacción, le acompañó respetuosamente a sus aposentos. Parecía muy contento de verlo de regreso a salvo.

-¿Cómo es que llega así de noche, Vasili Fedótych? No le esperábamos hasta mañana.

-No tiene importancia, Gavrila, es mucho mejor caminar de noche.

Había las mejores relaciones, extremadamente amistosas, entre Solomin y su personal, que le respetaba como uno de ellos y le consideraba muy culto. A sus ojos era un sabio. «Sea lo que fuere que Vasili Fedótov diga», declaraban, «es sagrado. Porque él lo aprendió todo y ¡no hay ningún inglés que le pueda engañar!» En una ocasión, un conocido industrial inglés había visitado la fábrica y, ya bien sea porque Solomin había hablado con él en inglés, o bien porque estaba realmente impresionado, el caso es que le dio una palmada en la espalda, rió, y le invitó a ir con él a Liverpool. Y dijo a los obreros, con su acento fuerte: «¡Muy bueno esta vuestra hombre, muy bueno!», ante lo que los obreros rieron mucho, no sin un cierto orgullo: «¡Ahí está nuestro hombre!»

Comentario [Librodot-104]: Fedótov y Fedótych son dos formas del mismo patronímico.

Y era de hecho suyo y como ellos.

Por la mañana, muy temprano, entró en la habitación de Solomin su hombre de confianza, Pável, el cual le despertó, le preparó las cosas para lavarse, le contó unas noticias, y le hizo algunas preguntas. Después tomaron té juntos presurosamente, y, después de ponerse su traje de trabajo, gris y hule, Solomin se dirigió a la fábrica, y su vida empezó de nuevo a girar como un gran volante.

Pero tendría una nueva parada.

Cinco días después del regreso de Solomin, entró en el patio de la fábrica un pequeño faetón rojo con cuatro espléndidos caballos y un lacayo de librea verde pálido, que Pável condujo al pequeño edificio, donde entregó solemnemente a Solomin una carta con el sello de armas de "Su Excelencia Boris Andréievich Sipiaguin". En esa carta, que exhalaba no un perfume sino un olor cualquiera inusualmente respetable e inglés y era escrita en tercera persona, no por un secretario sino de la propia mano, el culto propietario del pueblo de Arzhánov se excusaba en primer lugar por dirigirse a una persona que no tenía el honor de conocer personalmente, pero de quien él, Sipiaguin, había oído los mayores elogios, y se atrevía a invitar al señor Solomin a venir a su casa, pues deseaba pedirle su valioso consejo sobre la empresa industrial a la que se había lanzado. Y con la esperanza de que el señor Solomin estuviera de acuerdo amablemente, él, Sipiaguin, le enviaba un carruaje. En el caso de que no le fuera posible ausentarse de la fábrica ese día, él, Sipiaguin, resignadamente pedía al señor Solomin que le indicara otro día en que le fuese posible, y ese mismo carruaje sería, con todo el placer, puesto por él, Sipiaguin, a disposición del señor Solomin. Terminaba con la despedida habitual y, al final, una postdata, ya en primera persona: «Espero que no rechazará almorzar en nuestra casa *sin ceremonia,* traje de paseo.» (Las palabras *sin ceremonia* estaban subrayadas.) Juntamente con esta carta, el lacayo de librea verde claro, con una cierta vacilación, dio a Solomin otra carta, simple y ni siquiera lacrada, únicamente pegada con cola, de Nezhdánov, en la cual sólo había escritas algunas palabras: Venga, por favor. Su presencia es deseada aquí... y podrá ser muy útil, aunque no exactamente al señor Sipiaguin.»

Después de leer la carta de Sipiaguin, Solomin pensó: «Pero ¿de qué manera podría yo ir si no sin ceremonia? En la fábrica no tengo frac... Y ¿por qué demonios debo ir?... ¡Sólo para perder tiempo!», pero cuando pasó los ojos por la nota de Nezhdánov, se rascó la nuca y se dirigió, indeciso, hasta la ventana.

¿Qué respuesta llevaré, por favor? -preguntó arrastradamente el lacayo de librea verde pálido.

Solomin estuvo aún un poco cerca de la ventana y, por fin, se empujó el pelo hacia atrás y pasándose la mano por la frente, dijo:

-Voy con usted. Es sólo el tiempo de arreglarme.

El lacayo salió respetuosamente y Solomin llamó a Pável, tuvo con él una conversación, aún pasó por la fábrica y, vistiendo una levita negra con la cintura muy ancha, hecha por un sastre de provincias, y llevando un sombrero de copa alta un poco descolorido, que inmediatamente dio a su rostro una expresión de madera, se sentó en el faetón, pero de golpe recordó que no llevaba guantes, llamó al omnipresente Pável, que en seguida le trajo un par de guantes blancos de piel acabados de limpiar, cuyos dedos eran tan anchos que parecían bizcochos. Solomin metió los guantes en el bolsillo y dijo que podían partir. Entonces el lacayo, de golpe, con un alarido verdaderamente innecesario, saltó a su asiento, el imponente cochero dio un grito en falsete, y los caballos salieron al galope.

Mientras los caballos llevaban a Solomin a la propiedad de Sipiaguin, éste estaba sentado en su sala de visitas con un panfleto político abierto sobre las rodillas y lo discutía con la mujer. Le confesó que había escrito a Solomin con la intención de hacerle una oferta para que dejara la fábrica del comerciante de tejidos y dirigiera la suya, ya que ésta iba de mal en peor y necesitaba una reorganización total. Sipiaguin estaba totalmente convencido de que Solomin no sólo aceptaría sino que además vendría aquel mismo día aunque él mismo hubiera sugerido otra posibilidad en su carta.

-Pero nuestra fábrica es de papel, no de tejidos -observó Valentina Mijáilovna.

-No tiene importancia, amor mío: ambas tienen máquinas... y él es un mecánico.

-¡Pero quizá sea un especialista!

-Mi querida: en primer lugar, en Rusia no hay especialistas; en segundo lugar, te repito que él es un mecánico.

Valentina Mijáilovna sonrió.

-Cuidado, querido: ya no tuviste suerte con un joven; ¡a ver si no te equivocas una segunda vez!

¿Te refieres a Nezhdánov? Pero me parece que conseguí mi objetivo. Ha sido un buen instructor para Kolia. Y, además, sabes: *non bis in idem!* Perdóname la pedantería, por favor... Quiere decir que las cosas no se repiten.

¿Lo crees? Bien, yo creo que todo en el mundo se repite... sobre todo lo que está en la naturaleza de las cosas... y principalmente en lo que se refiere a los jóvenes.

-*Que voulez-vous me dire?* -preguntó Sipiaguin, tirando el panfleto sobre la mesa con un gesto gracioso.

-*Ouvrez les yeux... et vous verrez*! -le contestó la señora Sipiaguin. Cuando hablaban en francés, se trataban de "usted".

-¡Hm! gruñó Sipiaguin-. ¿Te refieres al estudiante?

Sí, al mismo.

-¡Hm! -se pasó la mano por la frente-. ¿Estará él tras algo? ¿Ah?

-¡Abre los ojos!

-¿Marianna? ¿Ah?

El segundo "Ah" fue pronunciado más con la nariz que el primero.

-¡Abre los ojos, te lo digo yo!

Sipiaguin frunció las cejas.

-Bien, tenemos que hablar de eso más tarde. Ahora quiero decirte sólo una cosa... Este Solomin ciertamente se sentirá un poco incómodo... ya lo ves, no está acostumbrado a la alta sociedad. Tenemos que ser amables con él... para que no se sienta intimidado. Claro que no digo esto por ti; tú eres un amor y si te lo propones puedes fascinar a quien quieras. *J'en sois quelque chose, madame!* Lo digo por los otros, sobre todo por ese...

Señaló hacia un sombrero gris a la moda que estaba en un estante: era el sombrero del señor Kaloméitsev, que desde la mañana estaba en Arzhánov.

-*Il est tres cassant* , ya lo sabes. Tiene demasiado desprecio por el pueblo, lo que yo siempre... condeno. En los últimos tiempos, ha estado terriblemente irritable y quisquilloso... ¿O su *asunto...* -Sipiaguin movió la cabeza de una manera indefinida... pero la mujer le com-

Comentario [Librodot-105]: ¿Qué me quiere decir?

Comentario [Librodot-106]: ¡Abra los ojos... y verá!-

Comentario [Librodot-107]: ¡Tengo experiencia de eso, señora!

Comentario [Librodot-108]: Es muy grosero.

Librodot

prendió- ...no va bien?

-Abre los ojos... te lo digo de nuevo.

Sipiaguin se puso de pie.

¿Ah? -este "¿Ah?" fue pronunciado en un tono ya completamente diferente... mucho más bajo.- ¿Ah, sí? ¡Es bueno que tengan cuidado, por si los abro demasiado!

-Eso es un problema tuyo. Y sobre tu nuevo joven, si viene hoy... no te preocupes. Se tomarán todas las precauciones.

Pero, finalmente, sucedió que no fueron necesarias ningunas precauciones. Solomin no estaba absolutamente nada incómodo o intimidado. Cuando el criado le anunció, Sipiaguin se levantó inmediatamente, exclamando con voz tan alta que podía ser oída desde la entrada:

-¡Háganle entrar, por favor, háganle entrar! -y fue hasta la puerta de la sala de visitas y se quedó esperando. En seguida que Solomin pasó el umbral, casi chocando contra Sipiaguin, éste le extendió las dos manos y, sonriendo amablemente y moviendo la cabeza-: Muy amable... de su parte... le estoy muy agradecido.

Y le condujo hasta Valentina Mijáilovna.

-Mi esposa -dijo, apretando suavemente la palma de la mano contra la espalda de Solomin, como empujándole hacia Valentina Mijáilovna-. Mi querida, aquí está nuestro primer ingeniero mecánico e industrial de la región, Vasili... Fedoséievich Solomin.

La señora Sipiaguin se levantó y, alzando las bellas pestañas de sus maravillosos ojos, primero le sonrió -amablemente, como a un amigo-, después le alargó la mano con la palma hacia arriba y el codo apoyado en la cintura, inclinando la cabeza un poco hacia el lado de la mano... como una suplicante. Solomin dejó que marido y mujer representaran delante de él su pequeña comedia, apretó la mano de ambos, y se sentó a la primera invitación. Sipiaguin empezó por preguntarle si quería tomar algo, pero Solomin respondió que no necesitaba nada, que no estaba de ningún modo cansado del viaje... y que estaba totalmente a su disposición.

-¿Podría entonces pedirle que fuéramos a la fábrica? -exclamó Sipiaguin, un poco avergonzado y sin osar creer en tan gran deferencia por parte de su huésped.

-Inmediatamente -respondió Solomin.

-¡Ah, que amable es! Llamo al carruaje, ¿o desea ir a pie?...

-¿Está cerca, su fábrica?

-Como mucho, media versta.

-Entonces, ¿para qué el carruaje?

-Muy bien, magnífico. Mi sombrero, el bastón, ¡deprisa! Y tú, mayordomo, trata de nuestro almuerzo, ¿de acuerdo? ¡El sombrero!

Sipiaguin estaba mucho más excitado que su invitado. Repitiendo una vez más: «¿Entonces, mi sombrero?», el estadista se echó a correr como un estudiante travieso. Mientras él hablaba con Solomin, Valentina Mijáilovna había mirado furtiva pero atentamente a aquel "nuevo joven". Estaba tranquilamente sentado en el sillón, con las manos en las rodillas (al final, no se había puesto los guantes), muy calmo, aunque con curiosidad, y examinaba el mobiliario, los cuadros. «¿Qué es esto?», pensó ella. «El es un plebeyo... absolutamente un plebeyo... pero ¡actúa con tanta naturalidad!» Solomin se portaba realmente con mucha naturalidad, y no con la intención de ser natural, como si dijera: «¡Vean bien como soy yo!», sino como un hombre cuyos sentimientos y pensamientos son simples, aunque firmes. La señora Sipiaguin quería hablar con él, pero, para espanto suyo, no sabía cómo empezar.

-¡Dios mío! -pensaba-. ¿Es posible que este fabricante me esté impresionando?

-Boris Andreích debe de estarle muy agradecido -dijo ella, finalmente-, por haber aceptado sacrificar algunas horas de su valioso tiempo...

-Mi tiempo no es tan valioso como supone, señora -respondió Solomin-, y además no creo que tardemos mucho.

«Voilá oú l'ours a montré sa pate», pensó ella en francés. Pero, en ese momento, el marido reapareció a la puerta con el sombrero en la cabeza y el stick en la mano. Y, dando media vuelta, exclamó, de una manera familiar:

Comentario [Librodot-109]: He aquí donde el oso muestra la pata.

Comentario [Librodot-110]: Bastón.

-¡Vasili Fedóseich! ¡Vamos!

Solomin se irguió, hizo una reverencia a Valentina Mijáilovna, y fue tras Sipiaguin.

-¡Por aquí, por aquí, Vasili Fedóseich! -llamó Sipiaguin, como si cruzara un bosque denso y Solomin necesitara un guía-. ¡Por aquí! Aquí hay unos peldaños, Vasili Fedóseich!

-Si desea llamarme por el nombre de mi padre, dijo lentamente, Solomin-, no soy Fedóseich sino Fedótych.

Sipiaguin le miró por encima del hombro, casi aterrorizado.

-¡Ah, perdón, perdón, Vasili Fedótych!

-No tiene importancia.

Salieron al patio y Kaloméitsev vino a su encuentro. -¿Adónde va? -preguntó éste, mirando de lado a Solomin-. ¿A la fábrica? *C'est la l'individu en ques*tion?.

Comentario [Librodot-111]: ¿Es ese el individuo en cuestión?

Sipiaguin abrió mucho los ojos y sacudió ligeramente la cabeza para avisarlo.

-Sí, vamos a la fábrica... voy a mostrar todos mis pecados y transgresiones a este señor ingeniero mecánico. Permítanme que les presente: el señor Kaloméitsev, un propietario local; el señor Solomin...

Kaloméitsev bajó dos veces la cabeza de un modo casi imperceptible y no hacia Solomin al que ni tan siquiera miró. Pero éste sí miró a Kaloméitsev y en sus ojos semicerrados hubo un brillo súbito.

¿Puedo acompañarles? -preguntó Kaloméitsev-. Ya sabe que me gusta mucho aprender cosas nuevas. -No faltaría más.

Salieron del patio hacia la carretera, y apenas habían dado veinte pasos cuando avistaron al cura, que, vestido con sotana, regresaba a casa. Kaloméitsev dejó a los dos compañeros y, con pasos largos y decididos, se dirigió al padre, que no esperaba aquello, para pedirle su bendición, le dio un beso sonoro en la mano dura y húmeda y, volviéndose hacia Solomin, le echó una mirada de desafio. Era evidente que sabía "algo" y quería exhibirse y divertirse a expensas de ese granuja culto.

-C'est une manifestation, mon cher? -murmuró

Comentario [Librodot-112]: ¿Es una manifestación, querido amigo?

Sipiaguin entre dientes.

Kaloméitsev dio una risotada.

-Oui, mon cher, une manifestation nécessaire par le temps qui court!

Comentario [Librodot-113]: Sí, ¡una manifestación necesaria en los tiempos que corren!

Llegaron a la fábrica. Les recibió un pequeñoruso con una enorme barba y dientes postizos, que substituía al anterior administrador, un alemán, a quien Sipiaguin había acabado por echar. Ese pequeñoruso hacía las funciones de administrador con carácter provisional. No entendía nada de nada y sólo sabía repetir: «Eso...» y «¡Claro!» suspirando sin parar. Empezaron a inspeccionar los talleres. Algunos obreros conocían a Solomin de vista y le saludaron. El incluso saludó a uno por su nombre: «¡Buenos días, Grigori! ¡No sabía que estabas aquí!» No tardó en ver que la fábrica iba mal. Se desaprovechaba dinero sin sentido. Las máquinas no eran buenas, muchas eran superfluas y faltaban otras necesarias. Sipiaguin no quitaba los ojos del rostro de Solomin para adivinar su opinión, y con algunas preguntas tímidas, intentaba indagar si consideraba satisfactorio el funcionamento de la fábrica.

Comentario [Librodot-114]: Ucranio.

-Funciona bien -respondió Solomin-. Pero dudo que haya beneficios.

No sólo Sipiaguin, sino incluso Kaloméitsev sintieron que, en la fábrica, Solomin estaba en su casa, que allí él era el señor. Ponía la mano en una máquina como un jinete la pone en el cuello de su caballo; metía el dedo en una rueda, y ésta paraba o empezaba a girar; hizo derramar en la mano un poco de pulpa de papel y ésta reveló en seguida todos sus defectos. Solomin hablaba poco, ni siquiera miraba al pequeñoruso, hasta que, sin soltar palabra, salió de la fábrica. Sipiaguin y Kaloméitsev le siguieron.

Sipiaguin no quiso que nadie le acompañara... incluso llegó a patear y rechinar los dientes. Estaba muy confuso.

-Por su expresión -dijo éste a Solomin-, veo que mi fábrica no le ha gustado. Yo mismo sé que no va muy bien y que aún no da beneficios. Pero... por favor, sin cumplidos... ¿cuáles son los principales errores? ¿Y qué podría hacer para subsanarlos?

-La fabricación de papel no es mi especialidad -respondió Solomin-, pero una cosa le puedo decir: las empresas industriales no están hechas para la aristocracia.

-¿Considera esa ocupación degradante para la aristocracia? -se metió Kaloméitsev.

Solomin sonrió con su sonrisa ancha.

-No, no, por favor. No tiene nada de degradante. Y aunque lo tuviera, no me parece que a la aristocracia le preocupara mucho eso.

-¿Cómo? ¿Cómo?

-Sólo quiero decir -continuó Solomin con calma-, que los propietarios rurales no están acostumbrados a este tipo de negocio. Es necesario un conocimiento comercial, todo tiene que mirarse de otra manera. Hace falta tenacidad. Los propietarios no acaban de entenderlo. Ya hemos visto cómo fundaban fábricas de lana, algodón y otras. Pero ¿quién acaba siempre por quedarse con todas esas fábricas? Los comerciantes. Y es una lástima, porque los comerciantes son aún peores sanguijuelas. Pero no se puede hacer nada al respecto.

-Quien le oiga -exclamó Kaloméitsev-, pensará que nuestra aristocracia no sabe ocuparse de cuestiones financieras.

-¡Oh, al contrario! Son maestros en eso. Para recibir concesiones de ferrocarriles, fundar bancos, eludir cualquier impuesto o cualquiera de esas cosas... ¡no hay como la aristocracia! Hacen grandes fortunas. Iba ahora mismo a referirme a eso cuando me interrumpió. No; no quisiera molestarles, yo venía refiriéndome a empresas industriales normales. Digo normales porque abrir tabernas propias, pequeños colmados, o prestar trigo o dinero a los mujiks al ciento cincuenta por ciento, como hacen hoy muchos propietarios... no puedo considerarlo como una operación de tipo financiero.

Kaloméitsev no contestó. Él pertenecía precisamente a esa nueva especie de propietarios usureros a la que se refería Markélov en su última conversación con Nezhdánov, y era tanto más inhumano en sus exigencias en la medida en que no tenía contactos personales con los campesinos. Nunca les dejaba entrar en su despacho europeo y perfumado, y trataba con ellos a través del casero. Hervía de rabia al oír el habla lenta, imparcial, de Solomin... pero se calló por esa vez, y sólo el movimiento de los músculos de su cara traicionaba lo que pasaba dentro de sí.

-De todas formas, permítame, permítame, Vasili Fedótych -empezó Sipiaguin-, todo lo que acaba de decir quizá pasaba en otros tiempos, cuando la aristocracia disfrutaba... de otros privilegios y se encontraba en otra posición. Pero ahora, después de todas las benéficas reformas de nuestra era industrial, ¿por qué razón la aristocracia no puede dedicar su atención, sus facultades, vaya, a empresas de este tipo? ¿Por qué no puede un aristócrata comprender lo que un simple, y a menudo iletrado, comerciante puede comprender? Tienen educación e incluso me atrevería a decir sin exagerar que, en cierta manera, los aristócratas son los representantes de la instrucción y del progreso.

Boris Andréievich habló muy bien; su elocuencia tendría mucho éxito en San Petersburgo, en su departamento, o incluso más arriba, pero no obtuvo ningún efecto sobre Solomin.

-Los aristócratas no son capaces de administrar esta clase de negocios -repitió.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué? casi gritó Kaloméitsev. -Porque son muy burocráticos.

-¿Burocráticos? -rió Kaloméitsev, de una manera mordaz-. ¡El señor Solomin no debe de haber meditado bien su respuesta!

Solomin no dejó de sonreír.

-¿Por qué piensa eso de mi respuesta, señor Kalloméntsev? -Kaloméitsev se estremeció al oír su apellido así mutilado-. No, tengo perfecta consciencia de mis palabras.

-Entonces, ¡explique lo que quiso decir con su frase!

-Naturalmente: en mi opinión el burócrata es un extraño y siempre lo ha sido. Y el aristócrata hoy día se *volvió* extraño.

Kaloméitsev rió aún más.

-Pero, perdone, querido señor, ¡no comprendo lo que dice!

-Tanto peor para usted. Haga un esfuerzo... ¡quizá acabe por comprender!

-¡Señor!

-Señores, señores -dijo Sipiaguin apresuradamente, intentando coger la mirada de uno

Librodot

de ellos-. Por favor... *Kallomeïtzeff, je vous prie de vous calmer.* El almuerzo debe de estar listo. ¡Vamos, caballeros, acompáñenme!

-¡Valentina Mijáilovna! -gritó Kaloméitsev cinco minutos después, entrando en su salón privado-. ¡No comprendo qué quiere hacer su marido! Primero, trajo a un nihilista, y ahora trae otro. ¡Y éste es aún peor!

¿Por qué?

-Defiende no se sabe qué, y, a pesar de que hace una hora que habla con su marido, ni una sola vez, *ni una,* le ha tratado de Vuestra Excelencia! *Le vagabond!*

Comentario [Librodot-115]: Kaloméitsev, le pido que se tranquilice.

Comentario [Librodot-116]: ¡El vagabundo!

XXIV

ANTES del almuerzo, Sipiaguin llamó a su mujer a la biblioteca. Quería hablar con ella a solas. Parecía preocupado. Le explicó que la fábrica iba realmente mal, que este Solomin le parecía un hombre muy competente, aunque un poco... duro, y que era necesario continuar con él *aux petits* soins.

-¡Ah, qué bien nos iría! -repitió dos veces.

Estaba muy preocupado por la presencia de Kaloméitsev.

-¡Qué diablos! ¡Ve nihilistas por todas partes y sólo piensa en aniquilarlos! Bien, ¡que los aniquile en su casa! Pero ¡no puede apretar la lengua entre los dientes!

Valentina Mijáilovna observó que estaría encantada de dedicarse *aux petits soins* con el nuevo invitado, pero le parecía que éste no necesitaba esos *petíts soins y* que, además, no les daba importancia; no de una manera brusca, sino con indiferencia, lo que era sorprendente en un hombre *du común.*

-Da igual... ¡inténtalo! -pidió Sipiaguin.

Valentina Mijáilovna prometió intentarlo, y lo intentó. Empezó por tener una conversación *en tête-á-tête* con Kaloméitsev. Lo que le dijo es un secreto, pero el caso es que él fue a la mesa con el aire de un hombre que decidió ser discreto y sumiso por más que le costara. Esta "resignación" dio a todo su porte un ligero toque de melancolía. Y qué dignidad... oh, ¡qué dignidad había en todos sus movimientos! Valentina Mijáilovna presentó a Solomin a todos... (él miró más atentamente a Marianna que a los otros) y en la mesa lo sentó a su derecha. Kaloméitsev quedó a su izquierda. Al desdoblar la servilleta, torció los ojos y sonrió como si quisiera decir: «Bien, bien, ¡vamos entonces a representar nuestra comedia!» Sipiaguin se sentó delante y le miraba con una cierta ansiedad. Según un nuevo arreglo de la señora de la casa, Nezhdánov fue colocado no al lado de Marianna, sino entre Anna Zajárovna y Sipiaguin. Marianna encontró su tarjeta (porque el almuerzo al final fue de ceremonia) en la servilleta entre Kaloméitsev y Kolia. El almuerzo fue servido de forma espléndida; había incluso un "menú": una hoja escrita delante de cada persona. Inmediatamente después de la sopa, Sipiaguin llevó de nuevo la conversación hacia su fábrica y a la producción industrial en Rusia. Solomin respondía, como era su costumbre, con frases muy cortas. Tan pronto como Solomin empezó a hablar, Marianna fijó la mirada en él. Kaloméitsev, que estaba sentado al lado de la muchacha, empezó a dirigirle varias galanterías (se le había pedido que "no empezara ninguna discusión"), pero ella ni siquiera le escuchaba, y él, realmente, decía sus galanterías contrariado, sin convicción: reconocía que entre él y aquella muchacha había algo que no se podía traspasar.

En cuanto a Nezhdánov, flotaba en el ambiente que las cosas no iban bien entre él y el señor de la casa... Para Sipiaguin, Nezhdánov había pasado a ser simplemente una pieza del mobiliario o un espacio vacío, que aquél ignoraba por completo. Estas nuevas relaciones eran tan evidentes, que cuando Nezhdánov, durante la cena, dijo algunas palabras en respuesta a una observación de su vecina, Anna Zajárovna, Sipiaguin miró alrededor sorprendido, como si preguntara: «¿De dónde viene este sonido?»

Evidentemente, Sipiaguin poseía algunas de las características por las que son admirados ciertos burócratas rusos.

Comentario [Librodot-117]: Siendo amable.

Comentario [Librodot-118]: Plebeyo.

Comentario [Librodot-119]: Íntima.

Después del pescado, Valentina Mijáilovna que, por su lado, dirigía todos sus encantos y toda su seducción hacia la derecha, o sea, hacia Solomin, observó en inglés al marido que "nuestro invitado no bebe vino, quizá prefiera cerveza..." Sipiaguin mandó en voz alta que trajeran «ale», pero Solomin, dirigiéndose a Valentina Mijáilovna, le dijo:

-Quizá ignore, señora, que estuve dos años en Inglaterra... y que hablo y entiendo el inglés. Se lo digo por si acaso quisiera decir algún secreto en mi presencia.

Valentina Mijáilovna rió y le aseguró que la precaución era innecesaria, porque respecto a él no oiría nada que no fuera bueno, pero interiormente consideró la actitud de Solomin un poco extraña, aunque en cierta manera delicada.

Sin embargo, Kaloméitsev acabó por no poder contenerse más.

-Entonces, estuvo en Inglaterra -empezó-. Y probablemente aprecia los costumbres de allá. ¿Puedo preguntarle si los considera dignos de ser imitados?

-Unos sí, otros no.

-Breve... pero poco claro -observó Kaloméitsev, intentando no darse cuenta de las señas que le hacía Sipiaguin-. Pero hace poco hablaba de la aristocracia... Seguro que tuvo ocasión de estudiar *in loco* aquello que los ingleses llaman *landed gentry*?

-No, no tuve esa oportunidad. Me moví en una esfera totalmente diferente. Pero me hice una idea de esos señores.

¿Y qué? ¿Cree que una *landed gentry* como esa es imposible entre nosotros? ¿O que no la debemos desear?

-En primer lugar, creo que precisamente es imposible. En segundo lugar... no vale la pena desearla.

-¿Y por qué? ¿Y por qué? -exclamó Kaloméitsev.

Esa repetición delicada la destinaba a calmar a Sipiaguin, que estaba muy agitado e inquieto en su silla. -Porque dentro de veinte o treinta años, su *landed gentry,* de todas formas, ya no existirá.

-Pero, por favor, dígame por qué.

-Porque por entonces la tierra tendrá propietarios sin distinción de origen.

-¿Comerciantes?

-Probablemente en su mayor parte comerciantes.

-¿Y cómo pasará eso?

-La compran, la compran.

-¿A la aristocracia?

-A los señores aristócratas.

Kaloméitsev sonrió con condescendencia.

-Recuerde que dijo de las fábricas precisamente lo mismo que dice ahora de la tierra.

-Naturalmente.

-¡Y usted quedará, sin duda, muy satisfecho!

-De ninguna manera. Como ya le dije, el pueblo no ganará nada con el canje.

Kaloméitsev levantó ligeramente una mano.

-¡Qué desvelo por el pueblo, caramba!

-¡Vasili Fedótych! -llamó Sipiaguin con toda la energía-. ¡He aquí su cerveza! *Voyons, Siméon!* -añadió en voz baja.

Pero Kaloméitsev no se calmó.

-Veo -dijo éste de nuevo, dirigiéndose a Solomin-, que no le gustan mucho los comerciantes. Pero ellos salieron del pueblo, ¿verdad?

-Exactamente.

-¡Creía que consideraba magnífico todo lo que fuese del pueblo o que se relacionase con él!

-¡Oh, no! Está totalmente equivocado. Nuestro pueblo puede ser censurado por muchas cosas, aunque no siempre sea culpa suya. Nuestros comerciantes son unos explotadores y utilizan su capital con ese objetivo... Pero, ¿qué hacer? Es la ley del más fuerte... Pero el pueblo...

Comentario [Librodot-120]: Cerveza inglesa.

Comentario [Librodot-121]: Propietarios de tierras que no pertenecen a la aristocracia.

Comentario [Librodot-122]: ¡Entonces, Simeón!

-El pueblo ¿qué? -preguntó Kaloméitsev en falsete. -El pueblo está dormido.

-¿Y a usted le gustaría despertarlo?

-No seria malo.

-¡Aha! ¡Aha! He aquí...

-Por favor, por favor -exclamó Sipiaguin imperativamente. Comprendió que había llegado el momento de poner, por decirlo de alguna manera... fin a la discusión. ¡Y lo hizo! Con un gesto leve de la mano derecha, mientras el codo quedaba sobre la mesa, inició un largo y detallado discurso. Por un lado, elogió a los conservadores, por otro... valoró a los liberales, prefiriendo a éstos y considerándose uno de ellos. Exaltó al pueblo, pero mostró algunas de sus debilidades; expresó su plena confianza en el gobierno... pero se preguntó si todos los funcionarios cumplían sus benevolentes objetivos. Reconoció plenamente la importancia de la literatura, pero declaró que sin el mayor cuidado era inaceptable. Se giró hacia occidente: primero suspiró, después quedó entusiasmado. Y, por fin, propuso un brindis en honor de la trinidad: ¡Religión, Agricultura e Industria!

-¡Bajo el ala del poder! -añadió severamente Kaloméitsev.

-¡Bajo el ala de la autoridad sensata y benévola! -le corrigió Sipiaguin.

El brindis fue bebido en silencio. El espacio vacío llamado Nezhdánov, a la izquierda de Sipiaguin, hizo, es cierto, varios ruidos de desaprobación, pero, no habiendo desviado la atención de nadie, se aquietó de nuevo y, sin ninguna nueva controversia, la cena llegó a una feliz conclusión.

Valentina Mijáilovna, con su sonrisa más agradable, entregó a Solomin una jícara de café. Este la tomó y buscaba ya el sombrero con la vista... cuando, cogiéndole amablemente por el brazo, Sipiaguin le llevó al despacho. Primero le ofreció un excelente puro, después le hizo una proposición para que entrara a trabajar en su fábrica con las condiciones más ventajosas.

-Será señor absoluto, Vasili Fedótych, ¡señor absoluto!

Solomin aceptó el puro, pero rechazó la proposición. Y mantuvo su rechazo, por más que Sipiaguin insistiera.

-¡No diga "no" de entrada, mi querido Vasili Fedótych! ¡Diga, por lo menos, que se lo pensará hasta mañana!

-Pero ¿qué diferencia hay? No puedo aceptar su ofrecimiento.

-¡Piénselo hasta mañana, Vasili Fedótych! No le cuesta mucho, ¿verdad que no?

Solomin dijo que no le costaba nada... y salió del despacho y de nuevo buscó el sombrero. Pero Nezhdánov, que aún no había tenido oportunidad de poder cruzar una sola palabra con él, se acercó y le murmuró apresuradamente:

-Dios mío, ¡no se vaya! ¡Necesitamos hablar! Solomin dejó el sombrero en paz, y Sipiaguin, viendo su indecisión, caminando de un lado a otro, exclamó: -¿No seria mejor que pasara aquí la noche?

-Como quiera -aceptó Solomin.

La mirada agradecida que le envió Marianna, que estaba de pie junto a la ventana, le dejó pensativo.

XXV

HASTA SU llegada, Marianna había imaginado a Solomin muy diferente. A primera vista le pareció indefinido, incaracterístico... ¡Decididamente, ya había visto muchos de aquellos hombres rubios, delgados y robustos! Pero cuanto más le observaba, cuanto más le escuchaba, más aumentaba su sentimiento de confianza en él. Aquel hombre tranquilo, aunque no torpe, era incapaz de mentir o de fanfarronear y cualquier persona podía apoyarse en él como en una pared de piedra... El no traicionaría, sino que comprendería y ayudaría. Marianna tuvo incluso la sensación de que Solomin despertaba la misma sensación en todos

los presentes. Lo que decía no tenía gran sentido para ella (poco le interesaban comerciantes y fábricas), pero su manera de mirar y sonreír... le agradaban sobremanera...

Un hombre honesto... ¡eso era lo principal! Fue eso lo que más le llegó de él. Aunque no sea un hecho bien conocido, los rusos son los mayores mentirosos en toda la faz de la tierra. Pero no hay nada que respeten tanto como la verdad, no hay nada con que simpaticen más. Así, a los ojos de Marianna, Solomin surgió rodeado de un halo especial, como al hombre a quien el mismo Vasili Nikoláievich había recomendado a sus seguidores. Durante el almuerzo, Marianna varias veces intercambió con Nezhdánov miradas «sobre él» y, hacia el final, se encontró involuntariamente comparando a los dos, y no precisamente con ventaja para Nezhdánov. El rostro moreno de Nezhdánov era, sin duda, bastante más bello y agradable que el de Solomin, pero expresaba una confusión de las más variadas sensaciones: vejación, entorpecimiento, impaciencia... incluso desánimo. Parecía estar a la que salta, intentaba hablar... pero no lo hacía, reía nerviosamente... Solomin, por lo contrario, daba la impresión de estar un poco aburrido, pero, por otro lado, parecía estar en su casa y no tener nada que ver con lo que pasaba a su alrededor. «Debemos pedir el consejo de este hombre», pensó Marianna. «Seguro que nos dirá algo útil.» Fue *ella* quien envió a Nezhdánov a hablar con él después del almuerzo.

La tarde pasó muy lentamente. Por suerte, el almuerzo terminó tarde y faltaba poco para la noche. Kaloméitsev estaba malhumorado y no habló más.

-¿Qué le pasa? -le preguntó la señora Sipiaguin medio juguetona-. ¿Ha perdido algo?

-Precisamente -respondió Kaloméitsev-. ¿Conoce la historia de aquel oficial de la guardia que perdió un "calcetín"?... «¡Encuéntrenme ese calcetín!», decía él. Y yo digo: «¡Encuéntrenme la palabra *señor!»* La palabra *señor* se perdió... y con ella todo el respeto por la posición!

La señora Sipiaguin informó a Kaloméitsev que no le ayudaría en su búsqueda.

Alentado por el éxito de su "speech" durante el almuerzo, Sipiaguin hizo dos más, en los que exhibió varias reflexiones de estadista sobre medidas indispensables y varios gracejos *-des mots-* no tan divertidos como pesados, que había preparado especialmente para San Petersburgo. Hasta repitió uno de esos gracejos, diciendo anticipadamente:

-Si me permiten la expresión.

Y sobre uno de los ministros dijo que tenía un cerebro perezoso y frívolo y que tenía la costumbre de soñar. Por otro lado, sin olvidar que trataba con un ruso y con un hombre del pueblo, no perdió la oportunidad de intentar mostrar que él mismo era un ruso por los cuatro costados y muy cercano a las raíces de la vida nacional. Así, por ejemplo, a la observación de Kaloméitsev de que la lluvia podía perjudicar la cosecha de centeno, respondió inmediatamente que "Si el centeno es negro -el trigo será blanco"; y utilizó varios proverbios como: "Más vale buen vecino que pariente ni primo", "Gato escaldado del agua fría huye", "Pan y vino andan camino, que no mozo garrido", "Si por San Ígor las hojas de abedul son del tamaño de un real -por la Virgen de Kazán la pasta puede ir al horno". Es cierto que a veces, de golpe, se equivocaba, y decía, por ejemplo, "A caballo diente no le mires el regalado" o "Cuanto más poco a poco más deprisa!" Pero la sociedad en la que estos engaños ocurrían ni siquiera sospechaba que *"notre bon* ruso" se había equivocado y, gracias al príncipe Kovrizhkin, esa sociedad estaba acostumbrada a semejantes proverbios equivocados. Y Sipiaguin los pronunciaba con una voz especial, fuerte, incluso un poco ronca *-d'une voix rustique* [128]. Proverbios como éstos, proferidos en el momento y el lugar adecuado en San Petersburgo, hacían que las damas influyentes exclamaran: *«Comme il connait bien les moeurs de notre* peuple!» *Y* los grandes e influyentes estadistas añadieran: *«¡Les moeurs et les besoins!»*

Valentina Mijáilovna no paró de revolotear alrededor de Solomin, pero su fracaso la desanimó y, al pasar cerca de Kaloméitsev, dijo involuntariamente, en voz baja:

-*Mon dieu, que je suis* fatiguée!

A lo que éste respondió con una reverencia irónica:

-*¡Tu l'as volu, Georges* Dandin!

Por fin, después de la habitual explosión de amabilidades y cumplidos, que se da en

Comentario [Librodot-123]: Discurso.

Comentario [Librodot-124]: Polushka: moneda de un cuarto de copec.

Comentario [Librodot-125]: Nuestro buen.

Comentario [Librodot-126]: «¡Qué bien conoce las costumbres de nuestro pueblo!»

Comentario [Librodot-127]: ¡Las costumbres y las necesidades!

Comentario [Librodot-128]: ¡Dios mío, que cansada estoy!

Comentario [Librodot-129]: ¡Así lo quisiste, Georges Dandin!

Librodot

todos los rostros en el momento en que acaba una reunión aburrida; después de súbitos apretones de manos, sonrisas y gangueos, invitados y anfitriones, mutuamente cansados, se separaron.

Solomin, a quien había correspondido casi la mejor habitación del segundo piso, con accesorios ingleses de toilette y baño, fue al encuentro de Nezhdánov.

Éste empezó por agradecerle calurosamente que hubiese aceptado quedarse.

-Sé... que para usted es un sacrificio...

-¡No piense en ello! -respondió apresuradamente

Solomin-. ¿Qué sacrificio? Además, *a usted* no le podría decir que no.

¿Por qué?

-Porque le aprecio mucho.

Nezhdánov quedó satisfecho y sorprendido, mientras Solomin le apretaba la mano. Después éste se sentó en una silla, encendió un puro y, apoyando los codos contra el respaldo de la silla, preguntó:

-Entonces, ¿qué hay?

¿Pregunta qué hay?... Es que yo quiero huir de aquí.

-O sea, quiere dejar esta casa. Pero nadie se lo impide.

-No quiero dejarla... quiero huir.

-Pero, ¿alguien le detiene? ¿Recibió quizá dinero anticipado? En ese caso, basta que me diga... será un placer...

-No me comprende, mi querido Solomin... Yo dije huir y no dejar, porque no salgo solo.

Solomin levantó la cabeza.

-Entonces ¿con quién?

-Con la muchacha que vio aquí hoy...

-¡Con ella! Tiene una expresión simpática. ¿Y qué? ¿Se quieren?... O... ¿decidieron dejar juntos esta casa sólo porque no les gusta vivir aquí?

-Nos queremos.

-¡Ah! -Solomin quedó callado-. ¿Y ella es pariente de la familia?

-¡Sí! Pero comparte plenamente nuestras convicciones... y está preparada para todo.

Solomin sonrió.

-Y usted, Nezhdánov, ¿está preparado?

Nezhdánov frunció ligeramente la frente.

-¿A qué viene esta pregunta? Cuando llegue el momento, se lo demostraré.

-Yo no dudo de usted, Nezhdánov. Sólo lo pregunté porque, además de usted, no me parece que nadie más esté preparado.

-¿Y Markélov?

-Sí, es cierto, Markélov. Pero ese nació ya preparado.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta deprisa y levemente y la abrió sin esperar respuesta. Era Marianna, que se dirigió en seguida a Solomin.

-Estoy segura -empezó ella-, de que no está sorprendido de verme aquí a esta hora. Él -Marianna señaló a Nezhdánov- ciertamente ya le explicó todo. Déme su mano... y sepa que tiene ante sí a una muchacha honesta.

-No tengo la más mínima duda -dijo Solomin muy serio. Se había levantado de su silla en seguida que Marianna apareció-. Mientras la observaba en la mesa, pensé: ¡qué mirada tan honesta tiene aquella bárishnia! Precisamente Nezhdánov acaba de hablarme de las intenciones que tienen. Pero, exactamente... ¿por qué quiere huir?

-¿Por qué? Porque la causa con la que estoy de acuerdo... no se sorprenda, Nezhdánov no me ocultó nada..., la gran empresa debe empezar dentro de poco... y ¿podría yo quedarme en esta casa, donde todo es mentira y falsedad? Las personas que yo quiero correrán peligro, y yo...

Con un movimiento de la mano, Solomin hizo que se calmara.

-No se alarme. Siéntese y yo me sentaré también. Siéntese usted también, Nezhdánov. Escuchen: si no tienen otra razón para huir, no hay por qué hacerlo ya. Esa gran empresa no

empezará tan pronto como piensa. Es necesario todavía un poco de prudencia. No sirve para nada lanzarse hacia adelante en vano. ¡Créanme!

Marianna se sentó y se envolvió en una gran manta, que se había puesto sobre los hombros.

-¡Pero yo no puedo quedarme aquí más tiempo! Todos me insultan. Hoy mismo Anna Zajárovna, la muy estúpida, me dijo, delante de Kolia y refiriéndose a mi padre, que ¡las manzanas nunca se alejan mucho del manzano! Kolia quedó sorprendido y preguntó qué quería decir eso. ¡Y no hablo ya de Valentina Mijáilovna!

Solomin volvió a calmarla de nuevo, pero esta vez con una sonrisa. Marianna creyó que Solomin se burlaba de ella, pero aquella sonrisa nunca podría ofender a nadie.

-Pero ¿qué es eso, querida bárishnia? Yo no sé quién es esa Anna Zajárovna, ni a qué manzano se refiere... pero recuerde una cosa: una mujer tonta le dice cosas tontas y ¿usted no puede soportarlo? Entonces ¿cómo va a poder vivir? El mundo está lleno de personas estúpidas. No, eso no es razón. ¿No tiene otra?

-Estoy convencido -se interpuso Nezhdánov con voz profunda-, de que mañana el señor Sipiaguin me echará de su casa. Algo deben haberle contado, se dirige a mí de una manera... con el mayor desprecio.

Solomin se volvió hacia Nezhdánov.

-Entonces ¿por qué quiere huir, si él mismo le echa? Nezhdánov no supo qué responder.

-Ya le expliqué -empezó.

-El dijo eso -se metió Marianna-, porque yo le acompaño.

Solomin la miró y movió la cabeza con benevolencia.

-Si es así, querida bárishnia, le digo de nuevo: si quiere dejar esta casa porque cree que la revolución está al llegar...

-Precisamente por eso le pedimos que se quedara -interrumpió Marianna-, para saber exactamente en qué estado están las cosas.

-En ese caso -continuó Solomin-, repito: aún puede quedarse sentada en casa bastante tiempo. Pero si quieren huir porque se aman y no pueden unirse de otro modo, en ese caso...

¿En ese caso?

-En ese caso sólo me queda desearles que sean felices. Y si es necesario y posible, ofrecerles toda mi ayuda. Porque, querida bárishnia, ambos me han gustado mucho a primera vista, como si fueran hermanos míos.

Marianna y Nezhdánov se acercaron por ambos lados y cada uno le cogió una mano.

-¡Díganos sólo lo que tenemos que hacer! -imploró Marianna-. Aunque la revolución esté lejos... hay que hacer un trabajo preparatorio difícil, que en esta casa, en este ambiente, no es posible... Guíenos, díganos adónde debemos ir... ¡Envíenos a donde quiera! ¿Hará eso por nosotros?

-¿Hacia dónde?

-Hacia el pueblo... ¿Hacia dónde podremos ir si no hacia el pueblo?

«Hacia el bosque», pensó Nezhdánov recordando las palabras de Paklin.

Solomin miró fijamente a Marianna.

¿Quiere conocer el pueblo?

-Sí. O sea... no queremos sólo conocer el pueblo, sino trabajar... sufrir por él.

-Muy bien, le prometo que lo conocerá. Voy a darle la posibilidad de trabajar... y sufrir por él. Y usted, ¿Nezhdánov, está preparado para ir... con ella... y con el pueblo?

-¡Claro que sí! -dijo él apresuradamente. «Jaggernaut», recordó la otra palabra de Paklin. «Aquí viene el enorme carro... y yo escucho el girar de sus ruedas.»

-Muy bien -repitió Solomin, pensativo-. Pero ¿cuándo pretenden huir?

-Si es posible, mañana exclamó Marianna.

-Muy bien. Pero, ¿adónde irán?

-Sst... sst... -susurró Nezhdánov-. Alguien va por el pasillo.

Todos callaron.

Librodot

-¿Adónde quieren ir? -preguntó de nuevo Solomin, bajando la voz.

-No lo sabemos -respondió Marianna.

Solomin miró a Nezhdánov. Pero éste sólo giró la cabeza en señal de negación.

Solomin alargó la mano y cogió cuidadosamente la vela.

-En ese caso, hijos míos -dijo por fin-, vengan junto a mí, a la fábrica. No es un ambiente muy acogedor... pero no es peligroso. Yo les ocultaré. Tengo un pequeño apartamento libre. Nadie les encontrará. Es suficiente que consigan llegar hasta allí... y no les entregaremos. Piensen que en una fábrica hay mucha gente. Y esto es una ventaja. Donde hay gente es más fácil pasar inadvertido. ¿Vendrán?

-Sólo nos queda agradecer -exclamó Nezhdánov. Pero Marianna, a quien la idea de la fábrica en un principio había dejado perpleja, añadió vivamente:

-¡Claro! Pero no nos va a dejar mucho tiempo allá, ¿verdad? ¿A dónde nos enviará?

-Eso dependerá de ustedes... En el caso de que quieran casarse, también se puede arreglar eso en la fábrica. Tengo un vecino cerca, un primo llamado Zósimo, que es cura y es muy simpático. Les casará con el mayor placer.

Marianna sonrió, mientras Nezhdánov una vez más apretó la mano de Solomin, esta vez un poco asustado:

-Y el amo, el propietario de la fábrica, ¿no se enfadará? ¿No le causará problemas?

Solomin miró de lado hacia Nezhdánov.

-No se preocupe por mí. Es simplemente innecesario. Mientras las cosas vayan bien en la fábrica, mi amo no se preocupa. Y usted y su amada bárishnia no tienen nada que temer de él. Ni de los obreros. Díganme sólo a qué hora les debo esperar.

Nezhdánov y Marianna se miraron.

-Pasado mañana, temprano, o al día siguiente -dijo finalmente Nezhdánov-. No podemos esperar más tiempo. Esto en el caso de que no me echen mañana.

-Bien... -dijo Solomin levantándose de su silla-. Les esperaré cada mañana. No saldré durante toda la semana. Tomaré todas las precauciones.

Marianna se acercó a él, camino de la puerta.

-Adiós, mi querido y bondadoso Vasili Fedótych... es este su nombre, ¿verdad?

-Exactamente.

-Adiós... o mejor, ¡hasta la vista! Y gracias, ¡muchas gracias!

-Adiós... ¡Buenas noches!

-¡Adiós, Nezhdánov! Hasta mañana... -añadió ella. Y salió.

Los dos jóvenes quedaron algún tiempo inmóviles y callados.

-Nezhdánov... -empezó finalmente Solomin, y se calló-. Nezhdánov... -empezó de nuevo-, hábleme de esta chica... dígame todo lo que pueda. ¿Qué vida fue la suya hasta hoy?... ¿Quién es ella?... ¿Por qué se encuentra aquí?

En pocas palabras, Nezhdánov le contó lo que sabía.

-Nezhdánov... dijo él por fin-. Tiene que tener mucho cuidado con esta chica. Porque... si... alguna cosa le pasara... la culpa seria suya. Adiós.

Salió. Nezhdánov se quedó largo rato de pie en el centro de la habitación, murmurando:

-¡Dios mío! ¡Es mejor no pensar!

Se echó de bruces en la cama.

Cuando Marianna volvió a su habitación, encontró en la mesa una pequeña nota con el siguiente contenido: «Usted me da lástima. Se está arruinando. Ha perdido la razón. ¿En qué abismos se está lanzando con los ojos cerrados? ¿Por quién y para quién? V.»

En la habitación había un olor fresco y particularmente delicado: evidentemente, Valentina Mijáilovna acababa de salir. Marianna cogió la pluma y escribió más abajo: «Que no le dé lástima. Dios sabe cuál de las dos necesita más piedad. Yo sólo sé que no quisiera estar en su lugar. M.» Dejó la nota sobre la mesa. No dudaba de que su respuesta llegaría a manos de Valentina Mijáilovna.

A la mañana siguiente, después de verse una vez más con Nezhdánov y de haber

Librodot

declinado definitivamente el cargo de administrador en la fábrica de Sipiaguin, Solomin volvió a casa. Durante todo el camino estuvo meditando, cosa que en él pasaba raramente: el movimiento del carruaje normalmente le sumergía en una leve somnolencia. Pensó en Marianna y también en Nezhdánov; le pareció que si *él* estuviera enamorado, él, Solomin, tendría otro aire, hablaría y miraría de otro modo. «Pero», pensó, «eso nunca me sucedió, y por eso no sé cuál sería mi aire.» Recordó a una muchacha irlandesa que había visto una vez en una tienda, detrás del mostrador; recordó su maravilloso cabello casi negro, sus ojos azules y pestañas gruesas, y cómo ella le había observado, ansiosa y triste, y cómo él esperó después mucho tiempo delante del escaparate y cómo había estado agitado, vacilando si debía o no presentarse. Estaba entonces en Londres, donde había sido enviado con dinero para hacer algunas compras. Solomin por poco no se quedó en Londres, por poco no devolvió el dinero al dueño, tan fuerte había sido la impresión producida en él por la bella Polly... Sabía su nombre porque una de las otras dependientas la había llamado. De todas maneras, se dominó y volvió a su amo. Polly era más bella que Marianna, pero ésta tenía el mismo aire ansioso y triste... y era rusa...

-Pero ¿qué es esto? -se preguntó Solomin en voz baja-. ¿Me preocupo por las novias de los demás?

Y sacudió el cuello del abrigo como desearía sacudir todos los pensamientos superfluos. En ese momento entró en la fábrica y avistó a su fiel Pável en el umbral de su pequeño hogar.

XXVI

EL rechazo de Solomin ofendió a Sipiaguin. Hasta tal punto, que descubrió de repente que aquel Stevenson nativo no era al fin y al cabo un ingeniero tan notable como había pensado y que, aunque no fuera un auténtico fatuo, había estado dándose aires, como plebeyo que era. «Todos estos rusos, cuando se convencen de que saben algo, no hay quien los aguante. *Au* fond, Kaloméitsev tiene razón.» Bajo la influencia de sensaciones tan hostiles e irritables, el estadista *-en* herbe- se volvió aún más antipático y distante en sus encuentros con Nezhdánov. Dijo a Kolia que ese día no necesitaba clases, que tenía que acostumbrarse a ser independiente... De todos modos, no despidió al profesor, como éste esperaba: Siguió ignorándole. Pero

Comentario [Librodot-130]: En el fondo.

Comentario [Librodot-131]: Prometedor.

Valentina Mijáilovna no ignoró a Marianna. Una terrible escena tuvo lugar entre ambas.

Cerca de dos horas antes de la cena, se encontraron de repente solas en la sala de visitas. Ambas sintieron que había llegado el momento inevitable de la confrontación y, después de un instante de vacilación, se acercaron instintivamente. Valentina Mijáilovna sonreía levemente; Marianna apretaba los labios; ambas estaban pálidas. Cuando cruzaba la sala, Valentina Mijáilovna miró hacia la izquierda y hacia la derecha y arrancó la hoja de un geranio... Los ojos de Marianna estaban fijos directamente en la cara sonriente que se acercaba.

La señora Sipiaguin fue la primera que se detuvo y, tamborileando con la punta de los dedos en el respaldo de una silla, dijo en un tono casual:

-Marianna Vikéntievna, parece que empezamos a correspondernos... Viviendo bajo el mismo techo, se trata de algo muy extraño. Y sabe, no me gustan mucho las cosas extrañas.

-No fui yo quien empezó esa correspondencia, Valentina Mijáilovna.

-Sí... Tiene razón. Esta vez la culpable soy yo. Pero no encontré otro modo de hacerle despertar el sentido... como se lo diga... el sentido...

-Hable abiertamente, Valentina Mijáilovna, no dude, no tema ofenderme.

-El sentido... de las conveniencias.

Valentina Mijáilovna se calló; sólo se oía en la sala el leve tamborileo de sus dedos en

la silla.

-Y ¿de qué manera cree que yo no seguí las reglas de las conveniencias? -preguntó Marianna.

Valentina Mijáilovna se encogió de hombros.

-*Ma chére, vous n'étes plus un enfant...* y sabe muy bien lo que quiero decir. ¿Se imagina que su conducta podría ser secreto para mí, para Anna Zajárovna, para toda la casa? Sin embargo, debo reconocer que no se preocupó mucho por esconderla. Hizo simplemente una bravata. Quizá sólo Borís Andreích no se dio cuenta de nada... Pero él está ocupado con otros asuntos más interesantes e importantes. Excepto él, todo el mundo conoce su comportamiento, ¡todo el mundo!

Comentario [Librodot-132]: Usted ya no es una niña, querida.

Marianna empalidecía cada vez más.

-Debo pedirle, Valentina Mijáilovna, que se exprese de una manera más concreta. ¿De qué está insatisfecha?

«L'insolente!», pensó la señora Sipiaguin. Pero se contuvo.

Comentario [Librodot-133]: ¡La insolente!

-¿Quiere saber de qué estoy insatisfecha, Marianna? Entonces le digo que me desagradan sus encuentros con un muchacho que le es muy inferior por nacimiento, educación y posición social. Me desagrada... ¡no! ¡La palabra no es suficientemente fuerte! Estoy disgustada por sus visitas... nocturnas a ese muchacho. ¿Y dónde ocurre esto? ¡Bajo mi propio techo! ¿O considera eso muy natural y que yo debería callarme y de ese modo proteger su frivolidad? Como una mujer honrada... *Oui, mademoiselle, je l'ai été, je le suis et je le serai toujours!...,* ¡no puedo dejar de sentirme indignada!

Comentario [Librodot-134]: Sí, señorita, lo fui, lo soy y lo seré siempre!

Valentina Mijáilovna se echó sobre un sillón, como dominada pesadamente por su indignación.

Marianna sonrió por primera vez.

-Yo no dudo de su honra pasada, presente y futura ¡ -empezó ella-, y le digo esto con verdadera sinceridad. Pero no tiene razón para sentirse indignada. Yo no traje ninguna vergüenza bajo su techo. El muchacho a quien se refirió... sí, yo, realmente... le amo...

-¿Ama *a Msié* Nezhdánov?

-Sí, le quiero.

Valentina Mijáilovna se enderezó en la silla.

-Pero recuerde, Marianna, que él es todavía un estudiante, sin nacimiento, sin familia y ¡más joven que usted! -estas últimas palabras fueron pronunciadas con cierto placer-. ¿Qué podrá salir de eso? ¿Y qué encuentra en él? Es sólo un muchacho de cabeza vacía.

-No siempre pensó eso de él, Valentina Mijáilovna.

-¡Oh, Dios mío! Mi querida, no me meta en esas cosas... *Pas tant d'ésprit que pa, je vous prie.* Se trata de su futuro. Piense bien qué partido es éste.

Comentario [Librodot-135]: ¡No vaya demasiado lejos, le pido!

-Le confieso, Valentina Mijáilovna, que nunca pensé en partidos.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué debo pensar? Supongamos que sigue a su corazón... ¡eso tendrá que terminar en una boda!

-No lo sé... no pensé en eso.

-¿No pensó en eso? ¡Debe de estar loca!

Marianna se volvió un poco.

-Acabe con esta conversación, Valentina Mijáilovna. No nos llevará a ninguna parte. Nunca nos podremos entender.

Valentina Mijáilovna se levantó impetuosamente.

-¡No puedo y no debo terminar esta conversación! Es demasiado seria... Soy responsable de usted ante... -a Valentina Mijáilovna le hubiera gustado decir «...¡ante Dios!», pero vaciló y dijo-: ¡...ante todo el mundo! ¡No puedo quedar callada al escuchar esa locura! Y ¿por qué razón no puedo comprenderla? ¡Qué terriblemente orgullosos son todos estos jóvenes de hoy! Por lo contrario... la comprendo incluso muy bien, ¡comprendo que está infectada con esas nuevas ideas, que la llevarán a la ruina! Pero entonces ya será tarde.

-¡Quizá! Pero, créame, ¡aunque nos arruinemos, no extenderemos un solo dedo para que nos salve! Valentina Mijáilovna dio una palmada.

-Otra vez el orgullo, ¡ese terrible orgullo! Pero escuche, Marianna, escuche -exclamó cambiando súbitamente de tono. Quería acercarse a Marianna, pero ésta retrocedió-. *Écoutez-moi, je vous en conjure!* A fin de cuentas, yo no soy tan vieja ni tan estúpida como para que no sea posible comprendernos. *Je ne suis pas une encroutée.* Cuando era joven incluso me consideraban republicana... no menos que usted. Oiga: no voy a fingir que tuve algunos sentimientos maternales hacia usted y no está de acuerdo con su carácter quejarse de eso. Pero siempre supe, y lo sé hoy, que tengo ciertos deberes en relación a usted... y siempre quise cumplirlos. Quizá el partido que soñé para usted y por el cual tanto Borís Andreích como yo no vacilaríamos en hacer cualquier sacrificio... quizá ese partido no estuviera totalmente de acuerdo con sus ideas... pero en el fondo de mi corazón...

Comentario [Librodot-136]: Escúcheme, le pido!

Comentario [Librodot-137]: No soy una reaccionaria.

Marianna la miró, miró aquellos ojos maravillosos, aquellos labios levemente pintados, aquellas manos blancas, aquellos dedos ligeramente apartados, ornados de anillos, que la elegante dama tan enérgicamente apretaba contra el corpiño de su vestido de seda... y, de golpe, la interrumpió:

-¿Habló de un partido, Valentina Mijáilovna? ¿Llama "partido" a aquel su amigo vulgar e inhumano, el señor Kaloméitsev?

-Sí, Marianna Vikéntievna, hablo del señor Kaloméitsev... de ése joven culto y excelente, que sin duda hará feliz a su esposa y que ¡sólo una loca podría rechazar. ¡Una loca!

-¡Qué hacer, *ma* tante! Es una lástima, pero ¡soy una loca!

Comentario [Librodot-138]: Tía.

-¿Tienes alguna objeción seria contra él?

-Oh, absolutamente nada. Sólo le desprecio. Valentina Mijáilovna movió la cabeza con impaciencia y de nuevo se dejó caer en la silla.

-Dejemos eso. *Retournons á nos moutons*. Entonces, ¿amas al señor Nezhdánov?

Comentario [Librodot-139]: Volvamos a lo nuestro.

-Sí.

-¿Y pretendes continuar... encontrándote con él? -Sí, lo pretendo.

-No... y si te lo prohibo.

-No la escucharé.

Valentina Mijáilovna saltó de la silla.

-Ah, ¿no me escuchará? Y esto me lo dice una muchacha que sólo conoció bondad por mi parte, que yo crié en mi casa, esto me lo dice... esto me lo dice...

-La hija de un padre deshonrado -dijo Marianna severamente-. Siga, ¡no hay necesidad de cumplidos!

-*Ce n'est pas moi qui vous le fait dire, mademoiselle*! Pero, de todos modos, ¡eso no es para enorgullecerse! Una chica que come de mi pan...

Comentario [Librodot-140]: ¡No soy yo quien la hace decir eso, señorita!

-¡No me eche en cara su pan, Valentina Mijáilovna! Le saldría más caro tener una aya francesa para Kolia... ¡Soy yo quien le da clases de francés!

Valentina Mijáilovna levantó la mano, cogiendo un pequeño pañuelo de cambray perfumado con un gran monograma bordado en una esquina y quiso decir algo. Pero Marianna siguió exaltada:

-Tendría razón, mil veces razón, si al lado de los pequeños beneficios y sacrificios, estuviese en posición de decir: «esa chica que yo quise...», pero ¡usted es demasiado honesta para decir algo así! -Marianna temblaba como si tuviera fiebre-. Siempre me odió. Ahora mismo, en lo íntimo de su corazón, al que acaba de referirse, está contenta... sí, contenta, porque yo justifico sus previsiones constantes, al cubrirme de escándalo y vergüenza... y sólo está molesta porque parte de esta vergüenza caerá en su *honrada,* aristocrática casa.

-Me insulta -murmuró Valentina Mijáilovna-, ¡haga el favor de dejar esta sala!

Pero Marianna ya no podía contenerse.

-Su casa, dijo, toda su casa, y Anna Zajárovna y todos, conocen mi conducta. Y todos están horrorizados e indignados... Pero yo ¿le pido alguna cosa, a usted o a toda esa gente? ¿Doy alguna importancia a su opinión? ¿Cree que su pan no me fue amargo? ¿Qué pobreza no es preferible a esta riqueza? Hay un gran abismo entre mí y su casa, un abismo que nunca, nunca podrá ser cruzado. Usted es una mujer inteligente, ¿no lo cree? Y si me odia, si comprende este sentimiento, ¿qué se cree que siento yo por usted? No vale la pena entrar en

Librodot

detalles innecesarios, ya que es un sentimiento bastante claro.

-*Sortez, sortez, vous dis-je...* -repitió Valentina Mijáilovna golpeando el suelo con su bello y pequeño pie.

Comentario [Librodot-141]: Salga, salga, le digo...

Marianna dio algunos pasos hacia la puerta.

-Voy a librarla de mi presencia. Pero ¿sabe una cosa, Valentina Mijáilovna? Dicen que ni Raquel en el *Bajazet* de Racine consiguió decir bien ese: *Sortez*» *y* usted le es muy inferior. Y una cosa más: ¿No dijo hace poco... *Je suis une honnéte femme. je l'ai été et je le serai toujours?* Pues ¡yo estoy segura de que soy mucho más honesta que usted! ¡Adiós!

Comentario [Librodot-142]: ¡Salga!

Marianna salió rápidamente y Valentina Mijáilovna saltó de la silla. Quería gritar, llorar... Pero no sabía por qué tenía que gritar y las lágrimas no le venían.

Se limitó a abanicarse con el pañuelo, pero su olor fuerte le afectó aún más los nervios... Se sentía infeliz, ultrajada... Reconocía cierta verdad en lo que acababa de oír. Pero ¿cómo podía alguien ser tan injusto con ella? «Seré yo tan mala?», pensó. Y se miró en un espejo que había entre dos ventanas. El espejo reflejó un rostro encantador, un poco excitado, con un rubor que venía y desaparecía, pero a pesar de todo un rostro fascinante, unos ojos maravillosos, tiernos, aterciopelados... «¿Yo? mala?», pensó de nuevo. «¿Con estos ojos?»

Pero en este momento entró el marido, y ella de nuevo se cubrió el rostro con el pañuelo.

-¿Qué te ocurre? -preguntó él ansiosamente-. ¿Qué tienes, Valia? Se había inventado este diminutivo que, sin embargo, sólo usaba cuando estaban verdaderamente solos, *téte-á-téte,* particularmente en la provincia.

Primero no quería contestar, aseguró que no tenía nada... pero acabó por volverse en la silla, de una manera muy seductora, pasándole los brazos por los hombros (él estaba de pie, inclinado sobre ella), ocultándole el rostro en el chaleco... y le contó todo. Sin ninguna hipocresía o pensamiento interesado, intentó excusar a Marianna atribuyéndolo todo a su juventud, al temperamento arrebatado y a los defectos de su primera educación. Y también sin pensamientos reservados, intentó excusarse. «¡Con una hija mía esto no habría pasado! ¡La habría vigilado de otra manera!» Sipiaguin la escuchó hasta el final con indulgencia, con compasión, pero severamente. Continuó en la misma posición mientras ella no le quitó los brazos de los hombros y no movió la cabeza; la llamó ángel, la besó en la frente, declaró que ahora sabía el camino que tenía que seguir como jefe de la casa, y salió, como sale un hombre enérgico, consciente de tener que cumplir un deber desagradable pero indispensable...

A las ocho, después de la cena, sentado en su habitación, Nezhdánov escribía a su amigo Silin.

«Amigo Vladimir, te escribo en un momento decisivo de mi existencia. Fui despedido de esta casa y me marcho. Pero eso aún no es nada... No me voy sólo. Me acompaña aquella muchacha de quien te escribí. Todo nos une: la similitud de nuestro destino, la soledad, las convicciones, las aspiraciones y, por último, el sentimiento mutuo. Nos queremos pero, de cualquier manera, estoy convencido de que no podría experimentar el sentimiento del amor de otra forma diferente de la que me surge ahora. Mentiría, sin embargo, si te dijera que no siento terribles dudas en el corazón y un recelo misterioso... Todo ante nuestro es oscuridad. No necesito explicarte lo que vamos a hacer y lo que realmente hemos escogido. Yo y Marianna no vamos tras la felicidad, no queremos diversiones. Vamos a entrar en la lucha juntos, uno al lado del otro, apoyándonos mutuamente. Nuestro objetivo está claro para nosotros; pero no sabemos qué caminos se dirigen allí. ¿Encontraremos si no simpatía y ayuda, por lo menos la posibilidad de trabajo? Marianna es una magnífica y honrada muchacha. Si nuestro destino es perecer, yo no quiero censurarme por haberla arrastrado, porque ya no es posible otra vida para ella. ¡Vladimir, Vladimir! Me siento tan desdichado... La duda me agita... no en relación a mis sentimientos hacia ella, sin duda, sino... ¡no lo sé! Y ahora es demasiado tarde para volver atrás. Tiéndenos tus manos desde lejos y deséanos paciencia, fuerza de abnegación y amor. Y tú, pueblo ruso, desconocido por nosotros, pero amado con todo nuestro corazón, no nos recibas con demasiada indiferencia... enséñanos lo

que debemos esperar de ti.

Adiós, Vladimir, adiós!»

Habiendo escrito estas pocas líneas, Nezhdánov se dirigió hacia el pueblo. A la madrugada siguiente, antes del alba, estaba cerca del bosque de abedules, no lejos del jardín de Sipiaguin. Un poco más adelante, detrás de los grandes ramos verdes trenzados de un grupo de nogales, había quedado un pesado carro campesino enganchado a un par de caballos sin riendas. Dentro, bajo el asiento de cuerda, dormía, tumbado en un haz de heno y con la cabeza tapada por una vieja chaqueta zurcida, un pequeño mujik viejo y entrecano. Nezhdánov miraba persistentemente la carretera, los pequeños sauces al fondo del jardín: la noche calma y gris aún dominaba, las minúsculas estrellas centelleaban lejos, perdidas en la vasta expansión del cielo. Hacia oriente, las nubes redondeadas tenían ya un leve tinte del alba. De golpe, Nezhdánov se estremeció y se puso alerta: allí cerca, primero se oyó un estallido, después el ruido del portón. Una pequeña figura femenina, envuelta en un chal, con un paquete de ropa en la mano sin guantes, apareció vagamente desde las sombras hondas de los sauces hacia la carretera polvorienta y, cruzándola oblicuamente, como de puntillas, se dirigió hacia el bosque. Nezhdánov corrió hacia ella.

-¿Marianna? -murmuró.

-¡Soy yo! -se oyó una respuesta suave desde el chal.

-Por aquí, ven -respondió Nezhdánov cogiéndola torpemente por el brazo desnudo que traía el paquete de ropa.

Ella temblaba como si tuviera fiebre. La condujo hacia el carro y despertó al pequeño mujik. Éste saltó inmediatamente, se puso en su asiento, metió los brazos en las mangas de la chaqueta, cogió la cuerda que hacía la función de riendas... Los caballos empezaron a caminar. El los animó cautelosamente con una voz aún ronca del sueño pesado. Nezhdánov colocó a Marianna en el asiento del carro, extendiendo antes su capa, le envolvió los pies en una manta para evitar la humedad del heno, se sentó a su lado y, dirigiéndose al mujik, dijo en voz baja:

-Vamos a donde sabes.

El pequeño mujik tiró de las riendas, los caballos salieron de la mata resoplando con fuerza y temblando y, arrastrando las pequeñas medas, hicieron rodar el carro por la carretera. Nezhdánov pasó un brazo por la cintura de Marianna. Ella levantó el chal con sus dedos fríos y, volviendo el rostro hacia él y sonriendo, murmuró:

-¡Qué bueno es el aire fresco de la mañana, Aliósha!

-Sí -respondió el mujik-, ¡habrá mucho rocío!

El rocío era ya tan fuerte que los ejes de las medas del carro, cogiendo la hierba alta al borde de la carretera, esparcían un auténtico aguacero de pequeñas gotas y la hierba verde parecía plateada.

Marianna se estremeció de nuevo con el frío.

-Hace fresco, hace frío -repitió ella alegremente-. Pero soy libre, Aliosha, ¡soy libre!

XXVII

SOLOMIN corrió al portón de la fábrica en cuanto le dijeron que un caballero con una señora habían llegado en un carro y le buscaban. Sin saludarles, inclinando sólo la cabeza varias veces, dijo al campesino que entrara en el patio y se detuviera delante de la casa. Después ayudó a Marianna a bajar. Nezhdánov saltó inmediatamente después. Solomin les condujo por un pasillo largo y oscuro, por una escalera estrecha y arqueada en la parte de atrás de la casa, hasta el segundo piso. Allá, abrió una puerta por la que entraron en una pequeña habitación bastante arreglada, con dos ventanas.

Librodot

-¡Bienvenidos! -exclamó Solomin con su sonrisa de siempre, que esta vez parecía aún más ancha y luminosa de lo habitual-. Este és vuestro alojamiento. *Éste...* y el otro de al lado. Muy sencillo, pero se puede vivir. Y nadie os espiará. Aquí, bajo las ventanas, hay lo que mi amo llama el jardín y que para mí es el patio de la cocina. Llega hasta casi la pared y hay una cerca a la derecha y otra a la izquierda. Un lugar tranquilo. Bien, ¿cómo está, querida bárishnia? Y usted, Nezhdánov, ¿cómo está?

Les apretó las manos. Ellos estaban inmóviles, sin quitarse las chaquetas, y con una emoción silenciosa, medio asustada, medio alegre, y mirando hacia adelante.

-¿Entonces? -empezó Solomin- ¿No se ponen cómodos? ¿Tienen mucho equipaje?

Marianna mostró su paquete, que aún tenía en la mano.

-Yo tengo sólo esto.

-Yo tengo una cartera y un saco de viaje, que quedaron en el carro. Voy por ellos...

-No se moleste, no se moleste -Solomin abrió la puerta-. ¡Pável! -gritó hacia la escalera oscura-. Corre, hermano... y trae las cosas que están en el carro.

-¡En seguida! -se oyó la voz del omnipresente Pável.

Solomin se volvió hacia Marianna, que se había quitado el chal y desabrochaba la capa.

-¿Y fue todo bien? -preguntó.

-Sí... nadie nos vio. Yo dejé una carta para la señora Sipiaguin. Pero, Vasili Fedótych, yo no he traído ningún vestido, ni ropa blanca, porque supongo que nos enviará... -por una razón cualquiera, Marianna no se decidía a decir: hacia el pueblo-. Pero da igual: no me harán ninguna falta. Y aún tengo dinero para comprar lo que sea necesario.

-Trataremos de eso más tarde... pero ahora -dijo Solomin señalando a Pável, que llegaba con las cosas de Nezhdánov-, les recomiendo a mi mejor amigo aquí: pueden contar totalmente con él... como si se tratara de mi mismo. ¿Hablaste a Tatiana del samovar? -añadió en voz baja.

-Casi está -respondió Pável-. Incluida la crema.

-Tatiana es su mujer -continuó Solomin-, y de tanta confianza como el marido. Mientras... bien, mientras no se acostumbre, bárishnia... ella la cuidará.

Marianna dejó la capa encima de un sofá forrado de cuero, que estaba en un rincón.

-Llámame Marianna, Vasili Fedótych. ¡No quiero ser bárishnia! Y tampoco necesito criadas... No he dejado aquella casa para tener criadas. No mire mi vestido... *allá* no tenía otro tipo de indumentaria. Ahora tengo que cambiar todo esto.

El vestido, de tejido fino, marrón, era muy simple pero a la moda, y había sido confeccionado por un sastre de San Petersburgo y le sentaba a la perfección tanto en la cintura como en los hombros.

-Bien, no una criada, sino una ayudante, a la americana. Sea como sea, seguro que le vendrá bien un poco de té. Aún es temprano y deben estar cansados. Ahora tengo que ir a la fábrica, pero nos veremos más tarde. Si necesitan algo, pídanlo a Pável o a Tatiana.

Marianna le alargó apresuradamente las dos manos. -¿Cómo se lo podremos agradecer, Vasili Fedótych? Le miró emocionada.

Solomin le apretó una mano suavemente.

-Yo le diría que no hay por qué estar agradecida... pero estaría mintiendo. Es mejor decirle que sus agradecimientos me producen el mayor placer. Así, estamos pagados. ¡Adiós! ¡Vamos, Pável!

Marianna y Nezhdánov se quedaron solos.

Ella corrió hacia él y, mirándole con la misma expresión con que había mirado a Solomin, pero aún más feliz, aún más emotiva y satisfecha.

-¡Oh, amigo mío! -exclamó-. Estamos empezando una nueva vida... ¡Finalmente! ¡No puedes imaginar cómo esta pobre habitación, donde pasaremos sólo algunos días, me parece amorosa y querida comparada con aquellos odiosos palacios! Dime, ¿estás contento?

Nezhdánov le cogió las manos y las apretó contra su pecho.

-Soy feliz, Marianna, por empezar esta nueva vida contigo. Serás mi estrella polar, mi apoyo, mi coraje...

-¡Querido Aliosha! Pero ahora tenemos que lavarnos un poco y arreglarnos. Yo voy a mi habitación... y tú quédate aquí. Tardo sólo un minuto...

Marianna entró en la otra habitación, cerró y, un minuto después, entreabriendo la puerta, sacó la cabeza hacia fuera y dijo:

-¡Solomin es encantador! -después cerró de nuevo y se oyó girar la llave.

Nezhdánov fue hasta la ventana, miró hacia el jardín... Un viejo, viejísimo manzano le atrajo particularmente la atención. Se sacudió, se tendió, buscó en el saco... pero no sacó nada de él: quedó pensativo...

Un cuarto de hora después, Marianna regresó con el rostro lavado y brillante, muy alegre y viva, y pocos momentos después entró la mujer de Pável, Tatiana, con el samovar, el servicio de té, pan, crema.

En completo contraste con el aire agitanado del marido, Tatiana era una auténtica rusa, corpulenta, sin sombrero, con largas trenzas torcidas alrededor de un peine de cuerno, con un rostro rudo pero simpático y unos ojos grises, bondadosos. Llevaba un vestido agradable, si bien con el estampado ya descolorido. Tenía las manos claras y bellas, aunque grandes. Hizo una reverencia tranquilamente, los saludó con un acento firme, claro, sin ninguna melodía: «Dios les salve», y empezó a preparar el samovar y las otras cosas para el té.

Marianna se acercó a ella.

-Déjeme ayudarla, Tatiana. Déme aunque sólo sea una servilleta.

-No tiene importancia, bárishnia, estamos acostumbradas. Vasili Fedótych me dijo que hiciera esto. Si desean algo, basta con que lo digan y estaremos encantadas.

-Tatiana, no me llame bárishnia, por favor... Voy vestida como una bárishnia, pero... soy...

La mirada penetrante de Tatiana desconcertó a Marianna, que se calló.

-¿Y qué es entonces? -preguntó Tatiana con su voz firme.

-Si quiere saber... bien, claro que soy una señora por nacimiento, pero quiero liberarme de todo eso... y ser como todas... como todas las mujeres simples.

-¡Ah, entonces es eso! Ahora ya lo sé. Quiere volverse simplificada. Ahora hay mucha gente así.

-¿Cómo dijo, Tatiana? ¿Simplificada?

-Sí... es una palabra que apareció entre nosotros. Ser simplificado significa ser como el pueblo simple. Es una buena cosa enseñar al pueblo, pero es muy difícil. Sí, ¡di-fí-cil! ¡Le deseo suerte!

-¡Simplificada! -repitió Marianna-. ¿Oyes, Aliosha? Ahora estamos simplificados.

Nezhdánov sonrió y repitió también:

-¡Simplificados! ¡Simplificados!

-¿Y es su marido o su hermano? -preguntó Tatiana lavando cuidadosamente los vasos con sus grandes manos habilidosas, mirando a Nezhdánov y Marianna con una sonrisa bondadosa.

-No -respondió Marianna-, ni es mi marido ni mi hermano.

Tatiana levantó la cabeza.

-¿Entonces viven juntos libremente? Eso también pasa ahora a menudo. Antes se daba sobre todo entre inconformistas, pero actualmente incluso entre otra gente. Siempre que haya la bendición de Dios... se puede vivir en paz sin necesidad de los curas. Tenemos algunos así aquí en la fábrica. Y no son de los peores.

-¡Qué bellas palabras utiliza, Tatiana!... "Viven juntos libremente..." Me gusta mucho. Y ahora, Tatiana, quiero pedirle una cosa. Tengo que hacerme o comprar un vestido como el suyo o aún más simple. Y zapatos, y medias, y un pañuelo... todo como usted. Tengo dinero suficiente.

-No hay nada más fácil, bárishnia... Bien, por favor, no se enfade. No le llamaré bárishnia. Pero ¿cómo la debo tratar?

-Por Marianna.

-¿Y cómo se llama su padre?

Librodot

-¿Y para qué quiere saber el nombre de mi padre? Dígame simplemente Marianna. Igual que yo le digo Tatiana.

-Esto no me gusta mucho. Es mejor que me lo diga.

-De acuerdo. Mi padre se llamaba Vikent. ¿Y el suyo? -El mío... Ósip.

-Entonces voy a llamarla Tatiana Ósipovna.

-Y yo Marianna Vikéntievna. Así estará bien.

-¿No quiere tomar un poco de té, Tatiana Ósipovna?

-Por esta vez pase, Marianna Vikéntievna, aunque

Egórych me regañe después.

-¿Quién es Egórych?

-Pável, mi marido.

-Siéntese, Tatiana Ósipovna.

-Está bien, Marianna Vikéntievna.

Tatiana se sentó y empezó a tomar té chupando pequeños terrones de azúcar, girándolos continuamente con los dedos y entortando los ojos hacia el lado que había mordido. Marianna empezó a conversar con ella. Tatiana respondía con mucha habilidad y hacía también preguntas y contaba cosas. Adoraba simplemente a Solomin e incluso el marido venía después de Vasili Fedótych. Pero no se interesaba por la vida de la fábrica.

Comentario [Librodot-143]: En Rusia el té se tomaba sin azúcar, metiéndose en la boca un terrón de azúcar, que se disolvía al beber. Se trataba de un azúcar muy duro, que aún hoy se utiliza. Algunas veces, en las capas más pobres, después de beber su té, una persona pasaba su terrón a otra.

-No es ciudad ni es campo... Si no fuera por Vasili Fedótych no me quedaría aquí ni una hora.

Marianna la escuchaba con mucha atención. Sentado un poco aparte, Nezhdánov la observaba y se admiraba por su interés: para Marianna todo aquello era nuevo, pero a él le parecía que ya había visto centenares de mujeres como Tatiana y que había hablado con ellas centenares de veces.

-Sabe, Tatiana Ósipovna -dijo finalmente Marianna-, usted piensa que nosotros queremos enseñar al pueblo, pero nosotros queremos servirlo.

¿Servirlo? Enséñelo, que es lo mejor que puede hacer. Míreme a mí, por ejemplo. Cuando me casé con Egórych no sabía leer ni escribir, pero ahora, gracias a Vasili Fedótych, ya sé. No fue él quien me enseñó, claro, pero pagó a un viejo para que me enseñara. Y yo todavía soy joven, aunque ya tenga un aspecto maduro.

Marianna quedó callada.

-Yo, Tatiana Ósipovna -empezó de nuevo-, querría aprender un oficio cualquiera... Hablaremos de eso más tarde. Coso mal, pero si aprendiera a cocinar... podría ser cocinera.

Tatiana quedó pensativa.

-Y ¿por qué cocinera? Sólo los ricos y los comerciantes tienen cocineras. Los pobres cocinan ellos mismos. Y en una cantina para obreros... ¡ni pensarlo!

-Pero yo podría vivir en una casa rica y hacer amistad con los pobres. ¿Cómo podré conocerlos si no es así? No siempre tendré la oportunidad que tengo con usted.

Tatiana giró la taza vacía en el platillo.

-Eso es difícil dijo, por fin, con un suspiro-, y no está tan a nuestro alcance resolverlo. Le digo lo que sé, pero no soy muy inteligente. Debe hablar con Egórych. El, sí, lo es. Lee muchos libros y puede decirle todo de pe a pa -aquí miró a Marianna, que enrollaba un cigarillo-. Y una cosa aún, Marianna Vikéntievna: perdóneme, pero si quiere simplificarse... tiene que dejarse de eso -señaló el cigarillo-. Si quiere ser cocinera, eso no sirve: todos sabrían en seguida que es una bárishnia. Sí.

Marianna echó el cigarillo por la ventana.

-Dejo de fumar... es fácil. Si las mujeres del pueblo no fuman, yo dejo de fumar.

-Es cierto, Marianna Vikéntievna. Nuestros hombres, sí, fuman, pero las mujeres no. ¡Es así! Y mire, aquí viene Vasili Fedótych. Son sus pasos. Puede preguntarle. El puede decirle la mejor manera de hacer las cosas.

En seguida se oyó en la puerta la voz de Solomin: ¿Se puede?

-¡Entre, entre! -gritó Marianna.

-Una costumbre inglesa que me quedó -dijo Solomin al entrar-. Entonces, ¿cómo se

siente? ¿No está triste? Veo que toman té con Tatiana. Deben escucharla, que es una persona sensata... mi amo viene hoy... ¡muy poco oportuno! Y se quedará para la cena. ¡Qué remedio! Es el dueño.

-¿Qué tipo de hombre es él? -preguntó Nezhdánov, saliendo de su rincón.

-No es malo... Conoce su oficio. Es de la nueva generación. Muy delicado... y lleva puños de encaje, pero a sus ojos nada se escapa, como a los de la vieja generación. Sería capaz de arrancar la piel a alguien, diciendo al mismo tiempo: "¡Vuélvase un poco de lado, por favor... aquí hay aún un trozo de piel pegado... hay que limpiarlo!" Conmigo es muy amable, porque me necesita. Yo he venido sólo a decirles que hoy quizá no pueda verles de nuevo. Les traerán aquí la cena. Y no vayan al patio. ¿Qué le parece, Marianna? ¿Sipiaguin la buscará? ¿Ordenará que la busquen?

-Creo que no -respondió Marianna.

-Y yo estoy seguro de que sí -dijo Nezhdánov.

-Bien, es igual -continuó Solomin-, hay que tener cuidado durante los primeros días. Después, llegará la calma.

-Sólo una cosa -observó Nezhdánov-. Markélov tiene que saber de mi paradero. Deberá ser informado. ¿Por qué?

-Tiene que serlo, por nuestra causa. Él tiene que saber siempre donde me encuentro. He dado mi palabra. Además él es de confianza.

-De acuerdo. Enviaremos a Pável.

-Y mis ropas, ¿estarán listas? -preguntó Nezhdánov.

-¿El traje? Claro... claro. Esta mascarada no sale muy cara. Adiós, descansen. Vamos, Tatiana.

Marianna y Nezhdánov quedaron otra vez solos.

XXVIII

PRIMERO se apretaron de nuevo mutuamente las manos; después Marianna exclamó:

-Espera, voy a ayudarte a arreglar tu habitación -y empezó a deshacerle la cartera y el saco de viaje.

Nezhdánov quiso ayudarla, pero ella explicó que quería hacerlo todo sola: «porque tengo que acostumbrarme al trabajo». Y realmente, ella misma puso la ropa en los clavos que encontró en el armario y los que clavó con el lomo de un cepillo a falta de un martillo. Ordenó después la ropa blanca en una cómoda vieja que se encontraba entre las dos ventanas.

-¿Qué es esto? -preguntó de repente-. ¿Un revólver? ¿Está cargado? ¿Para qué quieres tú esto?

-No está cargado... pero es mejor que me lo des. ¿Preguntas para qué quiero un revólver? En nuestra causa, conviene estar armado.

Ella rió y continuó su trabajo, sacudiendo cada una de las piezas de ropa y golpeándolas con la mano; incluso metió dos pares de botas bajo el sofá; los pocos libros, un mazo de papeles y un pequeño cuaderno con versos, los colocó, triunfalmente, en una mesa triangular que llamó bufete, y a la otra, la redonda, la llamó mesa de comer. Después, cogiendo el cuaderno de versos con las dos manos, lo irguió hasta su rostro, miró a Nezhdánov por encima de él, y dijo, con una sonrisa:

-Leeremos todo esto juntos, cuando tengamos algún tiempo libre. ¿Eh?

-¡Dame ese cuaderno! ¡Voy a quemarlo! -exclamó Nezhdánov-. ¡Es para lo que sirve!

-Si es así, ¿por qué lo trajiste? No, no dejaré que lo quemes. Realmente dicen que los escritores siempre amenazan con quemar sus cosas pero nunca lo hacen. De todos modos, ¡será mejor que yo lo guarde!

Nezhdánov quería protestar, pero Marianna corrió hacia la habitación de al lado con el cuaderno... y volvió sin él.

Se sentó junto a Nezhdánov, pero se levantó en seguida.

-Aún no estuviste... en mi habitación. ¿Quieres verla? No es peor que la tuya. Ven, voy a mostrártela.

Nezhdánov se levantó también y la siguió. La habitación *de ella* era ligeramente más pequeña que su habitación, pero los muebles eran un poco más bonitos y nuevos. Junto a la ventana estaba una maceta de cristal con flores y, en un rincón, una cama de hierro.

-Mira qué amable es Solomin -exclamó Mananna-. Pero no precisamos de tanto lujo: no vamos a tener a menudo una habitación como esta. ¿Sabes lo que he estado pensando? Que sería magnífico si encontráramos un lugar cualquiera para estar los dos y así no tendríamos que separarnos. Será difícil -añadió ella, haciendo una ligera pausa-, pero tenemos que pensar en ello. Pero, sea como fuere, ¿volverás a San Petersburgo?

¿Qué puedo yo hacer en San Petersburgo? ¿Ir a la Universidad? ¿Dar lecciones? Eso no lleva a ninguna parte.

A ver lo que dice Solomin exclamó Marianna-. El decidirá mejor lo que debemos hacer.

Volvieron a la otra habitación y de nuevo se sentaron uno junto al otro. Elogiaron a Solomin, a Tatiana, a Pável, hablaron de los Sipiaguin, de cómo su vida anterior había quedado de golpe tan lejos, como envuelta en niebla; después de nuevo se apretaron las manos, cambiaron miradas de felicidad; en seguida hablaron de la clase en la cual iban a intentar penetrar y cómo habrían de comportarse para que no sospecharan de ellos.

Nezhdánov garantizó que cuanto menos pensaran en eso, cuanto más naturalmente se comportaran, mejor.

-¡Claro! -exclamó Marianna-. Nosotros queremos simplificarnos, como dice Tatiana.

-Yo no pensaba en eso -empezó Nezhdánov-. Quería decir que no debemos constreñirnos...

Marianna, de repente, prorrumpió en risas. -Recordé ahora, Aliosha, que yo dije que habíamos quedado simplificados.

Nezhdánov rió también y repitió:

-Simplificados... -y después quedó pensativo. Y Marianna también.

-¡Aliosha! -exclamó ella.

-¿Qué hay?

-Parece que estamos ambos un poco incómodos. Los recién... *des nouveaux* mariés -explicó ella-, en el primer día de su viaje de bodas deben sentirse así. Son felices... están muy bien... pero siempre un poco incómodos.

Comentario [Librodot-144]: Los recién casados.

Nezhdánov dejó escapar una sonrisa forzada.

-Tú sabes muy bien, Marianna, que nosotros no somos recién... eso.

Marianna se levantó de su lugar y quedó en pie delante de Nezhdánov.

-Aliosha, sabes bien que cuando me lo digas, como un hombre honrado... y yo te creeré porque tú eres precisamente un hombre honrado... cuando me digas que me amas con aquel amor... bien, aquel amor que da derecho a la vida de la otra persona... cuando me digas eso... seré tuya.

Nezhdánov se sonrojó y se volvió un poco.

-Cuando yo te diga eso...

-¡Sí! ¿No ves que ahora no me lo dices...? Oh, sí, Aliosha, tú eres un verdadero hombre honrado. Bien, hablemos de cosas más serias.

-¡Pero yo te amo, Marianna!

-No lo dudo... y esperaré. Pero espera, aún no acabamos de arreglar tu bufete. Aquí hay algo envuelto, algo duro.

Nezhdánov saltó de la silla.

-Espera, Marianna... eso... por favor, no lo toques.

Marianna se volvió hacia él por encima del hombro y levantó, sorprendida, las cejas.

-¿Un misterio? ¿Un secreto? ¿Tienes un secreto?

-Sí... sí -murmuró Nezhdánov. Y añadió a guisa de explicación-: Eso' es... un retrato.

Aquella palabra se le escapó involuntariamente. En el paquete que Marianna tenía en las

manos estaba realmente su propio retrato, el que Markélov había dado a Nezhdánov.

¿Un retrato? -dijo ella, arrastrando la voz-. ¿De una mujer?

Ella le dio el paquete, pero él lo recibió tan torpemente que se le deslizó en la mano y se abrió.

-¡Ah... pero es mi retrato! -exclamó Marianna vivamente-. Bien, supongo que puedo ver mi retrato. Y se lo quitó.

-¿Lo hiciste tú?

-No... no lo hice yo.

-Entonces, ¿quién? ¿Markélov?

-Acertaste. Fue él...

¿Y cómo vino a parar a ti?

-Me lo regaló.

¿Cuándo?

Nezhdánov le contó cuándo y cómo. Mientras hablaba, Marianna miraba de él hacia el retrato, y por el pensamiento de ambos pasó la misma idea: «Si él estuviera aquí, *él* tendría el derecho de exigir...» Pero ni Marianna ni Nezhdánov expresaron en alto aquel pensamiento... quizá ambos tuvieran conciencia de que estaban pensando lo mismo.

Marianna envolvió de nuevo silenciosamente el retrato y lo dejó sobre la mesa.

-Es un buen hombre -murmuró ella-. ¿Dónde estará?

-En su casa, seguro. Mañana o pasado mañana tengo que ir allá a recoger unos libros y panfletos. Quería dármelos, pero evidentemente los olvidé al marchar.

Y tú, Aliosha, ¿crees que, cuando te dio este retrato, él desistió de todo... definitivamente de todo? -Creo que sí.

-¿Esperas encontrarle en casa?

-Claro.

-¡Ah! -Marianna bajó los ojos y dejó caer las manos-. Aquí está Tatiana con nuestra cena -exclamó, de repente-. Muy amable.

Tatiana apareció con los cubiertos, las servilletas, los platos. Mientras ponía la mesa, explicaba cosas de la fábrica.

-El dueño llegó de Moscú en el tren... y empezó a correr por todos los pisos como un loco. Claro que no entiende nada de nada, pero lo hace para que se vea, para dar ejemplo. Y Vasili Fedótych le trata como si fuera un niño. El dueño quería contrariarlo en algo, pero Vasili Fedótych le hizo callar. «Dejo todo esto inmediatamente», dijo él. Y el amo empezó en seguida a hablar bajo. Ahora están almorzando juntos. El dueño trajo un compañero... Ese sólo sabe admirar todo lo que ve. Pero debe tener dinero porque está casi siempre callado y sólo sabe mover la cabeza. Y es gordo, ¡gordísimo! ¡Un ricachón moscovita! Razón tiene el refrán que dice que Moscú está a los pies de toda Rusia y que todo se escurre hacia allá.

-¡Cómo lo observa todo! -exclamó Marianna.

-Ah, sí -observó Tatiana-. Aquí está la cena. Que les aproveche. Y yo me siento aquí un rato para verles.

Marianna y Nezhdánov empezaron a comer. Tatiana se sentó cerca de la ventana y reposó la cara en la mano.

-Les miro -dijo Tatiana-, y veo lo jóvenes y delicados que son... ¡Es tan agradable verles que hasta nos hace sufrir! ¡Ah, queridos! Han tomado sobre sí una tarea demasiado pesada! ¡Son personas como ustedes las que la gente del zar está ansiosa por meter en la cárcel!

-Nada de eso, ¡no nos asuste! -observó Nezhdánov-. ¿Conoce el proverbio: «Si llamas al mal, viene a tu encuentro»?

-Lo conozco, sí. Pero el mal está en todas partes y no es necesario llamarlo.

-¿Tiene hijos? -preguntó Marianna para salir por la tangente.

-Sí, un muchacho. Ya empezó a ir a la escuela. Tenía también una hija, pero se fue, el pajarito. Le ocurrió una desgracia: cayó bajo una rueda. Y ¡si por lo menos hubiera muerto en seguida! Pero no... sufrió mucho. Desde entonces, me volví más compasiva. Antes era dura

Librodot

como un árbol.

-Pero ¿no amaba a Pável Egórych?

-Oh, eso es diferente, son cosas de chicas. Y usted... ¿no le quiere?

-Sí.

-¿Mucho?

-Mucho.

¿Sí?

Tatiana miró a Nezhdánov, a Marianna, y no dijo nada más.

Marianna de nuevo cambió de conversación. Explicó a Tatiana que había dejado de fumar; Tatiana la elogió. Después Marianna le habló de nuevo del vestido; le recordó que había prometido enseñarle a cocinar...

-Y otra cosa: ¿no puede conseguirme un poco de lana gruesa, de color marrón? Quiero hacer calceta con un poco de lana gruesa. Quiero hacerme unas medias... simples.

Tatiana respondió que todo se arreglaría y, quitando la mesa, salió de la habitación con su caminar firme y tranquilo.

-Y nosotros, ¿qué haremos? -dijo Marianna, volviéndose hacia Nezhdánov. Y sin dar tiempo a que éste respondiera-: Si quieres, ya que mañana empezaremos en serio, podríamos dedicar esta tarde a la literatura. ¿Quieres que leamos tus versos? ¡Seré un crítico severo!

Nezhdánov tardó mucho tiempo en aceptar... pero finalmente lo hizo, y empezó a leer el cuaderno. Marianna estaba sentada a su lado y miraba su rostro mientras él leía. La muchacha había dicho la verdad: era un crítico severo. Pocos poemas le agradaron: prefería los líricos puros que, como ella decía, no eran didácticos. Nezhdánov no leía bien: no se decidía a declamar... pero tampoco quería emplear un tono demasiado seco. Como resultado, no salía ni plata ni calderilla. Marianna le interrumpió de repente para preguntar si conocía el admirable poema de Dobroliúbov, que empezaba: «La muerte para mí no tiene terror» [y] se lo recitó no muy bien, en un tono algo infantil.

Nezhdánov observó que era un poema demasiado triste y amargo. Y después añadió que él no podría escribir un poema como aquél porque ya sabía que no habría lágrimas sobre su tumba.

-Las habrá, si yo te sobrevivo -observó Marianna lentamente. Y levantando los ojos hacia el techo, preguntó, en un murmullo, como hablando para si misma:

-¿Cómo hizo él aquel retrato? ¿De memoria?

Nezhdánov se volvió hacia ella rápidamente.

-Sí, de memoria.

Marianna se sorprendió cuando oyó su respuesta. Tenía la sensación de que se había hecho aquella pregunta a sí mismo.

-Es sorprendente... -continuó en el mismo tono de voz-. Sin embargo, él no es hábil dibujando. Lo que yo quería decir... -añadió en voz baja-. Sí, sobre el poema de Dobroliúbov. Es necesario escribir versos como Pushkin... o como Dobroliúbov: no son auténtica poesía... pero no son peores que poesía.

-Y versos como los míos -preguntó Nezhdánov-, no debían escribirse de ninguna manera, ¿verdad?

-Versos como los tuyos agradan a los amigos, no por que sean muy buenos sino porque *tú* eres un hombre bueno... y ellos se parecen a tí.

Nezhdánov sonrió.

-Los has enterrado... y a mí con ellos.

Marianna le pegó suavemente en la mano y le riñó cariñosamente... Y en seguida anunció que estaba cansada y que se iba a dormir.

-A propósito -añadió, sacudiendo sus tirabuzones pequeños pero gruesos-, ¿sabes que tengo ciento treinta rublos? ¿Y tú?

-Noventa y ocho.

-Oh, entonces somos ricos... para personas simplificadas. Bien... ¡hasta mañana!

Salió, pero algunos momentos después la puerta se entreabrió y se oyó primero

Librodot

«Adiós!», y después, más bajo, «¡Adiós!». Y la llave giró en la cerradura.

Nezhdánov se hundió en el sofá y se tapó los ojos con las manos. Después se levantó muy deprisa, fue hasta la puerta y llamó.

-¿Qué hay? -se oyó.

-No *hasta* mañana, Marianna... ¡hasta mañana!

-¡Hasta mañana! -respondió la voz suave de la joven.

XXIX

A la mañana siguiente, Nezhdánov llamó de nuevo a la puerta de Marianna.

-Soy yo -respondió él a la pregunta «¿Quién es?»-: ¿Puedes salir?

-Un momento.

Ella salió y soltó una exclamación. En un primer momento, no le reconoció. Llevaba un caftán de nanquín usado, amarillo con pequeños botones y una cintura alta; llevaba el pelo peinado a la rusa -con raya en medio; alrededor del cuello un pañuelo azul; en la mano una gorra con visera partida; en los pies unas botas de cuero sucias.

-¡Dios mío! -exclamó Marianna-. ¡Qué feo estás! -y le abrazó muy deprisa y aún más deprisa le besó-. Pero ¿por qué te vestiste así? Pareces una especie de tendero... o quincallero... o criado jubilado. ¿Para qué es ese caftán? ¿Por qué no vistes una poddiióvka o un armiak campesino?

Comentario [Librodot-145]: Chaqueta masculina con un pecho muy ancho.

Comentario [Librodot-146]: Chaqueta usada por los campesinos rusos del siglo XIX.

-¿Por qué? -empezó Nezhdánov, que parecía realmente una especie de negociante de ganado y él mismo se sentía incómodo y verdaderamente molesto y confuso y, sin saber qué hacer con las manos, se pegaba con los dedos abiertos en el pecho, como si se cepillara-. Pável asegura que con traje de campesino me reconocerían inmediatamente, y dice que con este traje es como... como si nunca hubiese llevado otro. Lo que no es muy lisonjeador para mi amor propio, digo entre paréntesis.

-¿Quieres empezar... en seguida? -preguntó Marianna.

-Sí, voy a intentarlo, aunque... realmente...

Tienes suerte -le interrumpió Marianna.

-Este Pável es un tipo formidable -continuó Nezhdánov-. Lo sabe todo, como si viera lo que pasa dentro de ti, y de repente pone una cara como si no fuera nada con él. Y no se mete en nada. Presta muy buenos servicios, pero se ríe de todo. Me trajo algunos libros de casa de Markélov; le conoce bien y le trata de Serguéi Mijáilovich. Y sería capaz de todo por Solomin.

-Y Tatiana también -observó Marianna-. ¿Por qué le son tan fieles las personas?

Nezhdánov no respondió.

-¿Qué libros te trajo Pável? -preguntó Marianna.

-Lo de costumbre. La «Historia de los cuatro hermanos»... Y además... lo de costumbre, todo conocido. De cualquier manera, los mejores.

Comentario [Librodot-147]: Skazka o chetyrioj brát'iaj". Panfleto político de crítica a la sociedad rusa.

Marianna miró alrededor, preocupada.

-¿Qué habrá sido de Tatiana? Prometió venir temprano...

-Aquí estoy -exclamó Tatiana, entrando en la habitación con un paquete en la mano. Estaba detrás de la puerta y había escuchado la exclamación de Marianna.

-Todavía hay tiempo... ¡vea!

Marianna corrió hacia ella.

-¿Lo trajo?

Tatiana dio una palmada en el paquete.

-Está todo aquí... absolutamente listo. Sólo tiene

que vestirlo... y todo el mundo quedará sorprendido.

-Vamos, vamos, Tatiana Ósipovna, es tan amorosa... Marianna la llevó a su habitación.

Una vez solo, Nezhdánov se paseó de un lado a otro una o dos veces con un paso extraño, bamboleante (imaginaba que los pequeños burgueses caminaban así), olió cuidadosamente las mangas, el interior del gorro, e hizo una mueca; se miró en el pequeño espejo colgado en la pared entre las ventanas, y meneó la cabeza: no tenía un aire muy agradable. «Tanto mejor», pensó. Después cogió algunos panfletos, se los metió en el bolsillo y dijo en voz baja:

-Muy bien... tíos... la fetén... vamos...

«Se parece», pensó de nuevo, «pero no será necesario representar. El traje lo dice todo.» Y recordó a un exiliado alemán que tuvo que cruzar toda Rusia sin saber casi la lengua del país. Pero gracias a un sombrero de mercader que había comprado en una pequeña ciudad de provincia, por todas partes le tomaron por un comerciante y consiguió llegar a la frontera.

En ese momento entró Solomin.

-¡Caramba! -exclamó-. Estás bien equipado. Perdona, hermano: con ese traje nadie te llamará de "usted" respetuosamente.

-Por favor... por favor... quería pedírtelo ya hace tiempo.

-Aún es temprano. Es mejor que te acostumbres antes. Bien, da igual. Pero hay que esperar: el dueño aún no se fue. Está en la cama.

-Saldré más tarde -respondió Nezhdánov-. Iré a explorar la vecindad, hasta que vengan nuevas órdenes.

-¡Magnífico! Pero atención, hermano Alexéi... ¿Puedo llamarle Alexéi?

-Alexéi, sólo. Si quieres, puedes llamarme Liksei -añadió Nezhdánov con una sonrisa.

-No, ¿para qué cambiar? Escucha: un buen consejo vale más que dinero. Veo que tienes panfletos. Puedes distribuirlos a quien quieras... pero ¡no en la fábrica!

-¿Por qué no?

-En primer lugar, porque seria peligroso para ti. En segundo lugar, porque yo prometí al propietario que no haría cosas de esas aquí. Después de todo, la fábrica es suya. En segundo lugar: ya hicimos aquí algunas cosas... una escuela, por ejemplo. Podrías echarlo todo a rodar. Opera por tu cuenta, como sabes... y yo no te interferiré, pero en mi fábrica no.

-La prudencia en el que la tiene, muchos daños y males previene... ¿eh? -observó Nezhdánov con media sonrisa sarcástica.

Solomin sonrió como era habitual en él.

-Exactamente, mi caro Alexéi, prudencia en el que la tiene. Pero, ¿qué veo? ¿Dónde estamos?

Estas últimas palabras se referían a Marianna, que había aparecido en la puerta de su habitación con un vestido estampado que ya había sido lavado muchas veces, con un pañuelo amarillo sobre los hombros y otro rojo en la cabeza. Tatiana venía tras ella y la miraba con su sonrisa benévola. Marianna parecía más fresca y joven en su traje simple, el cual le sentaba mejor que el caftán a Nezhdánov.

-Vasili Fedótych, por favor, no ría -imploró Marianna y se ruborizó como una amapola.

-¡Qué bella pareja! -exclamó Tatiana aplaudiendo-. Tú, querido, no te enfades, pero al lado de mi pequeñuela no vales nada.

«Y está realmente encantadora», pensó Nezhdánov. «¡Oh, cómo la amo!»

-Vea -continuó Tatiana-, quiso que cambiáramos nuestros anillos. Me dio su anillo de oro por el mío de plata.

-Las muchachas simples no llevan sortijas de oro -observó Marianna.

Tatiana suspiró.

-Yo lo guardaré bien, querida, no se preocupe.

-Bien, siéntense, siéntense los dos -empezó Solomin, que durante todo ese tiempo, inclinando la cabeza, había estado mirando a Marianna-. Antes, ¿recuerdan?, las personas se sentaban siempre antes de que empezara un viaje. Y tenéis ante vosotros un camino largo y difícil.

Marianna, aún toda sonrojada, se sentó y a continuación lo hicieron también Nezhdánov y Solomin... y, por fin, Tatiana, ésta sobre un gran tronco de leña que estaba allí cerca.

Solomin los miró a todos sucesivamente.

-Apartémonos para ver

Lo bien sentados que estamos -

murmuró Solomin, frunciendo levemente la frente. Y, de repente, rió, pero con tanta naturalidad que no sólo no ofendió a nadie sino que, por lo contrario, todos lo celebraron.

Pero Nezhdánov se levantó súbitamente.

-Yo voy a salir -dijo-, voy a salir ya. Todo esto es muy bonito pero se parece un poco a un vodevil con guardarropa incluido. No te preocupes -exclamó, volviéndose hacia Solomin-, no me meteré con el personal de tu fábrica. Voy a tantear a la gente de las cercanías y te contaré mis experiencias cuando vuelva, Marianna, si tengo algo para contarte. Dame tu mano y deséame suerte.

-¿No tomas antes un poco de té? -preguntó Marianna.

-No. ¿Té para qué? Si lo necesito, ya entraré a un mesón o a una taberna.

Tatiana movió la cabeza.

-Por aquí los mesones están tan llenos como de pulgas una oveja. Se sientan todos en la misma mesa...

-Adiós, hasta la vista... ¡y suerte! -dijo en voz baja Nezhdánov, empezando ya su papel de pequeño burgués comerciante. Pero aún no había tenido tiempo de llegar a la puerta cuando, del corredor, surgió ante él la nariz de Pável que, entregándole una vara alta, fina, con cortes, dijo:

-Coja esto, Alexéi Dmítrich, y llévela al caminar... y cuanto más lejos de sí la mantenga mejor.

Nezhdánov cogió la vara sin decir una palabra y salió. Pável le siguió. Tatiana quería ir también, pero Marianna la detuvo.

-Espere, Tatiana Ósipovna, la necesito.

-Vuelvo en seguida con el samovar. Su amigo salió sin tomar el té, iba con tanta prisa... Pero usted no tiene porqué hacer lo mismo. Más tarde, todo estará más claro.

Tatiana salió. Solomin se levantó también. Marianna se puso de pie y quedó de espaldas a él; cuando finalmente se volvió, vio que él no había dicho nada durante mucho tiempo, que había una expresión de sorpresa en su rostro, en sus ojos, una expresión que nunca había visto en él: una expresión de interrogación, de ansiedad, casi de curiosidad. Quedó turbada y sonrojada de nuevo. Pero Solomin casi tuvo conciencia de lo que ella había advertido en su rostro y empezó a hablar más alto que habitualmente.

-Bien, bien, Marianna... Ya ha empezado, pues.

-¿Qué comienzo, Vasili Fedótich? ¿Qué comienzo es éste? Me siento muy incómoda. Alexéi tiene razón: todo esto parece una comedia.

Solomin se sentó de nuevo.

-Por favor, Marianna... Pero ¿cómo se imaginó el *comienzo?* Seguro que no era de pie en las barricadas agitando una bandera y gritando: «¡Hurra! ¡Por la república!» Eso no es para las mujeres. Hoy usted empezará a enseñar cualquier cosa útil a una Lukeria cualquiera, y no será fácil, porque esa Lukeria no la comprendrá ni usted a ella, y además, a ella no le hace falta nada de lo que le quiere enseñar, no le servirá para nada. Y dentro de dos o tres semanas lo intentará con otra Lukeria y, entretanto, lavará un bebé aquí, enseñará allí el abecé a otro, o dará un medicamento a un enfermo... éste será su comienzo.

-Pero ¡eso es lo que hacen las hermanas de la caridad, Vasili Fedótich! Entonces ¿para que tengo yo que hacer... todo esto? -Marianna se señaló a sí misma y alrededor con un movimiento vago de la mano-. Fue otra cosa lo que siempre había soñado.

-¿No quería sacrificarse?

Los ojos de Marianna centellearon.

-¡Sí... sí... sí!

-¿Y Nezhdánov?

Marianna se encogió de hombros.

¿Qué hay con Nezhdánov? Iremos juntos... o iré sola.

Solomin miró fijamente a Marianna.

-Sabe, Marianna... perdóneme la rudeza de la expresión... pero en mi opinión, peinar la cabeza de un niño sarnoso es un sacrificio, y un gran sacrificio, del que pocas personas son capaces.

-No me negaría a eso, Vasili Fedótych.

-¡Sé que no se negaría! Sí, sería capaz de eso. Y lo hará durante un cierto tiempo, pero después, perdone, querrá otra cosa.

-Pero para eso tengo que aprender con Tatiana.

-Muy bien... aprenda. Lavará ollas y desplumará gallinas... Y, quién sabe, ¡quizá salve a la patria de esa manera!

-Se ríe de mí, Vasili Fedótych.

Solomin movió la cabeza lentamente.

-Oh, mi querida Marianna, créame: yo no me río de usted. En mis palabras hay sólo la verdad desnuda. Usted, todas vosotras, mujeres rusas, estáis ya más avanzadas que nosotros, los hombres.

Marianna alzó los ojos.

-Me gustaría estar a la altura de sus esperanzas, Solomin... y entonces podría morirme.

Solomin se levantó.

-No, viva... ¡viva! Eso es el principal. A propósito, ¿no le gustaría saber qué pasa en su casa a causa de su huida? ¿Harán algo? Basta que diga una palabra a Pável y él sabrá todo en seguida.

Marianna quedó sorprendida.

-¡Qué hombre tan extraordinario!

-Sí... asombroso. Y cuando quiera casarse con Alexéi, él también tratará de todo con Zósimo... ¿Recuerda que le hablé de ese cura?... Pero quizá aún no sea necesario, ¿verdad?

-Aún no.

-Sea.

Solomin fue hasta la puerta que separaba las dos habitaciones, la de Marianna y la de Nezhdánov, y se inclinó ante la cerradura.

-¿Qué mira? -preguntó Marianna.

-¿Cierra bien?

-Sí -murmuró Marianna.

Solomin se volvió hacia ella, que tenía los ojos bajos.

-Entonces ¿no es necesario preocuparse con las intenciones de los Sipiaguin? -exclamó él alegremente-. ¿Verdad?

Solomin iba a salir.

-Vasili Fedótych...

-¿Cómo?

¿Por qué razón usted, que es siempre tan callado, es tan hablador conmigo? No sabe cómo me agrada.

-¿Por qué? -Solomin tomó las manos pequeñas y suaves de la muchacha en sus palmas grandes y viriles-. ¿Por qué? Bien, quizá sea porque la quiero mucho. ¡Adiós!

Salió... Marianna quedó pensativa, le siguió con la mirada. Después fue en busca de Tatiana, que aún no había tenido tiempo de traerle el samovar. Tomó té con ella, pero también lavó algunas ollas y desplumó una gallina, y hasta peinó el pelo crespo de un niño. Cerca de la hora de cenar, volvió a su habitación... y Nezhdánov no tardó en llegar.

Llegó cansado y lleno de polvo y se dejó caer sin más en el sofá. Ella se sentó en seguida a su lado. -¿Entonces? ¿Entonces? ¡Cuenta!

-¿Recuerdas aquellos dos versos? -respondió él con un hilo de voz-:

Sería muy divertido
si no fuese tan triste…

Comentario [Librodot-148]: Versos de un poema de Lérmontov.

¿Recuerdas?

-Claro que los recuerdo.

-Pues esos versos se aplican admirablemente a mi primera salida. ¡Pero, no! En primer

lugar, llegué a la conclusión de que no hay nada más fácil que representar un papel. Nadie desconfiaba de mí. Pero hubo una cosa con la que no contaba: es necesario tener preparada con anticipación una historia cualquiera... para cuando nos pregunten: «¿De dónde vienes? ¿Qué vienes a hacer?»... y no sabemos qué responder. Pero, por otro lado, eso aún no es lo más importante. Basta entrar en una taberna, beber un vaso y mentir a gusto.

-Y tú... ¿mentiste? -preguntó Marianna.

-Claro, mentí... como pude. En segundo lugar, decididamente todo el mundo está insatisfecho, pero ¡nadie se preocupa de saber cómo curar esa insatisfacción! Y por lo que respecta a la propaganda... fue un desastre. Sólo conseguí dejar dos panfletos en una isba y meter uno en un carro de caballos... ¡Sólo Dios sabe lo que saldrá de ahí! Ofrecí panfletos a cuatro hombres. El primero preguntó si era un libro religioso y no quiso quedárselo. Otro dijo que no sabía leer, pero se lo llevó a los hijos... porque tenía un dibujo en la cubierta. El tercero empezó a decir sí a todo... «¡Sí-sañor, sí-sañor!»... pero acabó insultándome y tampoco se llevó ningún panfleto. Por fin, el cuarto se lo llevó, me lo agradeció mucho, pero no me parece que haya entendido nada de todo lo que le dije. Además, un perro me mordió en una pierna, una campesina me amenazó desde la puerta con una tenaza gritando: «¡Eh, granuja!» Y un soldado gritó: «¡Espera que ya te arreglaré yo!»... ¡y me sacó dinero para emborracharse!

-¿Y qué más?

-¿Qué más? Me ha salido una ampolla en el pie: una de las botas es demasiado grande. Y ahora tengo un hambre voraz... y la cabeza me estalla por culpa del vodka.

-Pero ¿bebiste mucho?

-No, sólo un poco, para dar ejemplo. Estuve en cinco tabernas. Pero no aguanto ese vodka abominable. ¡No entiendo cómo nuestro pueblo puede beber aquello! Si es necesario beber vodka para ser simplificado... ¡que no cuenten conmigo!

-¿Y nadie sospechó de ti?

-Nadie. Excepto un tabernero gordo, un tipo muy blanco, de ojos claros, que me miró con desconfianza. Y le oí decir a la mujer: «Cuidado con aquel tipo pelirrojo... un poco bizco» Te aseguro que hasta ese momento no sabía que era bizco. «Es un timador. ¿No ves la manera como *se engruda a* la bebida?» Sea como fuere, no comprendí qué quería decir con este *se engruda,* pero tampoco ganaba nada con eso. ¿Recuerdas el *mauvaiston*, en *El inspector,* de Gogol? Quizá fuera por eso

por lo que yo intentaba vaciar el vodka bajo la mesa. ¡Oh, qué difícil es, qué difícil para un esteta como yo entrar en contacto con la vida real!

-La próxima vez tendrás más suerte -le consoló Marianna-. Pero estoy contenta de que veas el lado humorístico de las cosas en tu primera tentativa. No te aburriste realmente, ¿verdad que no?

-No, claro. Incluso me he divertido. Pero ahora no sé qué acabaré realmente por pensar y si no acabaré por sentirme mal.

-¡No, no! No te dejaré pensar así. Ahora voy a contarte lo que hice yo. La cena llegará dentro de poco. A propósito, fue estupendo... lavé la olla donde Tatiana hizo la sopa. Voy a contártelo todo... todo, todo, con detalle.

Y lo hizo. Nezhdánov la escuchó y no consiguió apartar los ojos de ella... de tal forma que la muchacha paró algunas veces para preguntarle por qué razón la miraba así, pero él no respondió.

Después de la cena, ella se ofreció para leerle Spielhagen en voz alta. Pero no consiguió terminar la primera página, pues él se levantó repentinamente, fue junto a ella y cayó arrodillado. Marianna se enderezó y él le abrazó las rodillas con los dos brazos... y empezó a proferir palabras de amor, inconexas, desesperadas. Quería morir, sabía que moriría pronto... Ella no se conmovió. No hizo nada para evitar sus abrazos impetuosos y, tranquilamente, incluso le miraba de arriba abajo afectuosamente. Puso las dos manos en la cabeza febrilmente apretada contra su vestido. Pero la serenidad de Marianna tuvo un efecto sobre Nezhdánov peor que si le hubiese rechazado. Éste, levantándose, murmuró:

Comentario [Librodot-149]: Expresión de la carta de Jestakov en el acto V, escena VIII:
KOROBKIN: «El juez Liapkin Tiapkin... es el grado mayor del *mauvais ton...»* (Interrumpiendo la lectura) Seguramente es una palabra francesa...
AMMOS FEDOROVICH: ¡Diablos!... ¡Ni sé lo que significa!... Ya sería bastante que significara canalla; pero puede que sea algo peor.
(El inspector, trad. Irene Tchernova, Barcelona, Ed. Sopena, 1965.)

Comentario [Librodot-150]: Friedrich Spielhagen (1829-1911), escritor alemán, defensor de las ideas liberales, muy popular en Rusia por su novela *Marea violenta* (Sturmflut), sobre la sociedad alemana en el período de las revoluciones de 1848. Se debe tener en cuenta que los acontecimientos de 1848, que sacudieron toda Europa, dirigidos contra los regímenes autoritarios y con exaltación de los sentimientos nacionales, tuvieron una gran repercusión en Rusia, donde produjeron un período de especial represión.

-Perdóname, Marianna, por lo de hoy y por lo de ayer. Dime que estás dispuesta a esperar hasta que yo sea digno de tu amor... y perdóname.

-Te di mi palabra... y no vuelvo atrás.

-Gracias. Adiós.

Nezhdánov salió. Marianna se encerró en su habitación.

XXX

Dos semanas después, en la misma habitación, Nezhdánov escribía a su amigo Silin, inclinado sobre la pequeña mesa de tres pies donde ardía una vela de sebo. Pasaba ya de medianoche. En el sofá, por el suelo, estaban esparcidas ropas sucias de fango, que habían quedado donde habían sido lanzadas; en los cristales de las ventanas resbalaba una lluvia fría, continua, y un viento fuerte, caliente, soplaba con grandes gemidos en el tejado.

«Querido Vladimir: No te digo dónde vivo; incluso esta carta será mandada por mensajero en una estación lejana, porque mi estancia aquí es secreta y revelarla significaría la ruina no sólo para mí. Tienes que saber que hace ya dos semanas que vivo con Marianna en una gran fábrica. Huimos de la casa de los Sipiaguin el mismo día que te escribí por última vez. Nos recibió un amigo, a quien llamaré Vasili. Es el jefe aquí, una excelente persona. Nuestra estancia en esta fábrica es temporal. Sólo hasta que llegue el momento de actuar. Sin embargo, juzgando por los acontecimientos que hemos vivido hasta ahora, será difícil que ese momento llegue. Me siento muy, muy mal, Vladímir. Antes que nada, debo decirte que, aunque haya huido con Marianna, vivimos hasta ahora como hermano y hermana... y ella me dijo que sería mía si... si yo siento el derecho de exigírselo.

»Y yo, Vladímir, no me siento con ese derecho. Ella confía en mí, en mi honor... y no la engañaré. Sé que nunca amé ni amaré a nadie (¡de eso estoy convencido!) más que a ella. Sin embargo, ¿cómo podría atar su destino al mío para siempre? ¿Un ser vivo con un cadáver? No, no un cadáver: un ser semimuerto. ¿Dónde estaría mi conciencia? Tu puedes decir: si hubiera una gran pasión, la conciencia se callaría. Pero esa es la cuestión: soy un cadáver, un cadáver bien intencionado, honrado si quieres. Por favor, no digas que yo exagero siempre... ¡Todo lo que te digo es la pura verdad! Marianna tiene una naturaleza muy reservada y ahora está totalmente concentrada en su actividad, en la que cree... Y yo...

»Bien, no hablemos más de amor y felicidad personal y todo eso. Hace ya dos semanas que voy "hasta el pueblo"... y no es posible imaginar nada más estúpido. Claro que la culpa es más mía que de la causa en sí misma. No soy un fanático, no soy uno de aquellos que se *regeneran* en contacto con el pueblo, no consigo calentar su pecho como una camiseta de franela... quiero actuar en él. Pero ¿cómo? ¿Cómo conseguirlo? Acontece que cuando estoy con el pueblo, sólo escucho, y cuando llega el momento en que soy yo quien debe hablar... no sé que decir. Yo mismo siento que no sirvo, siento que soy un mal actor en un papel que no es para él. La conciencia y el escepticismo son inútiles, como también lo es encararme con humor... ¡No vale la pena! Es horrible recordar, es horrible mirar los trapos que yo visto... esta mascarada, como le llama Vasili. Dicen que es necesario primero aprender el idioma del pueblo, conocer sus hábitos y costumbres... ¡Es estúpido, es estúpido! Es necesario creer en lo que decimos, y decir lo que queremos. Una vez fui a escuchar una especie de profeta cismático. No puedes imaginar las cosas absurdas que decía en una especie de lenguaje eclesiástico y libresco con expresiones populares... ni ruso era, sino más bien una especie de dialecto... "A ostedes" en vez de "a ustedes", "ies" en vez de es, "a" en vez de "y"... y todo eso impetuosamente, como si fuera un gallo. "Volví al arma... volví al arma..." en lugar de "alma". Y con los ojos brillándole, la voz honda y repetitiva, el puño cerrado, como si fuera de hierro. Los mujiks escuchaban y no comprendían... pero se arrodillaban. Y le seguían. Pero cuando yo empiezo a hablar, parece que soy culpable de algo y que estoy pidiendo disculpas. Tendría que juntarme con los inconformistas... En serio, aunque su sabiduría no sea grande... ¡pero

tienen fe, fe! Marianna cree. Trabaja desde la mañana hasta la noche con Tatiana, una campesina de aquí, buena y lista; sin embargo, dice delante nuestro que queremos simplificarnos y nos llama almas simples. Porque Marianna trabaja con esta campesina, no tiene un minuto para sentarse conmigo... ¡una auténtica hormiga! Está muy satisfecha por tener las manos rojas y porque le salen callos y, en medio de todo esto, está dispuesta, si es necesario, a subir al patíbulo. Sí, ¡al patíbulo! Incluso llegó a dejar de lado los zapatos: fue a un lugar descalza. La oí después lavándose los pies durante mucho rato y la vi caminar con mucho cuidado porque tenía los pies doloridos, pero todo su rostro irradiaba alegría, como si hubiese encontrado un tesoro, como si el sol la iluminara. Sí, Marianna es estupenda. Pero cuando intento conversar con ella de lo que siento, en primer lugar me siento avergonzado como si estuviera ensuciando algo que no fuera mío; en segundo lugar, aquella mirada suya... Oh, aquella mirada terrible, devota, irresistible... "Tómame, querido... ¡pero *recuerda!...* ¿Para qué todo esto? No habrá otras cosas mejores y más elevadas en la tierra?" O sea, con otras palabras: viste tu caftán maloliente y ve hasta el pueblo... Y ya está, y yo voy...

»Oh, ¡como detesto entonces esta sensibilidad, esta delicadeza, este nerviosismo, este tedio, todo lo que heredé de mi padre aristócrata! ¿Qué derecho tenía él de echarme a esta vida con cualidades inadecuadas para el medio donde tengo que vivir? Criar un ave... ¿y echarla al agua? ¡Una estrella en medio de la basura! ¡Un demócrata, un amante del pueblo, que queda en seguida asqueado con una bocanada de ese vodka podrido... ese "alcohol verde"!

Pero ¿para qué echar las culpas a mi padre? Yo mismo me hice demócrata. Soy el único responsable.

»Sí, Vladímir, estoy mal. ¡Estoy lleno de pensamientos negros, depresivos! Quizá me preguntes si hasta el presente, en estas dos semanas, no encontré nada que me consolara, ningún ser vivo bueno, aunque inconciente. ¿Cómo explicártelo? Sí, lo encontré... Un hombre incluso muy decente, bastante listo. Pero por más que lo intentara no conseguí llegar hasta él. ¡No me necesita, ni a mí ni a mis panfletos! Es Pável (el brazo derecho de Vasili, un hombre listo y prudente, un futuro "jefe"... creo haberte escrito sobre él) y tiene un amigo, un mujik llamado Elizar... también listo, y un alma libre sin ninguna directiva... Pero cuando está conmigo es como si una pared se levantara entre nosotros. Veo en seguida un "no"en su cara. Y hay aún otro tipo... pero es muy irritable. "Vamos, barin", me dijo, "no se desvíe. Diga lo que tenga que decir directamente. Dígame una cosa: ¿va a distribuir inmediatamente todas sus tierras?" "¡Pero yo no soy un barin!", le respondo. Y él aún rezonga: "¡Dios te ayude! Entonces, si eres uno de los nuestros, ¿por qué no tienes más tino? ¡Y déjame en paz, si haces el favor!"

»Y aún una cosa más. Me he dado cuenta de que si alguien me escucha con mucha atención y se lleva los panfletos, puedes tener la certeza de que es un idiota, un indeseable. O das con un lengüilargo... de los educados, que sólo saben repetir la misma palabra, una palabra que, por alguna razón, les agradó. Uno de ellos, por ejemplo, me torturó diciendo que para él todo era "producción". Fuese lo que fuese lo que yo dijera, él insistía: "¡Es eso, no sé si me entiende, es producción!" ¡Al Diablo! Sólo una observación más... ¿Recuerdas, hace bastante tiempo, cuando se hablaba de las personas "superfluas", de los Hamlets? Pues esas "personas superfluas" se encuentran hoy entre los campesinos. Claro que tienen sus características propias... y tienen tendencia, en su mayor parte, a la tuberculosis. Son tipos interesantes... y vienen hasta nosotros rápidamente, pero son totalmente inútiles para la causa, como los antiguos Hamlets. Bien, ¿qué podemos hacer? ¿Montar una imprenta clandestina? Ya tenemos panfletos en exceso. Y algunos hasta dicen: "Haga la señal de la cruz y coja el hacha!" Y otros: "Coja el hacha simplemente". ¿O escribir novelas llenas de acción sobre la vida de los campesinos? No serían publicadas. ¿O será mejor coger el hacha? ¿Para que el soldado del Estado nos abata con un fusil del Estado? Sería sólo una manera complicada de suicidio. Sería mejor acabar yo mismo conmigo. Por lo menos sabría cuándo y cómo y escogería el lugar donde disparar.

»De hecho, me parece que, si en cualquier país estallara una guerra popular, yo participaría, no para liberar fuera quien fuera (¡liberar a otros, cuando los nuestros no son

libres!), sino para terminar conmigo...

»Nuestro amigo Vasili, que nos dio refugio aquí, es un hombre feliz: está de nuestro lado, pero está muy tranquilo. No consigo acuciarle. Con otro me habría enfadado... pero con él no puedo. Y acontece que todo el secreto no está en sus convicciones, sino en su carácter. Vasili tiene un temperamento que no es posible instigar. Pero él tiene razón. Pasa mucho tiempo con nosotros, con Marianna. Lo que me sorprende es que yo la quiero y ella me quiere (te veo sonreír al leer esta frase, pero, ¡válgame Dios!, es exactamente así), pero no tenemos casi nada que decirnos el uno al otro. Pero con él está siempre discutiendo, argumentando, y escuchándole. No tengo celos. El intenta conseguirle una plaza en cualquier parte; ella se lo pide constantemente; pero me siento amargado cuando los miro. Y puedes creerme: basta que yo deje caer una palabra sobre la boda y ella está inmediatamente de acuerdo y el reverendo Zósimo entra inmediatamente en escena... "Isaías, ¡alégrate!" y todo como debe ser. Pero eso no me facilitaría las cosas, *y nada cambiaría...* Para donde me vuelva, no encuentro ninguna salida. La vida me mutiló, querido Vladímir, como, ¿recuerdas?, decía nuestro conocido sastre borracho quejándose de su mujer.

»Sin embargo, siento que esto no va a durar mucho tiempo. Siento que algo se prepara...

»¿Yo mismo no he repetido que es necesario "empezar"? Pues aquí ya empezamos.

»No me acuerdo si te hablé de otro amigo mío, un pariente de los Sipiaguin. Acabará por meterse en un lío de donde no podrá salir.

»Quería terminar ya esta carta, ¡pero qué! Me parece que nada tiene importancia y, sin embargo, escribo versos. No los leo a Marianna y ella no tiene grandes deseos de escucharlos, y tú... a veces los elogias. Pero lo principal es no molestar a nadie. Fui alcanzado por un fenómeno muy común en Rusia... Sin embargo, aquí van estos versos:

»SUEÑO

Tras larga ausencia a la patria volví...
Sin encontrar allí ningún cambio.
La misma estagnación absurda y muerta,
Casas sin tejado, paredes derribadas,
Y la misma basura, pobreza y agonía.
La misma mirada servil, insolente o caída...
Nuestro pueblo ahora es libre, y el brazo libre
Cuelga como antes el látigo a la cintura.
Todo igual... En una sola cosa
Europa y Asia, todo el mundo traspasamos...
Nunca antes un tan terrible sueño
Había oprimido mi amado pueblo.

Todos duermen alrededor, en pueblos y ciudades,
En carros, trineos, día y noche, sentados y de pie...
El mercader y el funcionario, y el centinela
En la nieve y en el frío y en el calor ardiente.
Y los juzgados duermen, y el juez ronca;
Como muertos siembran y cogen los mujiks,
Duerme el padre, la madre, toda la familia duerme...
Todos duermen. El que pega y el que aguanta.

Sólo en la taberna del zar ése no pega el ojo.
Con la botella cogida por el puño fuerte,
La frente en el Polaco, el talón en el Cáucaso,

Duerme el sueño eterno la Rusia Sagrada.

»Perdona. No quería enviarte una carta tan triste sin divertirte un poco al final (¡ciertamente encontrarás algunos defectos técnicos por lo menos!). ¿Cuándo te escribiré de nuevo? ¿Volveré a escribirte? Pero pase lo que pase, estoy seguro de que no olvidarás a tu devoto amigo A.N.

»P. D. -Sí, nuestro pueblo duerme... Pero me parece que si alguna cosa podría despertarle... no será lo que *nosotros* pensamos...»

Después de escribir la última línea, Nezhdánov dejó la pluma y, pensando: «Bien, ¡ahora es necesario dormir y olvidar todos estos disparates!», se tumbó... pero el sueño tardó en venir.

A la mañana siguiente, Marianna le despertó cuando cruzaba su habitación para ir a ver a Tatiana. Apenas había tenido tiempo de vestirse cuando la chica volvió. Tenía una expresión de alegría y ansiedad en el rostro y parecía excitada.

-Sabes, Aliosha: dicen que en la provincia de T., aquí cerca, ya empezó.

-¿Cómo? ¿Qué empezó? ¿Quién te lo dijo?

-Pável. Dicen que los campesinos se rebelaron y no quieren pagar los impuestos. Y que se reúnen.

-¿Quién te lo dijo?

-Tatiana. Pero aquí está Pável. Pregúntale.

Pável entró y confirmó las palabras de Marianna.

-¡Sí, en T. hay tumulto! dijo él, sacudiendo la barba y torciendo sus ojos negros y centelleantes-. Serguéi Mijáilovich debe de tener algo que ver con aquello. Hace ya cinco días que no vuelve a casa.

Nezhdánov cogió el sombrero.

-¿Adónde vas? -preguntó Marianna.

Al tumulto, claro -respondió él, sin levantar los ojos y frunciendo la frente-. Voy a T.

-Entonces *yo* te acompaño. Me llevas contigo, ¿verdad? Déjame sólo poner el chal grande.

-Esto no es para mujeres -dijo Nezhdánov irritado, con los ojos aún en el suelo, molesto.

-No... no! Haces bien en ir, o Markélov pensará que eres cobarde... Pero yo te acompaño.

-Yo no soy un cobarde -dijo Nezhdánov tristemente.

-Yo quería decir que él pensaría que ambos somos cobardes. Te acompaño.

Marianna fue a recoger el chal a su habitación, pero Pável dijo en voz baja, como si arrastrara la respiración: «Ah, ah», y desapareció. Corrió a avisar a Solomin.

Marianna aún no había vuelto, cuando Solomin entró en la habitación de Nezhdánov. Éste estaba cerca de la ventana, con la frente en la palma de la mano y la otramano en el cristal. Solomin le tocó en el hombro. Él se volvió bruscamente. Despeinado y sin lavarse, Nezhdánov tenia un aspecto salvaje y extraño. Solomin también había cambiado en los últimos tiempos. Estaba amarillo, con el rostro cansado y los dientes superiores aparecían ligeramente. También él parecía agitado, tanto cuanto su temperamento «equilibrado» lo permitía.

-Markélov no consiguió controlarse empezó-. Esto puede terminar mal para él en primer lugar... y también para otros.

-Yo quiero ir a ver lo que pasa... -exclamó Nezhdánov.

-Yo también -añadió Marianna, apareciendo en la puerta.

Solomin se volvió rápidamente hacia ella.

-Yo no le aconsejaría eso, Marianna. Puede denunciarse... y a nosotros, involuntariamente y sin ninguna necesidad. Que vaya Nezhdánov y vea cómo están las cosas, si quiere... y que no se quede allá mucho tiempo. Pero usted, ¿para qué?

-Yo no quiero separarme de él.

-Pero va a estorbar sus movimientos.

Marianna miró a Nezhdánov. Este estaba inmóvil, con una expresión rígida y sombría.

-Y ¿si hay peligro?

Solomin sonrió.

-No tema... cuando haya peligro... la dejaré ir. Marianna se quitó de nuevo el chal de la cabeza y se sentó.

Entonces Solomin se volvió hacia Nezhdánov.

-Y tú, hermano, echa sólo una ojeada por allí. Quizá todo esto sean exageraciones. Pero ten cuidado, por favor. De todas maneras, tú tienes suerte. Y vuelve pronto. ¿Lo prometes? ¿Nezhdánov, lo prometes?

-Sí.

-¿Sí?... ¿En serio?

-¡Si aquí todos te obedecen, empezando por Marianna!

Nezhdánov salió hacia el pasillo sin despedirse. Pável surgió de la oscuridad y corrió por la escalera tras él, haciendo ruido con las botas de clavos. *Él* acompañaría a Nezhdánov.

Solomin se sentó al lado de Marianna.

-¿Oyó las últimas palabras de Nezhdánov?

-Sí. Está molesto porque yo le escucho más a usted que a él. Pero es cierto. Yo *le amo,* pero le escucho a *usted.* El me es querido... y usted está cerca de mí.

Solomin le pegó suavemente con la mano.

-Esta historia... es muy desagradable -observó el, por fin-. Si Markélov se metió en esto... está perdido. Marianna se estremeció.

-¿Perdido?

-Sí, él no hace las cosas a medias... y no se inhibe a causa de los otros.

-¡Perdido! -murmuró de nuevo Marianna, y las lágrimas le cayeron por las mejillas. ¡Ah, Vasili Fedótych! Qué lástima me da. Pero, ¿por qué no puede triunfar? ¿Por qué está irremediablemente perdido?

-Porque, Marianna, en empresas semejantes, los primeros pierden siempre, incluso cuando consiguen tener éxito... Y en esta empresa que *él* empezó, se perderán no sólo los primeros y los segundos, sino los décimos y los vigésimos...

-Entonces ¿nosotros no viviremos lo suficiente para ver la victoria?

-¿Qué se creía? Claro que no. Con estos ojos nuestros nunca veremos la victoria, con estos ojos vivos. Pero con los espirituales... eso es otra cosa. Podremos ver la victoria ahora mismo. Nada nos lo impide.

-Entonces, ¿por qué usted, Solomin...?

-¿Qué?

-¿Por qué sigue por este camino?

-Porque no hay otro. Quiero decir, que nuestro objetivo, mío y de Markélov, es el mismo, pero los caminos son diferentes.

-¡Pobre Serguéi Mijáilovich! -exclamó tristemente Marianna. Solomin de nuevo le tocó levemente la mano.

-Bien, bien, todavía no sabemos nada exactamente. Veremos las noticias que Pável nos trae. En nuestro ideal, tenemos que ser animosos. Los ingleses dicen: *«Never say* die». Es un buen proverbio. Mejor que el ruso: «Si la desgracia llama, ¡ábrele la puerta!» No vale la pena entristecerse anticipadamente.

Comentario [Librodot-151]: Nunca digas: morir.

Solomin se puso de pie.

¿Y la plaza que me quería encontrar? -preguntó, de repente, Marianna. Todavía le brillaban lágrimas en el rostro, pero ya no tenía los ojos tristes.

Solomin se sentó de nuevo.

¿Tanta prisa tiene por marcharse?

-¡Oh, no! Pero querría ser útil!

-¡Usted es muy útil aquí, Marianna! No nos abandone, por favor, espere un poco.

¿Quiere algo? -preguntó Solomin al ver que Tatiana entraba. Sólo tuteaba a Pável, y eso porque éste se hubiera sentido muy infeliz si Solomin le tratara de "usted".

-Está aquí una especie de mujer preguntando por Alexéi Dmítrich -respondió Tatiana riendo y gesticulando con las manos. Dije que ni siquiera sabemos quién es ese individuo. Y entonces él...

-Él ¿quién?...

-Esa especie de mujer. Escribió su nombre en este papel y dijo que lo mostrara... que lo trajera y que si el propio Alexéi Dmítrich no estuviera en casa, ella puede esperar.

En el papel estaba escrito con grandes letras: Mashúrina.

-Hágala entrar dijo Solomin-. ¿No le importa que entre, Marianna? Es también una de las nuestras. -De ninguna manera.

Algunos momentos después, Mashúrina apareció en la puerta, con el mismo vestido con que la habíamos visto al inicio del primer capítulo.

XXXI

NEZHDÁNOV no está? -preguntó Mashúrina. Después vio a Solomin y, dirigiéndose a él, le alargó la mano-. ¿Cómo está, Solomin?

A Marianna sólo la miró de reojo.

-No tardará -respondió Solomin-. Pero, dígame, por favor, ¿cómo supo...?

-Por Markélov. Sin embargo, en la ciudad... algunas personas ya conocen su paradero.

¿En serio?

-Sí. Alguien seguramente fue indiscreto. Y dicen que Nezhdánov fue reconocido.

-¡A pesar de su disfraz! -murmuró Solomin-. Permitan que las presente -dijo en voz alta-: La señorita Sinétskaia, la señorita Mashúrina. ¿No quiere sentarse? Mashúrina inclinó ligeramente la cabeza y se sentó.

-Tengo una carta para Nezhdánov y un mensaje para usted, Solomin.

-¿Un mensaje? ¿De quién?

-De un conocido suyo... Bien, y aquí... ¿todo está preparado?

-Nada está preparado.

Mashúrina abrió lo más que pudo sus ojos pequeños.

-¿Nada?

-Nada.

-¿Absolutamente nada?

-Absolutamente nada.

-¿Es eso lo que debo transmitir?

-Eso mismo.

Mashúrina quedó pensativa y se sacó un cigarillo del bolsillo.

-¿Tiene lumbre?

-Aquí tiene una cerilla.Mashúrina encendió la cerilla.

-Ellos esperaban otra cosa -empezó-. No esperaban eso. Sin embargo, el problema es suyo. Y yo no estaré aquí mucho tiempo. Sólo quiero encontrarme con Nezhdánov y entregarle una carta.

¿Adónde va?

-Muy lejos.

Iba exactamente a Ginebra, pero no lo quería decir a Solomin. No confiaba mucho en él y, además, había allí una persona «extraña». Enviaban a Mashúrina, que apenas sabía alemán, a Ginebra para entregar a una persona desconocida la mitad de una tarjeta con el dibujo de una vid y doscientos setenta y nueve rublos de plata.

-Y Ostrodúmov, ¿cómo está? ¿Está aquí?

-No. Pero está cerca... Está ocupado. Hasta que le llamen. No tardará. No hay razón para alarmarse.

-¿Cómo consiguió llegar aquí?

-En un carro... ¿de que otra manera podría venir? Déme otra cerilla...

Solomin le dio una cerilla encendida.

-¡Vasili Fedótych! -llamó de repente una voz desde el patio.

-¿Quién es? ¿Qué quiere?

-Venga, por favor -repitió la voz con insistencia-. Están aquí algunos obreros que quieren decir algo pero Pável Egórych no está.

Solomin se excusó, se levantó y salió.

Mashúrina se quedó mirando a Marianna y la observó durante tanto tiempo que ella se sintió incómoda.

-Perdóneme -dijo, de repente, con su voz abrupta, dura-. Yo soy una mujer simple y no sé... cómo decir las cosas. No se enfade y, si quiere, no responda. *¿Usted* es la muchacha que huyó de casa de los Sipiaguin?

Marianna quedó un poco sorprendida, pero dijo:

-Sí.

-¿Con Nezhdánov?

-Sí.

-Por favor... déme su mano. Perdóneme. Si él la ama, debe ser buena chica.

Marianna apretó la mano de Mashúrina.

-¿Conoce a Nezhdánov hace mucho tiempo?

-Sí. Le conocí en San Petersburgo. Por eso le hablé. Serguéi Mijáilich también me contó...

-¡Ah, Markélov! ¿Cuánto tiempo hace que estuvo con él?

-No hace mucho. Pero ahora se fue.

¿Adónde?

-Adonde le mandaron.

Marianna suspiró.

-Ah, señorita Mashúrina, temo por él.

-En primer lugar, no me gusta el tratamiento de señorita. Esas maneras hay que dejarlas de lado. En segundo lugar... usted dice: "temo". Tampoco sirve. Si no teme por sí misma, deje de temer por los demás. Si no piensa en usted, si no teme por los demás... todo irá bien. Claro que para mí es fácil hablar así. Yo soy fea. Y usted... es bonita. Debe ser más difícil para usted -Marianna bajó los ojos y se volvió-. Serguéi Mijáilovich me dijo... El sabía que yo tenía una carta para Nezhdánov... "No vayas allá", me dijo. "No lleves la carta. Lo trastornará todo por allá. ¡Quédate! Ellos son tan felices... ¡Déjalos en paz! ¡No los molestes!" Y me gustaría no molestar... pero ¿que iba a hacer con la carta?

-No deje de entregársela -dijo Marianna-. ¡Qué hombre tan bondadoso es Serguéi Mijáilovich! ¿Le matarán, Mashúrina? ¿O le enviarán a Siberia?

¿Y qué mal hay en ello? ¿No se vuelve de Siberia? Y en cuanto a lo de perder la vida... la vida para unos es dulce, para otros amarga. Y su vida no ha sido muy azucarada.

Mashúrina de nuevo miró a Marianna fija e interrogativamente.

-¡Qué bonita es! -exclamó por fin-. ¡Parece un pajarito! Creo que Alexéi no viene... ¿No sería mejor dejarle la carta a usted? ¿Para qué voy a esperar?

-Puede quedar tranquila que se la entregaré. Mashúrina apoyó el rostro en una de las manos y quedó callada durante un largo rato.

-Dígame -empezó ella-, perdóneme... ¿usted le ama mucho?

-Sí.

Mashúrina movió su cabeza pesada.

-¡Y claro está que no hay necesidad de preguntar si él la ama! Bien, se está haciendo tarde. Me voy. Dígale que estuve aquí... Preséntele mis saludos. Dígale que estuvo aquí Mashúrina. ¿No olvidará mi nombre? ¿No? Mashúrina. Y la carta... Espere, ¿dónde la habré

metido?

Mashúrina dio una vuelta como si estuviera buscando en los bolsillos... y, llevándose rápidamente a la boca un pequeño papel, lo tragó.

-¡Ah, Dios mío! ¡Qué estupidez la mía! ¿Quieren creer que la perdí? Claro que sí. ¡Ah! Y si alguien la encuentra... No, no está en ninguna parte. ¡Finalmente fue como quería Serguéi Mijáilich!

-Busque mejor -murmuró Marianna.

Mashúrina sacudió la mano.

-No, no vale la pena. ¡La perdí!

Marianna se acercó a ella.

-Bien, entonces ¡béseme!

Mashúrina abrazó súbitamente a Marianna y la apretó contra su pecho con una fuerza poco femenina.

-No habría hecho esto por nadie -dijo ella con voz ronca-, contra mi conciencia... ¡y por primera vez! Dígale que tenga cuidado... Y usted también. ¡Cuidado! Pronto las cosas serán muy peligrosas por aquí. Marchen mientras haya tiempo... ¡Adiós! -añadió en voz alta y severa-. Ah, una cosa más... dígale... No, no hace falta. No es nada.

Salió dando un portazo y Marianna quedó perpleja en el centro de la habitación.

-¿Qué es esto? -exclamó por fin-. ¡Esta mujer le quiere más que yo! Y qué querían decir aquellas alusiones? Y ¿por qué salió Solomin de repente y no volvió?

Empezó a caminar de un lado para otro. Una extraña sensación de miedo, fastidio y sorpresa se apoderó de ella. ¿Por qué no fue con Nezhdánov? Solomin la había convencido... Pero ¿dónde estaba él? ¿Qué pasaba? Mashúrina no le había dado la carta ciertamente por amor a Nezhdánov... Pero ¿cómo se había decidido ella a tan gran desobediencia? ¿Quería mostrar su generosidad? ¿Con qué derecho? Y por que motivo *ella,* Marianna, se había sentido tan conmovida por aquel gesto? Una mujer fea se interesaba por un hombre joven... ¿Qué tenía de extraño? Y ¿por qué motivo Mashúrina había pensado que la relación de Marianna con Nezhdánov era más fuerte que el sentimiento del deber? ¿Y Marianna había pedido ese sacrificio? ¿Qué diría aquella carta? ¿Una orden de acción rápida? ¡Sin duda!

»¿Y Markélov? Está en peligro... y nosotros, ¿qué hacemos? Markélov nos mantiene al margen, nos da la posibilidad de ser felices, de no participar... ¿Qué es esto? ¿También generosidad... o desprecio? ¿Acaso huimos de aquella casa odiosa para estar todo el tiempo juntos arrullándonos como dos palomas?

Así pensaba Marianna y cada vez se hacía más fuerte en ella la vejación. Su amor propio estaba herido. ¿Por qué la habrían abandonado *todos?* Aquella mujer "gorda" le había llamado pajarito, beldad... ¿por qué no le habría llamado directamente "muñeca"? ¿Y por qué motivo Nezhdánov no fue solo sino con Pável? ¡Como si necesitara de un tutor! Sí, y ¿cuáles son realmente las convicciones de Solomin? El no era de ninguna manera un revolucionario. Incluso casi se podía pensar que no encaraba la causa con seriedad.

Estos eran los pensamientos que giraban, persiguiéndose y enredándose, en el cerebro febril de Marianna. Apretando los labios y cruzando los brazos como un hombre, se sentó finalmente junto a la ventana y se quedó inmóvil, sin apoyarse en el respaldo de la silla, toda ella en estado de alerta, muy tensa, preparada para saltar en cualquier momento. No quería ir a trabajar con Tatiana. Sólo deseaba una cosa: esperar. Y esperó, obstinada, casi enfadada. De vez en cuando tenía la sensación de ser extraña e incomprensible incluso hacia ella misma... Pero le daba igual. Incluso le pasó por la cabeza: »¿Tendré yo celos de ella?» Pero recordando la pobre figura de Mashúrina, se encogió de hombros y sacudió los brazos... no en realidad, sino en el pensamiento.

Marianna esperó mucho tiempo. Por fin, oyó pasos de dos personas subiendo la escalera. Clavó los ojos en la puerta... Los pasos se acercaron. La puerta se abrió y Nezhdánov, apoyado por el brazo de Pável, surgió en el umbral. Estaba mortalmente pálido, sin gorro, el pelo en desorden cayéndole en mechones mojados hacia la cara, mirando al frente sin decir nada. Pável le condujo a través de la habitación (los pies de Nezhdánov temblaban y estaban débiles) y le hizo sentarse en el diván.

Librodot

Marianna saltó de su lugar.

-¿Qué fue? ¿Qué le pasó? ¿Está enfermo?

Pero, mientras ayudaba a Nezhdánov, Pável respondió con una sonrisa, mirándola por encima del hombro:

-No se preocupe. Se le pasará en seguida... Es sólo porque no está acostumbrado.

Pero ¿qué tiene? -preguntó Marianna insistentemente.

-Está un poco borracho. Estuvo bebiendo con el estómago vacío, ¿sabe?

Marianna se inclinó sobre Nezhdánov, que estaba medio tumbado en el diván, con la cabeza oculta, los ojos cerrados... Apestaba a vodka: estaba borracho.

-¡Alexéi! -se le escapó.

El levantó con esfuerzo los párpados pesados e intentó sonreír.

-¡Ah, Marianna! -tartamudeó-. Tu siempre hablaste de s... sim... simplificación y ahora estoy verdaderamente simplificado. Porque el pueblo está siempre borracho... por eso...

Se calló, después murmuró algo incomprensible, cerró los ojos, y se durmió. Pável le tendió cuidadosamente en el diván.

-No se preocupe, Marianna Vikéntievna -repitió él-. Con una o dos horas de sueño se encontrará bien.

Marianna quería preguntarle cómo había ocurrido aquello, pero sus preguntas habrían hecho quedarse a Pável, y ella quería estar a solas... o sea, no quería que Pável siguiera viendo a Nezhdánov en aquel estado ante ella. Se alejó hacia la ventana, y Pável, que la había comprendido, cubrió cuidadosamente las piernas de Nezhdánov con la punta del caftán, le puso una almohada bajo la cabeza y observó de nuevo:

-No es nada.

Y salió de puntillas.

Marianna miró alrededor. La cabeza de Nezhdánov estaba pesadamente enterrada en la almohada; su rostro pálido tenía una expresión fija y muy intensa, como un enfermo en estado grave.

-¿Qué habrá sucedido? -pensó ella.

XI

Y esto fue lo que sucedió: En cuanto se sentó en el carro al lado de Pável, Nezhdánov entró en un estado de gran excitación. Apenas habían salido del patio de la fábrica y entraron en la carretera en dirección a T., empezó a gritar las cosas más absurdas a los mujiks que encontraban por el camino. «¿Por qué motivo estáis dormidos? ¡Levantaos! ¡Ya es hora! ¡Abajo los impuestos! ¡Abajo los propietarios!» Algunos mujiks le miraban sorprendidos, otros se apartaban sin prestarle atención, pensando que estaba borracho. Uno de ellos, cuando llegó a casa, dijo que había encontrado a un francés en el camino, que gritaba "unas cosas incomprensibles, que no se entendían". Nezhdánov tenía suficiente criterio para comprender que era increíblemente absurdo y hasta estúpido loque hacía, pero había caído en tal estado de "excitación", que ya no sabía qué era absurdo y qué no. Pável intentó calmarle, diciéndole que no podía comportarse así, que pronto entrarían en un pueblo importante, el primero del distrito de T., Babi Kliuchí, y que allá podrían saber... Pero Nezhdánov no se calmó... y por primera vez su rostro tuvo una expresión infeliz, casi desesperada. El caballo era extremadamente vivo, robusto, con la crinera esquilada en el cuello delgado. Tiraba muy bien de las riendas y sus patas fuertes y pequeñas corrían cuanto podían, como si supieran que llevaban personas importantes a una acción importante. Antes de llegar a Babi Kliuchí, Nezhdánov vio, al borde de la carretera, ante las puertas cerradas de un almacén de trigo, a una docena de mujiks. Saltó en seguida del carro, corrió hacia ellos y, durante cinco minutos, les habló apresuradamente, con gritos, agitando los brazos violentamente. Las palabras «¡Por la libertad! ¡Adelante! ¡Hagamos girar la rueda!» podían distinguirse entre muchas otras

menos comprensibles. Los campesinos, que se habían reunido delante del almacén para discutir cómo llenarlo de nuevo, aunque sólo fuera para mostrar que hacían algo (era un almacén comunal y por esta razón estaba vacío), clavaron sus ojos en Nezhdánov y, aunque parecía que le escuchaban con mucha atención, no comprendieron nada, porque cuando él, finalmente, volvió la espalda, después de gritar por última vez: «¡Libertad!», uno de ellos observó:

-¡Debe de ser un funcionario!

A lo que el más listo respondió:

-Ya se sabe... él no habla así porque sí. ¡Lo que quiere es nuestro dinero!

Nezhdánov subió de nuevo al carro y, sentándose junto a Pável, pensó:

«¡Señor! ¡Qué absurdo es todo esto! Pero ninguno de nosotros sabe cómo hacerse comprender por el pueblo. ¿Quizá de esta manera? ¡No se puede saber! ¡Adelante! ¿Tu alma sufre? Pues ¡que sufra!»

Se encontraron en la calle principal. Justo en el medio había un grupo de personas delante de una taberna. Pável intentó detener a Nezhdánov, pero éste saltó del asiento del carro y gritó: -¡Hermanos!...

Se apartaron un poco para dejarle pasar y Nezhdánov volvió de nuevo a predicar sin mirar a nadie, como si estuviera enfadado y llorando. Pero allí el resultado no fue el mismo que en la primera tentativa. Un tipo enorme, sin barba pero con una cara feroz, que vestía una pequeña chaqueta muy sucia, botas altas y gorro de piel de carnero, llegó cerca de Nezhdánov y le dio una palmada en el hombro:

-¡Cojonudo! ¡Bravo! -le gritó con un vozarrón-. Pero, ¡espera! ¿No sabes que una lámina seca no corta bien? ¡Venga! Es mucho mejor conversar aquí.

Empujó a Nezhdánov hacia la taberna y el grupo fue tras ellos.

-¡Mijéich! -gritó al fin-. ¡Diez copecks del bueno! ¡De mi especial! ¡Para complacer a un amigo! Quién es él, de dónde viene y cuál es su origen... nadie lo sabe. ¡Bebe! -dijo volviéndose hacia Nezhdánov y entregándole un pesado vaso lleno, mojado por fuera como si estuviera sudando-. ¡Bebe, si sientes algo por nosotros!

-¡Bebe! -gritó al mismo tiempo un coro de voces.

Nezhdánov cogió el vaso (parecía sofocado) y gritó:

-¡A vuestra salud, chicos! -y se lo tomó de un trago.

¡Uf! Lo bebió con el mismo coraje desesperado con que se habría lanzado al asalto de una batería o contra una fila de bayonetas... Pero, ¿qué le estaba pasando? Algo había chocado contra su espalda, contra sus piernas, le quemaba la garganta, el pecho, el estómago, le hizo que le saltaran lágrimas de los ojos... Un estremecimiento, fruto de la repugnancia le recorrió todo el cuerpo y casi le dominó... Empezó a gritar todo lo que le venía a la cabeza para intentar calmarse. La oscura taberna se volvió, de repente, caliente y pesada y sofocante... ¡había gente por todas partes! Nezhdánov empezó a hablar, a hablar sin parar, a gritar furiosamente, desesperadamente, apretando manos grandes y endurecidas, besando caras mal afeitadas... El tipo alto con el chaleco sucio le besó también, casi aplastándole las costillas. Era un auténtico monstruo.

Comentario [Librodot-152]: No debe olvidarse la costumbre tradicional rusa de besar: un beso en cada mejilla y un tercero beso en la boca, normalmente con un abrazo fuerte.

-Le rompo el cuello -gritó éste-, ¡a quien ofenda a nuestro hermano le rompo el cuello! Aun más... le mato... ¡Hago de él picadillo! Miradme, fui matarife y ¡soy muy bueno en estas cosas! -y mostró un puño enorme cubierto de pecas.

Y entonces -¡Señor!- alguien gritó: «¡Bebe!», y Nezhdánov tragó otra vez aquel veneno asqueroso. Pero esta vez fue verdaderamente terrible. Unos ganchos embotados parecían destripar sus entrañas. La cabeza le daba vueltas a través de círculos verdes. Se oyó un zumbido... ¡Oh, horror!... Un tercer vaso... ¿Conseguiría vaciarlo? Le rodeaban narices rojas, melenas llenas de polvo, cuellos ennegrecidos cubiertos de arrugas. Unas manos fuertes le cogieron.

-¡Adelante! -aullaron unas voces enfadadas-. ¡Habla! Anteayer, otro forastero habló también así. ¡Venga!...

La tierra empezó a ondear bajo los pies de Nezhdánov. Su propia voz le parecía extraña, como si viniera de muy lejos... ¿Sería la muerte?

Y de golpe... una racha de aire frío le azotó la cara y no había más empujones ni narices rojas ni olor a alcohol, a pieles de carnero, a alquitrán, a cuero... Estaba de nuevo sentado al lado de Pável, en el carro, de nuevo luchando y gritando:

-¿Adónde vas? ¡Para! Aún no he podido decirles... tengo que explicar... -y después añadió-: ¿Y qué piensas tú, bellaco?

A lo que Pável le respondió:

-Claro que sería bueno si no hubiera señores y la tierra fuera nuestra. ¿Quién 19 duda? Pero la orden todavía no ha llegado.

Pável hizo girar lentamente el caballo y, atizándole con el látigo, se alejaron, al galope, de la taberna... de vuelta a la fábrica...

Nezhdánov se durmió con los balanceos del carro. El viento jugueteaba agradablemente en su rostro y no permitía que le surgieran nuevos pensamientos...

Sólo sentía que con toda aquella bulla no le hubieran dejado decir todo lo que quería decir... Y de nuevo el viento le acarició el rostro excitado.

Y entonces vislumbró fugazmente a Marianna, a la vez que sentía una sensación ardiente de vergüenza y sueño, un sueño hondo, pesado...

Todo esto contó después Pável a Solomin. No le ocultó que no había impedido a Nezhdánov que bebiera... ya que, de no haber sido así, no le habría podido arrancar después de aquel torbellino. Los otros no le hubieran dejado.

-Cuando ya parecía muy débil, les pedí con una reverencia: «Queridos y honrados señores, dejad que el muchacho se vaya. Como podéis ver, está enfermo...» Contestaron que sólo le dejarían marchar si les daba a cambio medio rublo. Y se lo di.

-Hiciste bien -le elogió Solomin.

Nezhdánov dormía y Marianna se quedó sentada junto a la ventana mirando la cerca. De una manera muy extraña, los pensamientos furiosos, casi dolorosos, que la habían agitado hasta el regreso de Nezhdánov y Pável, la abandonaron. No sentía por Nezhdánov ni repulsión ni rencor: sólo pena. Sabía perfectamente que éste no era un libertino ni un borracho y pensaba ya en lo que le diría cuando se despertara, algo amistoso y afectivo, sin duda, para que no se sintiera demasiado avergonzado. «Tengo que hacer que él mismo me explique lo que pasó.»

No estaba preocupada, sino triste... desesperanzadamente triste. Tenía la sensación de que un soplo de la atmósfera de aquel mundo adonde se dirigía había venido hacia ella... y se estremeció por lo rudo y triste que era. ¿A qué Moloc se preparaba ella para sacrificarse?

Pero ¡no! ¡No podía ser! Aquello era un simple incidente que pronto olvidaría. Una impresión momentánea, que la había sorprendido tanto por lo inesperada. Se levantó, se acercó al diván donde estaba Nezhdánov, le pasó la mano por la frente pálida, que incluso durmiendo tenía un aire apenado, y le alisó el pelo...

De nuevo sintió lástima de él, como una madre la siente por el hijo enfermo. Pero era en cierta manera doloroso mirarle, y se fue sin hacer ruido a su habitación. Ni siquiera cerró la puerta con llave.

No se entregó a ningún trabajo y se sentó de nuevo, y de nuevo le vinieron extraños pensamientos. Sentía cómo pasaba el tiempo, los minutos corrían, e incluso gozaba con ello. El corazón le latía con fuerza y de nuevo le pareció que esperaba algo.

¿Que había pasado con Solomin?

La puerta se abrió suavemente y Tatiana entró.

-¿Qué quiere? -preguntó Marianna, casi molesta. -Marianna Vikéntievna -empezó Tatiana en voz baja-. No se preocupe. Estas cosas pasan. Y aún, gracias a Dios...

-No estoy nada preocupada, Tatiana Ósipovna -la interrumpió Marianna-. Alexéi Dmítrich no se siente muy bien, pero no es nada grave.

-¡Claro que no! Cuando vi que mi Marianna Vikéntievna no aparecía, pregunté qué pasaba. Pero aun así no quise venir porque es mejor no interferir. Pero ahora apareció una

persona, ¡quién sabe quién es! Es pequeño y cojo ¡y pregunta por Alexéi Dmítrich! Qué extraño: esta mañana aquella mujer... y ahora este cojo. «Si Alexéi Dmítrich no está», dijo él, «quiero hablar con Vasili Fedótych. No saldré sin verle porque se trata de un asunto muy importante.» Quisimos despacharle, como hicimos con aquella mujer. «Vasili Fedótych no está...» Pero el cojo respondió: «Pues no voy a moverme de aquí aunque se me haga de noche.» Puede verle por la ventana... Quizá le conozca.

Marianna siguió a Tatiana hasta el pasillo y, cuando pasó cerca de Nezhdánov, de nuevo observó su frente fruncida y volvió a secársela con el pañuelo. A través del cristal sucio avistó al visitante de quién Tatiana le acababa de hablar. No le conocía. Pero en aquel momento, desde un rincón de la casa, apareció Solomin ante el visitante.

El pequeño jorobado se le dirigió rápidamente y le tendió la mano. Ambos desaparecieron.

Enseguida se oyeron sus pasos por la escalera. Se dirigían hacia donde estaba Marianna, que volvió rápidamente a su habitación y se quedó de pie, respirando con dificultad. Estaba aterrorizada... ¿De qué? Ni ella misma lo sabía.

La cabeza de Solomin apareció por la puerta. -Marianna Vikéntievna, ¿puedo entrar? Traigo conmigo a una persona que necesita hablarle.

Marianna sólo bajó la cabeza como respuesta. Y tras Solomin entró... Paklin.

XXXIII

Soy amigo de su marido -dijo Paklin haciendo una gran reverencia a Marianna, como deseoso de esconderle su rostro aterrorizado-. Soy también amigo de Vasili Fedótych. Alexéi Dmítrich está durmiendo y me dijeron que está enfermo y yo, desgraciadamente, soy portador de malas noticias, que ya he tenido la oportunidad de contar en parte a Vasili Fedótych... y ante las cuales será necesario tomar algunas medidas decisivas.

La voz de Paklin disminuía a medida que hablaba, como si estuviera torturado por la sed. Las noticias que traía eran realmente muy malas. Markélov había sido cogido por los campesinos y llevado a la ciudad. El chupatintas estúpido había denunciado a Golushkin, el cual había sido detenido. Éste, a su vez, estaba denunciándolo todo y a todos, y quería convertirse a la Iglesia Ortodoxa, había ofrecido a la escuela un retrato del metropolitano Filarét y había dado ya cinco mil rublos para que fueran distribuidos entre los "soldados mutilados". No había la mínima duda de que había denunciado a Nezhdánov; la policía podía asaltar la fábrica en cualquier momento. Vasili Fedótych también estaba en peligro.

Comentario [Librodot-153]: Metropolitano de Moscú, extremadamente reaccionario, que hasta el último momento se opuso a la abolición del azote y de la servidumbre. Era autor de un *Catecismo de la fe ortodoxa,* que se enseñaba en las escuelas.

-Por lo que a mí respecta -añadió Paklin-, estoy admirado de estar todavía en libertad, aunque en realidad nunca me he ocupado de la política ni he participado en ningún plan. Me aproveché de esta ventaja o de este descuido de la policía para avisarles e intentar hacer algo... para evitar algo desagradable.

Marianna escuchó a Paklin hasta el final. No tenía miedo, se sentía incluso muy tranquila... Pero era realmente necesario hacer algo. Su primer movimiento fue mirar a Solomin.

Éste también parecía tranquilo. Sólo alrededor de sus labios los músculos le temblaban un poco... y no era su sonrisa habitual.

Solomin comprendió el significado de la mirada de Marianna: esperaba que él decidiera lo que se debía hacer.

-La situación es realmente muy delicada -empezó él-. No seria malo que Nezhdánov desapareciera durante algún tiempo. A propósito, ¿cómo supo que él estaba aquí, señor Paklin?

Paklin hizo un gesto con la mano.

-Me lo dijo una persona. Lo vio cuando hablaba por el vecindario y le siguió, aunque sin malas intenciones pues es un simpatizante. Perdóneme -añadió, dirigiéndose a Marianna-,

pero la verdad es que nuestro amigo Nezhdánov fue muy... muy negligente.

-De nada sirve echarle ahora las culpas -dijo de nuevo Solomin-. Lástima que no podamos discutirlo con él, pues no estará en condiciones hasta mañana. Sin embargo, la policía no es tan rápida como imagina. Tendrá que desaparecer con él, Marianna Vikéntievna.

-Claro -respondió Marianna, conmovida pero firme.

-¡Sí! -dijo Solomin-. Hay que pensar, hay que decidir dónde irán...

-Permitan que les sugiera una idea -empezó Paklin-, una idea que me pasó por la cabeza cuando venía hacia aquí. Y debo decirles que dejé el carruaje a una versta de aquí.

-¿Qué idea es esa? -preguntó Solomin.

-Déme caballos... y yo voy al galope a casa de los Sipiaguin.

-¿A casa de los Sipiaguin? -exclamó Marianna-. ¿Para qué?

-Verá.

-¿Los conoce?

-No. Pero óiganme. Entiendan bien mi propuesta. A mí me parece simplemente genial. Markélov es cuñado de Sipiaguin, hermano de su mujer. ¿Verdad? Ese barin ¿no haría nada para intentar salvarle? Y en cuanto a Nezhdánov, aunque Sipiaguin esté furioso con él... asimismo es pariente suyo, por haberse casado con usted. Y el peligro que corre la cabeza de nuestro amigo...

-No estoy casada -observó Marianna.

Paklin se estremeció.

-¿Cómo? ¿Aún no tuvieron tiempo? Bien, no tiene importancia -añadió-, pueden fingir que sí lo están, y casarse después. No me parece que se pueda hacer otra cosa. Preste atención al hecho de que hasta ahora Sipiaguin no se decidió a perseguirla. Esto prueba que hay en él una cierta... generosidad. Veo que no le gusta esta expresión... digamos entonces: un cierto orgullo. ¿Por qué no habríamos de servimos de eso? ¡Piénselo!

Marianna levantó la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

-Puede servirse de lo que quiera en favor de Markélov, señor Paklin... o de usted mismo, pero yo y Alexéi no queremos ni la intercesión ni la protección del señor Sipiaguin. No salimos de su casa para ir ahora a suplicar a su puerta como mendigos. La generosidad o el orgullo del señor Sipiaguin o de su esposa no tiene nada que ver con nosotros.

Son sentimientos extremadamente dignos -respondió Paklin (pero pensó: «¡Vean bien qué pequeño te hacen!»)-, aunque, por otro lado, si lo piensa bien... De todas formas, estoy dispuesto a obedecer. Voy a interceder por Markélov, por nuestro buen Markélov. Debo observar sólo que él no es pariente consanguíneo, sino por su mujer... mientras que usted...

-Señor Paklin, ¡por favor!

-¡De acuerdo... de acuerdo... de acuerdo! Pero no puedo dejar de expresar mi pena, porque Sipiaguin es un hombre muy influyente.

¿Y no teme por usted? -preguntó Solomin. Paklin levantó el pecho.

¡En momentos como este no podemos pensar en nosotros mismos! -dijo con orgullo. Y estaba precisamente pensando sólo en sí mismo. Lo que quería (¡pobre y débil como era!) era largarse. En gratitud por el servicio prestado, quizá Sipiaguin dijera, si fuese necesario, una palabra en favor suyo. Porque también él -¡dijera lo que dijera!- estaba implicado, había escuchado... e incluso había hablado bastante.

-Creo que su idea no es mala -dijo finalmente Solomin-, aunque haya pocas esperanzas de éxito. De cualquier manera, se puede intentar. Perder no se pierde nada.

-Claro que no. Aunque pase lo peor, o sea, que me retuerzan el cuello... ¿Qué importancia tiene?

-No tendrá mucha importancia... -*«Merci.,* pensó Paklin. Pero Solomin continuó-: ¿Qué hora es? Las cinco. No podemos perder tiempo. Tendrá los caballos enseguida. ¡Pável!

Pero en lugar de Pável apareció Nezhdánov en la puerta de la habitación. Se tambaleaba sobre las piernas, se apoyaba con una mano en la puerta y, con la boca ligeramente abierta, miraba vagamente. No comprendía nada.

Paklin fue el primero que se acercó a él.

¡Aliosha! -exclamó-. ¿Me conoces?

Nezhdánov le miró parpadeando lentamente.

-¿Paklin? dijo finalmente.

-Soy yo, sí, sí. ¿Estás enfermo?

Sí... estoy enfermo. Pero... ¿qué haces aquí?

-¿Yo?... -pero en ese momento Marianna tocó disimuladamente con el codo a Paklin. Este se giró y vio que ella le hacía señales-. Ah, sí -dijo-. Sí... ¡exactamente! Imagina, Aliosha -añadió en voz alta-, he venido a tratar de un asunto importante y tengo que marcharme en seguida... Solomin te lo explica después, y Marianna... Marianna Vikéntievna. Ambos están al corriente de mis intenciones. Nos interesa a todos o sea, no, no -corrigió en respuesta a las miradas y gestos de Marianna-, interesa a Markélov, a nuestro común amigo Markélov, y a nadie más que a él. Pero ahora, ¡adiós! Todos los minutos son importantes, amigo... Volveremos a vernos. Vasili Fedótych, ¿quiere tener la bondad de venir conmigo para dar órdenes sobre los caballos?

Ciertamente. Marianna, quería decirle que fuera firme, pero veo que no hace falta -dijo Solomin.

-¡Oh, sí! ¡Oh, sí! -exclamó Paklin-. Es como una romana del tiempo de Catón. De Catón de Utica. Vamos, entonces, Vasili Fedótych, ¡vamos!

-Hay tiempo -dijo Solomin a través de una leve sonrisa.

Nezhdánov se apartó un poco para dejarlos pasar...pero en sus ojos se leía una gran confusión. Después dio dos pasos y se sentó silenciosamente en la silla, delante de Marianna.

-Alexéi -dijo ella-, lo descubrieron todo. Los campesinos detuvieron a Markélov, los campesinos a quien él intentaba levantar. Está preso en la ciudad, igual que aquel comerciante con quien almorzaste. Y es probable que pronto la policía venga aquí. Y Paklin fue a hablar con Sipiaguin.

¿Para qué? -preguntó Nezhdánov de una manera casi inaudible. Pero sus ojos brillaron y su rostro retomó su expresión habitual. La borrachera le pasó instantáneamente.

-A ver si él intercede...

Nezhdánov se enderezó.

-¿Por nosotros?

-No. Por Markélov. Quería pedir también por nosotros... pero yo no lo permití. ¿Hice bien, Alexéi?

-¿Si hiciste bien? -preguntó Nezhdánov. Y sin levantarse de la silla, extendió los brazos-. ¿Si hiciste bien? -repitió y, atrayéndola hacia sí y apretando el rostro contra su cintura, empezó súbitamente a llorar.

¿Qué tienes? ¿Qué tienes? -exclamó Marianna. Como cuando la otra vez en que él había caído de rodillas delante de ella temblando y sin aliento en un súbito torrente de pasión, ella puso las manos sobre su cabeza vacilante. Pero lo que *ella* ahora sentía era diferente de la otra vez. Entonces se habría entregado a él, se le habría sometido y sólo esperaba una palabra suya. Ahora sentía lástima de él y sólo pensaba en la manera de tranquilizarle.

-¿Qué tienes? -repitió ella-. ¿Por qué lloras? No será porque has vuelto a casa un poco... un poco incomodado. ¡No puede ser! ¿O quizá sea porque Markélov te da lástima? ¿O temes por mí? ¿O por ti? ¿O es que lamentas nuestras esperanzas? ¡Pero seguro que no esperabas que todo marchara bien!

Nezhdánov levantó de pronto la cabeza.

-No, Marianna -dijo él, dominando los sollozos-.

No tengo miedo por ti o por mí, pero... siento lástima...

-¿De quién?

-De ti, Marianna. De que hayas unido tu destino al de un hombre que no lo merece.

-¿Por qué no?

¡Aunque sea porque es un hombre que llora en un momento como este!

-No eres tú quien llora, sino tus nervios.

-Mis nervios y yo son la misma persona. Escucha, Marianna, mírame a los ojos:

¿puedes decirme en este momento que no estás arrepentida?

¿De qué?

-De haber huido conmigo.

-¡No!

-¿E irás conmigo? ¿A cualquier parte?

¡Sí!

-¿Sí? Marianna... ¿sí?

-Sí. Te di mi palabra, y mientras seas el hombre que yo amo... no la retiraré.

Nezhdánov siguió sentado. Marianna estaba de pie delante de él. Los brazos de él la envolvían por la cintura; las manos de ella reposaban en sus hombros.

«Por lo menos», pensaba Nezhdánov, «antes, cuando la cogía así, su cuerpo se quedaba inmóvil, pero ahora siento que quizá involuntariamente, se aparta de mí.» Soltó a Marianna... y realmente ésta retrocedió un poco.

-De acuerdo -dijo él en voz alta-. Si tenemos que huir de aquí... antes de que la policía nos encuentre... creo que no sería mala idea que nos casáramos. En otro sitio quizá no encontremos un cura tan complaciente como el reverendo Zósimo.

-Yo estoy lista -dijo Marianna.

Nezhdánov la miró fijamente.

¡Una romana! -exclamó él con una sonrisa sarcástica-. ¡El sentimiento del deber!

Marianna se encogió de hombros.

-Tenemos que decírselo a Solomin.

-Sí... Solomin... -murmuró Nezhdánov-. Pero él también corre peligro. La policía le detendrá también. Me parece que él también tomó parte y sabe aún más que yo.

No sé nada -respondió Marianna-. El nunca habla de sí mismo.

«¡No es como yo!», pensó Nezhdánov. «Era eso lo que ella quería decir.»

¡Solomin... Solomin! -añadió después de un largo silencio-. ¿Sabes?, Marianna, yo no lamentaría si unieras para siempre tu vida a un hombre así, como Solomin... o con él mismo.

Marianna miró a Nezhdánov fijamente.

-No tienes ningún derecho a decirme esto -murmuró ella finalmente.

-¿No tengo ningún derecho? ¿En qué sentido debo entender esas palabras? ¿Significan que tú *me* amas, o que no debo, de una manera general, hablar de esas cosas?

-No tienes ningún derecho -repitió Marianna. Nezhdánov bajó la cabeza.

¡Marianna! -exclamó, en un tono de voz ligeramente diferente.

-¿Qué?

-Si yo ahora... si te pidiera ahora, ya sabes... Pero no, no te pido nada... adiós.

Se levantó y salió. Marianna no le detuvo. Nezhdánov se sentó en el diván y se tapó la cara con las manos. Tenía miedo de sus propios pensamientos e intentaba no pensar. Sentía una especie de mano oscura, subterránea, que le cogía en las propias raíces de su ser, y que ya no le dejaba. Sabía que aquel ser querido, amado, que estaba en la habitación de al lado no vendría a su encuentro, y él tampoco tendría coraje de ir hacia ella. ¿Para qué? ¿Qué podría decirle?

Unos pasos rápidos, firmes, le hicieron abrir los ojos. Solomin cruzó la habitación y, llamando a la puerta de Marianna, entró.

Por lo menos, el honor -murmuró amargamente Nezhdánov.

XXXV

ERAN ya las diez de la noche y en la sala de visitas de Arzhánov estaban sentados Sipiaguin, su esposa, y Kaloméitsev, jugando a las cartas, cuando un criado entró y anunció que un desconocido, un tal señor Paklin, deseaba hablar con Borís Andreích sobre un asunto

muy importante y urgente.

-¡Tan tarde! -se sorprendió Valentina Mijáilovna.

-¿Cómo? -preguntó Boris Andreích rascándose su bella nariz-. ¿Cómo dijiste que se llamaba ese señor?

-Paklin, señor.

-¡Paklin! -éxclamó Kaloméitsev-. Un nombre verdaderamente campestre. Paklin... Solomin... *De vrais noms ruraux, hein?*

-¿Y dices -continuó Borís Andreích dirigiéndose con la nariz arrugada al criado-, que se trata de un asunto importante y urgente?

-Así lo dijo.

-Hm... Un mendigo cualquiera, o un intrigante. -O ambas cosas al mismo tiempo -intervino Kaloméitsev.

-Muy probablemente. Bien, que entre a mi despacho -Borís Andreích se levantó-. *Pardon, ma bonne*. Entretanto, pueden jugar un poco al écarté. O espérenme... no tardo nada.

-Nous causerons... allez! -dijo Kaloméitsev.

Cuando Sipiaguin entró en el despacho y vio la miserable, frágil figura de Paklin, apoyada humildemente en la pared entre la chimenea y la puerta, fue dominado

«¡Dios mío! ¡Qué infeliz!», pensó. «Y además, ¡parece que es cojo!»

Siéntese -dijo en voz alta, utilizando sus notas barítonas más benévolas, echando la cabeza hacia atrás y sentándose antes que la visita-. Debe estar cansado del viaje. ¡Siéntese y explíqueme qué asunto importante es ese que le trajo a mi casa a esta hora!

-Me he tomado la libertad -empezó Paklin dejándose caer cuidadosamente en la silla-, de venir a casa de Su Excelencia...

Un momento, un momento -le interrumpió Sipiaguin-. Tengo la impresión de que no es la primera vez que nos vemos. Yo nunca olvido una cara que haya encontrado ya, pero... a... a... a... realmente... ¿dónde le he visto ya?

Su Excelencia no está equivocada. Tuve el honor de encontrarme con usted en San Petersburgo en casa de una persona... que después de eso... desgraciadamente... fue merecedor de su indignación.

Sipiaguin saltó de la silla.

-¡En casa del señor Nezhdánov! Ya me acuerdo. Espero que no vendrá de su parte, ¿verdad?

En modo alguno, Excelentísimo Señor, por el contrario... yo...

Sipiaguin se sentó de nuevo.

-Y hace bien. Porque le diría que saliera inmediatamente de esta casa. No puedo permitir cualquier mediador entre mí y el señor Nezhdánov. El señor Nezhdánov me insultó de tal forma que jamás podré olvidar... Yo estoy por encima de venganzas, pero no quiero saber nada de él, ni de esa muchacha... de todas maneras más corrupta de mente que de corazón -(Sipiaguin ya había repetido esta frase por lo menos treinta veces desde la huida de Marianna)-, que decidió abandonar la casa que la había abrigado para ser amante de un aventurero sin nombre. Deben darse por satisfechos de que los olvide. Mientras decía la última palabra, Sipiaguin agitó el puño en el aire por encima de la cabeza.

-¡Los he olvidado, querido señor!

-Ya he dicho a Su Excelencia que no he venido de parte de ellos en particular, aunque pueda informar a Su Excelencia de que ya están legalmente casados...

«¡Ya está!», pensó Paklin. «Dije que mentiría... y ya está. ¡Qué importa!»

Sipiaguin, apoyándose en el respaldo de la silla movía el cuello de izquierda a derecha.

-Eso no me interesa absolutamente nada, apreciado señor. Es sólo una boda estúpida más en el mundo y nada más. Pero ¿qué asunto urgente es ese al que debo el placer de su visita?

«¡Ah, maldito director general!», pensó de nuevo Paklin. «¡Pronto pondrás una cara diferente!»

-El hermano de su esposa -dijo él en voz alta-, el señor Markélov, fue capturado por los mujiks que él incitaba a la revuelta y se encuentra en este momento en casa del gobernador.

Comentario [Librodot-154]: El apellido Paklin está relacionado con *paklía* (estopa), Solomin con *soloma* (paja).

Comentario [Librodot-155]: Auténticos nombres rurales, ¿eh?

Comentario [Librodot-156]: ¡Perdón, querida!

Comentario [Librodot-157]: Conversaremos... ¡no se preocupe!por aquella sensación verdaderamente ministerial de superior compasión y condescendencia fastidiosa tan característica de los burócratas de San Petersburgo.

Sipiaguin saltó de la silla por segunda vez.

-¿Qué? ¿Qué dice? -tartamudeó, no en su tono barítono, ministerial, sino de una manera gutural muy poco digna.

-He dicho que su cuñado fue detenido y está en chirona. Y yo, en seguida que lo supe, cogí unos caballos y vine a avisarle. Pensé que podría prestarle un servicio, a usted y a ese infeliz, que quizá Su Excelencia pueda salvar.

-Le estoy muy agradecido -dijo Sipiaguin con la misma voz débil y, pulsando un timbre que parecía un hongo, llenó toda la casa de un sonido metálico-. Le estoy muy agradecido -repitió, ya más duro-, pero debo decirle que un hombre que se atreve a pisotear todas las leyes de Dios y de los hombres, aunque fuera cien veces mi pariente, a mis ojos no es un infeliz, sino un criminal

Un criado entró en el despacho.

Sus órdenes?

-¡El carruaje! Quiero en seguida el carruaje con cuatro caballos! Voy a la ciudad. ¡Que Filipp y Stepán me acompañen! -el criado desapareció-. Sí, señor, mi cuñado es un criminal. Voy a la ciudad, pero no para salvarle. ¡Oh, no!

Pero, Excelentísimo Señor...

Son así mis principios, querido señor, y ¡le pido que no me moleste con sus objeciones!

Sipiaguin empezó a caminar de un lado para otro en el despacho, mientras Paklin le miraba con los ojos muy abiertos.

«¡Qué monstruo!», pensó. «Por el habla pareces un liberal, pero ¡no pasas de ser un león hambriento!»

La puerta se abrió y, con pasos apresurados, entraron, primero Valentina Mijáilovna y, tras ella, Kaloméitsev.

Qué pasa, Boris? ¿Has dado la orden para preparar el carruaje? ¿Vas a la ciudad? ¿Qué ocurre?

Sipiaguin se acercó a la mujer y le cogió el brazo derecho.

Il faut vous armer de courage... ma chére! Tu hermano ha sido arrestado.

-¿Mi hermano? ¿Seriozha? ¿Por qué?

¡Predicaba las doctrinas socialistas a los mujiks! -Kaloméitsev soltó un pequeño grito-. ¡Sí! ¡Les predicaba la revolución, hacía propaganda! Pero ellos mismos le cogieron y le entregaron a la policía. Ahora está en la cárcel... en la ciudad.

¡Qué loco! ¿Quién te lo contó?

-Este señor... el señor... ¿cómo se llama?

Valentina Mijáilovna miró a Paklin. Éste hizo una leve reverencia. «¡Qué mujer deslumbrante!», pensó. ¡Incluso en un momento tan difícil, Paklin era susceptible a la belleza femenina!

¿Y quieres ir a la ciudad... tan tarde?

-El gobernador debe estar todavía levantado.

-Yo siempre pensé que se acabaría así -exclamó Kaloméitsev-. No podía ser de otro modo. Pero ¡qué honrados son nuestros mujiks! ¡Bravo! *Pardon, madame, c'est votre frére! Mais la vérité avant tout!*

-¿Quieres realmente ir a la ciudad, Boria? -preguntó Valentina Mijáilovna.

-Estoy seguro -continuó Kaloméitsev-, de que ese, ese *profesor,* el señor Nezhdánov, está también metido en esto. J*'en mettrai ma main au feu.* ¡Todos son de la misma banda! ¿Sabe si también le detuvieron? ¿No lo sabe?

Sipiaguin agitó de nuevo la muñeca.

¡No lo sé, ni quiero saberlo! A propósito -añadió, dirigiéndose a la mujer-, *il parait qu'ils se sont mariés.*

-¿Quién te lo dijo? ¿También este señor?

Valentina Mijáilovna miró de nuevo a Paklin, pero esta vez con los ojos semicerrados.

Sí, fue él.

En ese caso -intervino Kaloméitsev-, él sin duda sabe donde están. ¿Sabe dónde están?

Comentario [Librodot-158]: Es necesario armarse de coraje, querida.

Comentario [Librodot-159]: Perdón, señora, ¡es hermano suyo! Pero ¡la verdad por encima de todo!

Comentario [Librodot-160]: Boria es un diminutivo de Borís.

Comentario [Librodot-161]: Pondría la mano en el fuego.

Comentario [Librodot-162]: Parece que se casaron.

¿Lo sabe? ¿Eh? ¿Lo sabe? -Kaloméitsev empezó a caminar de un lado a otro delante de Paklin, como si quisiera cortarle el camino, aunque éste no diera ninguna señal de querer huir-. ¡Hable! ¡Responda! ¿Eh? ¿Eh? ¿Lo sabe? ¿Lo sabe? ¿Lo sabe?

-Aunque lo supiera -exclamó, furioso, Paklin, cuya rabia había finalmente explotado, con los ojos centelleando-, aunque lo supiera, no se lo diría.

-Oh... oh... oh... -murmuró Kaloméitsev-. Vean esto... ¡Vean esto! Éste también, ¡éste también debe de ser de la banda!

¡El carruaje está preparado! -anunció, en voz alta, el criado.

Sipiaguin cogió el sombrero con un gesto elegante, pero Valentina Mijáilovna insistió tanto en que aplazara el viaje hasta el día siguiente, aduciendo argumentos tan convincentes que estaba muy oscuro, que todos estarían ya durmiendo en la ciudad, que sólo se destrozaría los nervios, que podía resfriarse-, que Sipiaguin finalmente cedió.

-¡Obedezco! -exclamó. Y, con un gesto casi tan elegante como antes, lanzó el sombrero sobre la silla.

-¡Ya no es necesario el carruaje! -dijo al criado-. Pero que esté listo mañana a las seis en punto! ¿Oyes? Puedes irte. ¡Espera! El equipaje del señor... ¡este señor se queda! ¡Paguen al cochero! ¿Ah? ¿Quiere decir algo, señor Konopatin? Le llevo conmigo mañana, señor Konopatin. ¿Qué dice? No oigo... ¿Quiere vodka? ¡Que traigan vodka para el señor Konopatin! ¿No? ¿No bebe? En ese caso... ¡Fiódor! ¡Acompáñele a la habitación verde! Buenas noches, señor Kono...

Comentario [Librodot-163]: Este apellido está relacionado com *konopatit'* (calafatear), tal como Paklin está relacionado con *paklia* (estopa).

Paklin perdió, finalmente, la paciencia.

¡Paklin! -gritó-. ¡Mi nombre es Paklin!

Sí... ¡sí! Bien, no tiene importancia. Son parecidos, ¿sabe? ¡Qué voz tan fuerte la suya para un cuerpo tan pequeño! Hasta mañana, señor... Paklin... Esta vez no me equivoqué, ¿verdad? *Siméon, vous viendrez avec nous?*

Comentario [Librodot-164]: ¿Vendrá con nosotros, Simeón?

-Je crois bien!

Comentario [Librodot-165]: Sí, por cierto.

Y Paklin fue llevado a la habitación verde. Cuando se metió en la cama sintió que giraban la llave en la cerradura inglesa. Se censuró por su idea "genial" y apenas pudo pegar ojo.

A la mañana siguiente, muy temprano, a las cinco y media, fueron a despertarle. Le sirvieron café y, mientras lo tomaba, un criado con cordones de color en los hombros esperaba con una bandeja en la mano y apoyando una de sus piernas en la otra.

-¡Dése prisa! ¡Los señores le esperan!

Después le acompañaron abajo. Efectivamente el carruaje ya esperaba. El de Kaloméitsev estaba allí también. Sipiaguin apareció por la puerta con un abrigo de piel de camello de cuello redondo. Aquellos abrigos habían pasado de moda y sólo los usaba un cierto dignatario importante, que Sipiaguin intentaba adular e imitar. En las grandes ocasiones y en las oficiales, vestía siempre aquel abrigo.

Sipiaguin saludó a Paklin con bastante afabilidad y, con un movimiento enérgico de la mano, le indicó el carruaje y le pidió que tomara asiento.

-Señor Paklin, vendrá con nosotros, ¡señor Paklin! Pongan el saco del señor Paklin junto al cochero. ¡Yo llevo al señor Paklin! -dijo Sipiaguin, dando énfasis a la palabra *Paklin y a* la letra *a-.* Tienes un nombre de mil diablos y ¿aún te ofendes cuando las personas se equivocan? Pues, ya que lo tienes, ¡llenate con él! ¡Señor Paklin! ¡Paklin! -retumbó sonoro aquel desafortunado nombre en el aire fresco de la mañana.

Hacía tanto frío que Kaloméitsev, que había salido después de Sipiaguin, exclamó varias veces, en francés: *-Brrr! Brrr! Brr*

Y envolviéndose más en el abrigo, se sentó en su elegante carruaje con la capota bajada. (Si su pobre amigo, el príncipe servio Mijaíl Obrénovich, le hubiera visto, seguramente habría comprado uno igual en Binder...

»Vous savez, Binder, le grand carrossier des Champs

Elysées?»)

Comentario [Librodot-166]: Binder, el gran fabricante de carruajes de los Campos Elíseos, ¿sabe?

Valentina Mijáilovna, aún "en toca y camisón", observaba por las persianas

Comentario [Librodot-167]: Citación del poema de Pushkin *El conde Nulin* [«Graf Nulin»].

entreabiertas de la habitación. Sipiaguin se sentó y le dijo adiós.

¿Está confortable, señor Paklin? ¡Pues vamos!

-*Je vous recommande mon frére! Épargnezle* -oyeron que decía la voz de Valentina Mijáilovna.

-*Soyez tranquilla!* -exclamó Kaloméitsev mirándola rápidamente por debajo de la visera del gorro de viaje hecho según diseño especial suyo, con una escara

pela-. *C'est surtout l'autre qu'il faut* pincer!

-¡Vamos! -repitió Sipiaguin-. Señor Paklin, ¿no tiene frío? ¡Pues vamos!

Los dos carruajes partieron.

Durante los primeros diez minutos, ni Sipiaguin ni Paklin se hablaron. El infeliz Sílushka, en su abrigo simple y con el sombrero de alas anchas, parecía aún más insignificante contra el forro oscuro de seda del carruaje. Iba callado, mirando los estores azules que se levantaban rápidamente al simple toque de un botón, el tapiz de piel de carnero a los pies, la caja de caoba enfrente, con una escribanía móvil para cartas y hasta un estante para libros (Boris Andreích nunca lo usaba, pero quería que la gente pensara que él, como Thiers, trabajaba durante los viajes). Paklin se sentía intimidado. Sipiaguin le miró una o dos veces de reojo por encima de su cara bien afeitada y, con una pomposa deliberación, sacó de su bolsillo una cigarrera de plata con un monograma en forma de sortija y una cinta eslava, y ofreció... realmente ofreció a su compañero de viaje un puro, que sostenía entre los dedos índice y el mayor de su mano elegantemente vestida con un guante inglés amarillo de piel de perro.

-No fumo -murmuró Paklin.

-¡Ah! -respondió Sipiaguin. Pero él sí empezó a fumar un puro, una excelente regalía.

-Debo decirle... querido señor Paklin -comentó Sipiaguin soplando delicadamente y expulsando tenues anillos de delicioso humo-, que yo... realmente... le estoy muy... agradecido... Puede que le hubiera parecido... anoche... un poco severo... pero no es mi... carácter... -Sipiaguin, intencionadamente, vacilaba al hablar-. Se lo puedo asegurar. Pero, señor Paklin, póngase en mi... lugar -Sipiaguin cambió el puro de un lado de la boca al otro-. La posición que ocupo me coloca... por decirlo de alguna manera... en la evidencia... Y de repente... el hermano de mi mujer... se compromete... y me compromete a mí, de esta manera tan insólita. ¡Ah, señor Paklin! ¿Piensa quizá que no tiene importancia?

-Sepa Su Excelencia que yo no pienso nada.

-¿No sabe, acaso, por qué le detuvieron... y dónde?

-Oí decir que fue en el distrito de T.

-¿Quién le dijo eso?

-Un... una persona.

-Sin duda no fue un pajarito. Pero ¿quién es esa persona?

-Fue... un asistente del director de la secretaría del gobernador...

-¿Cómo se llama?

-¿El director?

No, el asistente.

-Se llama... se llama Uliáshevich. Sepa Su Excelencia que es una persona muy honesta. Y yo, en seguida que supe lo que había sucedido, corrí a casa de Su Excelencia.

-¡Sí, sí! Y yo repito que le estoy muy agradecido. Pero ¡qué locura! ¿No le parece que es una locura, señor Paklin? ¿No le parece? ¿Eh?

¡Una auténtica locura! -exclamó Paklin, sintiendo que un sudor caliente se le escurría por la espalda-. Quiere decir -continuó él-, que no comprenden al mujik ruso -Paklin miró a Sipiaguin que se volvió ligeramente hacia él y le observó con una mirada fría, pero no exenta de animosidad-. El mujik ruso nunca podrá ser instigado a la revuelta si no es apelando a su devoción por la autoridad, por un zar cualquiera. Es necesario inventar una leyenda... recuerde al falso Dmitri... es necesario mostrarle una enseña marcada al fuego en el pecho.

-Sí, sí, o como Pugachóv -interrumpió Sipiaguin como si dijera: «Aún no he olvidado nuestra historia... no hace falta que continúe.» Y después de añadir: «¡Una locura! ¡Una locura!», se dejó caer en la contemplación de los rápidos anillos de humo que salían de su

Comentario [Librodot-168]: ¡Le encomiendo mi hermano. ¡Cuide de él!

Comentario [Librodot-169]: ¡Quede tranquila!

Comentario [Librodot-170]: ¡Es sobre todo al otro al que hay que atrapar!

Comentario [Librodot-171]: Antiguo siervo que se presentó en 1603 como el zarévich y, con el apoyo de un grupo de aventureros polacos y cosacos, se proclamó heredero legítimo del trono ruso. Entró en Moscú en 1605 y fue coronado en la catedral de Uspenski. Finalmente, en 1606, fue asesinado. Este tipo de táctica fue adoptada por los populistas. En 1875 Y.V. Stefánovich empezó a propagar entre los campesinos del distrito de Chiguirinski, provincia de Kíev, que el mismo zar había escrito un *Documento oficial secreto,* en el cual los campesinos eran llamados a masacrar a los propietarios que «por la astucia y el engaño» se habían apoderado «de la mejor y mayor parte de la tierra». Stefánovich consiguió organizar un «destacamento secreto» de campesinos, pero la conspiración fue descubierta y los campesinos fueron severamente castigados.

Comentario [Librodot-172]: Famoso pretendiente al trono, durante el reinado de Catalina II, comandando un ejército de campesinos, siervos y habitantes del Volga, incluyendo tártaros, bashkires, calmucos y kirguises. Pugachov llegó a comandar entre veinte y treinta mil hombres. Conquistó Kazan y cuando parecía que nadie podía ya detenerle, fue traicionado, llevado a Moscú en una jaula y ejecutado. Es el tema de la novela de Pushkin *la hija del capitán (Kapitánskaia docbka].*

puro.

-Excelentísimo Señor! -observó atrevidamente Paklin-. Le dije hace poco que no fumo... pero no es cierto. Fumo, sí, y su puro huele tan bien...

-¡Ah! ¿Qué? ¿Qué? -preguntó Sipiaguin, como si despertara. Y, sin que Paklin tuviera que repetirlo, prueba evidente de que le había oído bien y que sólo soltaba sus exclamaciones para darse aires, le extendió la cigarrera.

Paklin empezó a fumar, muy agradecido.

«Esta es una buena oportunidad», pensó éste. Pero Sipiaguin se le anticipó.

-Recuerdo que me dijo también -dijo éste en un tono despreocupado, interrumpiéndose para mirar el puro y empujar el sombrero hacia la frente-, que me dijo... ¿Ah!, sí..., que me habló de su amigo, que se casó con mi... pariente. ¿Estuvo con ellos? ¿Están muy lejos de aquí?

«¡Ehe!», pensó Paklin. «¡Cuidado, Sila!»

-Sepa Su Excelencia que ¡sólo les vi una vez! En realidad viven... no muy lejos de aquí.

-Como usted comprenderá -continuó Sipiaguin en el mismo tono-, yo no puedo preocuparme seriamente, como ya le expliqué... ni por esa muchacha frívola, ni por su amigo. ¡Dios mío! Yo no tengo prejuicios, pero ¡convendrá conmigo que es demasiado! ¡Qué estupidez! Sin embargo, supongo que se sintieron atraídos más por la política... ¡Política! -repitió encogiéndose de hombros-, que por cualquier otro sentimiento.

-También a mí me lo parece, Excelentísimo Señor.

-Sí, el señor Nezhdánov era muy revolucionario. Pero tenemos que hacerle justicia: nunca escondió sus opiniones.

-Nezhdánov -arriesgó Paklin- fue quizá demasiado lejos, pero su corazón...

-Es bueno -terminó Sipiaguin-, claro... claro... como el de Markélov. Todos tienen buen corazón. Probablemente él también tomó parte en esto y estará implicado... ¡Supongo que tendré que interceder también por él!

Paklin apretó las manos contra su pecho.

-Sí, sí, sí, Excelentísimo Señor. ¡Extiéndale su protección. El merece... merece... su simpatía.

Sipiaguin suspiró.

-¿Le parece?

-Por lo menos, si no por él... por su sobrina, que ahora es su esposa! («¡Dios mío! ¡Dios mío!» pensó Paklin. «¡Qué manera de mentir la mía!»)

Sipiaguin entornó los ojos.

-Veo que es usted un amigo muy devoto. Es una buena cualidad, muy digna, mi joven amigo. ¿Dice entonces que viven muy cerca?

-Sí, Excelentísimo Señor, en un gran establecimiento...

Aquí Paklin se mordió la lengua.

-Claro, claro... ¡en casa de Solomin! ¡Están allí! Ya lo sabía, ya me habían informado... Sí. (Sipiaguin no lo sabía y nadie le había informado, pero recordando la visita de Solomin, el encuentro nocturno, tiró del anzuelo... y Paklin picó en seguida.)

-Ya que lo sabe... -empezó a decir y, por segunda vez Paklin se arrepintió. Pero ya era tarde. Una simple mirada que Sipiaguin le echó fue suficiente para comprender que había estado todo ese tiempo jugando con él como un gato con un ratón.

Sin embargo, Excelentísimo Señor -tartamudeó el infeliz-, debo decir que no sé absolutamente nada...

¡Pero yo no le hago preguntas! ¡Ya está bien! ¿Quién se cree que somos, yo y usted? -dijo Sipiaguin con arrogancia. Y se retiró hacia sus alturas ministeriales.

Y Paklin se sintió de nuevo una pequeña y miserable criatura. Hasta ese momento conservaba el puro en la boca, apartado de Sipiaguin, y aspiraba el humo lentamente, echándolo hacia un lado; pero lo sacó de la boca y dejó de fumar.

-¡Dios mío! -murmuró en voz baja, con el sudor caliente goteándole cada vez más por la espalda-. ¿Qué hice? Traicioné a todos... Fui engañado, ¡me han comprado con un puro! Soy un traidor... Y ¿qué podré hacer ahora para ayudarles? ¡Señor!

Librodot

Pero ya no había remedio. Sipiaguin se había dormido, dignamente, ministerialmente, envuelto en su imponente abrigo... Y un cuarto de hora después los dos carruajes se detuvieron delante de la casa del gobernador.

XXXV

EL gobernador de S. era uno de aquellos generales bonachones, joviales, de sociedad, de cuerpos blancos y limpios como sus almas; iguales, bien nacidos, bien cuidados y, para decirlo de algún modo, criados para que nunca fueran "pastores del pueblo" pero que, sin embargo, dan administradores muy aceptables, trabajando poco, siempre suspirando por San Petersburgo y siempre cortejando a las señoras de provincia. Algunos incluso consiguen ser útiles y dejar buenos recuerdos. El gobernador de S. acababa de levantarse y estaba cómodamente sentado en su tocador, en camisón y bata, mirándose al espejo y pasándose agua de colonia por la cara y el cuello, después de quitarse toda una colección de amuletos y monedas que llevaba colgadas, cuando le informaron de la llegada de Sipiaguin y Kaloméitsev, los cuales querían hablarle de un asunto importante y urgente. El gobernador conocía muy bien a Sipiaguin, incluso se tuteaban, eran amigos desde la infancia, y se encontraban a menudo en los salones de San Petersburgo, y en los últimos tiempos había empezado mentalmente a añadir a su nombre -siempre que le recordaba- la exclamación: «¡Ah!», como el nombre de un futuro hombre de estado. Conocía menos a Kaloméitsev y le respetaba menos a causa de varias quejas "desagradables" que había contra él. De todos modos le consideraba un hombre *qui fera son chemin* de una manera o de otra.

Comentario [Librodot-173]: Que triunfará.

Ordenó que los visitantes entrasen al despacho y fue apresuradamente a su encuentro con su bata de seda y, sin ni siquiera excusarse por recibirles vestido de una forma tan poco protocolaria, les apretó la mano cordialmente. Sin embargo, sólo Sipiaguin y Kaloméitsev estaban en el despacho; Paklin se había quedado en la sala de visitas. Al salir del carruaje había intentado escaparse, murmurando que tenía un asunto que tratar en casa, pero Sipiaguin le había detenido con educada firmeza (Kaloméitsev corrió y le murmuró al oído: ¿Ve *le lachez pas! Tonerre de tonerres!»* y se lo llevó con él. Sin embargo, no lo llevaron al despacho, pidiéndole –con la misma firmeza- que esperara en la sala de visitas hasta que le llamaran. Incluso allí, Paklin tenía la esperanza de poder huir... pero en la puerta apareció un policía, llamado por Kaloméitsev... y Paklin se quedó.

Comentario [Librodot-174]: ¡No deje que se escape, demonios!

-Seguro que ya sabes lo que me trae aquí, *Volde*mar! -empezó Sipiaguin.

-No, mi querido amigo, no tengo idea -respondió el amable epicúreo con una sonrisa de bienvenida en su rostro rosado y mostrando los dientes brillantes, medio ocultos por el bigote sedoso.

¿Cómo?... ¿Y Markélov?

-¿Qué pasa con Markélov? -repitió el gobernador con la misma expresión. En primer lugar, no recordaba que el preso del día anterior se llamara Markélov; en segundo lugar, se había olvidado completamente que la mujer de Sipiaguin tenía un hermano con ese nombre-. Pero, ¿por qué estás tú de pie, Boris? ¡Siéntate! ¿No quieres un poco de té?

Pero Sipiaguin no quería té.

Cuando finalmente entendió de lo que se trataba y por que razón Sipiaguin estaba allí con Kaloméitsev, el gobernador soltó una exclamación, se dio una palmada en la frente y su rostro asumió una expresión de pena.

-¡Sí... sí... sí! -repitió-. ¡Qué desgracia! Y él está aquí preso, de momento... Sabes que los presos *de esta clase* nunca están aquí más de una noche, pero como quiera que el jefe de la policía está fuera tu cuñado se quedó aquí... Pero mañana será enviado a la policía. Dios mío, ¡qué desagradable! ¿Qué crees que debo hacer?

-Me gustaría hablar con él aquí... si no va contra la ley.

-¡Por favor, querido amigo! Las leyes no se han hecho para personas como tú. Me siento muy molesto... *C'est affreux, tu* sais!

Comentario [Librodot-175]: ¡Es horrible!

Tocó el timbre de una manera especial. Apareció un ayudante.

-Mi querido barón, trate de esto -y le dijo lo que debía hacer. El barón desapareció-. Vaya, *mon cher* ami, los mujiks casi lo matan. Le ataron las manos detrás de la espalda, le echaron en un carro y ¡arre! E, ¡imagina!, ¡no estaba nada enfadado ni indignado con ellos! Parecía tan tranquilo... ¡Increíble! Pero tu mismo verás. *C'est un fanatique... tranquile*.

-*Ce sont des* pires -observó Kaloméitsev sentenciosamente.

Comentario [Librodot-176]: Querido amigo.

Comentario [Librodot-177]: Es un fanático... tranquilo.

Comentario [Librodot-178]: Son los peores.

El gobernador le miró de soslayo.

-A propósito, necesito hablarle, Simeón Petróvich. -¿Sobre qué?

-Sobre una cosa muy desagradable.

-¿De qué se trata?

-¿Recuerda aquel mujik que le debía dinero y que vino a quejarse...?

-Sí...

-Se ahorcó.

-¿Cuándo?

-Es lo de menos, pero es muy desagradable.

Kaloméitsev se encogió de hombros y se dirigió hacia la ventana con elegantes movimientos. En ese momento, el ayudante apareció con Markélov.

El gobernador había dicho la verdad: estaba extraordinariamente tranquilo. Incluso su habitual malhumor le había desaparecido del rostro y había sido sustituido por una expresión de cansancio indiferente, que no cambió al ver a su cuñado. Sólo en la mirada que echó al ayudante alemán que le había escoltado hubo un momentáneo resurgir del viejo odio que sentía por ayudantes y por alemanes. Tenía el chaleco rasgado por dos sitios y cosido apresuradamente con hilo grueso; en la frente, sobre las cejas y en la base de la nariz, presentaba algunas cicatrices cubiertas de sangre coagulada. No se había lavado, pero llevaba el pelo peinado. Con las manos escondidas en las mangas, se quedó cerca de la puerta. Respiraba con calma.

-¡Serguéi Mijáilovich! -exclamó Sipiaguin, excitado, dando un paso o dos en su dirección y alargando la mano derecha para que pudiese tocarle o detenerle en el caso de que hiciera algún movimiento hacia adelante-. ¡Serguéi Mijáilovich! No estoy aquí sólo para expresar nuestro asombro, nuestra profunda angustia... puedes estar seguro de eso. *¡Quisiste* perderte! ¡Y lo has conseguido! Quise verte para decirte... ah... para darte la posibilidad de escuchar la voz de la prudencia, del honor y de la amistad. Aún puedes suavizar tu destino y cree que, por *mi* parte, haré todo lo que pueda. El respetado gobernador es testigo de eso -aquí, Sipiaguin levantó la voz-. Un arrepentimiento sincero de tus errores y una confesión sincera, sin ninguna reserva, presentada a las autoridades competentes...

-Excelentísimo Señor -interrumpió Markélov, dirigiéndose al gobernador. Incluso el tono de su voz parecía tranquilo, aunque algo ronco-. Yo pensaba que quería verme para interrogarme de nuevo, que... Pero si me hizo venir sólo por un capricho del señor Sipiaguin, entonces, por favor, mande que me lleven de nuevo. Nunca llegaremos a entendernos. Todo lo que él dice es chino para mí.

-Chino... ¿eh? -gritó Kaloméitsev con insolencia-.

¿Instigar a los campesinos a la revuelta es chino? ¿Es chino, eh? ¿Eh? ¿Es chino?

-Su Excelencia tiene en su casa un funcionario de la policía secreta, ¿no? ¡Tan celoso! -exclamó Markélov, y una leve sonrisa de placer pasó por sus labios pálidos.

Kaloméitsev empezó a gritar y a patear. Pero el gobernador le hizo parar.

-La culpa es suya, Simeón Petróvich. ¿Por qué se mete en asuntos que no le conciernen?

-¿No me conciernen?... ¿No me conciernen?... Creo que este asunto es general... de todos nosotros, los aristócratas...

Markélov miró a Kaloméitsev lenta y fríamente, como si fuera la última vez, y se giró hacia Sipiaguin.

Y si quiere saber lo que pienso, cuñado, yo se le explicaré. Mire: admito que los campesinos tenían el derecho a detenerme y entregarme a la policía, si no les agradaba lo que yo les decía. Eran libres para hacerlo. *Yo* fui hacia ellos y no al contrario. Por lo que respecta

al gobierno, si éste me envía a Siberia... no protestaré, aunque no me considere culpable. El gobierno hace su trabajo, se defiende. ¿Está satisfecho?

Sipiaguin levantó los brazos en señal de desesperación.

-¿Satisfecho? ¡Qué palabra! No es esa la cuestión... Nosotros no somos nadie para juzgar los actos del gobierno. Lo que yo quiero saber es si siente... si sientes, Serguéi -Sipiaguin decidió emplear un tono más cordial-, la imprudencia, el absurdo de tu empresa, si estás dispuesto a arrepentirte, si yo puedo responder por ti, Serguéi.

Markélov frunció sus espesas cejas.

Ya lo he dicho... y no quiero repetirlo.

-Pero ¿te arrepientes? ¿Te arrepientes?

De golpe, Markélov perdió la cabeza.

Ah, ¡déjeme en paz con su "te arrepientes"! ¿Quiere penetrar en mi propia alma? Por lo menos deje eso para mí solo.

Sipiaguin se encogió de hombros.

¡Siempre fuiste así, nunca quisiste escuchar la voz de la razón! Tienes la posibilidad de salir de aquí de una forma digna, honrada...

-Dignamente, honradamente... -repitió Markélov-. Ya conocemos esas palabras! Las usan siempre que se preparan para cualquier cosa abyecta. Es lo que significan esas palabras.

-Nosotros le compadecemos -Sipiaguin siguió exhortando a Markélov-, y usted nos odia.

¡Buena compasión! ¡A Siberia, a los trabajos forzados! Esta es su compasión. ¡Ah! ¡Déjeme... déjeme, por el amor de Dios!

Y Markélov bajó la cabeza.

Tenía el alma muy agitada, aunque exteriormente estuviera tranquilo. Se sentía sobre todo torturado por haber sido traicionado... ¿por quien? ¡Por Ereméi de Golopliók! ¡Aquel mismo Ereméi, en quien había confiado tan ciegamente! Que Mendeléi, el Malhumorado, no le hubiese seguido no le sorprendió... Mendeléi estaba borracho y por eso tenía miedo. ¡Pero Ereméi! Para Markélov, Ereméi era como la encarnación del pueblo ruso... ¡Y le había traicionado! ¿Estaría equivocado en cuanto a la causa? ¿Sería Kisliakov un mentiroso? ¿Daria Vasili Nikoláievich órdenes estúpidas? ¿Y todos aquellos artículos, libros, obras de socialistas, de pensadores, todas las letras que le parecían la verdad invencible, seria todo paja? ¿Lo sería? Y aquella comparación de un absceso maduro aguardando la punta del bisturi, ¿no pasaria de ser una farsa? «¡No, no!», murmuró para sí. Y en su rostro bronceado se esparció un leve rubor. «¡No! Todo aquello era verdad, todo... La culpa es toda mía, fui yo quien no supe decir y hacer bien las cosas. Simplemente tenía que haber dado órdenes y si alguien hubiera intentado retroceder u objetar algo... meterle una bala en la frente. No hay otra forma de actuar. Quien no está con nosotros no tiene el derecho de vivir... ¿No matan a los espías como perros, o peor aún que perros?»

Y surgieron de nuevo, en la mente de Markélov, todos los detalles de su captura... Primero, el silencio, las miradas maliciosas, los gritos venidos del fondo de la multitud... Alguien se le acercó, como si hiciera una reverencia. Después un ruido súbito. Y como lo echaron al suelo... «Chicos... chicos... ¿qué hacéis?» Y ellos: «¡Un cinturón! ¡Sujetadle!» Después sus huesos que estallaban... y una rabia inaudita... basura en la boca, en la nariz... «¡Traedle, traedle... al carro!» Alguien bramó riendo.

«No tenía que haber sido así... no hice bien las cosas...»

Era aquello lo que más le torturaba. El hecho de que le hubieran cogido era su desgracia personal, porque no tenía nada que ver con la causa... él podía aguantar... ¡pero Ereméi! ¡Ereméi!

Mientras Markélov estaba allí con la cabeza inclinada hacia su pecho, Sipiaguin había llevado al gobernador aparte y empezó a hablar con él en voz baja, agitando un poco la mano, apoyando dos dedos en su pequeña frente como deseando indicar que aquel infeliz no estaba bien de la cabeza, a fin de despertar si no la compasión, por lo menos la indulgencia del gobernador para aquel loco. Pero el gobernador se encogió de hombros, abrió y cerró los ojos,

lamentó su imposibilidad de hacer algo aunque, sin embargo, hizo una promesa vaga... *«Tous les égards... certainement, tous les égards...»* Se oyeron sus palabras suaves, agradables, fluyendo a través del bigote perfumado:

-Pero tú sabes que ¡la ley es la ley!

-¡Claro que sí! -respondió Sipiaguin con una especie de severidad obediente.

Mientras ellos conversaban en un rincón, Kaloméitsev no podía estarse quieto en el mismo sitio, caminaba hacia atrás y hacia adelante, susurraba y tartamudeaba, exhibía todo tipo de señales de gran impaciencia. Por fin, se dirigió a Sipiaguin y dijo apresuradamente: -*Vous oubliez l'autre!*

-*¡Ah,* sí! -dijo Sipiaguin en voz alta-. *Merci de me l'avoir* rappelé. Tengo que llamar la atención de Su Excelencia -dijo, dirigiéndose al gobernador. Habló a su amigo *Voldemar* de esa manera formal para no comprometer el prestigio de la autoridad en presencia de un preso-. ...sobre el hecho de que el loco intento de mi *beau- frére* tiene algunas ramificaciones y que una de ellas... o sea, una de las personas sospechosas... se encuentra no muy lejos de esta ciudad. Traje conmigo -añadió en voz baja- a uno de ellos, que está en tu sala de visitas... Le traje conmigo.

El gobernador miró a Sipiaguin y pensó con admiración: «¡Qué hombre!», y dio una orden. Un minuto después, Sila Paklin estaba delante de él.

Sila Paklin empezó una gran reverencia al gobernador. Pero, cuando advertió la presencia de Markélov, no la terminó y quedó como estaba, torciéndose el sombrero con las manos. Markélov le miró distraídamente, pero apenas le reconoció, pues de nuevo se había recogido en sus pensamientos.

-¿Es ésta la ramificación? -preguntó el gobernador señalando a Paklin con uno de sus grandes dedos blancos adornado con una enorme turquesa.

-¡Oh, no! -respondió Sipiaguin con una leve sonrisa-. De todas maneras, ¡quién sabe! -añadió después de pensar un poco-. Excelentísimo señor -dijo de nuevo en voz alta-, delante de usted está un tal señor Paklin. Por lo que sé, vive en San Petersburgo y es amigo íntimo de una cierta persona que ocupó el lugar de profesor en mi casa, de la que huyó llevándose con él... me ruborizo sólo de referirlo... a una muchacha que es sobrina mía.

-*Ah! Oui, oui* -murmuró el gobernador y sacudió la cabeza de abajo hacia arriba.

Sipiaguin levantó la voz.

Esa persona es un tal señor Nezhdánov, de quien tengo fuertes sospechas de ideas y teorías que creo peligrosas...

-*Un rouge á tous crins* -interrumpió Kaloméitsev.

-...de ideas y teorías que creo peligrosas -repitió enfáticamente Sipiaguin-. Sin duda alguna Nezhdánov no es ajeno a toda esta propaganda y está... escondido, como me dijo el señor Paklin, en la fábrica del comerciante Faléiev...

Al oír las palabras "como me dijo", Markélov echó otra mirada a Paklin y sólo sonrió, lentamente y con indiferencia.

-Perdón, perdón, Excelentísimo Señor -gritó Paklin-, fue el señor..., el señor Sipiaguin, yo nunca... nunca...

¿Dijo el comerciante Faléiev? -preguntó el gobernador a Sipiaguin, haciendo con las manos un gesto hacia Paklin, como si le dijera: «¡Tranquilo, querido señor, tranquilo!-. Pero ¿qué demonios pasa con nuestros respetables comerciantes barbudos? Ayer también fue detenido uno que estaba relacionado con el mismo asunto. Debes haber oído hablar de él: Golushkin, un hombre muy rico. Aunque éste no hace revoluciones. Y, además ya está arrodillado.

-El comerciante Faléiev no tiene nada que ver con esto -explicó Sipiaguin-. No sé nada de sus ideas: hablo sólo de la fábrica, donde, según palabras del señor Paklin, se encuentra en este momento el señor Nezhdánov.

-¡Yo no dije nada de eso! -gritó de nuevo Paklin-. ¡Fue usted quien lo dijo!

-Por favor, señor Paklin -dijo Sipiaguin, precisando-. Yo admiro mucho el sentimiento de la amistad que le hace «denegar». -(«¡Un auténtico Guizot!» pensó el gobernador.)- Pero debe seguir mi ejemplo. ¿Cree que el sentimiento familiar no es tan fuerte como el de la

Comentario [Librodot-179]: Haré todo lo que sea posible... sin duda, todo lo que sea posible.

Comentario [Librodot-180]: ¡Se olvida del otro!

Comentario [Librodot-181]: Gracias por recordármelo.

Comentario [Librodot-182]: Cuñado.

Comentario [Librodot-183]: Un rojo de los pies a la cabeza.

amistad? Además hay otro sentimiento, mi querido señor, que es aún más fuerte y que debe guiar todas nuestras acciones y hechos: ¡el sentimiento del deber!

-Le sentiment du devoir -aclaró Kaloméitsev.

Comentario [Librodot-184]: El sentimiento del deber.

Markélov miró a los dos interlocutores de una vez.

-Señor gobernador -dijo éste- se lo pido por segunda vez: ordene que me lleven lejos de este par de lenguaraces.

Pero aquí el gobernador perdió un poco la paciencia.

¡Señor Markélov! -exclamó-. Le aconsejo, teniendo en cuenta su posición, que sea más discreto con su lengua y más respetuoso hacia las personas mayores... ¡sobre todo cuando éstas expresan sentimientos patrióticos como los que acaba de escuchar en boca de su *beaufrere!* No olvidaré, mi querido Borís -continuó el gobernador dirigiéndose a Sipiaguin-, relatar tu bello gesto al ministro. Pero ¿con quién está Nezhdánov en esa fábrica?

Sipiaguin frunció la frente.

Con un tal señor Solomin, el ingenierojefe, según me dijo el señor Paklin.

Parecía que Sipiaguin tenía un placer particular en mortificar al pobre Sílushka: le había hecho pagar caro el puro con que le había obsequiado en el carruaje así como la cortesía familiar e incluso algo juguetona de su comportamiento.

-Y ese tal Solomin -añadió Kaloméitsev- es, sin duda alguna, un radical y un republicano, y no estaría demás que Su Excelencia dirigiera su atención también hacia él.

-¿Conoce a estos señores... a Solomin... y a... cual es el otro?... ¿Nezhdánov? -preguntó el gobernador a Markélov en tono autoritario.

Markélov suspiró furiosamente por las narices.

-Y Su Excelencia... ¿conoce a Confucio... y a Tito Livio?

El gobernador se giró.

-Il n y a pas moyen de causer avec cet homme

Comentario [Librodot-185]: No hay manera de conversar con este hombre.

-respondió encogiéndose de hombros-. Barón, venga, por favor.

El ayudante se acercó, pero Paklin aprovechó la oportunidad y cojeó hasta Sipiaguin.

-¿Qué hace? -murmuró-. ¿Por qué quiere perder a su sobrina? ¡Ella está con él, con Nezhdánov!

-Yo no pierdo a nadie, querido señor -respondió Sipiaguin en voz alta-. Hago lo que mi conciencia me ordena y...

-Y lo que su esposa, mi hermana, le ordena, pues lo tiene completamente dominado -intervino Markélov en voz alta.

Sipiaguin ni siquiera parpadeó. ¡Aquello estaba tan por debajo de él!

-Oiga continuó Paklin temblando de emoción y, quizá, de timidez, aunque el brillo de sus ojos era producto del odio que sentía y las lágrimas que le tomaban la garganta eran lágrimas de pena por *ellos y* de humillación por sí mismo-. Oiga, le dije que ella se casó con Nezhdánov, pero no es verdad, ¡le mentí! Pero esa boda se celebrará y si trata de impedirla, si la policía aparece por allá, habrá una mancha en su conciencia que nunca podrá borrar, y...

-Si la noticia que me da -le interrumpió Sipiaguin en voz aún más alta- es cierta, lo que dudo, sólo podrá apresurar las medidas que considero necesario tomar. Y por lo que concierne a mi conciencia, le pido, querido señor, que no se preocupe.

-La pulieron, hermano -interrumpió de nuevo Markélov-, la pulieron con barniz de San Petersburgo. No hay agua que la consiga lavar. Y tú, señor Paklin, ¡puedes decir lo que quieras que no conseguirás nada!

El gobernador consideró que debía acabar con toda aquella discusión.

-Creo -dijo-, que todos ya han hablado suficiente. Mi querido barón: llévese al señor Markélov. *N'est ce pas, Borís,* que ¿ya no lo necesitas?...

Comentario [Librodot-186]: ¿No es verdad, Borís?

Sipiaguin se sacudió las manos.

-Ya dije todo lo que podía decir.

¡Muy bien!... ¡Mi querido barón!...

El ayudante se acercó a Markélov, batió las espuelas, hizo un movimiento horizontal con la mano...

-¡Por favor!

Markélov se giró y salió. Paklin, aunque sólo con su imaginación, pero con amarga compasión y pena, le apretó la mano.

Enviaremos nuestros hombres a esa fábrica -continuó el gobernador-. Pero, una cosa, Boris: me parece que este barin -movió la barbilla en dirección a Paklin- te dijo algo sobre tu sobrina... Parece que ella está también en la fábrica... Si es así...

-Claro que no la pueden detener -observó Sipiaguin, pensativo-. Pero quizá ella vuelva en sí y decida regresar. Si me lo permites, le enviaré un mensaje...

Naturalmente. Y puedes, además, estar seguro de que... *Nous coffrerons le quidam... mais nous sommes galants avec les clames... et avec cellela donc!*

-Pero nada ha dicho sobre ese Solomin -exclamó, en tono de queja, Kaloméitsev, que durante todo este tiempo intentaba escuchar lo que decían *á part* el gobernador y Sipiaguin-. ¡Le aseguro que es el principal instigador! ¡Yo tengo un olfato para estas cosas... tengo un olfato!

-*Pas trop de* zéle, querido Simeón Petrióvich -observó el gobernador sonriendo-. ¡Recuerde a Talleyrand! Si es así, no escapará. Usted haría mejor en pensar en su... kkk...k! -y el gobernador hizo un gesto de apretar su propia garganta-. A propósito dijo, dirigiéndose de nuevo a Sipiaguin-, *et ce gaillard-lá...* -señaló de nuevo a Paklin con la barbilla- *...qu'en ferons* nous? No parece peligroso.

-Déjale que se vaya -dijo Sipiaguin en voz baja. Y siguió en alemán-: *Lass' den Lumpen* laufen!

Pensaba que estaba haciendo una citación del *Götz von Berlichingen,* de Goethe.

-Puede largarse, querido señor -dijo el gobernador en voz alta-. Ya no le necesitamos más. ¡Buenos días!

Paklin hizo una reverencia a todos en general y salió a la calle completamente aplastado y abatido. ¡Señor! ¡Señor! Aquel desprecio le había destrozado.

¿Pero qué es todo esto? -pensó, con un desespero inexpresable-. ¿Soy un cobarde y un traidor? No... no... soy un hombre honesto, un caballero... y ¡aún me queda algo de coraje!

Pero ¿quién era aquella figura conocida, sentada en los escalones de la casa del gobernador y que le observaba con una mirada abatida y llena de censuras? Era el viejo siervo de Markélov. Había venido en busca de su barin y no se alejaba de la puerta de la cárcel... Pero ¿por qué miraba a Paklin de aquella manera? ¡Él no había traicionado a Markélov!

-Pero, ¿por qué fui a meter la nariz adonde no me llamaban? -pensó de nuevo, desesperado-. ¿Por qué no me quedé tranquilamente en casa? Y ahora dirán y escribirán que un tal Paklin les traicionó... ¡que entregó sus amigos al enemigo! -recordó la mirada que Markélov le había echado y recordó sus últimas palabras-: «¡Puedes decir lo que quieras que no conseguirás nada!». Y después aquellos ojos envejecidos, abatidos, aplastados. Y, tal como quedó dicho en las escrituras, "lloró lágrimas amargas", y corrió a refugiarse a su oasis, junto a Fómushka y Fímushka y Snandulia...

XXXVI

CUANDO Marianna, esa misma mañana, salió de su habitación, vio a Nezhdánov vestido y sentado en el diván. Tenía la cabeza apoyada en una mano, mientras la otra le caía, débil e inerte, sobre las rodillas. Le dijo:

Buenos días, Alexéi... ¿No te desnudaste? ¿No has dormido? ¡Estás tan pálido!

Los párpados se le levantaron lentamente.

-No, no me metí en la cama.

-¿No te sientes bien? O ¿aún es por lo que pasó ayer?

Nezhdánov movió la cabeza.

-Después de que Solomin entrara en tu habitación, no conseguí dormir.

Comentario [Librodot-187]: Cogeremos al sujeto... pero somos galantes con las señoras... y ¡sobre todo con esta!

Comentario [Librodot-188]: Nada de exagerar. [Frase de Talleyrand].

Comentario [Librodot-189]: Y aquel fulano... ¿que haremos con él?

Comentario [Librodot-190]: ¡Deje que el granuja se vaya!

-¿Cuándo?

-Anoche.

-Alexéi, ¿tienes celos? ¡Qué ideas! ¡Tener celos en un momento como éste! Él no tardó más de un cuarto de hora... Estuvimos hablando de su primo, el cura, y de nuestra boda.

-Ya sé que él no tardó más de un cuarto de hora. Le vi salir. Y no tengo celos. ¡oh no! Pero no conseguí dormir después de eso.

Pero ¿por qué?

Nezhdánov permaneció callado.

Estuve pensando... pensando... pensando...

-¿En qué?

-En ti... en él... yen mí.

-Y ¿a qué conclusión llegaste?

¿Quieres que te lo diga, Marianna?

-Di.

-He pensado que soy una molestia... para ti... para él... e incluso para mí.

-¡Para mí! ¡Para él! Creo que sé lo que quieres decir, aunque asegures que no tienes celos. Pero... ¿una molestia hasta para ti?

-Marianna, en mí hay dos hombres, y uno de ellos no deja vivir al otro. Por eso, creo que sería mejor si ambos dejaran de existir.

-Por favor, Alexéi. ¿Por qué motivo te torturas a ti mismo... y a mí? Deberíamos estar pensando en la manera de huir... No nos dejarán tranquilos.

Nezhdánov le cogió la mano con ternura.

-Siéntate a mi lado, Marianna, y hablemos un poco como buenos amigos, mientras aún tengamos tiempo. Dame tu mano. No estaría de más que buscáramos una explicación... aunque haya quien piense que las explicaciones normalmente aún causan más confusión. Pero tú eres bondadosa e inteligente y me comprenderás... incluso en las cosas que yo no consigo explicar bien. Siéntate.

La voz de Nezhdánov era muy suave, y una ternura particular, amistosa, le brillaba en los ojos al contemplar fijamente a Marianna.

Ella se sentó a su lado y le cogió la mano.

-Gracias, querida... escúchame. No te tomaré mucho tiempo. Durante la noche estuve pensando todo lo que tenía que decirte. Óyeme bien. No pienses que lo que pasó ayer me sabe mal. Es probable que estuviera bastante ridículo e incluso un poco sórdido, pero estoy convencido de que tú no pensaste nada malo de mí... ya que me conoces bien. Dije que eso no me supo mal, pero no es cierto... sí me molestó, pero no por el hecho de haber vuelto a casa borracho. Me molestó porque, finalmente, me convencí de mi ineptitud. Y no sólo porque no puedo beber como beben los rusos... sino ¡por todo! ¡De todo! Marianna, debo decirte que yo ya no creo en la causa que nos unió, con la fuerza por la cual huimos juntos de aquella casa. Si he de serte sincero yo ya había perdido la fe cuando tu entusiasmo logró exaltarme de nuevo. ¡Pero no creo! ¡No creo!

Puso una mano sobre sus ojos y quedó un instante callado. Marianna no dijo nada y bajó los suyos... sentía que él no le había contado nada de nuevo.

-Antes pensaba -continuó Nezhdánov, quitando la mano de los ojos pero ya sin mirar a Marianna-, que ya no creía en la causa, pero tenía fe en mí, en mi fuerza, en mi capacidad. Pensaba que mi capacidad no estaba a la altura de mis convicciones... Pero, evidentemente, no se pueden separar ambas cosas. Y ¿de qué sirve engañarnos? No... no creo en la *causa en sí. Y* tú, Marianna, ¿crees?

Marianna se enderezó y levantó la cabeza.

-Sí, Alexéi, creo. Creo con todas las fuerzas de mi alma... y le dedicaré toda mi vida. Hasta el último aliento. Nezhdánov se volvió hacia ella y la midió con una mirada conmovida y envidiosa.

-Sí, ya sabía que tu respuesta seria ésta. Por tanto, nada tenemos que hacer juntos: tú misma cortaste nuestros lazos de una vez.

Marianna quedó callada.

-Mira, por ejemplo, a Solomin -continuó Nezhdánov-. Aunque él no cree...

-¿Cómo?

-No, ¡él no cree!... pero no necesita creer... Él avanza lentamente hacia adelante. Un hombre que va por la calle de una ciudad no pone en duda la existencia de esta ciudad. Sigue sólo su camino. Así es Solomin. Y no necesita nada más. Pero yo... no puedo ir hacia adelante. Ni hacia atrás. Estoy parado en el mismo sitio. ¿Cómo puedo tener el coraje de pedir a alguien que sea mi compañero? Ya conoces el proverbio: «Con dos personas cargando, el peso será menor.» Pero si una de ellas no puede aguantar su lado... ¿qué podrá hacer la otra?

-Alexéi -dijo Marianna indecisa-, me parece que exageras. Nos queremos.

Nezhdánov suspiró profundamente.

-Marianna... Mi respeto hacia ti es grande... tú te compadeces de mí... y cada uno de nosotros tiene confianza en la honestidad del otro. Pero la verdad es esta: no hay amor entre nosotros.

Espera, Alexéi, ¿cómo puedes decir esto? De un momento a otro la policía puede venir por nosotros... Tenemos que huir juntos y no separarnos.

-Sí, e ir a ver al reverendo Zósimo para que nos case tal como dice Solomin. Sé muy bien que a tus ojos esa boda no es más que un pasaporte, una manera de evitar dificultades con la policía... pero, a la vez, nos ligará un poco... tendremos que vivir juntos... si no *obligatoriedad,* ello presupone el deseo de vivir juntos.

-¿Qué significa esto, Alexéi? ¿Que te quedarás aquí?

La palabra «Sí» casi se escapó de la boca de Nezhdánov, pero se contuvo y dijo:

-N... n... no.

Entonces ¿vas a un lugar diferente de aquel adónde yo voy?

Nezhdánov le apretó la mano, que aún retenía en la suya.

Dejarte sin protección, sin nadie que te defienda, sería un acto criminal. No haré eso, por peor que yo pueda ser. Tendrás quien te ampare... ¡Puedes estar tranquila!

Marianna se inclinó hacia Nezhdánov y, acercando más su rostro hacia él, intentó mirarle a los ojos, al alma... a la misma alma.

-¿Qué pasa, Alexéi? ¿Qué tienes en el corazón? ¡Dime!... Me das miedo. Tus palabras son tan enigmáticas, tan extrañas... Y tu rostro... ¡Nunca te vi así!

Nezhdánov se apartó tranquilamente y le besó la mano con ternura. Esta vez ella no resistió, no rió, yse quedó sentada mirándole pensativa y ansiosamente.

-No te preocupes, ¡por favor! No hay nada de extraño. Guarda tu preocupación para otras cosas. Dicen que los mujiks pegaron a Markélov, que le aplastaron las costillas. Él sintió sus golpes... A mí no me pegaron, incluso bebieron conmigo, bebieron a mi salud... pero me aplastaron el alma de la misma forma que a Markélov las costillas... Yo nací torcido... quise enderezarme, pero aún me he torcido más. He aquí precisamente lo que ves en mi rostro.

-Alexéi -dijo lentamente Marianna-, sería un pecado que no fueras sincero conmigo.

El le apretó las manos con fuerza.

-Marianna, todo mi ser está delante de ti como en las palmas de mis manos. Y te diré anticipadamente lo que decida. ¡No tendrás sorpresas!

Marianna quería pedirle que aclarara aquellas palabras, pero no lo hizo... porque en aquel momento Solomin entró en la habitación.

Sus movimientos eran más rápidos de lo habitual. Tenía los ojos semicerrados, los labios apretados, en todo su rostro había una expresión en cierto modo más tensa y seca, firme y un poco ruda.

-Queridos amigos -empezó-, tengo que pediros que os déis prisa. Arreglaos... llegó el momento de marchar. Estad preparados para dentro de una hora. Tenemos que realizar vuestra boda. No hay noticias de Paklin. Los caballos permanecieron algún tiempo en Arzhánov y después volvieron... El se quedó allá. Probablemente lo llevaron a la ciudad. No creo que nos haya denunciado, aunque quizá sí lo haya hecho inconcientemente. Además, podrían deducir donde estáis por los caballos. Mi primo ya ha sido avisado. Pável irá con vosotros. El será vuestro testigo.

Librodot

-¿Y usted... y tú? -preguntó Nezhdánov-. ¿No te largas? Veo que vas vestido para salir -añadió, indicando con los dedos las botas altas que Solomin llevaba.

-Me las puse... porque hay fango en el patio.

-Pero ¿no te responsabilizarán por nosotros?

-No lo creo. De todos modos... es un problema mío. Bueno, dentro de una hora. Marianna, creo que Tatiana quiere verla. Tiene algo preparado para usted. Ah, ¿sí? Yo también quería verla...

Marianna se dirigió a la puerta.

En el rostro de Nezhdánov surgió una expresión extraña, mezcla de miedo y desespero.

-Marianna, ¿te vas? -dijo éste de golpe, con una voz desilusionada.

Ella se detuvo.

Estaré de vuelta dentro de media hora. Después ya arreglaré las cosas en un instante.

-Sí, pero ven...

De acuerdo, pero ¿para qué?

-Aún quiero mirarte una vez más. -La observó intensamente-. ¡Adiós! ¡Adiós, Marianna! -Ella quedó confusa-. ¿Cómo?... ¿Qué digo yo? ¡Qué cosas estoy diciendo! Si vas a volver dentro de media hora, ¿verdad?

-Claro.

Claro... Perdona. Tengo la cabeza confusa por la falta de sueño. Voy a empezar... a hacer las maletas... Marianna salió. Solomin quería acompañarla. Nezhdánov le detuvo.

¡Solomin!

-¿Qué ocurre?

-Dame tu mano. Quiero agradecer tu hospitalidad. Solomin sonrió.

¡Qué idea tan extraña!

Pero le alargó la mano.

-Y una cosa más -continuó Nezhdánov-. Si me pasa algo, ¿puedo confiar en que no abandonarás a Marianna?

-¿Tu futura esposa?

-Sí..., bueno, Marianna.

-En primer lugar, estoy seguro de que no te pasará nada; en segundo lugar, puedes estar tranquilo: Marianna me es tan querida como a ti.

-¡Oh, lo sé... lo sé... lo sé! Está bien, de acuerdo. Y gracias. ¿Dentro de una hora?

-Dentro de una hora.

-Estaré listo. ¡Adiós!

Solomin salió y alcanzó a Marianna en la escalera. Quería decirle algo sobre Nezhdánov, pero se calló. Y Marianna, por su lado, comprendió que Solomin quería decirle algo sobre Nezhdánov, y que se lo callaba. Y tampoco dijo nada.

XVII

TAN pronto como Solomin salió, Nezhdánov saltó rápidamente del diván, dio dos vueltas por la habitación y después se quedó de pie un momento en una especie de indecisión rígida. De repente se volvió, se quitó apresuradamente su "mascarada", que tiró a un rincón, y se puso su antiguo traje. Después se dirigió hasta la mesilla de tres pies, sacó de un cajón dos cartas lacradas y otro objeto pequeño que se metió en el bolsillo. Dejó las cartas sobre la mesilla. Después se puso en cuclillas ante la chimenea y abrió la portezuela... Dentro, había un montón de cenizas. Era todo lo que quedaba de sus papeles, de su cuaderno íntimo... Los había quemado durante la noche. A un lado de la chimenea, tumbado, apoyado en la pared, estaba el retrato de Marianna que Markélov le había dado. Era evidente que no había tenido coraje para quemarlo. Nezhdánov lo cogió cuidadosamente y lo colocó en la mesilla al lado de las dos cartas lacradas.

Después, con un movimiento decidido de la mano, se puso el gorro y se dirigió hacia la puerta... pero se detuvo, volvió atrás y entró en la habitación de Marianna. Estuvo allí de pie un momento, miró alrededor y, acercándose a su pequeña cama, se inclinó y, con un sollozo contenido, apretó los labios contra los pies de la cama. Después se volvió y, tirándose el gorro hacia la frente, salió.

Sin encontrar a nadie ni en el pasillo ni en la escalera, ni abajo, Nezhdánov llegó al jardín. El día estaba gris, el cielo bajo y una brisa húmeda soplaba haciendo ondular la hierba a la vez que sacudía las hojas de los árboles. La fábrica hacía menos ruido que de costumbre a esa hora del día; del patio venía olor a carbón, cebo y alquitrán. Nezhdánov miró alrededor, desconfiado, y se dirigió rápidamente al viejo manzano que le había llamado la atención el día que había llegado, cuando por primera vez había mirado desde la ventana de su habitación. El tronco del manzano estaba cubierto de musgo seco; sus ramas arrugadas, desnudas, estaban regularmente cubiertas por hojas verderosadas y dobladas hacia arriba, como brazos viejos en señal de súplica. Nezhdánov clavó firmemente los pies en la tierra oscura que cercaba las raíces del manzano, y sacó de su bolsillo aquel pequeño objeto que estaba en el cajón de la mesilla. Después miró fijamente las ventanas de la casa. «Si alguien me viera ahora», pensó, «quizá no lo hiciera...» Pero ningún rostro humano apareció... todos parecían muertos, todos se alejaban de él, le abandonaban para siempre, le dejaban a merced de su destino. Sólo el zumbido sordo y el olor de la fábrica; y desde el cielo empezó a caer una lluvia leve, picante, fría.

Entonces Nezhdánov miró, a través de las ramas torcidas del árbol bajo el cual estaba, hacia el cielo bajo, gris, indiferente y húmedo. Bostezó y pensó: «Nada me queda. No volveré a San Petersburgo para ir a la cárcel.» Echó el gorro al suelo y, anticipadamente, sintió en todo su cuerpo un peso suave, fuerte, doloroso, apoyó el revólver al pecho y apretó el gatillo.

Algo le alcanzó instantáneamente, aunque sin mucha fuerza... pero estaba ya tumbado de espaldas e intentaba comprender lo que le había pasado y cómo era posible que viera a Tatiana. Quiso llamarla y decirle: «¡Ah, no sufras por mí!» Pero ya lo confundía todo. Sobre su rostro, en los ojos, en la frente, en el cerebro, un remolinoconfuso y verde... y un peso terrible y torpe le oprimía para siempre contra la tierra.

Nezhdánov había, realmente, avistado a Tatiana. En el momento exacto en que había apretado el gatillo, ella, asomada a una de las ventanas, le vio bajo el manzano y se preguntó: «¿Qué hará allí sin sombrero con esta lluvia?», cuando él cayó hacia atrás como una hoja. No oyó el disparo, pues el sonido había sido muy débil, pero sintió que algo había pasado y corrió hacia el jardín... Llegó junto a Nezhdánov... «Alexéi Dmítrich, ¿que le ocurre?» Pero las tinieblas ya habían caído sobre él. Tatiana se inclinó y vio la sangre.

-¡Pável! -gritó, con la voz sobresaltada-. ¡Pável!

Instantes después, llegaron Marianna, Solomin, Pável y aún dos obreros que estaban en el jardín. Levantaron a Nezhdánov, le llevaron hacia dentro y le tumbaron en el mismo diván donde había pasado la última noche.

Quedó tumbado de espaldas, con los ojos inmóviles y semicerrados, el rostro azulado y sollozando arrastradamente, como sofocado. La vida aún no le había abandonado. Marianna y Solomin estaban a ambos lados del diván, casi tan pálidos como Nezhdánov. Estaban aterrorizados, conmovidos, abatidos -sobre todo Marianna-, pero no sorprendidos. «¿Cómo es posible que no lo previéramos?», pensaban. Y en ese momento les pareció que... sí, que ya lo habían previsto. Cuando Nezhdánov había dicho a Marianna: «Te diré anticipadamente lo que decida. ¡No tendrás sorpresas!», e incluso había hablado de los dos hombres que había en él y que no podían vivir juntos, ¿no había tenido ella una especie de vago presentimiento? ¿Por qué no se había quedado con él cuando oyó aquellas palabras y cuando tuvo aquel presentimiento? ¿Por qué razón ahora no podía mirar a Solomin, como si él fuera su cómplice... como si él tuviera también la conciencia comprometida? ¿Por que razón no sólo sentía una lástima infinita, desesperada, por Nezhdánov, sino al mismo tiempo horror, miedo... y vergüenza? ¿Podría haberlo salvado? ¿Por qué razón ambos no podían hablar? Casi no conseguían respirar... y aguardaban... ¿Pero qué? ¡Dios mío!

Solomin hizo llamar a un médico, aunque no hubiese esperanzas. Tatiana bañó la pequeña herida de Nezhdánov, ya negra y sin sangre, con agua fría, le limpió también la frente con agua fría y vinagre. De golpe Nezhdánov se movió un poco e hizo un ruido con la garganta.

-Está volviendo en sí -murmuró Solomin. Marianna cayó de rodillas al lado del diván. Nezhdánov la miró. Hasta ese momento sus ojos habían estado inmóviles, como los ojos de todos los moribundos.

-Todavía estoy... vivo -dijo de una manera casi inaudible-. Ni esto supe hacer... os estoy retrasando. -Aliosha -sollozó Marianna.

-No tardará... ¿Te acuerdas, Marianna, de mi... poema... "cércame de flores"?... Da igual... desde que tú... Allá, en mi carta...

De golpe se estremeció.

-Ah, aquí viene... Cogeos las manos... delante de mí... deprisa... deprisa...

Solomin cogió la mano de Marianna. La cabeza de la muchacha estaba en el diván, el rostro hacia abajo, cerca de la misma herida.

Solomin estaba de pie, severo y sombrío como la noche.

-Así... bien... así...

Nezhdánov empezó de nuevo a sollozar, pero de una manera extraña. El pecho se le levantó, los flancos se le dilataron.

Intentó colocar su mano en las dos manos unidas, pero la suya estaba ya muerta.

-Se está yendo -murmuró Tatiana, de pie ante la puerta. Y empezó a hacer la señal de la cruz.

Sus sollozos se hicieron más breves y espaciados. Aún buscó a Marianna con la mirada... pero una niebla blanca, amenazadora, ya le invadía.

-Bien... -fue su última palabra.

Ya no estaba allí... y las manos unidas de Solomin y Marianna aún seguían sobre su pecho.

He aquí lo que había escrito en las dos cartas de despedida. Una estaba dirigida a Silin y contenía sólo unas lineas:

«Adiós, hermano, amigo, ¡adiós! Cuando recibas este papel ya no seré de este mundo. No preguntes por qué, ni me llores. Quiero que sepas que ahora estoy mejor. Coge a nuestro inmortal Pushkin *y* lee, en el *Eugenio Oniéguin,* la descripción de la muerte de Lenski. ¿Te acuerdas? «Las ventanas están blancas, la señora salió, etc. Es todo. No tengo nada más que decirte... Mejor dicho: tengo tantas cosas que decirte, pero no tengo tiempo. No quería irme sin decírtelo, pues podías pensar que estaba vivo y quedaría manchada nuestra amistad. Adiós. Vive.

Tu amigo, A. N.»

La otra carta era un poco más extensa. Iba dirigida a Solomin y a Marianna, y decía:

«Hijos míos!»

(Después de estas palabras había una interrupción, como si algo hubiera sido raspado o borrado, como si unas lágrimas hubiesen caído encima.)

«Quizá os parezca extraño que os trate así, yo que soy casi un niño... y sobre todo a ti, Solomin, que eres bastante mayor que yo. Pero voy a morir y, estando en el final de la vida, me veo como si fuera un viejo. Tengo que disculparme ante ambos, especialmente ante ti, Marianna, por haberos causado tantos sufrimientos (yo sé que tú, Marianna, sufrirás), y tanta intranquilidad. Pero, ¿qué podía hacer? No encontré otra salida. No pude *simplificarme.* Sin embargo, sólo me quedaba desaparecer, Marianna, pues habría sido un peso para ti y para mí. Tú eres generosa, habrías soportado ese peso alegremente, como un nuevo sacrificio... pero yo no tenía el derecho a exigírtelo: tienes una tarea mejor y mayor ante ti. Hijos míos, dejadme uniros desde el túmulo. Viveréis felices juntos. Marianna, tú amarás a Solomin, y él... él te ama desde el primer momento en que te vio en casa de los Sipiaguin. No era secreto para mí, aunque algunos días después yo huyera contigo. ¡Ah, aquel amanecer! ¡Qué esplendoroso, fresco y joven era! Viene hacia mí ahora como una insignia, como un símbolo de vuestra vida

junta, la tuya y la de él. Y yo sólo por casualidad me encontré en su lugar. Pero es hora de terminar; no quiero quejarme... sólo quiero justificarme. Mañana habrá momentos muy duros... Pero ¿qué podía hacer? ¿Tenía acaso otra salida? ¡Adiós, Marianna, mi buena, querida Marianna! ¡Adiós, Solomin! Te la confío. ¡Sed felices... vivid para los demás! Y tú, Marianna, recuérdame sólo cuando te sientas feliz. Recuérdame como un hombre puro y bueno, pero a quien la muerte fue mejor que la vida. ¿Te habría yo amado? No lo sé, mi buena amiga, pero sé que nunca había sentido lo que por ti sentí y que me hubiera costado mucho más morir si no hubiera llevado dentro de mí este sentimiento.

»¡Marianna! Si encuentras alguna vez a una muchacha llamada Mashúrina -Solomin la conoce y tú parece que la viste una vez- dile que la recordé con gratitud poco antes de morir... Ella lo comprenderá.

»Pero tengo que terminar esta carta. Miré ahora por la ventana y vi una bella estrella entre las nubes apresuradas. Por más que la persigan... no podrán ocultarla. Me pareció que esa estrella eras tú, Marianna. En este momento tú duermes en la habitación de al lado, y no sospechas nada... Fui hasta tu puerta, apoyé la oreja y me pareció escuchar tu respiración pura, calma... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós, hijos míos, amigos míos!

Vuestro, A.

»¡Ah! ¿Cómo es que en mi carta de despedida no he dicho nada de nuestra gran causa? Quizá porque en la hora de la muerte no se puede mentir... Marianna, perdóname por esta postdata... El error está en mí, ¡no en aquello en lo que tú crees!

»Sí, aún quiero decirte que tú quizá pienses, Marianna, que yo tenía miedo a ser apresado, y que esto fue una manera de huir. Pero no, hay cosas más terribles que la cárcel, pues es inimaginable estar preso por una causa en la que no se cree. ¡No es por miedo a la cárcel por lo que acabo conmigo!»

Marianna y Solomin leyeron esta carta uno detrás del otro. Después ella metió su retrato y las dos cartas en el bolsillo, y se quedó inmóvil.

Solomin le dijo:

-Todo está listo, Marianna. Tenemos que cumplir su última voluntad.

Marianna se acercó a Nezhdánov, apretó los labios contra su frente ya fría y, volviéndose hacia Solomin, dijo:

-Vamos.

Él le cogió la mano, y salieron juntos.

Cuando, algunas horas después, la policía llegó a la fábrica, sólo encontró el cadáver. Tatiana lo había tendido en el diván, le había colocado una almohada bajo la cabeza pálida, le había cruzado los brazos, y le había puesto incluso un ramo de flores a su lado sobre la mesilla. Pável, que había recibido las instrucciones necesarias, acogió a los agentes de la policía con el mayor respeto y tal desprecio, que estos no sabían si debían darle las gracias o detenerle. Dio todos los detalles del suicidio, les ofreció queso suizo y madeira, pero del paradero de Vasili Fedótych y de la joven bárishnia no sabía absolutamente nada. Fue muy efusivo en asegurar que Vasili Fedótych nunca estaba ausente mucho tiempo a causa de su trabajo, que dentro de uno o dos días volvería y que, en seguida que volviera, les informaría. Podían contar con él.

Así, la policía se marchó aunque dejando un guardia junto al cuerpo y prometiendo enviar a un inspector para tratar de las formalidades.

XXXVIII

DOS días después, en el patio del "bondadoso" reverendo Zósimo, entró un carro con un mujik y una mujer, ambos ya conocidos nuestros, que al día siguiente se unieron en matrimonio. Poco después desaparecieron, y el buen Zósimo nunca se arrepentió de lo que hizo. En la fábrica, Solomin había dejado en manos de Pável una carta dirigida al propietario,

presentando una evaluación total y exacta de la situación del negocio (era extremadamente próspera) y pidiendo tres meses de vacaciones. Aquella carta había sido escrita dos días antes de la muerte de Nezhdánov, por lo que se podía ver que ya entonces Solomin consideraba necesario marchar con él y Marianna y ocultarse durante algún tiempo. La investigación sobre el suicidio no descubrió nada. El cuerpo de Nezhdánov fue enterrado; Sipiaguin desistió de buscar a la sobrina.

Al cabo de aproximadamente nueve meses, Markélov fue juzgado. En el tribunal se comportó como ante el gobernador: calmo, digno y un poco deprimido. Su habitual brusquedad había disminuido, pero no por cobardía: era otro sentimiento, más noble, el que le dominaba. No se defendió ni se lamentó por lo que había hecho, no culpó a nadie y no mencionó nombres. Su rostro pálido, de ojos deslucidos, tenía sólo una expresión: sumisión al destino y firmeza. Y sus respuestas cortas pero directas y honestas despertaron en los propios jueces un sentimiento muy cercano a la compasión. Incluso los mismos campesinos que le habían cogido y eran ahora testigos de cargo, compartieron ese sentimiento y se refirieron a él como un barin bondadoso y "simple". Pero su culpa era demasiado evidente y no era posible pasarla por alto. El mismo parecía considerar el castigo como una obligación. De sus cómplices, que eran pocos, Mashúrina había desaparecido y Ostrodúmov había sido muerto por un tendero a quien había incitado a la revuelta y que le dio un empujón "infeliz". En consideración a su "sincero arrepentimiento" (está con la cabeza perdida de miedo y angustia), Golushkin fue castigado con una pena leve. Kisliakov fue condenado a un mes de cárcel, transcurrido el cual le dejaron en libertad y ni tan siquiera le impidieron volver a "galopar" por las provincias. Nezhdánov había muerto. A Solomin, si bien era sospechoso, le dejaron en paz por falta de pruebas. Por otro lado, él no esquivó el juicio y compareció cuando fue requerido. Marianna ni siquiera fue mencionada... Paklin se salió muy bien: absolutamente nadie se acordó de él.

Pasó un año y medio. Era a principios de 1870. En San Petersburgo, el mismo San Petersburgo donde Sipiaguin, ahora consejero privado y camarlengo, se preparaba para ocupar un cargo importante en el mundo de la política; donde su esposa patrocinaba todas las artes, daba veladas musicales y organizaba sopas para pobres; donde Kaloméitsev era considerado uno de los más prometedores funcionarios de su ministerio; por una de las calles de la isla Vasílievski, cojeaba un hombre bajo con una chaqueta modesta con cuello de piel de tigre. Era Paklin. Había cambiado bastante desde la última vez que le vimos: en las sienes, algunos mechones de pelo plateado espiaban por debajo del gorro. En dirección contraria, en la misma acera, venía una mujer bastante llena, alta, totalmente envuelta en una capa de tejido oscuro. Paklin le echó una mirada distraída y continuó caminando, hasta que, de repente, se detuvo, abrió los brazos, y dio media vuelta muy rápida, acelerando el paso hasta alcanzarla y poder verle la cara bajo el sombrero.

Comentario [Librodot-191]: En el cuadro del funcionariado civil ruso equivalente al grado de capitán.

-Mashúrina -la llamó vacilante.

La señora le echó una mirada altiva y continuó caminando sin contestarle.

-Querida Mashúrina, la reconocí -continuó Paklin, cojeando a su lado-, pero no tiene nada que temer. No se creerá que voy a denunciarla... ¡estoy *tan* contento de haberla encontrado! Soy Paklin, Sila Paklin, ¿recuerda?, el amigo de Nezhdánov... ¿Por qué no viene hasta mi casa? Vivo a dos pasos de aquí... Venga.

-Io sono contessa Rocco di Santo Fiume! -respondió ella con una voz profunda pero con un acento espantosamente ruso.

Comentario [Librodot-192]: Soy la condesa Rocco di Santo-Fiume.

-¡Qué condesa ni que ocho cuartos! Vamos, venga conmigo y conversaremos un poco.

-¿Y dónde vive? -preguntó, de repente, en ruso, la condesa italiana-. Tengo mucha prisa.

-Aquí mismo, en esta calle, allí, ¿ve?, en aquel edificio de tres pisos. ¡Celebro que no se oculte de mí! Déme su mano, vamos. ¿Lleva aquí mucho tiempo? ¿Y cómo es que ahora es condesa? ¿Se casó con un conde italiano?

Mashúrina no se había casado con ningún conde. Le habían dado un pasaporte a nombre de una tal condesa Rocco di SantoFiume, la cual había muerto hacía poco, y así había entrado tranquilamente en Rusia, aunque no supiera una sola palabra de italiano y tuviera una cara

rusa cien por cien.

Paklin la llevó a su modesto apartamento. Una jorobada, la hermana de Páklin, con la cual vivía, salió a recibirles de detrás del tabique que separaba la pequeña cocina del pasillo.

-Mira, Snápochka -dijo Paklin-, te presento a una gran amiga. ¿Verdad que nos prepararás un té?

Comentario [Librodot-193]: Diminutivo de Snandulia.

Mashúrina, que no habría ido a casa de Paklin si éste no le hubiese mencionado a Nezhdánov, se quitó el sombrero y, pasando su mano masculina por el pelo corto, hizo una reverencia y se sentó en silencio. No había cambiado nada. Incluso el vestido era el mismo que llevaba dos años atrás. Pero en sus ojos había una expresión fija, triste, que daba un aire patético a su rostro habitualmente duro.

Snandulia fue hacia el samovar, y Paklin se sentó delante de Mashúrina, dándole una leve palmada en la rodilla y bajando la cabeza, pero cuando quiso hablar, la emoción le sofocó: la voz se le rompió y le saltaron lágrimas de los ojos. Mashúrina estaba sentada, erguida e inmóvil, sin apoyarse en el respaldo de la silla, y miraba severamente hacia el lado.

-Sí, sí empezó Paklin-, ¡qué tiempos aquellos! La miro a usted y los recuerdos vuelven a mí... los muertos y los vivos. Incluso mis periquitos murieron... pero creo recordar que usted no los conoció. Como era de prever, murieron ambos el mismo día. Y Nezhdánov... pobre Nezhdánov... Seguramente sabe...

-Sí, lo sé -dijo Mashúrina, mirando todavía hacia el lado.

-Y ¿sabe también lo que le pasó a Ostrodúmov?

Mashúrina sólo movió la cabeza. Quería que él siguiera hablando de Nezhdánov y no era capaz de decírselo. Pero él la comprendió.

-Oí decir que tuvo un recuerdo para usted en su última carta. ¿Es cierto?

Mashúrina no respondió en seguida.

Sí -exclamó por fin.

-Era un buen muchacho. Pero no consiguió ponerse en el buen camino. Servía tanto para revolucionario como yo. ¿Sabe lo que era él realmente? ¡Un romántico del realismo! ¿Me comprende?

Mashúrina echó una mirada rápida a Paklin. No le había comprendido ni quería molestarse en hacerlo. Le parecía estúpido y extraño que él tuviera el coraje de compararse con Nezhdánov, pero pensó: «Que se vanaglorie a gusto.» Aunque, en realidad él no se estaba vanagloriando sino despreciándose, según sus propias ideas.

Me buscó un tal Silin -continuó Paklin-, a quien Nezhdánov también escribió antes de morir. Pues bien, ese tal Silin quería saber si Nezhdánov no habría dejado algunos papeles. Pero las cosas de Aliosha fueron selladas... y no había allá ningún papel. Lo quemó todo... hasta los versos. ¿Sabía que él escribía versos? Lástima que hayan desaparecido. Estoy seguro de que algunos no debían ser malos. Todo desapareció con él, todo se perdió en el torbellino general, ¡y para siempre! Sólo quedaron los recuerdos de los amigos, mientras éstos, a su turno, no desaparezcan.

Paklin se calló.

-Y los Sipiaguin -dijo de nuevo-, ¿recuerda a esos condescendientes, respetables, repulsivos figurones? Están ahora en el apogeo del poder y de la gloria. -Mashúrina no recordaba a los Sipiaguin, pero Paklin los odiaba tanto, principalmente a él, que no podía ahorrarse al placer de "insultarlos"-. Dicen que su casa tiene un tono muy alto. Están siempre hablando de virtud. Pero ¿ya se ha dado cuenta de que cuando se habla mucho de virtud ésta se vuelve indiferente? Como en una habitación de enfermo donde impera el olor a desinfectantes. ¡Es porque hay algún mal olor que tapar! ¡Desconfíe siempre! ¡Pobre Alexéi! Fueron ellos quienes lo destruyeron, los Sipiaguin.

-Y Solomin, ¿qué hace? -preguntó Mashúrina. De repente quiso dejar de escuchar a *Paklin* hablando *de él.*

-¡Solomin! -exclamó Paklin-. Es un gran tipo. Salió muy bien parado. Mandó la fábrica al cuerno y se llevó consigo a sus mejores hombres. Había uno... el principal, llamado, era muy listo... llamado Pável... que también se fue con él. Dicen que tiene ahora una fábrica suya

Librodot

en alguna parte, en Perm, creo, organizada según modelos cooperativos. ¡Y no se quedará estancado! Se abrirá camino. Es muy listo y persistente. Un gran tipo. Y lo principal es que no intenta curar todas las heridas de una sola vez. ¡Qué pueblo este pueblo ruso! Nos quedamos sentados esperando a que venga algo o alguien y haga desaparecer de una sola vez todos nuestros males, cure todas nuestras llagas, como si fuera un dolor de muelas. ¿Cuál será la varita mágica? ¿El darwinismo? ¿La tierra? ¿El arzobispo Perepéntiev? ¿Una guerra en el extranjero? ¡Da igual! Lo que es necesario es arrancar la muela. Todo en él es pereza, blandura, estupidez. Pero Solomin no es de esos. No, él no arranca muelas, sabe por dónde va.

Mashúrina hizo un gesto con la mano, como si quisiera decir que era mejor cambiar de asunto.

-¿Y aquella muchacha -preguntó-, no me acuerdo cómo se llama, que huyó con él... con Nezhdánov?

-¡Marianna! Ahora es la mujer de Solomin. Hace más de un año que se casaron. Primero fue solo por conveniencia, pero dicen que ahora es realmente su mujer.

Mashúrina hizo de nuevo el mismo gesto con la mano. Antes sentía celos de Marianna, pero ahora estaba indignada con ella por no haber sido fiel a la memoria de Nezhdánov.

-Seguro que ya tienen un hijo -dijo Mashúrina en tono despreocupado.

-Quizá. No lo sé. Pero ¿adónde va usted ahora? -continuó Paklin cuando vio que ella cogía el sombrero-. Espere un poco. Snándochka nos traerá el té.

No le importaba tanto que Mashúrina se quedara como el hecho de no querer dejar escapar aquella oportunidad para decir todo lo que había acumulado y le hervía en el alma. Desde su regreso a San Petersburgo, veía a muy poca gente, sobre todo a los jóvenes. El caso de Nezhdánov le aterrorizaba. Se hizo muy cauteloso y evitaba la vida social, y los jóvenes, por su lado, le miraban con desconfianza. Uno de ellos llegó incluso a llamarle abiertamente traidor. Y con los más viejos no le gustaba asociarse. Así, podía estar callado durante semanas. Con la hermana no podía desahogarse, no porque la considerase estúpida para poder comprenderlo, eso no. Tenía su inteligencia en gran estima... Pero con ella era necesario hablar seriamente y decir siempre la verdad, pues en seguida que él empezaba con sus "faroles" o a "echar fuego de artificio", ella le echaba una mirada tan especial, atenta y triste, que él se callaba avergonzado. Pero, realmente, ¿cómo puede un hombre pasar sin unos cuantos "faroles" de vez en cuanto? Y eran sólo dos. Por eso la vida en San Petersburgo empezó a hacérsele insoportable y pensaba ya en la manera de mudarse a Moscú. Tenía montones de ideas, de invenciones, de sarcasmos, de gracias y mentiras almacenadas, como agua en una presa cerrada. Ante la imposibilidad de poder abrir las compuertas el agua se estancó y se pudrió. Mashúrina las abrió... Todo le subió a la cabeza y habló, habló...

Habló de San Petersburgo, de la vida en esa ciudad, de toda Rusia. No escatimó nada ni a nadie. Todo aquello poco interesaba a Mashúrina, que, sin embargo, no le objetaba ni le interrumpía... pero a Paklin, bastante.

-Sí –exclamó-, ¡menuda época nos ha tocado vivir! La sociedad totalmente estancada; todo el mundo se aburre de muerte. En la literatura, el vacío, el vacío absoluto. En la critica... si un joven critico prometedor tiene que decir que "las gallinas ponen huevos", necesita por lo menos veinte líneas para exponer esa grandiosa verdad, ¡y asimismo todavía no lo hace suficientemente bien! Y son tan hinchados, se lo aseguro, como un colchón de plumas, completamente insípidos, y ¡siempre profiriendo en éxtasis los lugares más comunes! Por lo que se refiere a la ciencia, ¡ah! ¡ah! ¡ah! Tenemos también a nuestro *sabio Kant,* pero sólo en el cuello de los ingenieros. En las artes pasa lo mismo. Se va a un concierto y lo único que se oye es nuestro cantor nacional Agremantsk... Es un éxito grandioso... No tiene más voz que un gato, se lo digo yo, pero de todas formas canta. Incluso el propio Skoropijin, ¿sabe?, nuestro inmortal Aristarco, le elogia. «He aquí», dice él, «algo completamente diferente del arte occidental.” Y elogia también a nuestros insignificantes pintores. «Antes», decía él, «yo caía en éxtasis ante Europa, ante los italianos, pero oí a Rossini y pensé: *¡Eh, eh!; vi* a Rafael... *¡Eh, eh!...» Y* con este *¡Eh, eh!* nuestros jóvenes se dan por satisfechos e imitan a Skoropijin repitiendo: *¡Eh, eh!* Y se quedan todos tan tranquilos! Y, al mismo tiempo, el

Comentario [Librodot-194]: Se trata de un juego de palabras en que intervienen las dos acepciones de *kant* en ruso ("tubería" y "galón"), ambos con referencia a los ingenieros, en su trabajo y en la decoración del cuello de su uniforme. Hay que tener en cuenta que en la Rusia del siglo XIX muchos grupos sociales eran obligados a llevar uniforme, incluso los estudiantes, los profesores... y los ingenieros.

Comentario [Librodot-195]: Alusión irónica al cantante y director ruso Agrenev-Slavianski Dmitri Alexándrovich (18341908), organizador de un coro a capella muy conocido, cuyo repertorio estaba formado por canciones populares rusas, lamentaciones y bilinas. En 1869 recorrió toda Rusia con su coro. El tono crítico de Paklin tiene una justificación: Agrenev-Slavianski toleró la corrupción del estilo popular de las canciones.

pueblo vive en una pobreza horrible, los impuestos lo arruinan y la única auténtica reforma que se consiguió fue que los mujiks usen gorro y las mujeres dejen el chal... ¿Y el hambre? ¿Y el alcoholismo? ¿Y la usura?

Pero aquí Mashúrina bostezó, y Paklin comprendió que tenía que cambiar de tema.

-Aún no me ha contado -dijo, volviéndose hacia ella-, dónde estuvo estos dos años, cuánto tiempo hace que volvió y lo que ha hecho... y cómo se hizo italiana...

-No hay ninguna necesidad de que usted lo sepa -interrumpió Mashúrina-. ¿Para qué? Ahora ya ya no está con nosotros...

Paklin sintió como si le apuñalasen y, para ocultar su confusión, sonrió, pero de una forma forzada.

-Como quiera -dijo-. Ya sé que la presente generación me considera un retrasado, y realmente ya no puedo considerarme... de sus filas... -No terminó la frase-. He aquí Snándochka con el té. Tome una taza mientras yo hablo... quizá encuentre algo interesante en mis palabras.

Mashúrina cogió una taza, un terrón de azúcar y empezó a beber con el terrón en la boca.

Paklin rió ahora abiertamente.

-Es una suerte que la policía no esté aquí ahora para ver una condesa italiana... ¿cómo se llama?

-Rocco di SantoFiume -dijo Mashúrina solemnemente tomando el té.

Rocco di Santo-Fiume -repitió Paklin-. Y ¡tomando té a la manera rusa! ¡Es muy sospechoso! La policía en seguida le echaría el ojo.

-En la frontera -dijo Mashúrina-, un tipo cualquiera de uniforme empezó a hacerme tantas preguntas que no me pude contener: "¡No me des la lata, por el amor de Dios!", acabé por gritar.

¿En italiano?

-No, en ruso.

¿Y él?

-Se largó, claro.

-¡Bravo! -exclamó Paklin-. Bien, condesa, ¡tome una taza más! Hay todavía una cosa que me gustaría decirle. Me pareció que se refirió a Solomin con una cierta indiferencia. Pero ¿sabe lo que le digo? Los hombres como él son auténticos. Quizá difíciles de entender al principio, pero créame que tienen autenticidad y el futuro es suyo. No son héroes, ni siquiera "héroes del trabajo", como les llamó un imbécil cualquiera, americano o inglés, en un libro que escribió sobre nosotros, pero son hombres del pueblo, fuertes, insultos, monótonos. Hoy sólo son necesarios precisamente hombres así. Mire a Solomin: un cerebro claro como el día, y con una salud de hierro... ¿No es una maravilla? ¿Por qué motivo hasta ahora, en Rusia, quien tiene sesos es generalmenteun débil? Y el corazón de Solomin siente como el nuestro, odia las cosas que nosotros odiamos, pero sus nervios no le afectan y domina el cuerpo como debe ser... Un hombre con ideales... que habla poco, educado... pero del pueblo simple... y consciente de sí mismo... ¿Qué más quiere?

-No tiene importancia -continuó Paklin, excitándose cada vez más, sin darse cuenta de que Mashúrina hacía mucho que no le escuchaba y miraba al otro lado-. No tiene importancia que ahora Rusia esté llena de originales, fanáticos, funcionarios, generales simples y condecorados, epicúreos, imitadores, imbéciles de todos los tipos. Conocí una bárishnia, una tal Javrona Príshchova, que, de repente, se hizo legitimista y aseguraba a todo el mundo que después de su muerte, si le abrían el cuerpo, encontrarían en su corazón el nombre de Enrique V grabado... Nada de esto tiene importancia, mi querida señora, porque la salvación está en la gente como Solomin, insulsos, llanos, listos. Acuérdese de que le he dicho esto en el invierno de 1870, en el momento en que Alemania está preparándose para aplastar a Francia... en el momento en qué...

-Síluchka -se oyó la voz suave de Snandulia detrás de Paklin-, parece que en tus

Comentario [Librodot-196]: El original dice: *A kulaki,* literalmente *¡Y los kulaks! Como* se sabe, los kulaks eran los propietarios que se caracterizaban, en el siglo XIX, por oprimir como usureros a los campesinos pobres. Ver en el cap. XXXIII la referencia a las actividades usurarias de Kaloméitsev y, en el cap. XXXV, a un campesino que se suicida por su culpa.

Comentario [Librodot-197]: En Francia, después de la revolución de 1830, los legitimistas eran los partidarios de la restauración de la monarquía Bourbon, representada por Chambord, nieto de Carlos X.

Comentario [Librodot-198]: Se refiere a la guerra francoprusiana de 187071, que empezó el 14 de julio de 1870 y terminó con la derrota de Francia.

especulaciones sobre el futuro olvidaste nuestra religión y su influencia... Y, además -se apresuró a añadir-, la señorita Mashúrina no te escucha... ¡Sería mejor que le ofrecieras más té!

Paklin volvió en sí.

-Ah, sí, querida... ¿otra taza?

Pero Mashúrina fijó lentamente en él sus ojos oscuros y dijo, pensativa:

-Quería preguntarle, Paklin, si por acaso no tiene un dibujo cualquiera de Nezhdánov... ¿o una foto?

-Tengo una foto, sí..., incluso bastante buena. Está en aquel cajón. Voy a traerla.

Empezó a rebuscar en el cajón, mientras Snandulia se acercó a Mashúrina y, con una mirada larga y fija de simpatía, le apretó la mano como a un camarada.

-¡La tengo! ¡La encontré! -exclamó Paklin. Y le entregó la foto. Mashúrina se la metió en el bolsillo rápidamente, casi sin mirarla y, sin dar las gracias, aunque ruborizándose, cogió el sombrero, se puso la capa y se dirigió a la puerta.

-¿Se marcha? -preguntó Paklin-. ¡Dígame por lo menos donde vive!

-Vivo donde estoy en cada momento.

-Comprendo. No quiere que lo sepa. Pero dígame todavía una cosa, por favor: ¿aún recibe órdenes de Vasili Nikoláievich?

-¿Qué le importa?

-¿O ahora es otro... Sídor Sídorich quizá?

Mashúrina no contestó.

-¿O ahora es un anónimo?

Mashúrina ya había traspasado la puerta.

-¡Quizá un anónimo!

La puerta se cerró con un golpe seco.

Paklin se quedó largo rato, inmóvil, ante aquella puerta cerrada.

-¡La Rusia anónima! -dijo por fin.

FIN